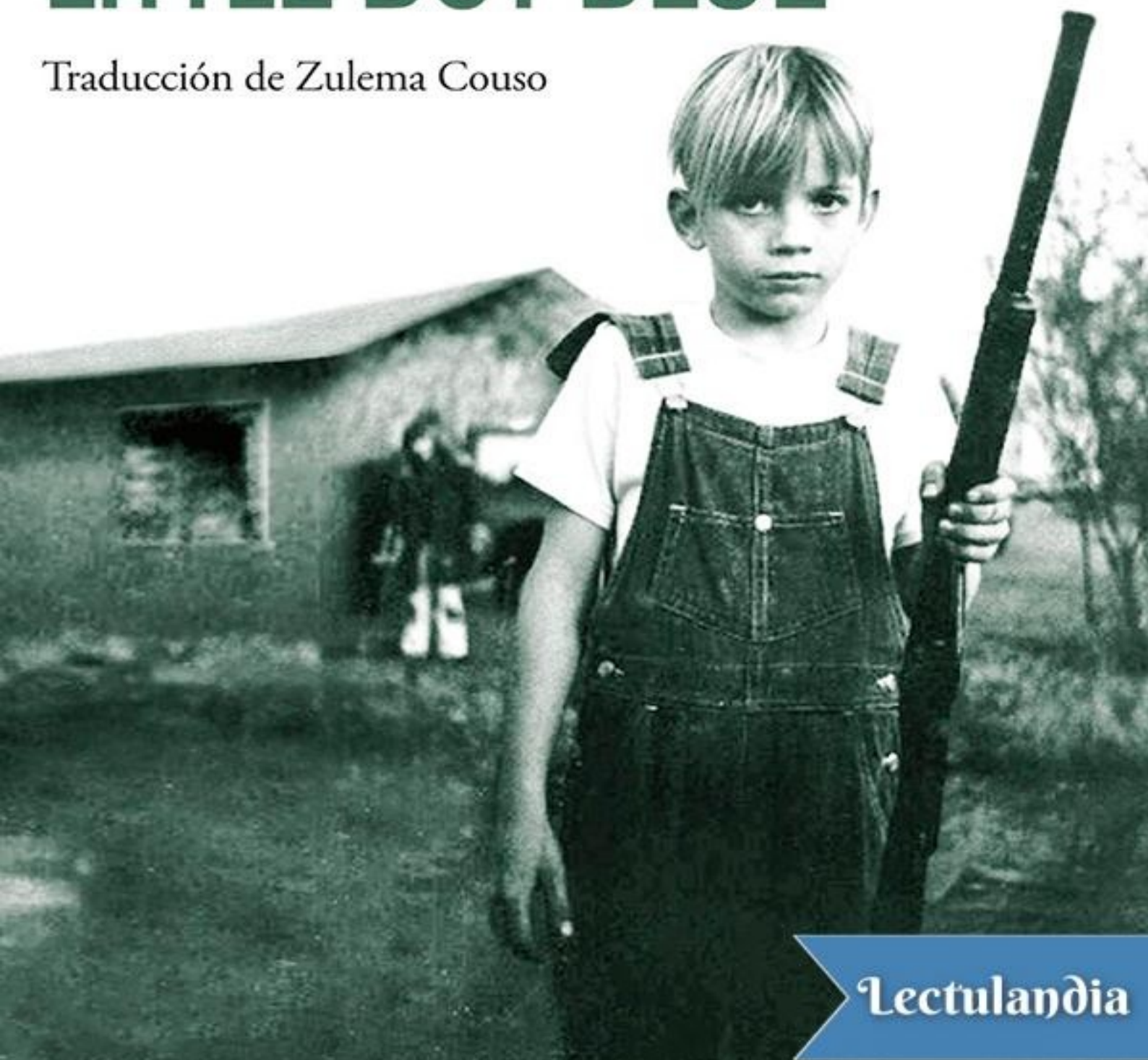


se

Edward Bunker

LITTLE BOY BLUE

Traducción de Zulema Couso



Lectulandia

Considerada por Edward Bunker como su mejor novela, «Little Boy Blue» narra el conmovedor periplo de Alex Hammond de los once a los diecisiete años. La historia de un «pequeño chico triste», como lo fue el propio Bunker, hambriento de amor y obligado a pelearse con todo el mundo.

Alex Hammond es un niño inteligente e independiente, pero sujeto a violentos accesos de rabia. Rebelde desde el divorcio de sus padres, Alex pasará su infancia huyendo de casas de acogida y reformatorios en la California de la Gran Depresión para ir en busca de su padre, un hombre deshecho e incapaz de ofrecer al hijo el hogar que necesita desesperadamente.

Asistentes sociales bien intencionados, pero desconcertados por su comportamiento, y crueles figuras autoritarias se cruzarán en su camino y marcarán a fuego su carácter. Las atroces experiencias vividas en instituciones estatales, y las malas compañías, llevarán a un chico brillante, pero excesivamente impulsivo, a vivir según un código propio que chocará constantemente con el orden establecido y lo convertirá en un precoz delincuente.

Lectulandia

Edward Bunker

Little Boy Blue

ePub r1.0

Titivillus 01.08.2019

Título original: *Little Boy Blue*
Edward Bunker, 1981
Traducción: Zulema Couso
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*A mi querida Jennifer, y a Dustin,
que me aguantó durante seis meses.*

Capítulo 1

En el verano de 1943, un Ford sedán negro transportaba a tres personas por el Paso de Cahuenga, desde Los Angeles al Valle de San Fernando. Conducía una trabajadora social de mediana edad. Un chico de once años iba sentado en el medio, con su padre a la derecha. Los tres miraban fijamente por el cristal con expresión sombría. La trabajadora social permanecía impassible, aunque era más bien una pose estoica muy bien ensayada para aislar sus emociones del dolor de la compasión. El padre guardaba silencio, resuelto, aunque haber tomado esa decisión no significaba que dejara de preocuparle la situación; los músculos de la mandíbula le latían al aspirar el humo de su cigarrillo. El chico apretaba los labios hasta casi esconderlos y, ocasionalmente, se los mordía por dentro para sofocar el berrinche que crecía en su interior. Se alteraba y se contenía al mismo tiempo. El momento de la rebelión se acercaba pero todavía era demasiado pronto.

Más allá del Paso de Cahuenga, la ancha autopista se retorció contorneando la base de las colinas, salpicadas de casas enterradas en sus verdes faldas. La trabajadora social tomó una salida que daba a un camino estrecho y recto a través de infinitos naranjales. En ocasiones veían relucir una casa de madera apartada del camino. Hacía calor y el aire estaba lleno de polvo, los insectos no paraban de chocar contra el parabrisas. Pasaron junto a dos chicas de piernas desnudas que montaban sobre una gorda yegua. En 1943, el Valle de San Fernando aún era campo, sin contaminación ni casas unifamiliares idénticas, y en él vivían pequeñas comunidades separadas por kilómetros de campos de cítricos y alfalfa.

El chico mantenía la vista fija al frente, como petrificado ante la línea blanca sobre el negro asfalto que desaparecía bajo las brillantes ondas de calor. Aunque, en realidad, no veía nada, no escuchaba nada. Pensaba en cuántos viajes idénticos a aquel había realizado desde que tenía cuatro años en dirección a otro lugar dirigido por extraños. Era prácticamente lo único que podía recordar: internados, escuelas militares, casas de acogida; esos lugares

y fragmentos de escenas desagradables, berrinches y lágrimas, la llegada de la policía para mantener el orden. Cada vez que pensaba en su madre veía su rostro contraído por el dolor y empapado de lágrimas. Sabía que él sentía antipatía por ella pero desconocía el motivo. Recordaba el día en que su padre se marchó y corrió detrás de él con un penacho de plumas indias de juguete en la cabeza. Tiró de la puerta del coche pidiéndole que lo llevara con él pero se marchó de todas formas dejándolo sentado en el suelo, llorando. Después, su madre salió con una percha de madera para hacerle gritar con más fuerza.

Tenía el recuerdo de estar en la sala del tribunal pero no recordaba nada de lo que ocurrió allí. Después de eso, su madre se marchó. Nunca volvió a verla. Nunca se la volvió a mencionar. Ahí empezó la época de las casas de acogida y las escuelas militares. Ni siquiera era capaz de recordar la primera, solo que lo pillaron intentando escapar una lluviosa mañana de domingo. Las imágenes de sus recuerdos se volvían más claras cuanto más recientes; recordaba otras huidas, una que duró seis días, y más peleas y más berrinches. Había pasado por tantos sitios diferentes porque lo echaban de todos.

Al principio, sus rebeliones fueron a ciegas, una respuesta refleja al dolor, el dolor de la soledad y de la falta de amor, aunque aún no tenía palabras para definir esos sentimientos entonces, ni siquiera ahora. Algo dentro de él se desbocaba cuando se enfrentaba a la autoridad, y tenía tendencia a sufrir rabietas violentas a la más mínima provocación. Especialmente en las escuelas militares, los chicos privilegiados lo despreciaban y provocaban sus ataques de ira, lo que a su vez provocaba los castigos que le llevaban a huir. Una detrás de otra, las residencias de chicos y las escuelas militares le decían a su padre que el chico tenía que marcharse. Hay quien creía que era epiléptico o psicótico, pero el electroencefalograma dio negativo y un psiquiatra que trabajaba como voluntario para la comunidad declaró que era normal. Cada vez que lo echaban de un lugar, se quedaba en la habitación amueblada de su padre durante unos días o una semana y dormía en una cama plegable. Era feliz en esos paréntesis. Las rebeliones y el caos tenían un propósito, alejarlo de la tortura, pero el intervalo entre la llegada y la explosión se reducía cada vez más.

Ahora, mientras las ruedas consumían el camino polvoriento, el chico se iba calentando pensando en lo que haría. Las lágrimas y las súplicas habían resultado inútiles, no porque su padre no quisiera escucharlo, sino porque no podía cambiar las cosas. Él tampoco tenía otra elección. Era un cincuentón, exhausto y delgado, con la piel roja y correosa del alcohol y el trabajo bajo el sol. No era alcohólico pero, en los últimos años, bebía mucho por su mujer, su

hijo y la Depresión. Era un buen carpintero, orgulloso de sus habilidades, pero el trabajo escaseaba desde hacía casi una década. Hasta el comienzo de la guerra no empezó a trabajar de forma regular. Habría sido feliz de no ser por su hijo. ¿Por qué no podía el chico aceptar la situación, la necesidad de internarlo? El hombre le dijo a su hijo que la ley requería que alguien cuidara de él. Si tuvieran familia, tíos, primos, amigos... pero tanto él como su antigua mujer eran huérfanos que habían llegado hasta allí desde el sur de Ohio con la idea de labrarse una nueva vida en el soleado sur de California. El padre tenía una hermana mayor que vivía en Louisville, pero no la había visto desde hacía veinte años.

Se sentía culpable por su hijo y tranquilizaba su conciencia pagando más de lo que se podía permitir en escuelas militares e internados. Escatimaba en su comida y vivía en una habitación barata. Su hijo parecía no darse cuenta de sus sacrificios y él se preguntaba si el chico no estaría loco.

El padre tiró el cigarrillo consumido por la ventana y, de repente, se sintió enfadado. Había malcriado a su hijo. Ese era el problema. Solo un niño malcriado sería capaz de huir, de pelearse, de robar, de montar esas pataletas. Él lo había hecho lo mejor posible. Sabía que había hecho todo lo que podía.

La trabajadora social mantenía las manos firmes en el volante y los zapatos serios posados sobre el acelerador y el embrague. Observaba atenta los semáforos para reducir las marchas. Había aprendido a conducir a los cuarenta, puesto que venía de un lugar en el que los automóviles no formaban parte del paisaje, y era muy consciente de cada movimiento que hacía. Pero la carretera vacía y la velocidad moderada le daban tiempo para pensar. Sentía al chico a su lado, un cuerpo conocido en las agencias de asistencia social. Once años y ya había acumulado todo un expediente. Aunque era un chico inteligente que formaba parte del dos por ciento de la población con un nivel de inteligencia superior, su comportamiento caótico y sus problemas emocionales lo privaban de ser un buen estudiante. El muchacho tenía potencial pero no lo aprovecharía. Unos años atrás, la situación la habría angustiada, pero, por su propia salud mental, había desarrollado una coraza protectora alrededor de sus sentimientos. Hacía todo lo posible por ayudar pero no se implicaba en cuerpo y alma en los casos. Demasiados fracasaban, como si los divorcios y las casas de acogida fueran la antesala del reformatorio, el correccional de menores y la cárcel. Las posibilidades de este chico de llevar una vida de éxito eran escasas y su naturaleza tempestuosa no mejoraba la situación. Su potencial único se convertiría en una destructividad única. «Qué pena —pensó— que no haya una relación directa entre el

intelecto y el espíritu». Este chico necesitaba un hogar y amor para salvarse, y nadie podía dárselos, desde luego ningún organismo o institución.

—Vamos bien de tiempo —dijo la trabajadora social—. Podemos parar en algún sitio a comer algo.

Durante un momento, el hombre no respondió. Después, como si las palabras se hubieran colado en su ensoñación, se sobresaltó. Miró a su hijo, un chico con una cabeza demasiado grande para su cuerpo y unos ojos demasiado grandes para su cabeza.

—¿Tienes hambre, Alex?

Alex negó con la cabeza, no quería hablar para no dejar escapar la tormenta de emociones que se avecinaba. Las necesitaba todas para el conflicto inminente.

El hombre, Clem Hammond, se ruborizó. Él también tenía genio. Se encogió de hombros a modo de disculpa por la mala educación de su hijo y pensó en qué habría hecho su padre de haberse topado ante una actitud tan altanera. El estricto granjero habría cogido una vara o se habría quitado el cinturón. Sin duda, los tiempos habían cambiado, y no necesariamente para mejor. Aun así, Clem entendía la tristeza de Alex y sintió haberse enfadado con el chico.

—Podemos parar a comprar algunas revistas sobre aviones —sugirió y, con orgullo, se dirigió a la trabajadora social—: A Alex no le gustan los cómics.

—No quiero revistas —respondió Alex sin mirar a su alrededor. Tenía las manos apretadas entre las piernas, cerradas en un puño con los nudillos blancos. El estómago le ardía y las lágrimas amenazaban con desbordarle los ojos. «No quiero ir allí», se quejó para sus adentros. «No... no... solo llévame a casa, papá. Dormiré en el suelo y no causaré ningún problema... Por favor, papá... Por favor, Dios...».

La oración silenciosa no ralentizó el Ford. Los naranjales quedaron atrás y ahora los campos de alfalfa brillaban bajo el sol. Los aspersores giratorios lanzaban collares de agua centelleante. Las faldas de las colinas de la parte norte del Valle de San Fernando crecían. El Hogar para Chicos del Valle estaba situado a los pies de esas colinas, resguardado por eucaliptos, pimenteros y robles.

ZONA ESCOLAR. CONDUZCA DESPACIO.

Los pies de Alex pisaron con fuerza el suelo, con el cuerpo rígido, como si pudiera dominar el avance con su fuerza de voluntad.

HOGAR PARA CHICOS DEL VALLE

Un camino estrecho cubierto de hojas caídas se extendía más allá de la señal.

—No me gusta —dijo Alex con los dientes fuertemente apretados.

—¿Cómo puedes decir eso? Aún no lo has visto. —Clem contenía su propia ira. ¿Acaso no había hecho todo lo que había podido? También se percató de los indicios de una pataleta.

—Está sucio —se quejó Alex.

El Ford atravesó los rayos del sol deformados por el follaje de los árboles que se elevaban sobre ellos. En el campo reinaba la calma, un silencio solo roto por el gorjeo ocasional de los pájaros. Todos los seres vivos se resguardaban del calor de agosto.

Los tres estaban tensos. Los ojos de Alex recorrían el terreno como los de un pequeño animal atrapado y respiraba profundamente, aguantando el estallido, a la espera.

El camino terminó en un aparcamiento. Alrededor se elevaban edificios de varios pisos con tejados amarillos; cerca de los aleros, el amarillo estaba rayado. Esos eran los dormitorios. El edificio de dirección era un almacén encalado que había conocido mejores días. El aparcamiento estaba prácticamente vacío.

La trabajadora social aparcó y apagó el motor. Nadie habló ni se movió. Finalmente, Clem quitó el pestillo con un sonido brusco. Bajó y le hizo una seña a su hijo.

—Vamos.

La mujer bajó por el otro lado pero el chico se quedó mirando adelante fijamente, sin moverse.

Clem se sonrojó.

—No, no. Hoy no pienso aguantar ninguna de tus tonterías, jovencito. Sal del coche.

El chico negó con la cabeza sin desviar la mirada. Se oía su respiración.

Los dos conocían el guión. El hombre se mostraría más decidido porque ya había visto otros berrinches y la furia del chico sería más intensa gracias a la práctica. Hacía tiempo, una exhibición de lágrimas y una zurra llevaban a la conciliación. Ahora, habían desarrollado una tolerancia mayor.

El chico tenía que comportarse como un loco, aunque eso probablemente no cambiaría las cosas. Su furia era, al mismo tiempo, ciega y planeada, una irracionalidad frenética como un medio para lograr un fin.

—Sal o te saco a rastras —lo amenazó Clem.

Alex no movió un músculo.

La trabajadora social se limitaba a observar, preocupada y sudando por el calor.

Clem se inclinó y metió medio cuerpo, con una pierna apoyada en el asiento y una mano en lo alto.

—Vamos.

La respiración de Alex se convirtió en un ruido ronco, un grito ahogado, como el de alguien sufriendo un ataque.

—Para ya —dijo Clem, cada vez más enfadado.

Los jadeos se intensificaron y la cara del chico se puso morada. El hombre se metió un poco más en el coche y estiró la mano para coger al chico por el codo. Al sentir el contacto, el muchacho gritó y se apartó bruscamente, se deslizó por el suelo hasta un rincón golpeándose la cabeza contra el salpicadero y rodeó el volante con los brazos. Las lágrimas le resbalaban por la cara y respiraba con dificultad, sollozando por la rabia; su cuerpo era demasiado pequeño para contener tanta ira.

Clem se arrodilló en el asiento y agarró los brazos del chico. Consiguió soltar una mano sin dejar de murmurar maldiciones. Cuando intentó soltar la otra, la primera se volvió a agarrar. La respiración del chico se intercalaba ahora con toses y sonidos animales. La descarga de adrenalina que inundó el sistema nervioso del chico le dotó de fuerza adicional.

Clem, furioso y de rodillas sobre el asiento, se acercó más e intentó agacharse para darle una bofetada a su hijo. Resultó inútil debido al volante y al poco espacio.

La trabajadora social seguía observando bajo el sol ardiente, horrorizada. Había visto a muchos niños rebeldes, pero aquello era como presenciar el inicio de la muerte del alma. La mujer permaneció de pie, impotente mientras los gritos la atravesaban a ella y a la tarde de verano.

Clem se echó hacia atrás, la cadera le quedó fuera del coche, y lo cogió por un pie. El chico se revolvió, pateando, retorciéndose y gritando. Clem no podía sacarlo, el espacio era insuficiente y los brazos del muchacho sujetaban con fuerza el volante. El hombre sudaba y resoplaba por el cansancio. En un ataque repentino, tiró de la pierna de su hijo y este se soltó en un movimiento rápido que permitió que lo sacara fuera del coche. Cayó de lado sobre el suelo

caliente. Con la caída, la mano de Clem se soltó y el chico se abalanzó sobre el parachoques, luchando por cada centímetro. Pero Clem le soltó los dedos, lo puso de pie y le dio una bofetada en la nuca.

Entonces la mujer sí ayudó a Clem y cogió al chico por el brazo para contenerlo. Arrastraron a Alex, que pataleaba y gritaba, hacia el edificio de dirección.

Thelma Cavendish observaba atenta desde la ventana de un dormitorio, atraída por el escándalo. Sabía que asignarían al chico a su casa. Su cara gorda y seria reflejaba su firme desaprobación ante tal acto de rebeldía.

Mientras el trío intentaba avanzar por el camino, llegó el autobús escolar que transportaba a los chicos más jóvenes del Hogar. Se apartaron de las ventanas, gritando, y bajaron en manada.

A pesar de la rabia que inundaba su cerebro, Alex se percató de los que acababan de llegar y su rabia aumentó delante de ellos al ver que eso incomodaba aún más a su padre.

La veintena de chicos se acercó a Alex, como las polillas a la luz, y formaron un público que poco a poco se iba quedando en silencio, serio. Ninguno se mostró particularmente comprensivo ante la situación del recién llegado.

Clem tropezó en un escalón y cayó sobre una rodilla.

—Lo lamentarás —murmuró con los dientes apretados, deseando poder darle una paliza al chico, pero temía que el Hogar del Valle no lo aceptara. A Alex ya lo habían echado de la mitad de internados del sur de California.

La sudorosa trabajadora social cargaba además con el bolso y tuvo que soltar al chico para poder abrir la puerta. Alex se giró hacia su padre e intentó arañarle la cara.

Un joven que salió del autobús (el entrenador) se abrió paso entre el grupo de chicos y los dispersó. Rodeó a Alex con los brazos para inmovilizarlo. El muchacho se desplomó y el entrenador lo llevó dentro. Alex no se había rendido a propósito, pero la violencia de su acto de resistencia había consumido todas sus energías. Su cerebro se nubló hasta casi desmayarse y, si el chico no lo hubiera estado sujetando, habría caído al suelo. Su cuerpo se estremecía, como cargado con electricidad. Los párpados le aleteaban y los ojos casi se le ponían en blanco. La mujer y el joven se asustaron por la palidez del chico y los labios azules. Ninguno de los dos tenía experiencia con ese tipo de comportamiento. Sin embargo, Clem había sido testigo del aletargamiento que seguía a sus ataques en numerosas ocasiones.

—¿Hay agua caliente por aquí? —preguntó Clem mientras estudiaba la sala de espera, equipada con un escritorio vacío y muebles repletos. El suelo de conglomerado mostraba las cicatrices de años de pies jóvenes.

El entrenador señaló un pasillo corto en el que una puerta de cristal opaco daba al baño. Era demasiado pequeño para que cupiera alguien más aparte de Clem y Alex. El padre cerró la puerta y abrió el agua caliente. Esperó que el vapor se elevara de la pila y entonces metió las manos de su hijo debajo del agua. Durante casi medio minuto, Alex permaneció inerte e inconsciente, hasta que el dolor llegó a su cerebro estupefacto y el agua hirviendo le hizo retorcerse. Las manos se le pusieron coloradas.

Alex intentó apartarlas.

—Ya vale, papá. Estoy bien.

Clem lo soltó a sabiendas de que el episodio había terminado, la rebelión estaba sofocada.

—Lávate la cara —le dijo en voz baja, avergonzado por haber perdido los papeles también él. Aquella situación le dolía y le entristecía.

Alex abrió el agua fría y se enjuagó la cara con las manos sin importarle mojarse los puños y el cuello.

Clem Hammond encendió un cigarrillo y se sentó en el retrete, esperando.

Fuera del baño, el joven entrenador, Mike Macrae, escuchaba la historia del chico que le contaba la mujer. El entrenador se sorprendió y, por alguna razón, se sintió culpable. Tenía solo diez años más que Alex y se preguntaba si podría hacerse amigo del chico. En toda su vida, Mike Macrae nunca había experimentado tanta angustia como la sufrida por el chico en unos minutos. Quizá podía mostrar un interés especial en el recién llegado, enderezarlo. La trabajadora social suspiró.

Dentro del baño, Alex Hammond se seco la cara con toallitas de papel. Clem tiró la colilla del cigarro al retrete.

—Oye —dijo el hombre—, mírame.

El chico miraba al suelo. El hombre se esforzaba por encontrar las palabras, y las palabras llegaron con dificultad.

—Tienes que comportarte como un hombre —empezó, pero se detuvo. Tras una pausa, siguió hablando—. ¿Te acuerdas del poema que aprendiste el año pasado... de Kiping?

—Era Kipling, papá.

—No me acuerdo del nombre pero sí me acuerdo de lo que decía. Hablaba de aceptar lo que pasa, de mantener la cabeza bien alta y ser un hombre. No es culpa mía que tengas que estar en estos sitios. ¿Qué quieres que haga?

—Deja que me quede contigo. —El chico seguía con la cabeza agachada y arrastraba un pie.

—Si pudiera, lo haría. Tengo que trabajar y no hay nadie que pueda cuidarte.

—Papá, puedo cuidarme yo solo. No me meteré en líos, te lo prometo.

Clem luchó contra la humedad de sus ojos.

—No puedes vivir en una habitación amueblada.

—Podemos buscar un apartamento pequeño.

Clem negó con la cabeza. Quería abrazar al chico pero ese tipo de gestos se habían terminado. «Quizá... quizá —pensó— podamos alquilar un apartamento y contratar a una mujer que venga a ayudarnos».

—No puedo prometerte nada —le dijo—. Pero quizá podamos encontrar alguna solución.

—Papá, por favor.

—Recuerda que no es una promesa, pero ya veré qué puedo hacer.

Los ojos del chico se llenaron de lágrimas provocando la misma reacción en los ojos del padre, que rodeó a su hijo entre los brazos. «Por favor, Dios —rogó Alex en silencio—, haz que sea así. No haré nada malo».

Clem sujetó a su hijo con los brazos extendidos, con las manos sobre sus hombros.

—Vale, haré lo que pueda, pero tienes que portarte bien aquí. No les des problemas. Tengo que trabajar fuera de la ciudad esta semana pero vendré a verte el próximo domingo.

—¿Me lo prometes, papá?

—Te lo prometo. Puedes ir a montar a caballo en el parque Griffith si quieres.

—¡Sí!

—He hablado con el director. Es un buen hombre y me ha dicho que la encargada de la residencia, la señora Cavendish, es también una buena persona. Demuéstrame que puedes no meterte en líos para poder dejarte solo mientras yo estoy trabajando.

Le dio un golpecito en el brazo con el puño cerrado.

Alex asintió rápidamente, con entusiasmo.

—Tendrás que pedir perdón por haberle causado tantos problemas a esa señora. Después, nos encargaremos de instalarte.

El entusiasmo desapareció de los ojos del chico. De repente, se sentía avergonzado por lo que había hecho y molesto al darse cuenta de la realidad del momento: su padre se marcharía mientras que él tenía que quedarse.

Capítulo 2

Thelma Cavendish, viuda, vivía en tres habitaciones abarrotadas de la casa, que no era otra cosa que la planta baja del edificio-dormitorio de dos plantas. El segundo piso estaba reservado a los chicos de entre catorce y dieciséis años. El desorden de las habitaciones de Thelma contrastaba con la estricta pulcritud que exigía a los chicos en su planta. Tenía sesenta y cinco años y estaba sana como un toro a pesar de los más de noventa kilos de su cuerpo de metro sesenta. Crio a sus tres hijos para que se convirtieran en buenos y exitosos cristianos, y se había hecho cargo de otros mil chicos durante veintidós años como cuidadora. Su resistencia quedaba de manifiesto al estar a cargo de treinta chicos, de once y doce años, cinco días y medio a la semana. Otras cuidadoras disponían de un estudiante universitario que las ayudaba, pero Thelma Cavendish dirigía su casa ella sola. Desplegaba una severidad victoriana, pero también era capaz de acunar en su regazo a un chico que echara de menos su casa. Si su excesiva dureza había dañado en alguna ocasión a una personalidad en desarrollo, la balanza seguía inclinándose a su favor. No tenía paciencia con padres entrometidos. Le habían encomendado a ella un trabajo que ellos no podían manejar. La mayoría de los chicos procedían de familias rotas; muchos tenían padres alcohólicos, algunos habían sufrido abusos y unos cuantos iban de camino a la delincuencia y a las instituciones carcelarias.

Thelma Cavendish le dijo a Alex que se hiciera la cama, que guardara su ropa y que después fuera a verla.

La habitación tenía dos literas dobles. Una de las de abajo estaba vacía y Alex colocó su petate y su caja de cartón encima. Ignoró a los dos chicos que lo observaban en silencio desde sus camas. Alex no deshizo nada sino que fue directamente a la habitación de la señora Cavendish. La puerta estaba abierta y vio a la mujer zurciendo calcetines de una enorme cesta. Sus dedos volaban. Alex llamó al marco de la puerta y ella le hizo un gesto con la cabeza para

que entrara. Señaló una silla de mimbre, el único sitio para sentarse que no estaba cubierto de ropa.

—He visto el espectáculo del aparcamiento y no voy a tolerar nada parecido, ¿entendido?

—Sí, señora. De todas formas, no voy a quedarme aquí mucho tiempo.

Los dedos de la mujer se detuvieron mientras observaba fijamente al muchacho.

—He hablado con tu padre. No me ha dicho que no fueras a quedarte.

—¿Cuándo habló con él?

—La semana pasada. Tuvimos una larga conversación sobre tus problemas.

—Me lo acaba de decir.

—¿Seguro que me estás diciendo la verdad? ¿No es algo que te imaginas porque quieres que sea verdad?

—No, es verdad.

La mujer apretó los labios.

—Bueno, sea como sea, mientras estés aquí tendrás que seguir mis normas. Si lo haces, nos llevaremos bien. Si no, no nos llevaremos nada bien.

Alex no dijo nada. Le molestaba su autoridad y la amenaza que representaba.

—No puedo contarte en una sesión todo lo que se espera de ti —dijo—. Pero los chicos se levantan a las seis y recogen sus habitaciones. El desayuno es a las siete. Vamos todos juntos. El autobús escolar sale a las siete cuarenta y cinco. Cuando el autobús os trae de vuelta, venís a verme antes de salir. Volvéis a casa a las cinco. La sala de estudio es desde las siete hasta las ocho para los de secundaria.

»Mis chicos no van detrás de la cocina. Esa es la zona de fumadores para los del instituto. Yo no lo apruebo pero el señor Trepesanti es el director y él les permite fumar allí.

Alex replicaba «Sí, señora» cada vez que correspondía. Se alegró cuando le dejó volver a su habitación.

Cuando entró de nuevo en su cuarto, un chico pequeño y gordo estaba rebuscando en su caja. Cuando vio a Alex se dio la vuelta, sonrojado y obviamente asustado. Alex había aprendido hacía tiempo que los chicos roban en los internados. Él mismo lo había hecho. En condiciones normales habría iniciado una pelea, pero ese día estaba demasiado cansado. El chico gordo no tenía nada en las manos así que Alex simplemente le advirtió que no lo

hiciera nunca más. Más tarde se enteró del mote del chico, «Porky», muy apropiado.

En cuanto Alex colocó sus cosas en el suelo y empezó a hacerse la cama, entró un chico de piel aceitunada. Dormía en la cama de encima de Alex. Se llamaba Sammy Macias. Su padre era mexicano pero su pelo rojo procedía de su madre irlandesa. Ella había muerto en un accidente de coche hacía dos años, por eso Sammy había ingresado en el Hogar para Chicos del Valle. También andaba siempre metido en líos.

Cuando terminaron de guardar las cosas de Alex, Sammy se ofreció a enseñarle el lugar.

—Podemos ir a nadar después de cenar —dijo Sammy.

Gran parte de las cuatro hectáreas del Hogar del Valle estaba cubierta de árboles y maleza, salvaje como un bosque y más verde que gran parte de la zona porque un riachuelo del río Los Angeles bordeaba un lado de la propiedad. A la sombra del follaje, donde sus pies hacían crujir las hojas caídas, el calor era menos intenso. Rayos de luz deslumbrante atravesaban los árboles. Cuando terminaron de explorar aquella zona, Sammy le enseñó los establos y los pastos. El Hogar del Valle compraba la leche pero contaba con una pequeña manada de bueyes. Sammy cogió un terrón del suelo y se lo tiró a los animales para intentar que se movieran. Alex le dijo que no lo hiciera.

—¿Por qué les haces daño a animales indefensos? —preguntó.

—Eso no les hará daño.

—Es igual, no lo hagas.

Sammy dejó caer el segundo terrón. Le explicó que los bueyes eran de algunos de los chicos del instituto, los compraban como becerros, los criaban y engordaban, y los vendían para obtener beneficios. A los chicos más jóvenes no se les permitía esa tarea, aunque muchos de ellos trabajaban para varias estrellas de cine que tenían sus casas en la zona. El Hogar para Chicos del Valle tenía amigos.

Mientras caminaban por la finca, se cruzaron con varios chicos. Los más mayores los ignoraron, pero los de su edad saludaron a Sammy y miraron al nuevo con timidez. En una ocasión, Alex miró hacia atrás y vio a los tres chicos que se acababan de cruzar con las cabezas juntas, y los gestos que hacía uno de ellos indicaban que estaba describiendo el forcejeo ocurrido a la llegada del autobús. Alex apartó la mirada rápidamente con los párpados temblorosos.

La piscina era de tamaño olímpico y estaba llena de pequeños y ágiles cuerpos que salpicaban el agua clorada con la piel tostada por el sol y los ojos

rojos. Incluso los más jóvenes nadaban como peces. Corrían, se tiraban, reían. Alex sabía nadar pero no como aquellos chicos.

Sonó un pitido y los chicos empezaron a salir de la piscina de mala gana.

—Vamos —llamó una voz—. Estará abierta después de la cena.

Un muchacho rubio, con el pelo pegado a la cabeza, volvió a tirarse al agua.

—Billy Boyd, si no sales en diez segundos no podrás nadar durante el resto de la semana —dijo la voz en cuanto sacó la cabeza del agua.

El chico salió de la piscina, sonriente.

Solo entonces Alex reconoció la voz de la piscina como la del entrenador del edificio de dirección. Se acercó adonde se encontraban Alex y Sammy, detrás de un muro bajo. Normalmente, Alex no se habría acordado de un nombre tras un episodio tan frenético, pero esta vez sí lo recordó. Mike.

—Hola, Alex —saludó el entrenador—. Tienes mejor aspecto.

El chico se sonrojó, miró al suelo e hizo un círculo con el pie sobre la hierba seca.

—¿Qué hacéis, chicos? —preguntó Mike.

—Le estoy enseñando todo esto —contestó Sammy.

El entrenador asintió.

—¿Has visto ya el gimnasio? —le preguntó a Alex.

—No, está cerrado.

—Vamos.

—Tengo que llamar a mi padre —dijo Sammy—. Lo llamo a cobro revertido todos los miércoles.

Alex se fue con el entrenador. No le interesaban los deportes pero ansiaba atención y temía conocer al resto de chicos de su casa. Recordó cómo lo habían visto por primera vez. Quería caerles bien y que lo aceptaran, lo que ocurría la mayoría de las veces, aunque solo con los marginados y con los problemáticos.

El gimnasio tenía diez años, regalo de una fraternidad. Tenía el suelo de parqué pulido con una pista de baloncesto y una señal que indicaba que no se permitían zapatos de calle. Había tribunas plegables y un almacén lleno de sillas para poder utilizarlo como auditorio si era necesario. El vestuario estaba abarrotado de toallas, camisetas de baloncesto tiradas y jabón que se había deshecho abandonado sobre el suelo mojado.

Mike le dijo a Alex que los chicos del Hogar se ganaban cincuenta centavos a la hora si hacían algún tipo de trabajo y, si él limpiaba el vestuario, Mike le daría un justificante de una hora. Alex se sorprendió. Nunca había

escuchado nada de cobrar en el resto de lugares en los que había estado. Aceptó enseguida, no tanto por el dinero sino porque quería la amistad de Mike. Tardó media hora en llenar la cesta de la lavandería, barrer, fregar el suelo y guardarlo todo.

Alex llevaba dos horas fuera de la casa. Volvió hacia las últimas horas de la tarde. El largo pasillo central que daba a las habitaciones estaba lleno de chicos que entraban y salían del baño comunitario. Formaban una fila junto a la puerta del baño, con toallas sobre los hombros, cepillos de dientes, peines y otros objetos en la mano. Cuando un chico terminaba y salía del baño, pasaba el siguiente de la fila. Entraban con el pelo revuelto y la cara sucia y salían limpiísimos, con el pelo mojado pero bien repeinado.

Thelma Cavendish se encontraba en mitad del pasillo, desde donde podía observar tanto el tráfico de los chicos como el interior del baño.

La habitación de Alex quedaba detrás de ella, así que caminó hacia la mujer con aire tranquilo, aunque en realidad estaba muy tenso. Vio que los chicos lo miraban y más de una conversación cesó al acercarse.

Thelma Cavendish parecía no haber visto a Alex, hasta que pasó a su lado. En ese momento, una mano le tiró de la oreja y él se detuvo en seco.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

Una risita anónima provocó que mirara a su alrededor con los ojos llenos de ira en una inútil búsqueda del culpable. Los ojos de Alex también buscaron, quería a alguien sobre quien descargar su humillación.

—No apartes la vista cuando hablo contigo —le dijo al tiempo que le tiraba de la oreja. Lo soltó—. ¿Acaso no te he dicho el horario?

—Sí, señora. Estaba en el gimnasio con el entrenador. No me di cuenta...

—¡El entrenador! El entrenador no tiene nada que ver con mi casa. —Vio que había sitio para dos chicos en el baño. Los dos primeros de la fila estaban más interesados en los problemas de Alex que en ducharse, así que tuvo que hacerles un gesto para que entraran.

Alex se sentía henchido de indignación. No había hecho nada malo. Quería gritarle pero solo las lágrimas lograron atravesar su muro de contención. Cuando volvió a mirarla, la severidad había desaparecido. Era estricta pero no cruel.

—He hablado esta mañana con el señor Trepesanti sobre ti, Alex. Sé que eres un chico inteligente con muchos problemas. No importan los líos en los que te hayas metido en otros lugares, solo lo que hagas aquí. Has hecho mal en llegar tarde. Podía haber pensado que te habías escapado pero Sammy me

dijo dónde estabas. Aun así, debes recordar que la vieja Cavendish es quien manda aquí.

Odiaba a la gente que «mandaba», que esperaba obediencia por el simple hecho de ser quienes eran, no porque lo que ordenaban fuera correcto, justo. La mujer siguió hablando sobre lo bueno que era el señor Trepesanti, cómo quería a todos los chicos, y aunque aquello no era tan bueno como un hogar normal con un padre y una madre, el personal trabajaba para que se sintieran lo mejor posible.

—Si tienes algún problema, mi puerta siempre está abierta. No importa si es medianoche, la señora C. quiere a todos sus chicos. Incluso cuando tengo que hacer que se preocupen por algo o castigarlos, es por su propio bien. Vivimos en un mundo de normas y órdenes y tenemos que aprender a seguirlas.

Esperó una respuesta. El chico miraba al suelo en silencio. Ya odiaba aquel lugar.

—Es casi la hora de cenar —dijo ella—. Ve a lavarte. Y tráeme tu ropa esta noche para que la marquemos para la lavandería.

—Sí, señora —respondió Alex.

—Muy bien. Ya puedes irte.

Sammy no estaba en la habitación pero sí los otros compañeros, vestidos con vaqueros y camisetas. Uno era regordete, con el pelo rubio y lacio cuidadosamente separado con una raya. El otro chico era delgado, con el pelo rapado a máquina. Los dos estaban bronceados y el más esbelto, que tenía pecas, se estaba pelando. Llevaba un bálsamo blanco en la nariz.

Alex asintió a modo de saludo y el regordete rompió el hielo.

—Chico, menuda pelea montaste en el aparcamiento —comentó.

Alex no sabía qué decir, así que levantó un hombro y miró al chico de las pecas, que tenía las piernas colgando de la cama de arriba.

—Me llamo Freddy Wilson —dijo al saltar de la cama y tenderle la mano.

—Soy Alex Hammond. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Dos años.

A Alex le pareció una eternidad, una quinta parte de su vida, quizá un tercio de lo que recordaba.

—No está tan mal —comentó como si escuchara los pensamientos de Alex—. No he estado en ningún otro hogar pero es mejor que estar con mi madre.

—¿Qué pasa con tu padre?

—Se marchó cuando ella estaba embarazada del segundo. Entonces empezó a beber y se volvió loca y me quemaba con cigarros.

—No me gusta este sitio —comentó Alex—. No me gusta ninguno de estos sitios, y he estado en muchos.

—A mí tampoco —dijo el regordete—. Comparado con los demás, este no está mal. Aunque la señora C. siempre me está dando la paliza.

De forma imprevista había llegado la hora de la cena. Sammy Macias apareció en la puerta. Daba por hecho que él y Alex serían amigos.

Los chicos se reunieron en la puerta principal y fueron juntos por el camino formando un grupo suelto. Sus ruidosas voces se elevaban con el entusiasmo perpetuo de los muy jóvenes.

Alex caminaba con el grupo, pero pensaba en su padre y en marcharse de allí. Fuera podría leer, ir al colegio él solo o ir a ver películas en la sesión de matiné. Su padre sería la única autoridad. Clem y él podrían hacer cosas juntos todo el tiempo en vez de solo unas horas durante el fin de semana.

Otros grupos de chicos de otras casas iban apareciendo por los caminos. Thelma Cavendish saludó a otra cuidadora, eran como gallinas atrayendo a su nidada. Los últimos rayos de sol se filtraban entre los árboles tiñendo las hojas de color dorado y rojo antes de volverlas negras. Una leve brisa se había despertado y refrescaba ligeramente el calor del día. Todo tenía el tono del crepúsculo.

Capítulo 3

En la ciudad de Los Angeles no soplaba la brisa. Chorreando de sudor, Clem Hammond estaba sentado al borde de la cama de su habitación amueblada, contraído hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas y un cigarro consumiéndose lentamente entre los dedos. Al atardecer, los objetos de la habitación eran meras siluetas sin color. Clem miró a su alrededor. La habitación no era el lugar para criar a un niño, incluso si la señora Griffin se lo permitía. La enorme pensión era deprimente, los inquilinos viejos y el barrio malo. Alex ya había mostrado tendencias delictivas, como el robo en la escuela militar (entraron en la cocina, comieron hasta hartarse y después la destrozaron con Alex como cabecilla). En cierta ocasión, Alex robó dinero de la cartera de Clem. El chico también tenía tendencia a deambular por las calles y en el barrio abundaban los problemas.

Clem sintió que el cigarro le quemaba los dedos. Lo aplastó y siguió pensando. ¿Podía permitirse un pequeño apartamento y una mujer que fuera un par de veces a la semana? Alex era lo suficientemente mayor para cuidarse solo y cada vez tenía trabajo con más regularidad, parecía que la Depresión empezaba a remitir. Podría conseguirlo si no le faltaba el trabajo. Dos años antes habría sido algo impensable. Ahora era posible. Apenas. No cabía duda de que debía hacer algo. El psicólogo se equivocaba, Alex solo necesitaba un hogar. Clem ojearía la sección de clasificados del periódico después de cenar.

Miró su pesado reloj de bolsillo. Eran casi las siete y el tráfico habría disminuido. Cogió un jersey, dio un trago a la botella de bourbon que guardaba en el cajón y salió. No ignoraba que aquel pasillo estrecho y oscuro y aquellas escaleras de moqueta raída no eran el lugar adecuado para un chico de once años lleno de energía.

La casera vivía en un apartamento en la planta baja y tenía la puerta abierta para que corriera el aire. Fibber McGee y Molly sonaban en la radio; aunque no entendía qué decían, reconoció las voces. Tendría que conseguir una radio, quizá una de segunda mano.

El buzón de Clem estaba vacío, tal y como esperaba. El único miembro de su familia, su hermana de Louisville, escribía una vez al año y él solía enviarle una postal navideña.

Cerca de la pensión había una primera versión de un centro comercial, un mercado rodeado de pequeñas tiendas y un pequeño restaurante que alimentaba al vecindario. Clem siempre cenaba allí, las camareras lo conocían. Siempre dejaba propina, no demasiada pero algo, y bromeaba con las camareras. Eran chicas sencillas, con una belleza fruto únicamente de su juventud, la belleza del tipo más fugaz, especialmente en su mundo de árida pobreza.

Seguía haciendo calor. Clem se comió un sándwich frío de jamón y una ensalada. Esa noche su conversación con las chicas, aunque nunca se extendía demasiado, se limitó prácticamente al silencio. Aún le preocupaba el problema de su hijo. Clem sentía cada vez más la necesidad de sacar a Alex de los internados y escuelas militares y llevarlo a vivir con él. También estaba el asunto del potencial del chico. Le habían dicho que el coeficiente de Alex estaba muy por encima de la media. Alex debería ir a la universidad. ¿Cómo podía un hombre que en ocasiones no encontraba trabajo enviar a un chico a la universidad?

«Me preocuparé de eso cuando llegue el momento —pensó—. Ahora mismo, tengo que sacarlo de ese sitio».

Clem no tenía que comprar el periódico. Había uno en la barra. Era el único cliente que quedaba y les pidió a las chicas la sección de clasificados. Ellas le dijeron que podía llevárselo entero.

En el Hogar para Chicos del Valle, Alex aprendía el funcionamiento del lugar mientras esperaba el momento de marcharse. Aún quedaban dos semanas hasta el inicio del nuevo cuatrimestre escolar. Los chicos del Hogar iban a la escuela pública, y Alex se enteró de que el Hogar dirigía tanto el instituto de secundaria como el de bachillerato porque prácticamente estaban juntos. En términos generales, la zona era próspera y, por lo tanto, la prole no estaba condicionada a la violencia.

—Seguramente estaré fuera de aquí poco después de que empiecen las clases —le dijo a Sammy.

—Sí, a mí también me han dicho eso muchas veces.

—Mi padre me lo prometió y nunca miente cuando promete algo. —Alex se sonrojó y vio que su enfado hería y sorprendía a Sammy—. Olvídalo —

dijo Alex—, vamos a nadar.

Alex se pasó una semana explorando los alrededores y, en ocasiones, se alejaba más allá de los límites permitidos, siguiendo el cauce seco del río. Encontró un terreno mullido de verde hierba a la sombra de un árbol. Quedaba escondido, excepto por el lado que daba al río. Prefería estar allí solo, con sus libros, que estar con el resto de los chicos. Iba a la piscina por la tarde, cuando hacía más fresco y había menos gente.

Muchos de los chicos tenían bicicletas, algunas regaladas por sus padres, otras donadas por el departamento de policía cuando no conseguían encontrar a sus dueños. Otras estaban prácticamente hechas a mano a partir de piezas que sacaban de las bicicletas rotas y partes sueltas que atestaban el sótano. Alex intentó montar una pero, incluso con la ayuda de Sammy, no lo consiguió. Algunas piezas básicas escaseaban y, aun con todo su ingenio, sus aptitudes para la mecánica eran nulas.

—Podemos robar una cuando vayamos al cine el sábado —sugirió Sammy—. La traes y la cambias. También puedes pintarla.

—No —dijo Alex—. No quiero arriesgarme. Ahora no. Me estoy preparando para irme a casa con mi padre. ¿Y si me mandan al reformatorio?

Dos paredes de la enorme sala de recreo estaban llenas de libros procedentes en su mayoría de donaciones, por lo que la selección era ecléctica. A pocos chicos del Hogar les interesaba leer, pero Alex rebuscaba en las estanterías casi cada día. Ya había devorado los libros de Edgar Rice Burroughs y de Tom Swift. Ahora era el turno de los *westerns*. Sin embargo, resultaba imposible leer en una habitación en la que otros tres chicos y sus amigos no paraban de entrar y salir dando portazos. Alex adoraba la soledad. Además del pequeño rincón de hierba junto al río, encontró otro lugar secreto bajo la tarima del gimnasio. Era una zona oscura donde se almacenaban las colchonetas del gimnasio pero entraba la suficiente luz por un agujero para leer. Se escondía allí para estudiar libros de historia antigua y de prehistoria. Fantaseaba con un mundo de lagartos enormes y otras criaturas extrañas.

En ocasiones, algunos de los chicos mayores lo pinchaban con la esperanza de provocar otro ataque de ira para entretenerse, pero conseguía controlarse. Lo que le hacían era menos doloroso y humillante que lo que sufrió en la escuela militar, donde los cadetes tenían autoridad. Allí, Alex golpeó en el ojo a uno de los cadetes con una piedra grande, lo que provocó un torrente de sangre y otra expulsión.

Sammy Macias era su único amigo, pero Sammy siempre andaba metido en líos, normalmente por robar. Era un marginado. La mayoría de los chicos

mostraban un deseo insaciable de aprobación de los adultos y temían que su reputación quedara manchada si los relacionaban con Sammy. Esa era una de las razones por las que Alex se hizo su amigo.

El entorno de Sammy era más oscuro que el de la mayoría de los chicos del Hogar. Su padre se volvió loco tras el accidente que acabó con la vida de la madre de Sammy y se refugió en la bebida y en los cheques sin fondos. Ahora estaba en la cárcel. Sammy era agresivo e impulsivo, y normalmente actuaba como el líder por ser más grande y más fuerte. Alex era demasiado joven para darse cuenta de que su amigo no era demasiado inteligente. Paseaban por el patio juntos, tirando piedras a los mirlos e intentando cazar roedores por los que el Hogar pagaba una recompensa de veinticinco centavos. Por las tardes, nadaban.

Los días pasaban con tranquilidad para Alex, y conseguía escapar a la ira de Thelma Cavendish. Pero cuando apagaban las luces pensaba en la promesa de Clem y se sentía solo y emocionado al mismo tiempo.

Los sábados llevaban a los más pequeños al cine. El autobús los trasladaba a más de veinte kilómetros, a Hollywood, y los dejaba junto a unas salas de cine en Hollywood Boulevard.

En una ocasión, el tráfico de Hollywood Boulevard se tragó al variopinto grupo y Alex y Sammy se bajaron juntos del autobús y fueron hacia las marquesinas de los cines, que se encontraban unas al lado de las otras. Una, especializada en *westerns*, estaba decorada con maderos y postes para amarrar a los caballos.

—Mejor no entramos. Tengo dos dólares —dijo Sammy mientras observaban los carteles en el vestíbulo.

—¡Dos dólares! ¿De dónde...?

—Me los he encontrado.

—¿Te los has encontrado?

—Bueno. Una visita se dejó el bolso en el coche con la ventanilla bajada. —Sonrió y se encogió de hombros—. ¿Qué podía hacer? Tenía veinte dólares y solo cogí dos. Joder, podríamos ir a dedo hasta el parque Griffith y montar a caballo.

—No, mi padre vendrá mañana a llevarme a montar a caballo.

—¿Y si nos escapamos? Aún es verano, no hace mucho frío por la noche. Alex negó con la cabeza con los labios fruncidos para dar más énfasis.

—No soy ningún gallina. Me escapé durante seis días hace unos cuatro meses. Dormí bajo un puesto de limpieza de zapatos y el tipo de color que lo llevaba me traía comida por la mañana.

—¿Cómo te pillaron?

—Fui al cine entre semana y suelen ir allí a buscar a los que no van a clase.

—Me gusta escaparme. Nadie te dice lo que tienes que hacer. Vas a donde quieras y haces lo que quieras, como un explorador. Lo único malo es cuando te entra hambre, o si no encuentras un sitio para dormir cuando hace frío.

—Si quieres escaparte, vete. Quédate con mis sesenta centavos.

—Solo no es divertido. Da igual, pero no entremos a una película. Vamos a quedarnos por aquí.

Alex dudó, irritado ante el presentimiento de un desastre inminente, pero al final acabó accediendo. Cruzaron la calle, subieron en dirección contraria, se zambulleron por callejones, pasearon por un centro comercial, jugaron. En un puesto de perritos calientes, compraron hamburguesas y batidos. Cuando llegaron al final de la zona de tiendas, se metieron en una calle residencial bordeada de árboles y bajaron hasta Sunset Boulevard. Más que nada, paseaban.

En Sunset, se detuvieron en el escaparate de una enorme tienda llamada Builder's and Sportsmen Emporium. Una brillante bicicleta Schwinn hizo que se pararan a mirar.

—Vamos a entrar a mirar —sugirió Sammy mientras le hacía un gesto a su amigo y se acercaba a la puerta. Alex trotó detrás de él.

La enorme tienda contaba con numerosos pasillos y departamentos en los que se vendía de todo, desde tornillos hasta barcas, ruedas, escopetas, bisagras, fuerabordas, rastrillos, palas. Iban paseando por los pasillos cuando Sammy de repente tiró de la manga de Alex y se acercó a un mostrador lleno de cuchillos enfundados en cuero. Sammy cogió uno, lo sacó de la funda y lo devolvió a su sitio.

En el mostrador no había dependiente. Nadie les prestaba ninguna atención. Sammy lo volvió a coger.

—Dos dólares —dijo.

Alex presintió lo que iba a pasar. Sammy miró a su alrededor, se levantó la camiseta y se metió la navaja en la cintura. Alex contuvo el aliento, mirando a su alrededor asustado mientras recordaba la promesa que le había hecho a su padre.

Estaban empujando la puerta, parpadeando por el sol cegador de fuera, cuando el hombre se acercó a ellos.

—Esperad un momento, chicos —dijo al tiempo que le ponía una mano en el hombro a Sammy. Alex podía haber salido corriendo, pero no lo hizo.

Thelma Cavendish fue la encargada de imponer el castigo. El ayudante del director del Hogar acudió a la tienda, le dio las gracias al encargado por no llamar a la policía y llevó a los chicos de vuelta a la casa. Los acompañó hasta la puerta abierta de la cuidadora. Estaba sentada en su silla. Un chico estaba en la puerta pero, cuando Thelma vio a los recién llegados, le dijo al chico que saliera y cerrara. El ayudante del director también se marchó.

Los culpables se miraban los zapatos mientras la mujer, inmóvil como una estatua excepto por la respiración, los observaba con desprecio. El miedo que Alex sintió en la tienda y la preocupación durante el trayecto se transformaron lentamente en resentimiento. No había robado nada. Aquello era una persecución. En vez de miedo nervioso sentía rabia y, en lugar de bajar la mirada con culpabilidad, la miró a los ojos hasta que fue ella quien tuvo que apartar la vista.

—Bueno, escuchemos lo que tenéis que decir —dijo finalmente.

Ninguno de los dos habló. Sammy movía los pies y seguía con los ojos fijos en el suelo. Alex la miraba. El desafío era tan descarado que no le quedó más remedio que responder.

—Ladronzuelos... Pequeños bandidos. Si robáis cosas insignificantes ahora y os libráis con un pequeño castigo, después robaréis cosas más importantes. —Su voz se elevó con el fervor de sus convicciones simplistas—. Creedme, yo os enseñaré. A los dos.

Pero tenía los ojos fijos en Alex. Se levantó de la silla y avanzó balanceándose. Temblorosa por la tensión, se acercó a una mesa abarrotada de donde cogió una paleta. Era como una raqueta de ping pong pero con el mango más largo y con agujeros del tamaño de una moneda de veinticinco centavos.

—Cinco golpes a cada uno —sentenció—. Bájate los pantalones, Alex.

Alex cada vez respiraba más rápido y el calor le nublaba el cerebro.

—No —dijo con los ojos llenos de lágrimas de ira—. No me vas a pegar con eso.

La intensidad la dejó helada. Era una mujer decidida y su autoridad constituía el centro de su vida. La rebelión era un sacrilegio. Se sonrojó bajo las capas de maquillaje.

—No intentes eso conmigo —dijo—. Bájate los pantalones e inclínate.

Lo miró por encima; el chico podía oler la descomposición debajo del aroma de flores. El volumen de la mujer intimidaba pero su cerebro estaba decidido a no tolerar que lo sometieran a aquella injusticia. Se sentía

asfixiado. «Dios, espero que mi padre...». Las lágrimas cortaron el pensamiento.

—Tú eres el listo, y Sammy se limita a seguirte. Te voy a enseñar quién manda aquí.

Intentó cogerlo con su mano llena de manchas y las uñas pintadas de morado. Al sentir el contacto, el chico se abalanzó sobre ella golpeándola con la cabeza, empujando y lanzando zarpazos. La carga la sorprendió y la hizo retroceder.

—Pequeño bastardo... —dijo ella al esquivarlo e intentar cogerlo del pelo.

Tiró de su cabeza al tiempo que él le cogía el vestido y rasgaba la tela dejando al aire los michelines blancos que sobresalían de la ropa interior. Ella dejó caer la pala y se sujetó la tela para taparse.

Alex retrocedió, acorralado. En ese momento dejó de llorar, porque Thelma Cavendish también tenía lágrimas en los ojos. Increíble.

—Ahora verás —dijo con voz chillona—. Ahora sí que estás en un buen lío. Irás al reformatorio por lo que acabas de hacer.

Alex ya no estaba furioso. Volvieron las lágrimas pero esta vez por el dolor. Todo aquello estaba mal. Quería decirle que todo aquello era un error. Incluso estaba dispuesto a culpar a Sammy, algo que no habría hecho hacía un minuto.

—Señora Cavendish... Lo siento pero...

—Vete a tu habitación mientras le digo al director que llame a la policía. Aquí no hay lugar para paganos como tú.

El corazón de Alex latió de miedo y salió dando un traspiés. Thelma Cavendish lo acompañó a la puerta y él avanzó por el pasillo hacia su habitación. Allí no había nadie. Se quedó de pie, temblando en medio de la sala.

Sammy entró y se lo quedó mirando. Su relación había cambiado. Sammy le tenía miedo. Cualquiera que hubiera atacado a la señora Cavendish era capaz de cualquier cosa.

Alex se imaginó el reformatorio basándose en lo que había visto en las películas de los Dead End Kids. No tenía razón para dudar de que el director podía llamar a la policía para que se lo llevaran. Le ocurrió a un chico la semana anterior, aunque Alex no creía que ese chico hubiera provocado el incendio en una parcela vacía que había arrasado un garaje.

De repente, supo la respuesta. Se escaparía. No esperaría ni al director ni a la policía. Abrió un armario y cogió su cazadora. De un cajón, sacó un par de

calcetines limpios enrollados. Uno de los ocupantes de la habitación, que no estaba allí en ese momento, tenía una hucha de cerdito en otro de los cajones. Sin dudar, Alex la cogió y se la metió en el bolsillo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sammy.

—Me largo de aquí.

—Viene el director —dijo Sammy, junto a la ventana.

—¿Vienes conmigo?

—¿Adónde?

—Nos fugamos, bobo.

La expresión de Sammy cambió, ensombrecida por la confusión.

—Antes te querías escapar —comentó Alex—. ¿Qué les ha pasado a tus huevos desde entonces?

—Deja que lo piense...

—Está a punto de llegar —dijo Alex mientras se dirigía a la puerta—. Me marcho.

—Espera que coja el abrigo —dijo Sammy.

—¡Date prisa!

La casa tenía dos puertas. La trasera se cerró detrás de Sammy justo cuando el director abrió la principal.

Los chicos bordearon el edificio y corrieron hacia una fila de árboles más allá del césped. Entre los árboles, ya era de noche.

Capítulo 4

Clem buscaba una casa para él y para su hijo. Cada día señalaba la sección de clasificados del *Times* y, después del trabajo, llamaba por teléfono o iba en coche a ver algunos pisos. Ninguno lo convencía. Los que se podía permitir estaban en ruinas y en malos barrios, o no había nadie que pudiera cuidar de un chico de once años. Los sitios más agradables en casas particulares donde Alex y él podían conseguir alojamiento y comida costaban demasiado y no garantizaban demasiada privacidad. Al principio se mostró optimista pero, a medida que pasaban los días y se acercaba el momento de ver a Alex, empezó a preocuparse. Se encontró despierto en mitad de la noche, devanándose los sesos.

Estaba despierto pasada la medianoche cuando la casera llamó a su puerta y le dijo que el director del Hogar para Chicos del Valle estaba al teléfono. Diez minutos después, cuando le comunicaron que Alex había vuelto a escaparse, se sentó al borde de la cama para fumarse un cigarrillo y pensar qué hacer. Aquello no podía seguir así. Alex también había atacado a la cuidadora. El chico iba a peor.

Clem sabía que no podía hacer nada. Apagó las luces e intentó dormir. Imposible. No paraba de preguntarse dónde estaría su hijo, aunque tras numerosas huidas no se preocupó tanto como la primera vez.

Los dos chicos se alejaron del terreno del Hogar siguiendo el cauce seco del río durante más de un kilómetro, para después atravesar naranjales por caminos de tierra hasta llegar a las vías del tren que corrían paralelas a la autopista en dirección a Los Angeles. Las raras sombras nocturnas y los extraños sonidos les provocaban escalofríos de entusiasmo y miedo. Alex disfrutaba de su libertad, de poder ir adonde se le antojara.

Al acercarse la medianoche, el calor del día abandonó el ambiente y dio paso al fresco. Se encontraban a las afueras de San Fernando y sabían que no

podían caminar por las calles del centro a aquella hora sin atraer la atención del primer coche patrulla que pasara. Entre el paso a nivel de la vía y la autopista había un desguace lleno de coches destripados, mutilados. El desguace tenía una valla de madera abombada que tembló bajo su peso al saltarla. Encontraron el esqueleto de un autobús y pasaron allí la noche. Sammy se tumbó en el suelo, sobre fragmentos de cristal de una ventana rota, temblando de frío, con las manos entre los muslos. Alex estaba sentado, observando el tráfico de la autopista, los camiones diesel rugientes perfilados con luces, más potentes que los rápidos vehículos. Pensó en Clem, en el dolor que le había provocado a su padre, y aun así no se arrepentía de haberse escapado. La señora Cavendish se equivocó, tenía que defenderse. No le quedó más remedio. En una de sus escapadas fue a la habitación de Clem, pero su padre lo llevó inmediatamente de vuelta a la escuela militar. Alex no cometería el mismo error otra vez. Se dirigirían hacia el mar y después al sur, hacia San Diego.

No se dio cuenta de que había estado dormitando hasta que se despertó tiritando. El cielo clareaba en el este. Tocó el hombro de Sammy. Salieron del desguace y continuaron avanzando junto a las vías del tren. Sammy quería hacer autostop, pero Alex sabía que era demasiado pronto y aún estaban muy cerca del Hogar para Chicos del Valle.

El hambre les hizo atravesar un campo hasta la autopista, donde entraron en un pequeño restaurante. Se gastaron la mitad de su dinero en *pancakes* y leche.

Junto al restaurante había una caravana para el descanso. Había un patio de tierra y un columpio de cuerda colgando de un árbol. El patio estaba lleno de objetos oxidados pero, apoyada contra la caravana, cerca de la puerta, había una bicicleta roja resplandeciente. La pared del restaurante bloqueaba la vista y la caravana estaba a oscuras y en silencio.

—¡Mira eso! —exclamó Alex cogiendo a Sammy del brazo.

—Es muy bonita.

—Vamos a robarla. Iremos más rápido en bici que andando.

Sammy miró fijamente la caravana.

—¿Y si sale alguien?

—Si salen... —Se encogió de hombros—. Pero aún están dormidos.

Sammy no dijo nada pero su expresión reflejaba miedo.

—Voy yo a por ella —dijo Alex—. Tú sigue andando por el camino y ahora te recojo. —La joven voz de Alex contenía un matiz despectivo.

Sammy dudó, pero un miedo venció al otro y echó a andar por el arcén de la autopista. Alex esperó hasta que Sammy estuvo a unos cien metros y cruzó el patio con cuidado. Cuando alcanzó el lateral de la caravana se detuvo en seco, atento por si escuchaba a alguien moverse. Todo estaba tranquilo. Cogió la bici por el manillar y caminó con ella hasta el arcén. Allí se montó y empezó a pedalear. Sammy seguía avanzando y miraba de vez en cuando por encima del hombro. Cuando vio a Alex, lo esperó. Un minuto después se pusieron en marcha.

Tardaron todo el día en cruzar la ciudad de Los Angeles. A última hora de la mañana, robaron una segunda bicicleta en un parque. Jugaron a seguir al líder zigzagueando por las aceras, en callejones y alrededor de los coches. El día era cálido, pero se mantuvo gris y nublado hasta primeras horas de la tarde. Deambularon por callejuelas en barrios de clase media y en otros más conflictivos. Exploraban territorio desconocido en el que tal vez podían toparse con alguna aventura. Pararon a descansar y a jugar en sitios tan diversos como una gravera (cuando se marcharon de allí, estaban cubiertos de polvo blanco) o un pequeño parque con una piscina pública. En una ocasión, tuvieron que llevar las bicicletas andando por una pendiente muy pronunciada pero, al llegar arriba, bajaron del otro lado a toda velocidad durante varios kilómetros, riéndose con el viento en la cara. Por la tarde, habían recorrido casi ochenta kilómetros y estaban en Long Beach. Robaron leche y bollos de un pequeño supermercado y cenaron en la playa, a la sombra del inmenso parque de atracciones. Llegó la noche y las luces de la fiesta; el olor de los perritos calientes, las cebollas y las manzanas acarameladas y el sonido de la feria les atraían. Pasearon por el parque que se extendía a ambos lados de un amplio paseo. No tenían dinero para subir a ninguna atracción ni para comprar nada de aquello que olía tan bien, pero paseaban entre la gente y metían la nariz donde podían, olvidando momentáneamente que aún tenían hambre. Abundaban los cines baratos. En uno proyectaban una sesión doble de Boris Karloff: *La momia* y *El doctor Frankenstein*. No pudieron resistir la tentación de pasar un rato de miedo. Alex compró una entrada por veinte centavos (con lo que les quedaban otros veinticinco), entró y abrió la puerta de una de las salidas para que Sammy pudiera colarse. Se quedaron dos sesiones hasta que las luces de la sala se encendieron para el cierre.

El parque de atracciones también se disponía a poner punto y final al día. La mitad de los puestos estaban cerrados y la muchedumbre se había reducido a pequeños grupos. La temperatura cayó y se levantó una brisa marina. Se gastaron el dinero que les quedaba en un perrito caliente y una naranjada que

compartieron en la boca de un callejón, como dos perros callejeros. Un transeúnte se los quedó mirando. Tenían aspecto de abandono y empezaban a sentirse así.

—Vamos a entregarnos —dijo Sammy—. Estoy cansado y tengo hambre.

—Yo no —dijo Alex—. Tendrán que cogermé.

Sammy arrugó la cara, a punto de llorar.

—Ya no es divertido —se quejó—. Esta noche va a hacer frío.

Alex sintió el calor de la ira.

—Ayer querías escaparte. Querías robar una navaja. Vete si quieres, entrégate.

Sammy dudó y Alex se dejó engullir por la oscuridad del callejón. Era el camino de vuelta a las bicicletas. Segundos después, Alex escuchó los pies de Sammy que corrían para alcanzarlo.

En la autopista de la costa, la brillante blancura de los faros iluminaba a los dos chicos en bicicleta. El viento de los coches al pasar los golpeaba. A menos de diez kilómetros a las afueras de Long Beach, Alex vio una pequeña tienda de ultramarinos, en el lado del mar de la autopista. Había una pequeña casa de madera al final del camino de entrada pero el ruido de la autopista y del mar cercano ahogaría cualquier sonido. Las luces de la casa estaban apagadas y no se veía ningún coche en la entrada.

Alex no dudó ni un segundo de que tenía que colarse en la tienda. Giró por el camino de entrada seguido por Sammy. La sombra que proyectaba la pared de la tienda los escondía.

—¿Por qué te has parado? —pregunto Sammy.

—Tienes hambre, ¿no?

—Mucha.

—Aquí dentro hay comida. Vamos a entrar.

—Eso es algo serio. Si nos cogen...

—¡Cállate, joder! Si no puedes soportarlo, entrégate.

Sammy siguió a Alex con la cabeza agachada. Fueron a la parte de atrás y encontraron una puerta con una mitad de cristal. Se podía abrir el pestillo desde dentro con la mano.

—Busca una piedra —dijo Alex.

Los nervios le hacían latir la garganta al inclinarse sobre el suelo teñido de blanco por la luna, en el que la tierra se mezclaba con la arena de la playa, a tan solo unos metros. Más allá, el océano brillaba con tonos plateados y negros. Los chicos eran sombras. Alex encontró un pequeño trozo de cemento.

—Ve a la parte delantera a ver si escuchas algo —le dijo a Sammy—. Vigila hasta que te llame.

Sammy desapareció por el camino de entrada. Alex esperó un minuto, se colocó a medio metro de la puerta y atravesó el cristal con el pedazo de cemento. La velocidad provocó un agujero poco más grande que el propio misil. La piedra siguió haciendo ruido un segundo después de que el tintineo del cristal cesara. Alex se había agachado en la esquina del edificio, con el corazón a mil y los oídos atentos ante cualquier sonido que rompiera el ritmo nocturno.

Nada cambió, nadie se despertó. Metió la mano por el agujero, corrió el pestillo y abrió la puerta. Se encontró en un pequeño almacén y una sombra más clara delante de él indicaba un arco. A través del escaparate delantero podía ver el tráfico y distinguir siluetas gracias a las luces del fondo. Fue a buscar a Sammy.

—¿Y si viene alguien? —preguntó Sammy al entrar.

—No va a venir nadie. Coge alguna chocolatina.

—¿Dónde están?

—Estarán junto a la caja.

—Esto es robar. Nos mandarán al reformatorio si nos pillan.

—¡Si nos pillan! ¡Si nos pillan! Tienes miedo de todo. No tendrías que haberte escapado si eres tan gallina.

—Esto no es como robar alguna tontería.

Durante unos minutos, se comportaron de forma furtiva pero después ganaron confianza.

En la sección de carne, encontraron salchichas de Frankfurt atadas con una cuerda y cogieron una larga ristra. Alex abrió una botella de leche con chocolate, engulló una parte y derramó el resto en el suelo. Cogió varios huevos y los estrelló contra la pared. Pero disfrutar del vandalismo no formaba parte de su naturaleza, así que se sintió culpable enseguida.

Sammy estaba reuniendo paquetes de mortadela de Bolonia y varias rebanadas de pan. Cogió algunos litros de leche, botellas grandes de zarzaparrilla y cajas de chocolatinas.

Mientras tanto, Alex se metió detrás del mostrador. En la caja registradora abierta había rollos de peniques que se metió en el bolsillo. Palpó bajo el mostrador y encontró el largo cañón de un revólver. Al levantarlo en las sombras, un escalofrío eléctrico le recorrió el cuerpo de miedo y excitación. Era la primera arma de fuego que cogía. Se la metió en la cintura abombada del pantalón. En las estanterías de detrás del mostrador había botellas de vino.

Desenroscó el tapón de una y dio un trago. Sabía dulce y desagradable pero se lo tragó. Repitió el movimiento preguntándose qué sentiría. Cuando pasó un minuto sin sentir nada, dio varios tragos más. De repente, el calor y el mareo recorrieron su cuerpo. Se sintió mal, no le gustó. Le dio la vuelta a la botella y dejó que el contenido se derramara sobre el suelo formando un charco. Después, se llenó los bolsillos de chicle y cogió una bolsa de papel de pastelitos envueltos.

Por su parte, Sammy había estado rebuscando en el congelador pero no cogió nada. Ya llevaba una bolsa enorme llena de comida. El miedo había desaparecido.

—Tenemos muchas...

En ese momento, la luz de unos faros iluminó la tienda a través del escaparate principal. No era un coche de paso sino que entraba en el camino. Alex se lanzó al suelo. Escucharon el coche fuera de la tienda.

El motor se detuvo. Las puertas del coche se abrieron y se cerraron. Alex pensó en las bicicletas apoyadas e iluminadas por los faros mientras el vino le extendía la intoxicación etílica del estómago al cerebro.

—Joder... Joder... —susurraba Sammy mientras sujetaba a Alex.

—Coge las bolsas —dijo Alex—. Saldremos por delante cuando ellos entren por detrás. Dejamos las bicicletas y cruzamos la autopista corriendo.

—Mira en el lío que nos has metido.

Alex sintió el fuego de la ira. Quería darle un puñetazo a Sammy. En vez de eso, le tiró de la manga hacia la parte delantera de la tienda. Golpeó con el codo la botella de vino medio vacía de encima del mostrador y la tiró al suelo con un estruendo como el de un trueno.

Desde fuera, se escuchaban fragmentos de voces entre el viento y las olas. Alex vio las bicicletas iluminadas por los focos del coche. Los delataban.

Alcanzó la puerca delantera. Era de estilo acordeón, se cerraba desde el centro durante los momentos de más ajeteo. Ahora estaba cerrada con candado. Miró hacía atrás, podía ver el almacén al fondo de los pasillos por debajo del arco; la luz de una linterna investigaba a través de la puerta abierta. Se agachó y se alejó de Sammy por un pasillo. Tenía cada vez más miedo. No había escapatoria. La tienda no tenía ventanas.

Una silueta detrás de la luz de la linterna ocupó la puerta trasera. Se movía lentamente por el almacén, barriendo las estanterías con el haz de luz, iluminando sacos de Pillsbury y latas de Crisco.

Alex se agachó al final del pasillo para poder salir por cualquiera de los dos lados cuando entrara el intruso. Si el hombre venía por un pasillo, Alex

escaparía por el otro. Tal vez pudiera salir por detrás. Se había olvidado de Sammy...

—Me rindo, señor —dijo Sammy al levantarse en la oscuridad. Entonces, la linterna lo iluminó.

—Sally, he cogido a uno. Un maldito crío, justo lo que pensaba.

—¡Ten cuidado! —gritó una voz femenina. Alex distinguió su figura en la puerta.

—¡Lo siento! Lo siento —se quejó Sammy al acercarse al hombre.

—¿Dónde está el otro? —preguntó.

Alex, a cuatro patas, se colocó detrás del mostrador; así estaba más cerca del arco. Tal vez podría pasar corriendo junto a la mujer. El corazón le apretaba en el pecho. Apenas respiraba. La luz de la linterna exploró la parte superior del mostrador pero él permaneció oculto. Sintió la tentación de arrastrarse hacia una estantería y esconderse pero sabía que acabarían encontrándolo.

El hombre sujetaba la muñeca de Sammy con una mano y la linterna con la otra.

La mujer merodeaba fuera y alternaba las preguntas sobre qué ocurría con advertencias al hombre para que tuviera cuidado.

—Vigila tú a este —dijo el hombre—. Es solo un chico que necesita unos azotes con el cinturón.

De repente, sin previo aviso, el alcohol y el miedo le jugaron una mala pasada al estómago de Alex y le dieron arcadas. La empalagosa comida que acababa de devorar salió disparada de su boca seguida de una tos incontenible. Los sonidos actuaron como un imán. Los pasos se escuchaban más fuertes, la luz se acercaba. Cegó a Alex. Se levantó, se dio la vuelta y echó a correr, desorientado. Chocó contra los expositores. Se estrelló contra una vitrina que atravesó con el pie. El cristal le rasgó el pantalón y le cortó el tobillo.

La luz y el hombre lo perseguían sin descanso. Alex corrió por un pasillo y llegó a un rincón sin salida. Estaba atrapado. Se giró al escuchar los resoplidos. La luz apuntaba a sus ojos con una enorme sombra detrás.

—Pequeño gilipollas —dijo el hombre mientras se le acercaba despacio.

Alex sacó el arma de la cintura, sin pensar.

—No te acerques —amenazó con voz temblorosa.

En ese mismo momento, el revólver le explotó en la mano. Chispas de fuego saltaron de la boca del arma con un estallido ensordecedor en aquel

espacio tan reducido. La linterna salió volando y cayó al suelo, la luz dio vueltas en círculos. El hombre cayó, gritando.

—No me jodas... —dijo claramente.

Se tambaleó sobre una estantería y la volcó, las latas y el pan quedaron esparcidos por el suelo.

El hombre gemía y se retorció.

—¡Phil! ¡Phil! —aulló la mujer, cada vez más estridente. Al no obtener respuesta, se puso a gritar.

Con el revólver aún en la mano, Alex pasó por encima de la estantería caída, tropezándose con varios objetos.

La mujer estaba en la puerta de atrás pero se apartó cuando vio a la pequeña figura correr a toda velocidad hacia ella.

Alex se precipitó a la fresca noche y siguió corriendo en línea recta hacia la playa. Alcanzó la arena y sintió como si le sujetara los tobillos. La mujer seguía gritando en algún lugar detrás de él. No vio a Sammy. Corrió hasta que la arena blanda se endureció cerca del agua. Se cayó dos veces y el pánico se apoderó de sus piernas. La segunda vez, hizo una pausa y lanzó el revólver a las olas espumosas. El arma se hundió sin salpicar y él echó a correr de nuevo. Tenía el océano delante, así que giró a la izquierda manteniéndose sobre la arena dura, al borde de las olas que rompían en sus tobillos ocasionalmente. La playa estaba se extendía varios kilómetros casi desierta, bordeada por alguna casa y la autopista.

Como un sendero sobre el océano, un rayo de luna corría a su lado; las luces con las que se cruzó en dirección contraria quedaban atrás. Se encontraba casi a un kilómetro de distancia cuando la luz roja parpadeante llegó al camino de entrada de la tienda. Los pulmones le ardían y las piernas le dolían. No podía correr más por la playa. Giró en dirección a las luces en movimiento de la autopista y miró de nuevo hacia la tienda en la que se habían reunido ya tres luces rojas parpadeantes.

En el tramo de la autopista al que se acercaba, había una enorme casa vieja con un patio y un perro. El animal empezó a ladrar. Normalmente, un perro habría asustado a Alex, pero en aquel momento no tenía ninguna importancia. Su dilema consistía en cómo cruzar los ocho carriles de autopista sin que lo vieran. Se dejó caer sobre el estómago en la cuesta junto a la carretera, a la espera de un hueco en el tráfico y una disminución del dolor de su costado.

Otra luz roja pasó a toda velocidad por la autopista en dirección a la tienda. Las olas ahogaron la sirena hasta que la luz se acercó.

Era una ambulancia.

La autopista estaba vacía.

Alex se levantó y corrió. Sintió que avanzaba a cámara lenta, como si corriera en un sueño. ¿La autopista no tenía fin? Entonces, llegó al otro lado y gateó entre los arbustos hasta un terraplén por el que se cayó una vez mientras bajaba por el otro lado.

Pozos petroleros se elevaban amenazantes por todas partes, como un bosque, las siluetas de sus bombas se recortaban como pájaros prehistóricos hurgando en la tierra.

Ahora caminaba, impulsado por el instinto ciego de la huida, sin pensar racionalmente en sus problemas sino más bien envuelto por ellos. Se encontraba en un estado de shock mental que lo aislaba de las emociones, aunque destellos de pánico, dolor y horror culpable se filtraban en su mente durante un segundo o dos, pero los descartaba antes de que formaran un pensamiento real. La sensación de esperanzas destrozadas era intensa. ¿Qué le ocurriría ahora? Su maldad iba más allá de lo que podía imaginar.

Mientras caminaba con dificultad hacia el bosque de grúas y pozos petroleros, sentía lo extremo de su aislamiento. Vio de nuevo la figura amenazante tras la linterna y recordó su propio miedo; y luego la explosión, la lengua de fuego, el olor de la pólvora quemada. Durante el resto de su vida, sufriría *flashbacks* y pesadillas. Pensó en la mujer que gritaba y se le cortó la respiración. Le había arrebatado a su amor y él sabía qué significaba estar solo.

El yacimiento petrolífero se encontraba situado sobre unas colinas bajas. Al llegar a la cima de la primera, echó un último vistazo a la autopista. El tráfico avanzaba lentamente frente al grupo de luces concentrado delante de la tienda, y los conductores miraban con curiosidad pero ignorantes de la situación real. Por primera vez, Alex fue consciente de lo solo que está todo el mundo en realidad.

Permaneció allí de pie durante largo rato pero no se movió nada abajo. La brisa marina aumentaba. Sintió un escalofrío repentino y se le puso la piel de gallina. Echó a andar de nuevo, sin destino, con el olor del petróleo y del océano en la nariz y la desesperación en la mente. No debería haberse escapado. Si Dios le mostraba misericordia esta vez, no volvería a hacer nada malo mientras viviera.

No tenía adonde ir así que se dirigió hacia el resplandor de Los Angeles. Iría a la habitación de su padre. Como mínimo, le daría de comer y se podría

duchar antes de que lo entregara. Pensó que quizá esta vez su padre se pondría de su parte, que lo ayudaría a esconderse.

Una hora más tarde, el aire se había vuelto bochornoso y empezó a sudar. De repente, en el cielo vio ondear una luz antes de escuchar un trueno. Ocurrió un par de veces y empezó a lloviznar. Alex se empapó antes de resguardarse en una casa unifamiliar sin terminar. Al amanecer caminaba con la ropa seca pero dura por el barro. Tosía unas flemas verdes y tenía fiebre y escalofríos. Estaba enfermo y volvía a casa con su padre, pasara lo que pasara después. Aún le quedaban los dos dólares en centavos de la caja registradora, así que compraría algo de comer y cogería el autobús al centro de Los Angeles. Desde allí sabía llegar andando a la habitación amueblada.

Se topó con las vías del tren que atravesaban un *barrio*^[1] en las afueras de Santa Ana, un lugar empobrecido de cercas combadas, chuchos y mujeres y niños de piel aceitunada. Las mujeres que tendían ropa en los patios traseros lo miraban en silencio, sin curiosidad ni juicio.

Pasó un tren de pasajeros. Se quedó junto a la vía observando las caras que miraban al exterior.

La zona poblada quedó atrás y ahora se encontraba en medio de naranjales y huertos de aguacates. Desde el cruce de las vías con una carretera sin asfaltar, Alex vio otro supermercado a unos metros. Era una casa reconvertida con carteles en las paredes. Quitó el envoltorio del paquete de centavos y los separó. Las monedas le hundían el bolsillo.

La tienda tenía una puerta con mosquitera y una campana que sonaba al entrar. Una mujer mayor salió de un cuarto trasero. El chico se acercó a la nevera y cogió una botella de leche. Después cogió dos magdalenas empaquetadas y dos chokolatinas. Lo dejó todo en el mostrador y vio que la mujer apartaba la vista rápidamente cuando se dirigía a ella. Se dio cuenta entonces del aspecto que debía de tener, cubierto por toda clase de mugre, desde barro seco hasta espigas. Tenía las manos y la cara grises, cubiertos de una película de polvo.

—Sesenta y cuatro centavos —dijo la mujer.

Alex sacó el montón de centavos y los empujó con el dedo índice mientras los contaba uno a uno.

—¿De dónde has sacado todos esos centavos? —preguntó.

—¿Qué?

—Los centavos. ¿De dónde has sacado tantos?

—Los he ahorrado.

—No te he visto antes por aquí. ¿Dónde vives?

—A un par de kilómetros. —Movi6 un dedo para indicar la direcci6n. Los dientes postizos de la mujer rechinaron al hacer adem6n de hablar pero cambi6 de idea. Registr6 la venta.

Con el desayuno en una bolsa de papel, Alex avanz6 r6pidamente por el camino hacia las v6as, mirando hacia atr6s de vez en cuando. Cre6a haberla visto mirar desde detr6s de la puerta pero no estaba seguro.

Salt6 el muro y camin6 en medio del polvo durante casi un kil6metro en busca de un sitio a la sombra donde comer. El follaje abundaba a ambos lados de las v6as pero era bajo y seco, tan feo como inc6modo. Por fin encontr6 un 6rbol; la tierra estaba fresca a la sombra. Se comi6 las magdalenas y engull6 la leche. Vio un paso elevado a poco m6s de un kil6metro y, de repente, apareci6 un coche patrulla blanco y negro y se detuvo el tiempo suficiente para que ambos ocupantes escudri6naran el entorno. Los arbustos y las sombras escond6an a Alex. La mujer hab6a llamado a la polic6a. Se acercaban. Tir6 la botella de leche sin acabar, rode6 el 6rbol como un rel6mpago y se meti6 entre la maleza. Los arbustos secos eran abundantes, de la familia de los cactus pero sin espinas, aunque con ramas cortantes que le rasgaron la ropa y le ar6naron las manos. Avanz6 con dificultad durante varios metros antes de llegar a una valla y un camino. Un coche de polic6a avanzaba lentamente por el camino. Volvi6 a meterse entre la maleza para que no lo vieran mientras avanzaba hacia el paso a nivel que parec6a encontrarse a unos cincuenta metros. M6s all6, era todo campo abierto reci6n arado o lleno de brotes de remolacha de poca altura.

Pasaron diez minutos (muchos latidos para el perseguido) y se arrastr6 de nuevo hacia el l6mite de la maleza. Apareci6 otro coche de polic6a, ambos parados a unos trescientos metros de distancia entre s6. Un agente estaba fuera, mirando a trav6s de unos prism6ticos. Escuch6 aullar a unos perros. Ech6 a correr a ciegas entre la maleza que lo golpeaba y le ar6naba la cara y las manos. Enseguida le ardieron los pulmones y sinti6 un dolor abrasador en el costado, las piernas le pesaban veinte kilos cada una. Sigui6 corriendo por puro instinto. Gir6 hacia las v6as del tren, donde la maleza era menos densa. Los aullidos no cesaban pero no pudo distinguir si se acercaban o se alejaban. Corri6 sin esperanza pero no se rendir6a.

El final lleg6 cuando encontr6 otro camino polvoriento que cruzaba las v6as. La maleza disminuy6 y vio el coche patrulla y a los dos polic6as con polainas de cuero y sombreros Stetson de ala ancha. No le quedaban fuerzas y no ten6a adonde ir. Estaba rodeado y los perros se escuchaban cada vez m6s cerca.

Se sentó en la tierra, con las piernas cruzadas, y la respiración agitada. Ya no tenía miedo, estaba vacío, vacío de fuerzas y de sentimientos, como una esponja estrujada, completamente seca.

Capítulo 5

Era la primera vez que esposaban a Alex, la primera vez que sentía los golpes de los policías. Lo arrojaron boca abajo contra el suelo, le tiraron de las manos para colocárselas en la espalda y cerraron las esposas. Cualquier persona con un arma despertaba el miedo y la ira de la policía. Un chico de once años podía apretar el gatillo, él lo había demostrado. Lo arrastraron y lo empujaron al coche. No derramó lágrimas, ni de dolor ni de ira. Se negaba a hablar. Lo tiraron boca abajo en el suelo de la parte de atrás y uno se sentó sobre él, con la gruesa suela de crepé apoyada con firmeza en el cuello del chico.

Cuando los tres coches de la comitiva entraron en el aparcamiento trasero de la comisaría donde los carteles rezaban SOLO VEHÍCULOS POLICIALES, lo sacaron de un tirón del pescuezo. Lo llamaron «gamberro» y lo empujaron por una puerta trasera. No tenía miedo pero se dio cuenta de que antes, entre la maleza, ellos sí estaban asustados.

Dentro de la sala principal de la comisaría, abarrotada de escritorios y un mostrador, le hicieron sentarse bajo una de las mesas, en el hueco que ocuparían las rodillas. Nadie le habló pero sí hablaron de él. Se enteró de que el dueño de la tienda era un antiguo agente y todo el cuerpo se tomó de forma muy personal que le hubieran disparado. Estaban furiosos porque Alex no tenía el arma. La víctima estaba viva y se pondría bien.

Doscientos ayudantes del sheriff, policías de carreteras y locales habían participado en la búsqueda. Atraparon a Alex a menos de veinte kilómetros del lugar del crimen.

La comisaría era pequeña, servía al pequeño pueblo de Norwalk, justo en la frontera del condado de Los Angeles. Las tres celdas estaban ocupadas y alguien quería utilizar la mesa.

—¿Dónde lo vamos a meter? —le preguntó un carcelero a un sargento entrecano.

—Mete a ese pequeño gilipollas al fondo. Los de menores vendrán a buscarlo después.

El carcelero le hizo un gesto. Alex salió de debajo de la mesa y siguió al hombre por un corto pasillo, por delante de celdas con barrotes, hasta una puerta de acero macizo. A la altura de los ojos había una ranura que se podía abrir para mirar dentro. El carcelero abrió la puerta, hizo un gesto a Alex para que entrara y cerró. La oscuridad era total pero, segundos después de que cerrara la puerta, pudo ver que tenía menos de metro y medio de ancho y unos dos de largo. Un agujero en la parte de atrás servía como retrete y desprendía un olor nauseabundo; Alex casi vomitó. Se sentó junto a la puerta con la nariz pegada a la rendija para captar el poco aire fresco que entraba.

Los detectives de menores vendrían a por él. Lo enviarían al reformatorio y después al correccional hasta que cumpliera veintiuno. Algunos chicos en varios hogares habían hablado del reformatorio, aunque ninguno de los que habló con él había ido. Sin embargo, bastantes acabarían allí, pues parecía haber una conexión entre casas de acogida, escuelas militares, reformatorios y delincuencia.

Pensó en su padre y se echó a llorar. Recordó cómo en una ocasión le había gritado «Ojalá te hubieras quedado en un condón». Recordó también a su padre llorando, atormentado, cargando con la culpa de las fechorías de Alex. Las lágrimas le hicieron más daño que la rabia y lloraron juntos. Ahora no sabía qué haría su padre, aquello era mucho peor que cualquier cosa que hubiera hecho antes.

La mirilla se abrió de vez en cuando con un rayo de luz, seguida segundos después por un ojo. Por las conversaciones dedujo que estaban fanfarroneando.

En una ocasión, se abrió la puerta y un gordo uniformado con galones de teniente apareció junto al carcelero. La cara porcina del gordo sobresalía del apretado cuello del uniforme con los ojos marmóreos, hostiles. Alex sintió miedo. Había visto ojos furiosos antes pero siempre reflejaban que era un chiquillo. Estos ojos mostraban hostilidad sin adulterar. Alex tembló y la primera sensación de miedo se convirtió en indignación.

—Mírame bien —dijo con su aguda voz de niño.

El desafío sonrojó la cara del gordo, como una bofetada. Recuperó la palidez pero se le llenó la cara de manchas coloradas.

—Pequeño... pedazo de mierda. Solo quería ver a un cerdo menor. Has disparado a un buen hombre.

—Ojalá me lo hubiera cargado —respondió Alex. Lo dijo en serio pero no lo sentía de verdad.

El gordo saltó con una agilidad sorprendente y le lanzó una bofetada que tiró a Alex de culo en la sala oscura. Levantó las piernas preparado para soltar una patada si el hombre se le acercaba, pero el gordo se detuvo en la puerta.

—No lo has matado a él —dijo el gordo—. Pero sí has matado a tu padre.

Alex se rehizo y se sentó, seguro de lo que había escuchado pero sin poder creerlo.

—Te lo debía decir un cura —continuó el gordo saboreando el momento — en cuanto supieran si eras católico, protestante o judío. Pero tu padre está muerto.

—¡Mentira! ¡Puto mentiroso!

—Iba conduciendo para ayudarnos a buscarte y se metió debajo de un camión en mitad de la niebla.

—¡Mentiroso! ¡Mentiroso! —Alex negó lo que al mismo tiempo sabía que era verdad y no alcanzaba a comprender.

—Trae el periódico de la mesa —le dijo el gordo al carcelero, que tenía la cara pálida y arrugada, incómodo.

El carcelero miró a Alex y, con lágrimas en los ojos, asintió. Después, le habló al otro hombre.

—Es solo un niño, un maldito niño, y tú...

—Es un criminal.

El aullido de total desesperación de Alex puso punto y final a la conversación. Su mente se cegó. No era consciente de la oscuridad que lo rodeó al cerrarse la puerta. Se abandonó al llanto que le arañaba la garganta. La muerte quedaba fuera de su comprensión, pero ya era suficiente que no fuera a ver nunca más a Clem. El dolor invadió todo su ser. Empezó a mecerse de adelante hacia atrás. Se golpeó la frente con la puerta de acero, al principio por accidente pero, después, la angustia era tal que quería sentir el dolor, así que empezó a golpear la frente contra el acero con la intención de perder el conocimiento, sin dejar de llorar.

Los detectives de menores llegaron por la tarde: eran un par de irlandeses con la expresión enrojecida por el alcohol, aliento a desodorante bucal y mandíbulas afeitadas a navaja con olor a *aftershave*. Hacían juego entre sí.

—Vamos, chico —dijo uno de ellos cuando se abrió la puerta de acero derramando luz al interior—. Tenemos que llevarte al centro y después al

reformatorio. ¿Quién te ha metido aquí? —El detective señaló el agujero.

Alex ignoró la pregunta. Escuchó lo que le decía pero las palabras no significaban nada que le importara.

El detective sabía que le habían contado al chico lo sucedido a su padre, pero el enorme irlandés no sabía qué decir. Aquello escapaba del reino del trabajo policial. El muchacho había disparado a un hombre y lo había dejado casi paralizado. Hubo un tiempo en el que el detective se entristecía por los chicos descarriados, pero había visto a demasiados pasar de la delincuencia a los crímenes serios, del reformatorio a la cárcel. Ahora ya sabía que no podía pedirle peras al olmo.

—Vamos, chaval, hay que ponerse en marcha.

A Alex no le importaba absolutamente nada. El tono del hombre indicaba que lo sacarían a rastras si era necesario, pero a Alex tampoco le importaba eso. Aun así, se levantó y salió. Aparecieron las esposas con un «clic» al abrirse.

—¿A la espalda? —preguntó el segundo detective con las esposas listas.

—No, no nos va a montar ninguna historia, ¿verdad, chico?

Alex no dijo nada. Lo esposaron por delante. Los detectives se mostraron rápidos y se colocaron uno a cada lado mientras el carcelero los acompañaba fuera.

Los ojos de Alex sufrieron con la luz blanca del sol sobre el cemento. Parpadeaba mientras los dos hombres lo llevaban por los codos a toda prisa por las escaleras, hasta una zona en la que no se podía aparcar; no podía creer que la multitud que esperaba se hubiera reunido por él. Había casi una decena de periodistas y cámaras, estos últimos reculaban sin dejar de disparar. Los periodistas se acercaron tanto como los detectives les permitieron e intentaron preguntar: «¿Dónde estaba su madre? ¿Cómo se sentía? ¿Dónde estaba el arma?».

El grupo llegó al coche y lo empujaron para que entrara en el asiento de atrás mientras un detective se sentaba a su lado y el otro corría al asiento del conductor. Los cámaras lo fotografiaron a través del cristal.

El coche se alejó dando bandazos.

—Nunca había visto tanto revuelo por un crío —comentó uno de los detectives.

—Es una historia de gran interés humano.

El coche avanzaba rápido entre el escaso tráfico hasta que llegaron a una autopista de dos carriles.

El detective del asiento de atrás bajó la vista al chico que miraba sin ver hacia adelante, con los ojos a la altura del asiento delantero.

—Primero, al ayuntamiento —dijo el conductor—. Después, ¿al reformatorio?

—Ese es el programa.

Alex ni siquiera movió los ojos.

—Quieren hablar contigo en la oficina del fiscal del distrito, Alex —dijo el detective del asiento de atrás.

Alex no respondió. El detective se encogió de hombros y rebuscó en el bolsillo un paquete de cigarrillos.

El interrogatorio en la oficina del fiscal fue breve. Un joven ambicioso, radiante tras sus gafas de carey, estaba sentado a su mesa con las piernas colgando, e intentó interrogar a Alex con la creencia de que cualquier muchacho de once años escupiría sin parar todo lo que había sucedido y, sin duda, les contaría dónde estaba el arma. En realidad, sin una declaración no tenían caso. No se habían encontrado huellas que lo identificaran. La víctima y su mujer no podían identificar a Alex. No habían visto más que sombras. Según la ley de California, Alex no podía ser declarado culpable únicamente con la declaración de Sammy, ya que este era un cómplice y como tal debía corroborarse su declaración con algo independiente: una confesión, el arma desaparecida, algo... La sonrisa contagiosa del ayudante del fiscal y su actitud al hablarle de hombre a hombre se transformaron en una preocupación sudorosa cuando Alex permaneció sentado en silencio ante las muestras de compasión, los halagos y, finalmente, las amenazas.

—Por favor, ayúdanos a encontrar esa pistola antes de que alguien más salga herido. No querrás que eso pase, ¿verdad? Sabemos que estabas asustado, que no querías hacerle daño al hombre...

Los ojos avellana de Alex miraban al espacio sin ver nada. No abrió la boca excepto para comerse una hamburguesa y beberse una Coca Cola. El soborno no surtió efecto y, exasperado, el ayudante del fiscal del distrito tiró el vaso vacío de un golpe esparciendo el hielo por la sala.

Tras la impasividad, la culpa se apoderó de los pensamientos de Alex. Vio a su padre desaparecer en la tierra, era lo único que podía ver.

—Sacadlo de aquí —dijo el ayudante del fiscal—. Conseguiré una orden para un examen psicológico. Creo que está chalado.

La puerta principal del reformatorio parecía inocente pero en realidad era inexpugnable con cualquier cosa que no fuera un bazuca. Se abría solo con un timbre eléctrico desde el interior de una caseta de cristal.

El detective le dio sus papeles a la recepcionista. La recepción era amplia, con bancos oscuros de respaldo duro a lo largo de una pared verde claro de la que colgaban láminas de Norman Rockwell que reproducían estampas americanas. Las láminas y las cortinas que cubrían las ventanas tapadas con tela metálica eran la única decoración. La ventanilla de control medio acristalada, con vista periscópica del exterior, tenía un tablón informativo de unos dos metros, negro, con letras y números móviles blancos que llevaban el recuento de la unidad y también del total: 476 hombres, 53 mujeres. Ahora el número aumentaría en cuatro. Una chica negra con un embarazo avanzado y el pelo peinado hacia un lado estaba sentada en uno de los bancos, llorando. Dos adolescentes mexicanos con vaqueros sucios y polos granate abrochados hasta arriba estaban en el otro banco. Ambos iban peinados con tupé y cola de pato. Cuando Alex empezó a llenarse la melena de gomina para peinárselo con cola de pato, Clem lo llevó inmediatamente a que le cortaran el pelo. «No queremos *pachucos* en esta familia», le dijo.

La recepcionista pulsó el botón del interfono e informó al otro lado de que tres hombres estaban esperando. Minutos después, entró una enorme mujer negra que barrió la sala con la mirada. Medía casi dos metros pero sus proporciones eran perfectas. Llevaba el pelo natural, algo poco común en 1943. El uniforme blanco que vestía indicaba que era enfermera.

—Siento haberos hecho esperar —dijo—. Nosotros también paramos para comer.

Cogió los papeles de recepción y los agitó mirando a los chicos para indicarles que siguieran sus largos pasos por el pasillo hasta una gran sala que servía como enfermería y como almacén de ropa. Un rincón estaba lleno de cajas de cartón. Señaló las cajas.

—Coged una y meted vuestra ropa, excepto los zapatos. La lavarán para cuando salgáis. —Pasó junto a Alex y vio su cara apenada—. Alegra esa cara, ojos bonitos. No puede ser tan malo.

Esas sencillas palabras lo conmovieron, le sacaron una sonrisa, pero luego le dieron ganas de llorar. Intentaba ayudarlo pero no sabía...

Fueron a una ducha común con tres grifos. La parte delantera era una pared embaldosada que llegaba a la altura de los hombros para poder verlos manteniendo su privacidad. La enfermera se acercó a una mesa al otro lado de

la sala y empezó a rellenar formularios. Pronunció el nombre de Alex. Se sentía tan bien bajo el agua que se avergonzó.

—¿Cuál es tu fecha de nacimiento, Hammond? —le preguntó.

—El diez de marzo de 1932 —respondió.

Estaba inclinada sobre la mesa, por lo que el culo sobresalía. Le hizo las preguntas de rutina sobre su historial médico: paperas, sarampión, etc. Respondió sin pensar, ajeno a los mexicanos mayores que él que estaban a su lado. Hablaban en español, entre susurros.

Entonces, una mano le dio en el culo. Alex se enderezó de golpe y se dio la vuelta, no entendía las sonrisas que se encontró, muecas retorcidas tras ojos malvados. La homosexualidad existía en algunas de las escuelas militares por las que había pasado, pero no había tenido ninguna experiencia relacionada con el tema.

Sin embargo, una preocupación previa no había sido necesaria. El mexicano de aspecto resentido mostraba el principio de una erección que sobresalía de una sombra de vello.

—Tócala —le dijo, refiriéndose al pene, medio entre risas.

La enfermera no les prestaba atención. La pared escondía la zona de las duchas. Alex se sintió repugnado. Negó con la cabeza.

—Será mejor que lo hagas... si sabes lo que te conviene. —Bajó la mirada al pene para reforzar sus palabras. El otro mexicano había salido de debajo del agua y se encontraba junto a Alex. Sus posturas inspiraban amenazas violentas. Alex estaba desconcertado, no les había hecho nada. Negó con la cabeza, sonrió para mostrar que iba de buenas y volvió a su ducha para aclararse rápidamente el jabón marrón de lavandería que le quemaba la piel.

Se estaban secando cuando la enfermera salió de la sala. Alex ya había olvidado el episodio momentáneo de la ducha, así que ni se esperaba ni vio el puñetazo. Fue como un fogonazo de dolor, explosiones de luz en los ojos. Sintió como los pies se le despegaban del suelo mojado y caía de culo sobre las baldosas, golpeándose con la cabeza en la pared.

Se quedó sentado en el suelo, desnudo, con una mano en la boca y la sangre manando de entre los dedos. «Mi padre acaba de morir y no me dejan en paz», pensó.

—No nos delates —dijo un mexicano entre dientes.

Alex frunció el ceño, nunca se le habría pasado por la cabeza chivarse. Los valores de los chicos de internados incluían esa norma, aunque a veces los más pequeños la ignoraban.

Pero notaba cómo la ira crecía en él. Levantó la mano ensangrentada.

—Di que te has caído —dijo uno de los mexicanos.

—¿Por qué me has pegado? —preguntó Alex—. No os he hecho nada.

—Para enseñarte.

—¿Enseñarme el qué?

—Lo que querías, que te pateáramos el culo.

Alex se levantó como una exhalación, sorprendiéndolos para que no se movieran. Se pusieron tensos ante un posible ataque directo pero, en vez de eso, saltó hasta una estantería donde descansaban botes de solución salina. Cogió uno, se giró y lanzó la botella tras balancearla. La distancia era de tan solo un metro, pero había anunciado el ataque y el mexicano se agachó, así que el pesado proyectil falló por unos centímetros y se rompió en pedazos contra una pared. Alex cogió otro.

—Tío, cálmate... Vas a conseguir que nos trinquen.

Los chicos mayores se separaron, entre cautelosos y asustados, listos para agacharse. Alex fingió un lanzamiento, el mexicano se agachó y entonces Alex soltó el proyectil. Volvió a fallar pero corrió hasta la mesa y cogió un abrecartas.

La puerta se abrió de golpe y la enfermera entró corriendo con dos hombres de camisa azul y pantalones grises a su espalda. Los enormes llaveros que cargaban repiqueteaban al moverse. Un hombre rodeó a Alex con los brazos, lo levantó en el aire y lo apartó.

—Chico, maldita sea —dijo el hombre—. Deja ya toda esta mierda.

El segundo hombre se interpuso entre Alex y los mexicanos con los brazos extendidos para contenerlos, pero no fue necesario.

—Sácalo de aquí —dijo la enfermera haciendo un gesto con la cabeza hacia Alex. La sangre le goteaba de la nariz al pecho. Sin soltarlo, el hombre lo sacó de la sala. Alex quería llorar, mortificado.

Veinte minutos después ya no sangraba y vestía unos pantalones chinos verdes descoloridos y sin planchar. Las mangas de la camisa le llegaban a las puntas de los dedos, y llevaba los pantalones remangados por los tobillos y por la cintura. El hombre y la enfermera le preguntaron qué había ocurrido, pero se limitó a dejar caer la cabeza y apretar los labios. Sabían que no había comenzado la pelea porque se encontraba en desventaja por la diferencia de tamaño, edad y número. Los hombres querían encerrarlos a los tres en «aislamiento», pero la enfermera hizo jurar a ambas partes que la pelea había terminado y decidió dejar correr el asunto. Tenía un cargo superior al de los dos hombres.

—Puede irse —dijo la enfermera mientras le daba un golpecito en la cabeza—. Tómatelo con calma. —Le sonrió, sus dientes blancos contrastaban con su piel caoba.

Uno de los hombres ya había desaparecido; el otro, sentado sobre una mesa, se levantó y le hizo un gesto a Alex.

—Es hora de irse a la cama —le dijo.

Aún temblando ligeramente, sin energías después de la pelea, Alex siguió al hombre. Le daba miedo aquel lugar, había oído historias terribles en las escuelas militares y en los internados. Era la amenaza que siempre utilizaban las cuidadoras. El hombre lo llevó por unas escaleras cerradas, a lo largo de un estrecho pasillo donde las paredes de cemento brillaban débilmente por el ligero esmalte y, después, a través de una puerta de acero que el hombre abrió con una enorme llave. Se cerró con un gran estruendo y se encontraron en otro pasillo, más ancho. El suelo de conglomerado estaba encerado, las paredes esmaltadas de verde, inmaculadas, y el pasillo parecía extenderse hasta el infinito, aunque en realidad solo tenía unos cien metros más o menos. La luz era tenue y los tacones de cuero de su escolta resonaban en el silencio. Pasaron por delante de una enfermera sentada en una mesa en un hueco del pasillo. Levantó la vista para mirarlos sin expresión. Llegaron a una puerta de barrotes, como un enrejado, que daba a otro pasillo en forma de T. En la unión, había otra mesa, con una lámpara de sobremesa colocada a un lado para que el rayo de luz diera sobre el registro verde sin dejar ver la cara del hombre sentado.

—Parece que esta vez nos ha llegado un bebé —dijo el hombre sin rostro.

—Sí, muy joven —respondió el escolta de Alex al darle una hoja de papel—. Pero no demasiado joven para disparar un arma, ni para pelearse. Ya ha tenido una con un par de mexicanos en Ingresos. Llegarán enseguida. Será mejor que los pongas en un dormitorio diferente.

El hombre de detrás de la mesa refunfuñó, estaba leyendo el papel.

—Intento de asesinato —dijo, y bufó en tono de desprecio—. Joder, ya nunca son demasiado jóvenes.

Hizo un ruido como si sorbiera con los dientes mientras abría una carpeta deshecha llena de hojas sueltas y metía el papel en orden alfabético entre otros cincuenta similares. Cada hoja constituía el registro de un chico. El hombre abrió un cajón y empujó una bolsa de papel marrón sobre la mesa. Estaba grapada en la parte superior.

—Cógela —le dijo a Alex—. Es un peine, un cepillo de dientes y... Pero tú no necesitarás las hojas de afeitar.

—¿Te encargas tú? —preguntó el escolta—. Es mi hora de cenar.

—Puedes irte. Lo meteré en la cama en un minuto.

La puerta se cerró sonoramente tras el escolta, el sonido de sus pasos se debilitaba mientras Alex esperaba. El hombre de detrás de la mesa giró la silla y observó un tablón enorme que cubría la pared. Tenía espacios para etiquetas agrupados según los dormitorios; la mayoría de los huecos estaban ocupados. El hombre escribió el nombre de Alex en una etiqueta y la colocó en un espacio vacío.

—Vamos, Hammond —dijo el hombre al desenrollar sus piernas de debajo de la mesa.

Sorprendió al chico con sus más de dos metros de estatura. Cogió una linterna de un cajón y condujo a Alex a través de un vestíbulo. La puerta del dormitorio era un marco de pesada tela metálica. El hombre utilizó la linterna para encontrar el ojo de la cerradura.

—La tercera cama de la izquierda —le dijo antes de cerrar la puerta detrás de Alex, sin esperar para comprobar si el chico la encontraba.

A lo largo de cada pared había diez camas, un foco en el exterior iluminaba los montículos cubiertos por las mantas. Las barras de las ventanas cortaban la luz en rectángulos alargados.

Alex se sorprendió al encontrar una cama de hospital, se esperaba un catre. Se desnudó rápidamente. Había un perchero de hospital entre cada cama, pero no sabía cuál pertenecía a la suya, así que dejó la ropa gigantesca en el suelo y se metió rápidamente debajo de las sábanas. Se sentía expuesto y no quería que nadie se despertara y le preguntara. Las sábanas frescas y limpias le hicieron sentir sorprendentemente bien y recordó la noche anterior, temblando y mojado en la casa junto a las vías del tren. De ese recuerdo surgió la imagen del hombre abalanzándose sobre él y el colmillo de fuego saliendo despedido de su propia mano. Entonces, de repente, y siempre como telón de fondo, la punzante verdad de que su padre había muerto. No tenía ningún recuerdo visual ni ninguna imagen, pero ese hecho lo ahogó en una angustia total. Todo lo que tenía, la única persona, se había marchado para siempre. Gritarle a Dios resultaba inútil. La muerte era algo tan misterioso para Alex como para el resto del mundo, aunque menos aterrador debido a su edad, pero era lo suficientemente mayor como para saber que su padre estaría enterrado bajo tierra para siempre. Y Alex se sintió responsable, no solamente por disparar al hombre del supermercado sino también, incluso peor, por haber deseado la muerte de Clem en momentos de furia desatada. Entonces no era más que una palabra, «muerto», pero ahora la realidad lo condenaba.

Tembló con sollozos sofocados, quería expulsar el dolor a través de un llanto largo, ruidoso y agotador. En vez de eso, se mordió el labio mientras ríos de lágrimas le recorrían las mejillas. No podía dejarse ir, despertaría a los demás y serían testigos de su tormento. Los niños eran crueles con los que lloraban, y aquellos serían más insensibles que la mayoría. Se quedó mirando a las ventanas iluminadas, a los barrotes, y tembló en silencio. Estaba rígido, conteniéndose, pero finalmente el agotamiento acumulado de casi dos noches sin dormir venció a todo lo demás y cayó en un sueño agitado, lanzando gemidos que no inquietaron a nadie.

Capítulo 6

Las luces se encendieron cuando aún estaba oscuro afuera. El fuerte resplandor quemó los párpados de Alex y lo despertó de un sobresalto mientras en sus oídos resonaba el ruido del metal contra el metal. Un hombre aporreaba el marco de la puerta con una llave enorme.

—Toque de diana. ¡Toque de diana! ¡Venga, arriba!

Los chicos se estaban levantando, algunos con entusiasmo, otros con indolencia. Alex se apoyó sobre los codos y miró a su alrededor, con los ojos arenosos, sintiéndose fuera de lugar pero no asustado. Más de la mitad de los chicos eran negros o chicanos; los más jóvenes tenían más o menos su edad (solo un par de ellos) mientras que los otros tenían entre catorce y quince años. Apenas hablaban. Todo el mundo ignoraba a los demás. No había parloteos ni tonterías, a diferencia de otros lugares en los que había estado.

—Será mejor que te des prisa —le aconsejó una voz.

Alex se giró y vio la cara pecosa de tono amarillo pálido de un chico negro. Su expresión tenía un aspecto marchito y el pelo afro le sobresalía de la cabeza en una explosión de cientos de muelles de reloj diminutos. El pálido chico negro se puso a tirar de las sábanas para hacer la cama con poca destreza. Era algo en lo que obviamente carecía de experiencia.

Alex se levantó, se vistió y se incorporó a las prisas. Estiró las sábanas y formó cuadrados perfectos en las esquinas como le habían enseñado en la escuela militar. Algunos de los otros chicos sabían hacerlo, pero muchos se manejaban torpemente y daban tirones; algunos intentaron estirar las mantas arrugadas a golpes sin estirar antes las sábanas de debajo.

—Jo... jo... joder —repetía el chico negro pecoso, exasperado, en frases entrecortadas, moviendo la cabeza al mismo tiempo para dar énfasis.

Chocó contra Alex entre las camas y se giró con los labios fruncidos, en un gesto belicoso. Entonces, vio la cama perfecta de Alex.

—Tío, ¿has estado aquí antes? —le preguntó.

Alex negó con la cabeza.

—¿Cómo coño has hecho la cama tan bien?

—Te ayudaré.

Alex lo ayudó; tiró fuertemente de las sábanas para quitar las arrugas mientras el chico negro ladeaba la cabeza y parpadeaba, enfadado porque Alex pudiera hacer algo que a él le resultaba tan frustrante.

La llave volvió a golpear la puerta desencadenando una nueva oleada de actividad entre los chicos. Todos tomaron posiciones junto a los pies de sus camas, con los brazos cruzados. Alex siguió su ejemplo.

El hombre de la puerta, de corta estatura y cojo, vestido con un jersey barato e informe, ahora acechaba avanzando por el pasillo. Cuando alguna cama no se ajustaba a sus criterios, cogía la ropa de cama y la tiraba al suelo. No dijo nada hasta que llegó a la cama del chico negro pecoso. El hombre sonrió tristemente dejando ver sus dientes amarillos.

—Parece que has aprendido, ¿no, Chester? Imagino que querrás ir a desayunar.

—Ya ves —respondió el chico, sonriente.

—¿Qué te parece tan divertido, Chester?

La cara del chico perdió la expresión inmediatamente.

—Nada, señor Barnes.

El señor Barnes refunfuñó, volvió acechante hacia la puerta y la aporreó con la llave. Los chicos que habían pasado la inspección formaron una fila delante de él. Los demás tenían que quedarse.

Los que iban a desayunar marcharon en una fila de dos por el largo pasillo de la noche anterior. La pareja que iba a la cabeza se detuvo en lugares convenidos para que la columna y el hombre cojo no se desordenaran. A los veinte chicos del dormitorio de Alex se unieron los miembros de otros dos dormitorios para sumar un total de sesenta chicos. Alex vio a los dos mexicanos con los que se había peleado, pero ellos lo ignoraron. Se requería un absoluto silencio, los chicos además debían caminar con los brazos cruzados sobre el pecho para evitar que agarraran el culo de otro. Tres chicos mayores se pavoneaban junto a la columna, cada uno con un pañuelo azul doblado en un rectángulo y sujeto sobre el hombro como señal de autoridad. Eran «monitores» y cada uno pertenecía a una raza diferente. Un mexicano delgado con el pelo rizado empezó a susurrarle algo a otro chico. Un monitor negro lo vio, se acercó hasta él y le dio una patada en el culo, la suela de la bota contra la carne blanda. La víctima se arqueó en un gesto más de humillación que de dolor. Alex se sonrojó, compasivo. El señor Barnes vio la

patada y no dijo nada. La compañía estaba parada cuando ocurrió y se limitó a hacerles un gesto para que avanzaran.

El silencio reinaba también en el comedor. Diez chicos se sentaban a cada mesa presidida por un monitor. El monitor llenaba los boles con avena y luego repetía la operación con leche. Utilizó el azucarero primero y después vigiló para que nadie se pusiera más de lo que le tocaba.

Mientras desayunaban, los ojos de Alex deambulaban furtivos por las caras de los demás, todas absortas en engullir la comida sencilla pero sana: avena, pan, ciruelas y leche. Excepto por las numerosas caras aceitunadas y negras, no eran diferentes de las caras que había visto en las escuelas militares y otros lugares en los que había estado. Esperaba que fueran... diferentes. No recordaba los detalles pero sí las historias sobre el reformatorio. Todas aterradoras. Esperaba chicos duros y caras que lo reflejaran. Se sintió menos fuera de lugar de lo que había imaginado. Nadie le prestaba atención, y ese era un motivo, pero también lo era que los otros lugares, en su ambiente reglamentado, lo habían preparado de algún modo para esto. Se dio cuenta de que la mayoría de los blancos y chicanos iban peinados con colas de pato que brillaban por la gomina y vio que algunos chicos envolvían la margarina blanca en trozos de papel y se la metían en los bolsillos de la camisa.

Cuando volvieron por el pasillo, se dirigieron a una enorme sala con bancos de madera de respaldo rígido y suelo encerado. Los bancos estaban cubiertos de nombres grabados en la blanda madera de pino para que las sucesivas capas de laca no los borrarán. Aprendió que las bandas de Los Angeles tomaban sus nombres de las calles de los barrios o de algún punto de referencia: Chapo de Temple (calle), Alfie de Forence (calle), Topo de Dogtown (perrera), Sonny de Hazard (parque).

Los chicos se sentaron en silencio, con los brazos cruzados, excepto los monitores. Ellos se sentaron cómodamente en un rincón en la parte delantera de la sala a jugar al Monopoly, aunque no levantaban demasiado la voz. El señor Barnes se sentó en una silla apoyada contra la pared junto a la puerta, con una carpeta en la mano. Asintió en un gesto afirmativo cuando un chico le pidió ir al baño. Para pedir permiso, debían levantar la mano con un dedo estirado para orinar, dos para defecar y tres para ir a beber agua. Solo podía salir uno cada vez, así que, cuando el chico volvió, se levantaron seis manos más.

Un chico que Alex creía mexicano, excepto por los ojos rasgados, pasaba el rato haciendo burbujas en la punta de la lengua que después soplaba. Ninguna duraba más de unos segundos pero aquello fascinaba a Alex, que

trató de imitarlo inútilmente, incapaz de crear una burbuja, y mucho menos de lanzarla.

Media hora después, la compañía caminó atropelladamente hasta el exterior. El reformatorio era más grande de lo que Alex había imaginado, más grande que cualquier escuela militar en las que había estado. Los edificios, de ladrillo o cemento pintado y la mayoría de dos pisos, le tapaban la visión hasta casi un kilómetro de distancia. Otras columnas de chicos salían de los edificios y parecían agrupadas según la edad. El grupo más joven lo formaban chicos de siete u ocho años y vestían petos, mientras que los más mayores tenían dieciséis o diecisiete y vestían pantalones chinos. La compañía marchaba por un camino junto a una pared de más de cuatro metros coronada por alambre de espino. Alex levantó la vista y el peso del encarcelamiento aplastó su joven mente.

Al otro lado de unos ciento cincuenta metros de césped, rodeado por pimenteros, había un único edificio del que salió un grupo de chicas con vestidos vaqueros. Alex se sorprendió. ¿Cómo podían las chicas quebrantar la ley?

Las compañías se reunieron en una plaza pavimentada fuera del edificio de la escuela y realizaron el ritual de izar la bandera y jurar lealtad. Solo el grupo de profesores agrupados cerca de la puerta parecían sinceros. La mayoría de los chicos observaban en silencio.

Cuando el ritual terminó, las compañías se disolvieron para formar pequeños grupos alrededor de cada profesor. Quedaban cinco recién llegados, entre ellos Alex y los dos mexicanos con los que se había peleado. Un hombre mayor y delgado, vestido con un traje negro raído, unos quevedos de alambre y un audífono, se les acercó. Conocía a uno de los mexicanos.

—¿Otra vez aquí, Cisneros? ¿Qué ha sido esta vez? Te estás haciendo un poco mayor para las bicicletas.

El chicano, un chico de trece años con pómulos indios y el pelo negro como el azabache que sobresalía como las púas de un puercoespín (excepto la cola de pato), sonrió amablemente dejando ver sus dientes perfectamente colocados.

—No, esta vez me pillaron con un coche robado.

—Me alegro de ver que vas ascendiendo. No te preocupes, llegarás a lo más alto, igual que tu hermano. ¿Me dijiste que estaba en San Quintín?

—Salió la semana pasada. Te manda recuerdos.

—Cómo sabía... Quiero decir, llegaste anoche.

—Vino a la comisaría ayer.

—Vaya... Vale, ve a la clase de la señora Glantz. No te has vuelto más listo en tres meses, ¿no?

Cisneros, aún sonriendo, negó con la cabeza.

—Seguramente ni te has acercado a un colegio —añadió el hombre con un tinte irónico en la voz.

No conocía al segundo mexicano, de piel clara y ojos verdes.

—Apuesto a que te llaman *huero* —comentó.

El chico asintió pero no sonrió. No se encontraba cómodo.

—¿En qué curso estás?

—En primero de secundaria.

—Deletrea «personal».

La cara del chico, ya inexpresiva, se quedó totalmente en blanco.

—Ve a la clase del señor Beck. —Señaló a un grupo de chicos de doce años sentados alrededor de un hombre rechoncho, vestido con una chaqueta de tweed con coderas y con una pipa apretada entre los dientes, un hombre que representaba la quintaesencia del vestir de los pedagogos rurales.

Cuando Alex afirmó que estaba en el último año de primaria, el hombre del traje negro y ojos legñosos lo miró con recelo.

—Deletrea «observación» —dijo.

Alex la deletreó. Desde los ocho años había ganado siempre los concursos de ortografía.

—¿Qué categorías gramaticales se requieren para formar una frase completa?

—Un sujeto y un predicado.

—Estoy seguro de que hasta sabes leer —comentó el hombre, de nuevo con un tono irónico.

Como Alex no respondía, el hombre hizo un gesto señalando al lugar en el que Cisneros se reunía con una profesora.

—Tú también puedes ir con la señora Glantz.

Un grupo de chicos medio desperdigados se agrupaban en torno a una mujer de unos cuarenta que apestaba a perfume, con la cara cubierta de capas de maquillaje que casi disimulaban los cráteres del acné. Su ropa era todo pelusas y volantes. Les hizo formar la inevitable doble columna, los contó y los llevó al interior del edificio, escaleras arriba.

Alex se encontraba ahora justo en frente de Cisneros; era muy consciente de la proximidad del chico mayor, casi como si se tocaran.

La columna se detuvo mientras la señora Glantz buscaba la llave.

—Hola, gringo —dijo la voz detrás de él, despacio pero con claridad.

Le dieron un par de golpecitos en la espalda con un dedo. Se giró, cauteloso, preguntándose si se iban a pelear.

—Siento que te jodiéramos, *ese*. Tienes muchos huevos para ser un gringo. Me llamo Lulu.

La marea de cuerpos cuando se abrió la puerta cortó la conversación, aunque Alex tampoco sabía qué decir. Aún desconfiaba.

La señora Glantz no hizo ningún intento de enseñar. Casi todos los chicos se habían criado en los barrios bajos y sentían aversión hacia la escuela. No querían aprender. Leer libros no tenía ningún valor en sus vidas. La señora Glantz se contentaba si no se peleaban ni saboteaban el aula. Algunos montaban puzzles mientras que otros recortaban fotos de una revista para crear un *collage* que al final cubriría una pared. Otros ojeaban revistas de todo tipo que cogían de enormes cajas de cartón. No las leían, solo miraban las fotos y buscaban los chistes. Incluso si la clase hubiera querido aprender, resultaba imposible desarrollar un plan de estudios continuado puesto que ninguno de ellos se quedaría en el reformatorio más de dos meses. De hecho, la señora Glantz veía a tantos chicos entrar y salir que ni siquiera se molestaba en aprenderse los nombres. Al percatarse de que Alex esperaba de pie respetuosamente delante de ella, se dio cuenta de que era un recién llegado. Le dijo que buscara algo con lo que entretenerse.

Lulu estaba en una mesa al fondo con una pila de libros delante de él. Alex pasó cerca de él con la esperanza de captar su atención, pero Lulu estaba absorto escribiendo con muchas florituras su nombre, lulu de temple, en las páginas en blanco del principio y del final y en los espacios vacíos donde acababan los capítulos. Escribía sin cesar, una y otra vez.

Alex cogió varias revistas *Life* y se escurrió en una mesa cerca de Lulu, con la esperanza de que no lo vieran, y enseguida se perdió en las palabras y en las fotografías, sobre todo de la guerra.

A media mañana, la clase salió al campo de softball para el largo recreo. Lulu y un musculoso chico negro eran los encargados de elegir equipos. Alex, más joven y más pequeño que los demás, pero de aspecto más atlético a un chico rubio muy gordo de orejas blandas, fue elegido el penúltimo por el chico negro.

Antes de que pudiera saltar al campo, la señora Glantz gritó su nombre ya que no sabía quién era de vista. Estaba en un banco y, a su lado, había un monitor con el pañuelo azul en el hombro.

—Ve con él —dijo la señora Glantz—. La doctora Noble quiere verte.

Alex siguió al chico mayor hacia el edificio de dirección, que también estaba dedicado a los ingresos y al hospital.

—¿Quién es la doctora Noble? —preguntó.

—Es la persona a la que te envían cuando creen que estás loco.

Alex se sonrojó, insultado. El monitor tenía catorce años, demasiado grande para que Alex se enfrentara a él, así que se tragó su réplica, resentido. De hecho, el propio Alex a menudo se preguntaba si estaba loco; sin duda hacía cosas diferentes al resto de los chicos.

El monitor lo dejó esperando en uno de los bancos del vestíbulo del segundo piso. De una puerta abierta se filtraba la música de una radio, *boogie* y *swing*. Hacía poco que había empezado a escuchar música, y se había dado cuenta de que en la mayoría de ocasiones le hacía sentirse bien. Esta vez, ocupó su mente para pasar el tiempo.

Una chica no mucho mayor que Alex pasó por allí, acompañada por una enfermera. La chica arrastraba los pies enfundados en unas zapatillas de lona, llevaba el camión terso por delante debido al avanzado embarazo. Alex se sorprendió de que una chica tan joven pudiera tener un niño. Ella misma era prácticamente una niña.

Una cabeza de pelo gris recogido en un moño apareció por la puerta de una oficina.

—Alex Hammond —dijo la mujer.

—Sí, señora.

—Ya puedes pasar.

Cuando Alex entró en la sala, lo primero que vio fueron los libros. Una estantería cubría una pared del techo al suelo y otros se amontonaban sobre una mesa de máquina de escribir. Había más apilados en el suelo, al lado de la mesa. Después, miró a la mesa con el enorme ventanal detrás. Las cortinas estaban medio abiertas, dejando los barrotes a la vista, y, más allá, los tejados de las casas al otro lado de la calle.

La mujer menuda vestía un traje azul claro, cuya sobriedad rompía el suave encaje de la camisa que sobresalía del pecho. Llevaba sus más de cuarenta años con gracia. Sus ojos eran atentos y cálidos, y su boca parecía dibujar una sonrisa incluso en reposo.

—Soy la doctora Noble —dijo, ofreciéndole la mano.

Alex se sonrojó al estrecharla. Muy pocas veces le había estrechado la mano a un adulto.

—Siéntate —le dijo, y esperó a que lo hiciera antes de sentarse ella al otro lado de la mesa—. Espero que no te importe responder a unas preguntas. Es

un procedimiento rutinario cuando se ha acusado a un chico de un comportamiento violento.

—Vale.

—¿Sabes qué fecha es hoy?

—Veintitrés de septiembre de 1943.

—¿Quién es el presidente de los Estados Unidos?

—Franklin Delano Roosevelt.

La doctora Noble anotó algo en un formulario, dejó el lápiz amarillo y levantó la vista.

—Bien. Voy a decirte un refrán y tú me dices qué significa. ¿Vale?

—Vale.

—¿Qué quiero decir cuando digo «Piedra que rueda no cría musgo»?

—Supongo que significa que si quieres tener cosas como una familia o una casa, tienes que quedarte en un sitio.

—Muy bien, Alex. Otro. ¿Qué significa «Ver la paja en el ojo ajeno»?

—Significa que no hay que criticar a la gente a menos que seas tan perfecto que nadie pueda criticarte. Creo que también significa que hay que ser bueno con los demás si queremos que sean buenos con nosotros.

—Muy bien, sí. La semana que viene es posible que te hagamos algunas pruebas. Los de la condicional han presentado una demanda al tribunal de menores y quieren algunos informes. Irás al tribunal cuando la demanda y los informes estén listos.

—¿El hombre está bien? No quería...

—Se pondrá bien pero podías haberlo matado. ¿Cómo te sientes?

Alex buscó en su interior, en sus sentimientos, algo extraño para un muchacho de once años, y se encogió de hombros.

—Siento haberle herido, tenía miedo... Creo que me tropecé. No quería dispararle. Es irreal. No lo conocía, ni siquiera le vi la cara.

—¿Alguna vez te arrepientes de haber hecho algo, incluso si has salido impune?

—A veces. En una casa de acogida, la señora tenía un periquito y yo lo metía debajo del agua porque me gustaba ver cómo movía las alas para quitarse el agua. Un día, se ahogó. No sabían que había sido yo pero lloré durante mucho tiempo. Recé para que el pájaro volviera, pero no pasó. Otra vez golpeé a un chico que tenía esa enfermedad en la que no dejas de sangrar si te cortas, hemo algo. Sangró por debajo de la piel y tuvieron que llevarlo al hospital. No me delató pero me sentí tan mal que fui a hablar con el director. Quería que me castigara. Es una locura, ¿no?

—No, Alex, es un gesto más humano de lo que crees.

—Siento haber disparado a aquel hombre por lo de mi padre.

—¿Qué quieres decir?

—Vino a buscarme y... murió.

Los ojos del muchacho se llenaron de lágrimas. El dolor nunca había desaparecido, pero de alguna manera lo había mantenido enterrado bajo su conciencia. No había tenido tiempo de pensar y su mente había mirado hacia otro sitio con decisión para no ver una imagen tan dolorosa. Ahora gimoteaba pero intentaba reprimirlo.

—No lo sabía, pobre.

La distancia profesional quedó hecha pedazos. Se preguntó cómo era posible que el informe policial hubiera obviado ese dato.

—Si no quieres hablar, podemos hacerlo en otra ocasión.

Las cálidas palabras destrozaron su última barrera y el pequeño cuerpo de once años tembló de repente con la fuerza del llanto. Fue la primera purga real de dolor. Las lágrimas en la oscuridad del agujero de la comisaría estaban adulteradas por la ira, pero estas eran de puro dolor. La doctora Noble se inclinó hacia adelante, como si quisiera rodear la mesa y abrazarlo, pero sus años de entrenamiento para conseguir distanciarse la contuvieron. Sufrió en silenciosa compasión y observó cómo la violencia del llanto se extinguía. Ya no era simplemente otro chico con problemas. Cuando los sollozos remitieron, le dio un pañuelo para que se sonara la nariz. Otra cita esperaba, pero se acercó a la puerta y la canceló.

—No sabía lo de tu padre. De haberlo sabido no te habría hecho esas preguntas tan absurdas.

Asintió, aún gimoteando; no le importaban las preguntas. La doctora Noble, cuyo trabajo consistía en tratar a personas afligidas, se quedó sin palabras. Decidió hablar con él como lo haría con un adulto en circunstancias similares.

—¿Qué hay del funeral? —preguntó.

No había pensado en el funeral.

—No sé si habrá. Siempre decía que quería que lo incineraran, ya lo tenía todo pagado cuando se divorció... No había nadie que se hiciera cargo. Se lo escuché decir muchas veces, lo había dejado todo listo para no dar problemas a nadie.

—Habrá algún tipo de servicio. Me enteraré. —Pensó adonde podría llamar—. Si quieres ir, intentaré arreglarlo.

No sabía cómo organizar ese tipo de viajes pero estaba segura de que podía hacerse.

—Sí, señora. Quiero ir.

—Imagino que tendrá que ir alguien contigo y el condado cobrará por ese sueldo. Tu madre debería ofrecerse al menos para eso.

Antes de que pudiera terminar la frase, Alex negó con la cabeza.

—Están divorciados y no sé dónde está ella. Tampoco quiero.

—Vaya —dijo la doctora Noble, momentáneamente desconcertada. La hostilidad en sí misma no resultaba extraña, pero sí inesperada cuando venía acompañada de tanta tristeza—. Tienes alguna tía o...

Volvió a negar con la cabeza.

—No hay nadie. Estábamos solos mi padre y yo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de nuevo pero las contuvo.

—Tenía una hermana en Louisville. Se llama Ava algo... Un apellido sueco. Se pelearon y él dejó de hablarle. Sentía lo ocurrido pero no fue capaz de pedir perdón. Sé que quería hacerlo.

—Te llevaré yo si no hay nadie más —dijo ella.

Alex levantó la vista y estudió su expresión.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Pero tendremos que enterarnos de cuándo es y de cómo hacerlo.

Acto seguido, llegó la calma. El reloj electrónico de pared indicaba que quedaban veinte minutos.

—Tu padre debió de ser terco. ¿Eres como él?

—A veces, supongo. Cuando sé que tengo razón.

—No te gusta que te digan lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—Odio que me digan que tengo que hacer algo solo porque me lo están diciendo. Una trabajadora social me dijo que tendría problemas mientras siguiera odiando la autoridad.

—¿De verdad odias la autoridad?

Se encogió de hombros.

—A veces. Depende de... —Se encogió de hombros de nuevo.

—¿Qué crees que se debería hacer contigo ahora?

Alex frunció el ceño. Lo iban arrastrando sin tener idea de hacia dónde se dirigía.

—¿Qué quieres?

—No lo sé. Quiero que las cosas sean como antes pero...

—¿Qué hay de cuando crezcas? ¿Qué quieres ser?

—Quiero ser alguien. Quiero que la gente me respete.
—Tendrás que trabajar para conseguir eso.
—Tienen que darme una oportunidad. Me gustaría que me dejaran en paz.
—¿Te gusta estar solo?
—A veces. Me gusta mucho leer.
—¿Qué te gusta?
—Tarzán, Zane Grey, y esos libros de collies de Albert Payson Terhune.
—¿Alguna vez has tenido un perro?

Alex negó con la cabeza.

Una ligera llamada en la puerta los interrumpió. La doctora Noble miró su reloj.

—Tengo que irme, Alex. Esta tarde veré qué puedo hacer para llevarte al funeral. Probablemente será mañana.

Había olvidado la muerte de Clem durante unos minutos. El recordatorio provocó de nuevo el dolor y las lágrimas, pero esta vez llegaron con más calma. Las reprimió, no quería que los otros chicos le vieran los ojos rojos. La doctora Noble esperó hasta que se serenó preguntándose cómo podría ayudarle.

Después de cenar, aún era de día y la compañía salió fuera al patio de recreo hasta que oscureciera. Cada compañía tenía su propia zona y mezclarse estaba prohibido. La compañía de recepción tenía un espacio con dos aros de baloncesto suspendidos sobre una pista de tierra. Pero, esa noche, un monitor llevaba dos pares de guantes de boxeo de doce onzas con el cuero rojo desgastado por el uso infinito y, en vez de a la pista de baloncesto, la compañía se dirigió a una zona de césped achaparrado a la sombra de un edificio. Allí, rompieron filas para formar un círculo, agachados.

El supervisor era el hombre alto que estaba de servicio cuando Alex llegó. Un chico trajo la silla del hombre para que pudiera apoyarla en la pared y ver la pelea cómodamente. Cogió los guantes y se colocó en el centro del círculo.

—¿Alguna rencilla que liquidar? —preguntó.

Durante un momento, reinó el silencio. Entonces, un negro alto, de piel amarilla, con el pelo más rizado que afro se puso de pie. Tenía unos quince años.

—Sí. Quiero patearle el culo a Miles. Se cree que es algo y no es una mierda.

Miles era el monitor negro que le hacía la pelota al Hombre y que se mostraba cruel con los chicos más débiles. Le había dado una patada a Chester por descruzar los brazos en la fila. Se levantó, con la nariz chata más hinchada de lo normal. Era bajito, más corpulento que los demás.

—Recordad que no hay asaltos en estas peleas —dijo el Hombre—. Pelearéis hasta que uno quede inconsciente, se retire o yo detenga la pelea.

Los dos jóvenes negros se miraban llenos de odio. Los dos contaban con apoyo, aunque el monitor más que el otro. Llevaba más tiempo en el reformatorio y tenía poder sobre los chicos. Se quitaron la ropa de cintura para arriba, los zapatos y les ayudaron a colocarse los guantes. Sus caras tenían una expresión oscura y los músculos de la mandíbula del chico de piel más clara latían al apretar los dientes.

El Hombre los llamó al centro.

—Nada de patadas, ni de golpes por debajo de la cintura, ni lucha agarrados, ni pegar si alguno cae. —Les hizo un gesto para que se separaran y salió del círculo—. Tiempo —dijo antes de sentarse en su silla a observar.

Alex estaba sentado con las piernas cruzadas en primera fila, fascinado. Esperaba que los combatientes se lanzaran el uno sobre el otro y se sacudieran sin sentido, como los chicos de la escuela militar. (Es decir, los que no se escondían detrás de los guantes y se retiraban al primer golpe). Pero, en lugar de eso, estos chicos se lanzaron despacio, dando vueltas. El más alto parecía bailar, moviendo sus largos brazos en un movimiento que vagamente recordaba a alguien corriendo, una «guardia» tan extraña que Miles, que tenía una mano levantada junto a la barbilla y la otra abajo, se puso nervioso, sacudía la cabeza hacia atrás con cada movimiento. De repente, el más alto lanzó un puñetazo como un látigo, con mucha velocidad pero poca potencia. Chocó con estruendo contra el cuerpo de Miles, que cargó en respuesta. Entonces, la pobre farsa de «boxeo» terminó. Miles lanzaba sus puñetazos desde abajo, la mayoría acertaban en el cuerpo. Era más fuerte que el alto, que se movía con las dos manos a la altura de la cabeza. Todos los golpes daban en el blanco. Durante treinta segundos, se dieron una paliza. La nariz de Miles sangraba. Sin previo aviso, bajó la cabeza y los hombros y se lanzó empujando al más alto hacia atrás hasta que ambos chocaron contra la primera fila del círculo. Alex intentó apartarse pero no lo consiguió. Tropezaron con él y cayeron entre gruñidos, seguían intentando machacarse pero no tenían demasiado ángulo.

Los espectadores rompieron el círculo sentado y se apretujaron para ver a los luchadores rodando por el suelo. Los chicos lanzaban aullidos de ánimo y

sus cuerpos se sacudían y saltaban en espasmos de empatía.

Alex desenredó las piernas y se apartó a rastras cuando el supervisor se abrió paso entre los chicos, gritándoles que se sentaran mientras los empujaba a un lado. Su cara quemada por el sol se había oscurecido aún más por el rubor del enfado.

—Levantad el puto culo —gruñó al acercarse sobre los jóvenes negros, paralizados ante su llegada.

El chico más alto estaba ahora encima con el brazo apretando el cuello de Miles. Las manos del supervisor encajaban con su gran altura. Se inclinó, cogió al chico más alto por el cinturón y de un tirón lo puso de pie.

—¡Tenéis que boxear, joder! No revolcaros por el suelo como animales.

—Ha empezado ese cabrón. Le estaba dando una buena.

Miles se puso de pie con dificultad, con manchas de tierra pegadas a su piel de ébano sudorosa y una película de espuma blanca en las axilas. Ahora también le resbalaba sangre del labio, que se unía con la de la nariz. A Alex la pelea le había parecido igualada, pero Miles cargaba con todos los moratones y le costaba respirar, exhausto.

—Te voy a destrozar, negro blancucho —dijo Miles.

—Que te jodan, cabrón lameculos.

De repente, Miles escupió al alto y, antes de que le cayera encima, el otro soltó una patada que aterrizó en la entrepierna de Miles provocando un aullido de dolor. Miles se quedó paralizado durante un momento, pero después se dobló, con las dos manos en la entrepierna. En ese mismo momento, el supervisor alejó al otro chico de un tirón del cinturón, prácticamente lanzándolo al suelo.

—Así que te gusta dar patadas, ¿eh? ¿Te gusta dar patadas?

—Él me ha escupido en...

Las palabras empezaron y terminaron cuando el hombre comenzó a darle patadas en las piernas, sin dejar de murmurar.

—¿Te gusta dar patadas, eh? ¿Te gusta dar patadas?

Alex observaba horrorizado y enfadado. Incluso un muchacho de once años se daba cuenta de la injusticia. Miles había iniciado la pelea, Miles había escupido. Pero Miles era monitor y la mascota del hombre.

Los sesenta chicos observaron con expresión seria, algo atípico de los chavales. El más alto rodó para alejarse de las patadas pero el hombre lo siguió. Diez segundos después se detuvo y su rostro contraído perdió la expresión al darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Levántate —dijo—. Quitate los guantes. Tú también, Miles.

Entonces, el hombre miró a su alrededor en un gesto desafiante, avergonzado por haber perdido los papeles.

—¿Alguien más tiene alguna rencilla que quiera zanjar?

Capítulo 7

La mitad de la compañía se estaba duchando mientras la otra mitad llenaba la sala común con un gran barullo. Era el momento de recreo antes de la hora de acostarse y de apagar las luces. El supervisor se encontraba en las duchas y la puerta de la sala común estaba cerrada con llave. Algunos chicos escribían cartas tumbados en el suelo (no había mesas) y sacaban punta a los lápices frotándolos de lado contra el cemento. Un grupo jugaba al Monopoly en un rincón, con entrometidos incluidos, y, junto a ellos, otros echaban una partida de póquer en la que diez rotuladores valían por un cigarrillo de contrabando. El grupo más grande estaba reunido cerca de la ventana, alrededor de una radio colocada en la repisa. Seis jóvenes, casi todos chicanos o negros, la rodeaban como si fuera un puesto de perritos calientes callejero. Todos eran adolescentes listos para graduarse y pasar de la delincuencia al crimen. Llevaban las mangas y los cuellos de las camisas subidos. Los zapatos, con doble suela y herraduras en los talones, constituían tanto una marca de estilo como un arma. Por último, llevaban los pantalones precariamente bajos en las caderas y enrollados en la parte de abajo, con lo que las piernas parecían ridículamente cortas y los torsos extrañamente largos. Algunos imitaban en silencio a los cantantes de la radio, voces oscuras que cantaban *rhythm and blues* con almibarados saxofones de fondo. Lulu estaba ahí, a gusto, con una mano metida en la parte delantera de la cintura y sus rasgos aceitunados dibujando una expresión arrogante. Alex pensó que Lulu parecía guay, todos lo parecían, y ahora él podía empezar a peinarse con cola de pato y quizá conseguir unos zapatos de doble suela. Estaba tumbado en un banco, solo, sin amigos, y era muy consciente de ello. Quería acercarse al grupo pero los chicos eran mayores y temía el rechazo. No se le pasó por la cabeza que él era blanco y ellos eran castaños y negros; aún era demasiado joven para pensar en la raza.

Una sombra pasó sobre él y, cuando miró, vio la cara de Chester.

—¿Qué haces? —preguntó Chester.

—Nada.

—¿Quieres jugar a las damas?

—No, pero gracias.

—Oye, ¿por qué dices «no, gracias»? ¿No puedes decir solo «no» como todo el mundo? Dices «sí, señor» y «perdone» como si fueras un mariquita. O un chico blanco rico. ¿Eres un chico blanco rico?

—No soy ningún chico blanco rico.

—¡No te rías de mí, hijoputa!

La ira amenazante y repentina lo cogió por sorpresa. Alex no pretendía burlarse de Chester, desde luego no con malicia, y la orden iracunda fue como una bofetada con la mano abierta que provocó su ira ardiente e incendiaria.

—No me llames hijoputa —dijo—. Yo no te he insultado.

—Que te jodan, gringo. Gallina hijoputa.

—Te he dicho...

—¿Y qué vas a hacer? Si te mosqueas, me la suda.

El chico negro pecoso ya estaba de pie, inclinado ligeramente hacia adelante, listo. Tras las primeras palabras acaloradas, Alex bajó los pies al suelo pero seguía sentado, en desventaja. Chester podía golpearle en el mismo instante en que se moviera. Pesaba más que Chester, que era como un esqueleto envuelto en ropa, pero Chester era mayor, con los reflejos más desarrollados. Alex no tenía miedo, sabía que el enfrentamiento era inevitable desde el momento en que Chester lo insultó. Fue un reto. Quizá una pelea consumiera los malos sentimientos de impotencia, inutilidad, angustia. No cambiaría la realidad pero sí cómo se sentía.

—¿Qué vas a hacer hi-jo-pu-ta?

Pronunció las palabras de forma deliberadamente lenta y exagerada, un estilo que copiaba muchos de los desafíos que Chester había presenciado en su barrio, que irradiaba un desprecio que iba mucho más allá de sus doce años.

—Cálmate.

—Jooooder.

Mientras Chester se burlaba, Alex agachó la cabeza y se lanzó hacia adelante, sintió un puño rozarle la mejilla un momento antes de que su frente chocara contra el pecho de Chester. Se agarró a ciegas a la ropa de Chester. Un puño lo golpeó en el riñón y el chico pecoso lanzó una patada que aterrizó más abajo de la rodilla.

Los dos chicos se enredaron y cayeron al suelo, Alex rodeó el cuello de Chester en una llave que le inmovilizó la cabeza. Alex estaba más o menos

encima y tenía el control. Chester no podía soltarse.

Tras el primer golpe, todas las cabezas de la sala se habían girado para observar y, después, todos corrieron a ver la pelea, apretujándose tan cerca que se desarrollaba a sus pies.

—Deja que me levante y pelea, hijoputa —le pidió Chester con voz chillona—. Qué mierda de lucha es esta.

Aunque no le estaba haciendo daño, Alex llevaba ventaja. Permanecieron inmóviles durante medio minuto. La multitud guardaba silencio, la acción era demasiado fría como para azuzarles, aunque al principio un par de jóvenes negros animaron a Chester a «patearle el culo al blanquito».

—Deja que me levante —volvió a pedir Chester.

Alex apretó más.

—Deja que se levante, cabrón —dijo un negro de catorce años con el pelo tratado, cobrizo, dándole énfasis a la orden con una patada a Alex en la cadera. Alex levantó la mirada. La cara del chico se acercaba sobre él y tuvo miedo. Pelearse con Chester era una cosa, pelearse con uno de catorce años era otra.

—Oye, *ese*, se están peleando de manera justa. Déjalos en paz. —Lulu Cisneros habló—. No es problema tuyo, ¿*que no?*

El chico levantó la cabeza en un gesto arrogante de desprecio.

—Mis problemas tampoco te importan a ti.

—Puede que haga que me importen.

Al ver que Lulu iba en serio, el joven negro se encogió de hombros y dio marcha atrás.

—Es un blanquito. ¿Por qué te metes?

—No me meto, a no ser que alguien me meta. Solo te estoy diciendo que los dejes que se peleen.

—No se están peleando mucho.

El silencio en la sala atrajo al hombre desde las duchas. Los chicos se dispersaron cuando la llave golpeó la puerta. Pero Alex y Chester no tuvieron tiempo. Cuando el hombre los vio, Alex apartaba el brazo del cuello de Chester. Estaban de pie cuando llegó hasta ellos.

La medio sonrisa del hombre daba más miedo que cualquier expresión ceñuda.

—Así que peleándoos un poco, ¿no? —dijo.

—No, señor —respondió Chester, y cuando Alex escuchó la palabra «señor» soltó una risita sin pensar.

El hombre miró a Alex.

—¿Te lo pasas bien, Hammond?

Asustado, Alex negó con la cabeza.

—Solo hacíamos el tonto, señor Fitzgerald —dijo Chester—. Nada más. —Chester rodeó a Alex con el brazo—. Somos amigos, señor Fitzgerald. ¿Lo ve?

—¡Y una mierda! —soltó el señor Fitzgerald—. Sé lo que he visto. Para eso sacamos los guantes esta tarde, para que os desahoguéis. Lo único que queréis hacer es pelear, pequeños cabrones.

—No estamos enfadados, ¿a que no, Alex?

Alex negó con la cabeza; solo estaba enfadado con el hombre y mantenía la mirada apartada por la ira que sentía crecer en su interior.

—Ya conoces las normas en cuanto a peleas, Nelson. Aislamiento hasta que el supervisor hable con vosotros y decida qué hacer. Tenemos que asegurarnos de que no empecéis otra vez en cuanto os dé la espalda.

—Señor Fitzgerald —gimió Chester.

Por muy duro que fuera el gueto, y por muy precozmente que se criara un niño en sus duras calles, Chester apenas tenía doce años.

—No me ponga en aislamiento.

—Yo no hago las normas. Solo las sigo.

Alex no sabía lo que era el aislamiento pero quería llorar. El dolor de la tristeza y la rabia lo comían por dentro, con lágrimas no conseguiría nada y solo le harían quedar mal.

—Vamos al despacho mientras llamo a un escolta —dijo Fitzgerald haciéndoles un gesto a los chicos para que fueran delante de él.

Alex vio los ojos del resto de la compañía mientras avanzaban. Todos permanecían impasibles, excepto Lulu. El chicano le guiñó un ojo.

Una sólida puerta del pasillo daba a un hueco con dos puertas con barrotes, una a la derecha y una a la izquierda. Cada una daba a una sala de aislamiento.

La luz estaba apagada cuando Alex entró y le cerraron la puerta a la espalda, pero potentes focos en el suelo se filtraban a través de dos capas de tela metálica y de los barrotes con suficiente potencia como para iluminar el vacío de la celda. Había un colchón desnudo en el suelo con un lavabo sobre la taza de váter formando una única instalación en la pared.

—Te darán una manta después —le dijo el escolta.

—¿Van a meter aquí también a Chester Nelson?

—Ahora voy a buscarlo. Estará justo en frente.

Cuando el hombre se marchó, Alex se acercó a la pila para dar un trago de agua y descubrió que no tenía ni botones ni mandos. Lo mismo ocurría con la taza. Había que ponerlos en funcionamiento desde el exterior de la celda.

La ventana estaba abierta y entraba una fría brisa. Alex metió los dedos en la tela metálica pero no llegaba a tocar la ventana, mucho menos a cerrarla. El marco tenía un candado.

La puerta del pasillo estaba abierta, dejando que la luz se filtrara al interior, y Alex escuchó la voz de Chester sin poder descifrar las palabras.

—Probablemente saldrás mañana —dijo el hombre.

—Oiga, señor —dijo Alex—. ¿Me podrían cerrar la ventana? Hace frío.

—No tengo la llave.

—Pues no se olvide de la manta.

—No te preocupes.

—Yo también necesito una —añadió Chester mientras cerraban su puerta con llave.

—He dicho que no os preocupéis —repitió el hombre, irritado—. Esto no es un hotel.

El hombre cerró la puerta de golpe y echó la llave, el clic del cerrojo sonó tajante.

—Charlatán hijoputa —dijo Chester. Las palabras socarronas no encajaban con su aguda voz infantil—. Será mejor que me traiga la manta o esta noche no dormirá nadie en el edificio. ¿Qué te apuestas? —Su bravuconería no sonaba muy convincente.

El portazo fue como una bofetada y Alex también se encendió. El asunto de las mantas focalizaba una indignación mayor. Poco a poco, en su joven mente se iba grabando que a aquellos que tenían autoridad no les importaba lo correcto y lo incorrecto, el bien y el mal, sino solo el servilismo.

Desde algún rincón de la noche, en la ciudad más allá de los muros, llegó el sonido de una sirena que aumentaba y disminuía, una elegía de la miseria humana. De algún otro lugar llegó el chirrido seco de unos frenos, seguidos del balido de un claxon que reflejaba la angustia del conductor. Los sonidos resultaban bruscos en el silencio, transportados por el cristalino aire nocturno. Alex enganchó los dedos en la tela metálica y miró afuera, al recinto del reformatorio. La luz de los focos, no solo brillantes sino de otro mundo, eliminaba los colores y convertía a los árboles y los arbustos en descarnadas siluetas, proyectando impenetrables sombras negras que creaban un paisaje surrealista. En su interior, Alex se sentía tranquilo, limpio, como si la pelea

hubiera disipado su ira y drenado las malas sensaciones que sentía sin haberse dado cuenta. La muerte de su padre ya parecía haber ocurrido hacía tiempo, el profundo dolor desaparecía poco a poco. Clem había sido la persona más importante de su vida y, aun así, Alex se había visto condicionado a vivir sin un padre. Rara vez veía a Clem más de dos horas a la semana e, incluso entonces, existía un muro entre ellos, así que hablaban poco. No era como si le hubieran quitado algo fundamental en su existencia diaria. Su angustia se debía menos a una pérdida de algo real y más a una pérdida de la esperanza. Clem era su única oportunidad de salir de aquello, y ahora Alex no tenía ni idea de cuál sería su futuro. En aquel momento, las cosas se sucedían demasiado rápido como para pensar en algo más que en ocuparse del momento, pero, cada vez que tenía algún presentimiento del futuro era deprimente. No volvería a casa pasara lo que pasara; su hogar no existía, ni siquiera en sueños. Hasta un muchacho de once años era capaz de ver eso.

Se tumbó sobre el colchón desnudo, suspirando, con las manos metidas entre las piernas; el agotamiento emocional trajo el sueño rápidamente.

Aunque no duró mucho.

La electricidad del miedo le recorrió el cuerpo al levantarse de un salto. Le había despertado un sonido rítmico, estrepitoso, tan fuerte y tan cercano que pensó que procedía de dentro de su celda. Entonces escuchó la voz de Chester gritando y se dio cuenta de que el chico negro pecosito estaba montando un escándalo. Alex se acercó a la puerta y vio a Chester agachado en las sombras, sujetando las barras con las dos manos y sacudiéndolas contra el marco de acero.

Chester se detuvo cuando apareció Alex.

—El hijoputa no ha traído las mantas. Le dije que no dormiría nadie. Voy a despertar a todos los hijoputas. Ayúdame.

Alex se puso manos a la obra, ahora era un estruendo a dos. Desde la segunda planta, donde se encontraba el ala hospitalaria de las chicas, llegaron voces en respuesta que gritaban con un lenguaje grosero, pero no se entendía si eran insultos o palabras de apoyo.

La luz del nicho se encendió y se abrió la puerta. Al ver la luz, Chester se detuvo, pero Alex continuó hasta que la puerta empezó a moverse. Aún tenía las dos manos en las barras cuando el hombre gordo entró. Su físico hacía que los pantalones formaran bolsas debajo de la tripa, y el pesado llavero que le colgaba del cinturón aumentaba esta tendencia, tanto que el hecho de que los pantalones siguieran en su sitio parecía desafiar a la gravedad. Apareció también el hombre que había cerrado la puerta de golpe.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el gordo. Llevaba una linterna que movió para ver a los dos chicos—. ¿Alguien tiene algún problema?

—Necesitamos mantas —dijo Alex—. Hace frío.

—¿No tenéis mantas?

—¡No! —gritó Chester—. No tenemos una mierda.

—Les dije que les traería una manta a cada uno —comentó el otro hombre.

—Eso fue hace dos horas —añadió Chester.

—Esto no es un hotel y yo no soy una criada. Tengo otras cosas que hacer, como contar.

—Ahora no estás contando —dijo Chester—. Traernos dos mantas te costará un minuto.

El gordo se estaba mordiendo una uña.

—No teníais que despertar a toda la institución. Os habrían traído la manta a su debido tiempo. —Como para enfatizar sus palabras, desde el piso de arriba llegó otra oleada de gritos y obscenidades—. Escuchad eso —dijo el hombre, enfadado.

—Si nos hubiera traído las mantas... —empezó Alex.

—Tú no mandas una mierda aquí, chico —dijo el gordo—. Y montar este escándalo no es la manera de conseguir nada.

—Ha conseguido que bajéis —interrumpió Chester—. Sé que no te íbamos a ver la cara hasta por la mañana. ¿Qué te apuestas?

—No os vamos a traer ninguna manta, hoy no, y si seguís haciendo ruido os quitaremos los colchones.

—¿Por qué no entras aquí y nos azotas? —preguntó Chester.

—Créeme, me encantaría, pero no merece la pena perder mi trabajo por mierdecillas como tú. Aunque probablemente sea eso lo que necesitáis, pequeños gamberros.

—Es lo que necesita tu madre —soltó Chester, y después tartamudeó en busca de nuevos insultos sin éxito.

—Sigue soltando mierdas y entraré ahí dentro —amenazó el hombre de la puerta—. Que no escuche esas barras otra vez. Los pequeños delincuentes como vosotros creéis que podéis hacer lo que os dé la gana porque sois niños.

El arrogante desprecio de la amenaza enfureció a Alex de forma desmesurada. Actuaban como si no fuera nada y pudieran hacer con él lo que quisieran. Solo era una manta para cada uno, nada más. Empezó a temblar y su respiración se volvió audible.

El gordo oyó los jadeos y lo enfocó con la linterna.

—¿Qué coño te pasa a ti?

La pregunta rebosaba desafío.

Alex gritó y se abalanzó sobre las barras intentando arañar la cara del hombre, pero no llegó, así que le escupió. Lo inesperado del ataque, incluso por parte de un niño de once años tras los barrotes, sorprendió tanto al hombre que retrocedió un paso, acobardado, con la linterna moviéndose rápidamente. Se limpió el escupitajo de la cara.

Chester se rio.

—¡Cobarde hijoputa! —se burló.

—Muy bien, pequeño chupapollas —dijo el hombre—. Te la has ganado.

Alex no lo escuchó. Estaba ciego de ira, dando vueltas en la celda como un derviche en busca de algo que romper o lanzar. Cogió el lavabo e intentó arrancarlo de la pared, pero resultó inútil. Entonces vio el colchón. Eso sí lo podía destrozar.

No tenía agujeros en los que pudiera meter los dedos, así que se agachó y empezó a morder el material desnudo, intentando hacer un agujero para poder romperlo y extender sus entrañas por la celda. Había empezado a roerlo cuando se abrió la puerta de la celda y se filtró la luz.

El gordo entró primero, con la cara redonda lívida. Alex se puso de pie, la absoluta ceguera de momentos antes había remitido y pudo captar lo suficiente de lo que ocurría como para no atacar. Aun así, se sentía demasiado furioso para tener miedo.

La bofetada con la palma abierta lo tiró al suelo de lado y se golpeó la cabeza contra la pared. Se quedó tumbado un momento, aturdido, y después, sollozando furioso, se levantó y se lanzó de nuevo contra el hombre, quien se limitó a sujetarlo por el brazo y a darle otra bofetada que le provocó destellos en el cerebro.

—¡Cabrón! ¡Cabrón! —maldecía Alex entre lágrimas con una enorme ira alimentada por la impotencia.

El hombre cogió la mano del chico de forma que pudiera retorcérsela, obligando a Alex a agacharse sobre el cemento.

El segundo hombre entró en la celda y sacó el colchón.

—Debería hacerlo él —dijo mientras le daba la vuelta al colchón deforme para poder sacarlo por la puerta.

—Sácalo y punto —dijo el gordo, un tanto más calmado—. Tranquilízate, chico —le dijo. «Este está chalado», pensó para sus adentros.

Chester estaba pegado a los barrotes, gritando.

—Os creéis muy valientes, hijoputas. Sois muy valientes, sí. El segundo hombre sacó el colchón y volvió a entrar.

—Déjame entrar con ese negro de medio pelo —le dijo al gordo.

—Aún no —respondió al soltar a Alex y dirigirse a la puerta—. Será mejor que dejéis de montar tanto escándalo o acabaréis con camisas de fuerza —les anunció al cerrar la puerta—. Estáis avisados.

—¡Que os follen! —gritó Chester.

Alex no dijo nada; se sentía demasiado frustrado por su impotencia. Algún día se vengaría, de todos. Miró a su alrededor a la jaula vacía con el deseo de destrozar algo. De nuevo, lo único que vio fue el lavabo y estaba demasiado bien sujeto como para que pudiera arrancarlo de la pared.

La luz del nicho se apagó y se cerró la puerta del pasillo.

—Oye, tío —lo llamó Chester, pero Alex estaba demasiado alterado para responder.

Sabía que podía fallarle la voz, así que permaneció en silencio.

—¡Oye, blanquito! ¿Crees que iban de farol con lo de las camisas de fuerza?

Era obvio que Chester estaba preocupado. Alex se sentó contra la pared en la oscuridad, esforzándose por recomponerse mientras los sollozos temblorosos disminuían poco a poco. Pero la furia de su cerebro lo consumía por dentro. Incluso cuando se calmó, el absceso de su alma seguía ahí.

Capítulo 8

Elizabeth Noble fue a verlo a las ocho y media de la mañana. Permaneció sentado cuando escuchó abrirse la puerta de fuera, olió su perfume antes de escuchar su voz. Se acercó a los barrotes lentamente. Ella aún llevaba el gorro puesto y el bolso. Vestía de negro.

—Alex, ¿qué ha pasado? —le preguntó con voz lastimera.

Se encogió de hombros y miró al suelo.

—El director me mandó a buscar en cuanto llegué. Ayer por la tarde me dio permiso para llevarte, el funeral es esta mañana. Ahora ha cambiado de opinión. Le ha llegado un informe de que te has estado peleando y causando problemas. Ahora tiene miedo de que hagas algo raro ahí fuera.

—No pasa nada —dijo en voz baja, ronco por todo el llanto y los gritos. Había gastado demasiadas emociones para sentir dolor ahora—. ¿Qué importa?

La mujer abrió la boca pero volvió a juntar los dientes, no sabía qué decir. Las oscilaciones emocionales del chico resultaban confusas, incluso para una psiquiatra. El triste fatalismo de «¿Qué importa?» resultaba espantoso en boca de un chico de once años, especialmente de un chico que, en otras ocasiones, había mostrado no tener ningún tipo de control y para quien los temas triviales resultaban cruciales. Decidió en ese momento que recomendaría que lo enviaran al hospital estatal de Camarillo para someterlo a noventa días de observación. Esa era su decisión provisional, no se le ocurría nada mejor. Quería salvarlo del correccional, donde la atmósfera represiva ahogaría sin duda sus buenas cualidades y agravaría su ira interna. Las alternativas al correccional escaseaban. Disparar a alguien era un asunto serio, incluso si se trataba de un accidente provocado por un muchacho de once años. Pocas casas de acogida aceptarían a un niño con un historial violento, y él ya había pasado por tantos lugares similares que el juez dudaría a la hora de enviarlo a otro, aunque en realidad dependía del departamento de libertad vigilada. El juez se limitaba a estampar su sello en las recomendaciones en el noventa por

ciento de los casos. Si Alex iba a una casa de acogida, sería cuestión de semanas que volviera a presentarse delante de un juez, no cabía duda. La idea del hospital estatal era una opción a falta de algo mejor, y sus problemas emocionales eran lo suficientemente serios como para justificarlo. Ahora le acababa de dar más razones, ya que la repentina falta de afecto unida a las explosiones imprevisibles suscitaban la idea de una psicosis incipiente. Resultaba improbable, pero posible y, en cierto modo, todo iría mejor si fuera psicótico. Eso se podía curar, mientras que un delincuente psicopático debía extinguir su naturaleza, lo que rara vez ocurría hasta que dejaban atrás la juventud, y a menudo ese momento no llegaba antes de que la persona alcanzara los cuarenta años. Para entonces, muchos estaban encerrados en la cárcel o enterrados. La literatura estaba llena de estas historias, y las cárceles rebosaban de personas en las que se basaban estas historias.

—Te hemos conseguido una cita para hacerte unas pruebas en el hospital general mañana —le dijo, intentando apartar sus pensamientos de lo complejo de la situación antes de verse arrastrada a la ciénaga—. Te pondrán algunos cables en la cabeza, pero no sentirás nada.

—¡Cables! ¿Para qué?

—Se llama electroencefalograma. Tu cerebro emite impulsos eléctricos que se miden para saber si tienes epilepsia o un tumor. A veces, las personas con un carácter como el tuyo tienen algún tipo de problema y podemos darles pastillas para ayudarles.

Alex asintió pero no parecía interesado.

—¿Dónde va a estar mi padre?

—En Sunland. En un lugar llamado Valhalla.

—Valhalla. He leído sobre eso. Es una especie de cielo, ¿no?

—Mitología nórdica. Creo que es adonde van los guerreros. Algo así. —Miró su reloj—. Me están esperando en la oficina. Tengo que irme. ¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Me puedes traer algo para leer?

—Preguntaré si puedes tener libros aquí. ¿Qué quieres?

—Me gustaron mucho unos libros sobre perros collie de un hombre que se llama Albert Payson Terhune... Pero me los he leído casi todos. Me gustan los *westerns* y Tarzán. Creo que también escribió sobre Marte.

—Si te dejan tenerlos, te traeré algunos esta tarde. Casi todas las compañías tienen estanterías llenas de libros procedentes de donaciones, y a pocos chicos les interesa leer.

—Prefiero leer que hacer otra cosa. Es como si estuviera en otro mundo.

—Este no te gusta —dijo con nostalgia; el comentario se refería tanto a sus previsiones de futuro como a su condición real.

El chico quería evadirse de la realidad y tenía buenos motivos para ello. Si sus escasos días pasados eran deprimentes, su futuro amenazaba con ser aún peor, a menos que ocurriera algún milagro. El milagro no solo era improbable sino que ella ni siquiera sabía de qué forma podía llegar.

La doctora Noble no le trajo los libros pero, por la tarde, cuando todo el mundo excepto un monitor estaban en clase, Alex y Chester salieron a darse una ducha. Alex vio una estantería por el camino y, a la vuelta, cogió un libro y lo enrolló en la toalla sin mirar el título. De vuelta en la celda, se decepcionó al ver el título, *El doctor Arrowsmith*, y más tarde no recordaría el nombre del autor, Sinclair Lewis, hasta años después, cuando empezó a leerlo de nuevo y se dio cuenta de que era la misma historia que le había cautivado hacía tiempo. Se puso a leerlo porque no tenía nada más que hacer excepto tumbarse en el colchón manchado que le devolvieron a la hora de cenar, o mirar por la ventana a la noche en el reformatorio. Sin saber que existía algo llamado literatura (un libro era un libro), de repente se vio sumergido en la vida nacida sobre el papel. Su vocabulario no incluía algunas de las palabras que encontró allí, pero eso no le importaba. La celda desapareció de su mente, olvidó sus problemas y se emocionó, sufrió y luchó con el doctor Martin Arrowsmith. Cuando las luces se apagaron a las nueve y media, intentó leer con el resplandor que se filtraba a través de la tela metálica, pero no era suficiente. Mientras enrollaba su ropa para formar una almohada y se metía bajo la manta gris, su mente seguía inundada con las sensaciones del libro. No se dio cuenta de que las horas de la tarde en el aislamiento del reformatorio fueron las más felices que había vivido en muchos meses. Borrada quedaba la muerte de Clem, el funeral al que no asistió, y también la preocupación persistente sobre su futuro, aunque se había dado cuenta de que su control sobre este tema era el mismo que el de una astilla de madera en un río.

A la mañana siguiente, el asistente del director fue a comprobar si Chester y Alex estaban dispuestos a dejar de pelear y podían volver con los otros chicos, aunque a una compañía normal, no a la Compañía de Llegada. Chester estaba dispuesto a prometer cualquier cosa y Alex mostró la actitud que se esperaba de él, aunque se habría contentado con quedarse indefinidamente donde estaba mientras tuviera suficiente material para leer.

La Compañía «B» se encontraba en la sala común cuando el escolta llevó allí a Alex antes de la cena. Los chicos estaban sentados en silencio, con los brazos cruzados, en bancos rígidos que se extendían a lo largo de tres paredes de la larga sala, mientras que el consejero y los monitores se sentaban en sillas en un descansillo a tres escalones de altura, como si estuvieran en un escenario. El proscenio lo formaba el marco de los barrotes y la puerta enrejada; más allá se extendían el resto de instalaciones de la compañía.

Las caras entrenadas para mantener una dura expresión de reposo se giraron y todos los ojos allí presentes abarcaron a Alex con la mirada; se sonrojó y miró al suelo. Era de cemento, pero estaba encerado y brillantado para que reluciera como el mármol esmaltado. Ninguna mancha humana estropeaba su superficie. Alex vio que todos los chicos excepto él iban en calcetines.

El consejero le hablaba desde su silla; se percató de una mancha amarilla de nicotina en la base de los dientes inferiores del hombre pero no le vio los ojos, escondidos tras unas gafas de montura metálica y cristales tintados que reflejaban el sol que se colaba por la ventana. El hombre era moreno y se llamaba Miranda, es lo único que Alex descifró de sus palabras. Un dedo que señalaba le indicó que se quitara los zapatos, y uno de los monitores le trajo un trapo gris doblado cortado de una manta y le dijo que limpiara las marcas que había dejado.

Los zapatos le estorbaban pero no sabía qué hacer con ellos. La cara le ardía y era consciente de que parecía estúpido.

—Déjalos en el suelo, tonto —le dijo el señor Miranda. Su voz cortó el silencio provocando algunos resoplidos y risitas antes de que su mirada los reprimiera.

En cuanto Alex se puso de rodillas y su trasero sobresalió, alguien hizo un ruidoso sonido de pedo. Estallaron las risas y, aunque Alex se sintió dolorosamente avergonzado, mantuvo una media sonrisa torcida y sombría para transmitir compañerismo.

—¿Os parece divertido? —preguntó el señor Miranda—. Alguien hace un sonido desagradable con la boca y vosotros, pequeños demonios, creéis que es divertidísimo.

Alex se irguió aunque seguía de rodillas.

—Nadie te ha dicho que pares —le dijo el señor Miranda moviendo rápidamente la mano para indicarle que siguiera trabajando.

Alex siguió frotando el suelo hasta que la compañía salió a cenar.

Después de la cena, se quedaron en el patio hasta que oscureció. Tenían la pista de softball para ellos pero decidieron mediante votación jugar a balón prisionero. Los cuarenta chicos formaron un grupo y el señor Miranda les lanzó un balón de voleibol. El chico al que golpeó se salió del grupo y lanzó; un segundo chico se unió a él. Al principio, resultaba imposible fallar y los que eran golpeados iban formando un gran círculo. A medida que se eliminaban más, los que quedaban dentro disponían de más espacio para esquivar, saltar, agacharse, fintar a un lado y desplazarse al otro o correr de un lado a otro del círculo. Los chicos lanzaban gritos de alegría y consternación. Alex se sumergió en el juego, lo disfrutaba. Seguía en el círculo con solo cinco chicos, más porque los demás lanzaban a sus amigos que por su agilidad. Al final, el balón no le dio a nadie y, antes de que pudiera correr para alejarse, tropezó y cayó a escasa distancia del chico que tenía el balón. Momentos después, se unió a los miembros del círculo.

No fue hasta la hora de la ducha, justo antes de acostarse, cuando se dio cuenta de que había pocos chicos blancos, no más de media docena entre cuarenta. Casi cada torso y par de piernas eran de color aceituna o negros. Se preguntó por qué, pero aparte de eso no se cuestionó nada más. Durante la pelea con Chester, cuando llevaba ventaja, no le dio ninguna importancia a los negros que gruñían a su alrededor y, si le hubieran preguntado qué significaba, habría contestado sencillamente que conocían a Chester y les caía bien. Clem siempre utilizaba las palabras «negro» y «judío» y, como el padre las utilizaba normalmente, el hijo no pensó que fueran ofensivas.

Descubrió que se equivocaba el domingo por la mañana. Los chicos tenían que ir a la iglesia, católica o protestante, y, puesto que no era católico, fue a la otra, en la que en realidad no había más que fervientes voluntarios vestidos con trajes baratos y lustrosos, pobres pecadores que habían encontrado a Jesús y que se lo presentaban a estos pobres muchachos con problemas. Se escucharon numerosas alabanzas al Señor y cantos de «En el Monte Calvario» y «Adelante, soldados cristianos». A la salida, a cada chico le daban una chocolatina. Alex no quería la suya y enseguida dos chicos se la pidieron a gritos.

—Pito, pito, gorgorito —empezó con la cantinela desgastada por el tiempo, sin pensar y sin malicia—. Coge a un negro del dedito...

De repente, cerniéndose sobre Alex apareció un chico flaco de trece años con sus rasgos chocolate retorcidos por la ira y los puños cerrados, desafiantes. Alex aguantó la embestida y levantó las manos, no conocía otra manera. Un puño negro y huesudo le golpeó en la nariz lanzándolo de culo al

suelo y provocando un torrente de sangre. Cuando se estaba levantando, desconcertado y asustado porque lo superaban en número, el consejero se interpuso entre ellos. Esta vez era un consejero diferente, uno al que le caía bien el joven negro, así que envió a Alex al baño para que detuviera la hemorragia y después le hizo pedir perdón por utilizar esa palabra. Alex no volvió a usar «negro» excepto (en muy raras ocasiones) para expresar su odio dirigido a algún individuo muy concreto. Nunca la utilizó solo entre blancos, sentía que la hipocresía estaba mal.

La semana siguiente se la pasó impresionado con las diferencias y divisiones de raza cuando un corpulento chico blanco de catorce años llamado «Okie» se metió en una pelea con un mexicano en las letrinas de la escuela. Okie era grande y fuerte pero, mientras estampaba al mexicano contra la pared, otros cuatro chicanos le saltaron encima. Un joven blanco acudió en ayuda de Okie pero ambos recibieron una buena paliza antes de que el alboroto atrajera la atención de un adulto. Todos los implicados eran chicos mayores, en un nivel diferente que un onceañero, así que Alex se limitó a observar pero, por fin, entendió cómo funcionaba. A partir de entonces, fue consciente de la raza, de su propio color cuando difería del resto, hasta el momento en el que llegara a entender que también había diferencias de actitud. Una parte de su inocencia terminó ahí.

Los días de rutina se convirtieron en semanas en un mundo similar al de los colegios que ya conocía, pero también era diferente: más duro, más cruel, planteaba un reto mayor. Todos los chicos hablaban un inglés espantoso aderezado de vulgaridad, así que su gramática correcta destacaba; empezó a cambiarla ligeramente, como una hoja viva con los bordes empezando a teñirse ligeramente de marrón. Su vocabulario era extenso para su edad y, en ocasiones, el resto de chicos no entendía alguna palabra de las que utilizaba, así que, en vez de emplear el vocabulario del que se sentía orgulloso, se habituó a utilizar palabras más sencillas. A veces tenía que esforzarse por encontrar una palabra más fácil, con lo que adquirió una especie de tartamudeo vacilante. Los chicos utilizaban la palabra «hijo de puta», que nunca antes había oído. «Joder» le sonaba extraña y osada, «hijo de puta» le chocó durante un tiempo.

Un agente del departamento de libertad vigilada lo llamó al despacho principal para entrevistarse con él. Un psicólogo clínico lo citó en el hospital y le realizó pruebas en las que tuvo que decir qué veía en manchas de tinta, montar piezas, contar hacia adelante y hacia atrás y descifrar adivinanzas.

No pensó en su futuro. El mundo del reformatorio oprimía tanto las vidas que no le permitía soñar como hacía antes. Las horas estaban programadas al minuto, desde que se encendían las luces hasta que se apagaban. Solo los domingos por la noche sentía su soledad. Los domingos por la tarde los chicos recibían visitas y casi todos tenían a alguien, normalmente una familia entera. Las visitas les dejaban bolsas de caramelos, galletas y revistas. Después de cenar, se repartían las bolsas. Mientras las pasaban, él permanecía sentado, solo, hundido en sí mismo, y negaba con la cabeza si alguien le ofrecía algo. Su dolor contenía una furia amarga, era su forma de sobrellevar la situación.

No tenía amigos en la compañía y normalmente lo ignoraban. Había dejado claro que, si alguien le molestaba, pelearía, así que le dejaban en paz. El reducido grupo de chicos blancos eran mayores y procedían de diferentes entornos, casi todos ellos llevaban colas de pato y los pantalones caídos. Dos eran primos y alardeaban de haber sido acusados de asesinato. Habían disparado a un vagabundo que deambulaba por las vías de detrás de su casa con un rifle del calibre 22 que habían robado de la habitación de un vecino. No se permitían los periódicos, así que no podían comprobar la afirmación. Cierta o no, les daba prestigio en un mundo en el que el rango dependía de las aptitudes violentas. Los chicos más duros eran los más respetados, incluso si los más duros eran unos babosos estúpidos. La mayoría de los adolescentes habían cometido algún crimen, allanado una casa o los habían pillado saqueando alguna guantera. Algunos habían robado coches y un negro de doce años, Lewis (parecía mucho mayor), fue detenido robando cartillas de racionamiento en gasolineras que luego vendía con gran beneficio en su barrio. Este chico parecía siempre dispuesto a sonreír de una forma amable aunque con superioridad y, cuando la compañía permanecía sentada en los bancos y tenía prohibido hablar —lo que ocurría durante largas horas varias veces al día—, Lewis siempre leía un libro. Aunque era la única actividad que el señor Miranda permitía, nadie más leía excepto Alex.

Todos se burlaban de los libros, pero nadie se burlaba de Lewis. Los días de boxeo, nadie se enfundaba los guantes contra él. Aunque Alex no podía llamarlo amigo, Lewis fue el primero en darse cuenta de que no recibía visitas y en ofrecerle galletas de las que le llevaba su familia. En una ocasión, cuando un negro mayor se coló delante de Alex en el lavabo y le obligó a retroceder, antes de que se iniciara la desigual pelea Lewis se interpuso y la detuvo. No obligó al negro a que le devolviera el puesto en el lavabo pero le cedió a Alex el suyo.

En la escuela, Alex tenía a Lulu, que se mostraba simpático cuando estaban en clase. Pero, durante el recreo, cuando los chicos se reunían en grupos, Lulu lo ignoraba, aunque en ocasiones elegía a Alex para su equipo de softball antes que a otros chicos con más destreza. Era de Temple Street y había varios chicos de su banda en el reformatorio. Pasaba el rato con ellos y solo tenía tiempo para Alex cuando no estaban.

Con quien Alex hablaba en realidad era con Chester, como si la pelea y haber estado encerrados en aislamiento hubiera consolidado su amistad. Chester tenía cuatro hermanos y dos hermanas y su padre estaba en el ejército; su madre trabajaba como limpiadora en un hotel y los niños se cuidaban básicamente ellos solos. Quería ser jugador profesional de béisbol. Aquella era su tercera visita al reformatorio y esperaba ir a un campamento del condado durante seis meses. Planeaba escaparse en cuanto llegara allí.

Una mañana, sin previo aviso, Alex se encontró entre el grupo de chicos que llevaron al juzgado en un destartado autobús gris con tela metálica en las ventanas. El tribunal de menores se encontraba en el Palacio de Justicia; el autobús entró en un túnel debajo del alto edificio y aparcó cerca de una señal con una flecha roja que rezaba JUEZ DE INSTRUCCIÓN y MORGUE encima. Subieron a la octava planta en un montacargas y recorrieron una galería hasta una sala sin ventanas con las paredes pintarrajeadas con grafitis, algunos a lápiz, otros grabados en la pintura. La mayoría eran nombres, pero algunos eran dibujos obscenos de falos enormes o pechos y entrepiernas femeninos, esto último representado por un simple triángulo oscuro. Por muy groseros o distorsionados que fueran, Alex los observaba con curiosidad, preguntándose cuánto se parecerían a la realidad.

La mayoría de los chicos aguardaban pensativos a que los llamaran, aunque uno de ellos, que ya había pasado por el correccional y sabía que lo mandarían de vuelta, se mostraba enfadado y desdeñoso. Entre los primeros en ser llamados, cuatro fueron puestos en libertad vigilada y dos enviados a los campamentos del condado. Uno de esos dos se echó a llorar (esperaba marcharse a casa) y el graduado del correccional se puso a darle patadas en la espinilla, escupiéndole y diciéndole que se callara. El cruel ataque provocó risitas entre los demás. Alex no sentía ni miedo ni esperanza en relación con lo que pudiera pasarle, pero nunca mostraría sentimientos que pudieran provocar su ridículo. Todos miraban con respeto al chico que iba al correccional con actitud y despreciaban al llorón.

Una llave giró en la cerradura y un alguacil uniformado llamó a Alex. En el vestíbulo, el chico se sorprendió al ver la multitud. De algún modo, esperaba que el pasillo estuviera vacío y en silencio, una imagen sacada de las películas. En vez de eso, estaba abarrotado. A lo largo de una pared había filas de sillas como las del cine, con el asiento plegable, cada una ocupada por una persona. Había mucha gente de pie y el alguacil le tendió un brazo y avanzó en zigzag entre la masa de cuerpos. La multitud se componía en su mayoría de mujeres de aspecto desgastado, pobres y prematuramente demacradas. Por cada mujer había un chiquillo huraño, además de niños que apenas empezaban a andar y bebés. Los pocos hombres presentes eran entrecanos y ajados, se los veía rígidos e incómodos vestidos con ropa de domingo que no acababa de quedarles bien. Como en el reformatorio, la mayoría de las caras eran color chocolate o aceituna, y las voces mutilaban la dicción o cacareaban en español.

La placa de metal de la puerta rezaba: HARRINGTON P. WYMORE, MEDIADOR. Alex tuvo apenas un segundo para leer la placa antes de que el alguacil abriera la puerta. La luz que se filtraba a través de las enormes persianas venecianas le lastimó los ojos dejándolo aturdido momentáneamente al entrar; escuchó el ruido de unas risas secas y educadas como respuesta a alguna broma previa antes de poder ver las caras que aparecían a través del brillo. Estaba en el pasillo con dos filas de sillas vacías a cada lado, frente a una mesa larga y ancha cuidadosamente pulida. Un hombre con un traje oscuro se sentaba en el centro y otro en un extremo, con una pila de carpetas delante. Una mujer de mediana edad, cuyo corpulento cuerpo parecía tragarse la silla de la que se desbordaba, se encontraba, lápiz en mano, sentada a la mesa junto a la ventana.

El hombre del centro, que parecía pequeño tras la mesa, tenía la cabeza hacia adelante, dejando a la vista el ralo pelo gris que cubría su estrecho cráneo. Sus ojos y sus rasgos quedaban ocultos. Una mano huesuda pasaba páginas escritas a máquina hasta que se detuvo y por fin levantó la vista. Por primera vez, Alex sintió miedo, no del tipo de miedo físico que le formaba un nudo en el estómago antes de meterse en una pelea o hacer algo peligroso, sino el vacío plomizo que absorbe todas tus fuerzas cuando entiendes la propia impotencia al enfrentarte a la autoridad. No era miedo por lo que el viejo de cara estrecha pudiera hacer, sino por la sensación de que no había forma de evitarlo. Cuando el juez levantó la mirada, pareció una señal para que los demás hicieran lo mismo; todos fijaron la vista sobre él, como si

podieran descifrar algo a partir de su expresión reposada. El juez miró a la estenógrafa para asegurarse de que tenía el lápiz preparado.

—El número es A, cinco, cinco, cero, cuatro, cero —recitó el juez— en una demanda *In loco parentis* presentada por el departamento de libertad vigilada en nombre de Alexander Hammond, menor. —Hizo una pausa y miró al chico a los ojos—. Siento mucho lo de tu padre.

Durante unos segundos, Alex arrugó la cara, perplejo, sin entender qué quería decir. ¿Sentía el qué? No es que Alex hubiera dejado de pensar en la muerte de su padre, aunque las heridas emocionales cicatrizan pronto en un muchacho de once años. Más bien era que la muestra de compasión se alejaba tanto de lo que Alex había esperado que no sabía a qué se referían las palabras. Su sorpresa se hizo evidente y el juez parpadeó rápidamente, atónito.

—Tu padre —repitió, como si quisiera aclararlo o recordárselo.

—Mi padre está muerto, señor.

—Por eso decía que lo siento.

—Ah.

Manchas rojas aparecieron sobre la piel gris del juez. Empujó las gafas posadas sobre la nariz, como si eso le permitiera observar mejor al extraño muchacho sentado de forma remilgada con las manos cruzadas sobre las piernas. El informe psiquiátrico mencionaba una falta de «afecto» y su respuesta un tanto desconectada parecía confirmarlo.

—Sabes dónde estás, ¿no, Alex?

—Sí, señor.

—No estamos aquí para castigarte sino para ayudarte. ¿Cómo te sientes por lo que hiciste?

¿Sentir? Alex deseaba no haber disparado al hombre, lamentaba su situación, pero no había nada que sentir. Aun así, su instinto le dijo que el juez quería escuchar algo diferente.

—Lo siento, señor —dijo, y añadió—: No pensé cuando lo hice. Tenía miedo. Simplemente pasó. —Se encogió de hombros.

—Pero estabas en la tienda del hombre.

—Teníamos hambre, señor. No pensé...

—Sabes que robar está mal, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pero has robado en otras ocasiones. Te escapaste del Hogar para Chicos del Valle porque te cogieron robando en una tienda.

—No estaba robando —respondió Alex rápidamente. Su cuerpo se tensó y elevó la voz—. Eso dijeron pero no es verdad.

—¿Por qué iban a mentir?

—No lo sé.

—Yo tampoco lo sé. Después, está ese carácter que tienes. Te has metido en varias peleas durante las últimas tres semanas, y atacaste a la mujer del Hogar la noche que te escapaste. Y esas rabietas. Ahora eres solo un niño pero, si no eres capaz de controlar tu carácter, cuando crezcas... Cuando peses ochenta kilos serás peligroso.

El juez se detuvo para dar un sorbo del vaso de agua que había junto a una jarra. Alex miraba cómo subía y bajaba su nuez mientras imaginaba, sin éxito, que pesaba ochenta kilos.

—No sé qué hacer contigo, hijo. Eres un chico inteligente y, aunque no has tenido una infancia feliz, tampoco podría definirse como necesitada. Siempre has tenido lo suficiente para comer. El departamento de libertad vigilada recomienda entregarte a la Autoridad de Menores y enviarte a un colegio estatal, pero esa es la última alternativa. Siempre podemos adoptar esa solución si no podemos ayudarte de otra forma. Eres demasiado joven para nuestros campos de trabajo y no sé si te harían algún bien de todas formas. Tienes problemas emocionales. Una casa de acogida no es la solución, ya has estado en algunas. Voy a ordenar que te envíen al hospital estatal de Camarillo para un periodo de observación de noventa días. Si el personal de allí necesita más tiempo, podemos ampliar el plazo. Quizá ellos puedan ayudarte, o decirme qué hacer contigo. Eres un muchacho con problemas y...

Las palabras finales desaparecieron de la conciencia del chico. ¡Lo mandaban a un manicomio! Quizá estoy loco, pensó. No me siento así pero... ¿Cómo se siente un loco? Deben de saber qué están haciendo. Ese pensamiento lo asustó tanto que tuvo que esforzarse por no derramar ninguna lágrima.

No les dijo a los otros chicos adonde lo enviaban cuando volvió a la sala. Les dijo que lo entregaban a la Autoridad de Menores.

Capítulo 9

El suelo rojo oscuro encerado de la sala común brillaba con la luz amarilla del sol de invierno cortada en cuadrados por los barrotes de las ventanas. Había sillas baratas de mimbre con cojines a lo largo de las cuatro paredes y dispuestas en filas espalda contra espalda por toda la sala. La mayoría de las sillas estaban ocupadas y la mayoría de los ocupantes vestían vaqueros oscuros arrugados que les quedaban horriblemente mal, con los bajos por encima de los flacos tobillos o que arrastraban por el suelo; tan pequeños que no se los podían abrochar o tan grandes que tenían que sujetarlos con una cuerda o con los cordones de los zapatos. Cuanto más andrajosa era la ropa, más loca estaba la persona, o eso parecía. Algunos hablaban solos, algunos con Cristo o con cualquiera que se les apareciera mentalmente o ante sus ojos. La población del ala rondaba el centenar, pero menos de la mitad se encontraban en la sala. Los cuidadores se mostraban extrañamente tranquilos aquella mañana de sábado, ya que muchos de los pacientes habían recibido tratamientos de electroshock el día anterior y aún intentaban desempolvar sus pensamientos de las cenizas de la memoria. Los pacientes más enfermos estaban atados a sus catres en pequeñas y oscuras habitaciones a lo largo de uno de los pasillos (uno de dos) que daba a la sala común. Ellos también se tranquilizaban temporalmente por las descargas eléctricas aplicadas a su cerebro.

En esa ala se encontraba la enfermería, así como la unidad de ingreso y tramitación, y la ocupaban con muchas mentes ligeramente corroídas, incluidos alcohólicos y algunos adictos en proceso de desintoxicación. La mayoría se encontraba fuera del ala a esa hora del día, trabajando en la cocina o desperdigados por el enorme recinto del hospital; como ocurría en gran parte del sur de California, lo que no era desierto se cultivaba. Todos tenían libertad para moverse dentro de los límites del hospital.

Los cuerdos que permanecían en el ala vestían ropa civil, o camisas al menos, y estaban inmersos en una casi perpetua partida de póquer. Ese día

habían acercado a la mesa el armario de mimbre cerrado con llave que contenía la radio, y los jugadores escuchaban de fondo al comentarista describir con tristeza la masacre infligida por el gran equipo del Army liderado por Blanchard y Davis, un par de defensas incluidos en el All-American, ya que los jugadores del Notre Dame que podrían haberlos parado se encontraban en Guadalcanal y en el Norte de África.

—Y ahora, las estadísticas al descanso —dijo el comentarista.

En la partida de póquer participaban cinco pacientes y un cuidador, este último un joven vestido con su uniforme blanco impoluto de pie en una esquina de la mesa, siguiendo las normas que no le permitían sentarse durante su turno excepto en la oficina, en el descanso para el café. Jugaban tres pacientes blancos, dos de ellos alcohólicos, y el tercero un exconvicto que intentaba evitar una sentencia de falsificación que lo enviaría a San Quintín alegando que escuchaba voces. Los dos negros («de color», entonces) de la partida eran dos yonquis estafadores, socios en el crimen y en la condena, desintoxicándose porque su suministro de narcóticos lo había interrumpido la guerra; ahora se contentaban con calmantes e intentaban que los médicos les recetaran morfina. Uno de ellos era negro como el ébano, con la mandíbula cuadrada y los hombros anchos, la nariz achatada y las cejas surcadas de cicatrices resultado de una infructuosa carrera como boxeador profesional. Se le conocía como Primer Golpe Floyd.

El mayor montón de dinero se acumulaba frente al otro negro, de piel más clara que la del siciliano típico. Su socio Floyd a veces le tomaba el pelo y lo llamaba «negro viejo de color mierda». Lo llamaban Rojo Barzo. Llevaba el pelo rojizo tratado para darle rigidez y lucía tupé. Parecía más joven que sus treinta y ocho años. Era delgado y locuaz, parloteaba más de lo que debería un jugador de póquer, contando continuamente sus fichas en montoncitos entre las manos, contando y ordenando, muy consciente de que una nueva mano mandaría al traste sus cálculos y su pulcritud y debería volver a empezar. Era inquieto, y ocasionalmente sus ojos se desviaban hacia el reloj de pared.

—Voy a tener que quitarme el desánimo de encima y empezar a vestirme para que Clarice no me tenga que esperar.

Alex Hammond estaba de pie, detrás del hombro derecho de Rojo Barzo, cambiando el peso ocasionalmente de un pie al otro pero, por lo demás, inexpresivo, lo que era condición para que le dejaran observar. Sus sabios y jóvenes ojos le ardían por la concentración. Si Rojo ganaba, dejaría que Alex jugara por él cuando se marchara a prepararse para la visita.

—Última mano para mí —dijo Rojo mientras barajaba y repartía con destreza pero sin excesivas florituras. Solo Alex, detrás de él, podía verlo encajar los dos montones juntos y ver la carta de abajo cuando volvía a cortar. El hombre preparaba las cartas con tanta destreza que el ojo no se percataba de lo que ocurría, aunque se producía un sonido revelador que camuflaba con un tosido. Rojo no era un buen jugador de póquer, demasiado propenso a apostar y marcarse faroles, pero se le daba bien hacer trampa y solía ganar.

Las cartas repartidas volaban a ras de la mesa para que no hubiera posibilidad de verlas. Al repartir las segundas cartas descubiertas, cantó los valores.

—Jota, as, diez, as, otro diez, y un puto siete de mierda para el que reparte.

A Alex le fascinaba presenciar aquellos misterios, era algo que sentía pero que no podía expresar, la sensación de que aquello tenía un significado que iba más allá, que era una metáfora.

—El primer as sale —dijo Barzo.

Primer Golpe Floyd tenía el as y lanzó una moneda de veinticinco centavos al centro vacío del mantel. El siguiente jugador pasó. El segundo as lo vio, igual que el segundo diez. Rojo levantó su carta para que Alex pudiera verla: un rey. Empujó dos monedas de veinticinco.

—Subo —dijo.

Alex, que llevaba semanas observando y estudiando las técnicas del juego, se sorprendió por la subida. Lo entendería si Rojo tuviera otro siete tapado (entonces el aumento hubiera sido mayor) o un as sin ningún otro as a la vista. Pero el rey no ganaba a las cartas que estaban boca arriba.

—Dos sietes —dijo el siguiente, el alcohólico con la jota boca arriba—. No subirías la apuesta con un as, no cuando hay dos sobre la mesa.

—Ta claro que puedes leer mi mano —dijo Barzo—. ¿Qué vas a hacer?

—Lo veo.

—Entonces, pon otra moneda.

Así lo hizo. Tenía la piel llena de pequeñas venas azules y rojas que le teñían la cara de un tono morado.

Primer Golpe levantó el cuatro de corazones.

—Me largo —dijo al lanzar su mano.

Los otros dos vieron la jugada. Rojo se convirtió en el centro de su atención. Pensaban que tenía un comodín u otro siete.

—Cartas —dijo Rojo al dejar la baraja sobre la mesa y darle la vuelta a cada carta con una mano para que nadie pudiera decir que hacía trampa—.

Ninguna pareja. El as aún manda.

—Paso al que ha subido.

Los siguientes también golpearon la mesa o dijeron «paso».

Rojo tenía listo un billete de un dólar hecho polvo y lo lanzó en una apuesta considerable, aunque no exagerada, para una segunda carta. El siguiente hombre, el de la jota y la fanfarronada, miró el nueve junto al siete de Rojo y después a su seis. Puso un dólar en el bote. Al as se había unido una reina, así que igualó la apuesta. Los otros dos se retiraron.

—Nah —dijo el cuidador—. Solo puedes tener sietes pero, si te supero, otro puede que me supere a mí.

Golpeó la mesa con los nudillos y descubrió sus cartas mientras Rojo repartía la última mano.

—Pareja de jotas. Un tres para el as-reina, y un rey para el que reparte. La jota manda.

—Cinco dólares —dijo el alcohólico.

El as-reina abandonó antes de que el billete cayera.

—Lo veo —dijo Rojo.

—Voy a intentar completar la mano —dijo el alcohólico, tan seguro como si las cartas estuvieran boca arriba de que Rojo tenía otro siete tapado. Por la forma en que se había desarrollado la mano, lo último que se hubiera imaginado era otro rey.

—Última carta —anunció Rojo. La pareja de jotas recibió un tres, Rojo un cinco.

—Mandan las jotas —dijo el alcohólico, con voz segura. Significaba que no tenía nada más que las jotas. Una doble pareja era una jugada segura, y en el póquer abierto de cinco cartas estaba prohibido pasar con una jugada segura.

Ahora Rojo tenía al hombre en el punto de mira.

—¿Cuánto tienes? —preguntó señalando la pila de dinero con la mirada—. Apuesto todo lo que tengas.

—No, no, señor Barzo el Hábil. Esta vez no me la vas a colar solo porque tengas todo el dinero del ala. —Contó con rapidez las monedas de diez, veinticinco y cincuenta centavos—. Catorce dólares —dijo.

—Ponlos —dijo Rojo mientras lanzaba tres billetes de cinco dólares al bote. El otro hombre no dudó.

Rojo levantó el rey escondido.

La cara del alcohólico ya era roja pero ahora le ardía.

—No me creo esa mierda, no si eres tú el que reparte.

—Jooder —exclamó Primer Golpe—. Hablas como un imbécil. Nadie te ha hecho trampa y, si vas a ser un primo, será mejor que seas uno calladito.

—Sí —dijo el joven cuidador. Era la voz de la autoridad—. Si no sabes perder en silencio, no juegues.

Rojo amontonó las monedas mientras observaba el despliegue de emociones. Un buen estafador lee la naturaleza humana sin fallos, con un entendimiento que va más allá de las teorías más descabelladas de un psicólogo. Un estafador no puede equivocarse si quiere mantener su reinado, mientras que un psicólogo depende de su diploma para vivir. Tras decidir que el hombre no era una amenaza, lo tranquilizó.

—No sabía que me saldría un rey. He puesto la moneda de veinticinco para hacerte creer que tenía el comodín o una pareja de sietes. Preparaba el terreno para lo que ha pasado después, que me saliera una pareja de reyes y alguien pudiera superar a los sietes pero no a los reyes. Si nadie tenía parejas, seguiría con el farol hasta el final. Si alguien tenía ases o podía superar a los reyes, me retiraba con un dólar y medio en el bote. La trampa estaba lista y tú has picado. No te sientas mal, los buenos jugadores de póquer caen con este farol y tú no eres tan bueno.

Le tendió tres billetes de un dólar.

Alex no necesitaba la explicación. Ocurría lo mismo que con un gambito de ajedrez en el que se ofrece un peón envenenado. El ajedrez era otro juego al que Alex había aprendido a jugar con una facilidad pasmosa. Primer Golpe le enseñó cómo se movían las piezas y con qué fin, y dos semanas después Alex ganaba con regularidad. El resto de jugadores de la partida digerían la información. La mirada de Primer Golpe se encontró con la de Alex y le guiñó un ojo. Aunque Alex pasaba más tiempo con Rojo, el más locuaz de los dos, se sentía más cómodo con Primer Golpe. El negro también le enseñó nociones básicas de boxeo: cómo colocarse, cómo lanzar golpes cortos de izquierda en vez de los ganchos con la cabeza agachada que solían dar los muchachos jóvenes. En el hospital estatal, las mentes se encontraban demasiado enfermas por otros motivos como para incendiarse por temas raciales, así que nadie pensó nada extraño porque el chico pasara el rato con dos estafadores negros. Y a Alex le gustaba estar con ellos, le hacían reír y no cabía duda de que le tenían cariño. Le contaban historias de la cárcel, donde el «código» de violencia era similar al del Lejano Oeste (a Alex le despertaba una fascinación similar). También le enseñaron a trapichear y otras cosas que un muchacho de once años normalmente no aprende: cómo distinguir a un tramposo con las cartas (sus manos eran demasiado pequeñas para aprender a

hacer nada), «pequeños» timos como «la cerilla» o «la correa», la ética de la criminalidad o historias sobre trapicheos y ladrones. Recordaba la historia sobre una partida de mierda en un aparcamiento en Churchill Downs durante el derbi, cuando cambiaron los dados por otros con solo el uno, el tres y el cinco, por lo que era imposible sacar un siete, y se los dieron a un gorrón. El gorrón ponía veinte dólares mientras que ellos hacían apuestas paralelas de cien y doscientos. Tras cinco rondas, cuando se habían levantado dos mil, se marchaban y dejaban al paleta con los dados. Ahora se reían al recordarlo y hacían conjeturas sobre lo que habría pasado si los demás hubieran descubierto que el paleta lanzaba dados falsos.

—¿Quieres jugar por mí, Alex? —le preguntó Rojo—. Voy a cagar, a afeitarme y a ducharme para prepararme para mi mujer.

Eso era exactamente lo que Alex llevaba esperando durante las últimas tres horas. Cuando Rojo ganaba, se embolsaba su inversión y parte de sus ganancias y dejaba el resto para el muchacho. La primera vez, gracias a las instrucciones estrictas de que jugara solo a lo fácil, y también gracias a que los otros jugadores nunca creían a un muchacho de once años, ganó treinta dólares. Las siguientes tres partidas perdió pero solo pequeñas cantidades; una vez, menos de un dólar. Ahora sonreía y Rojo le revolvió el pelo al cederle el asiento. Rojo cogió las monedas pero la cantidad que dejó igualaba lo que la mayoría de los demás jugadores tenían frente a ellos. Al chico se le cerró el estómago, se le aceleró el corazón y se concentró al máximo al ver repartir las cartas. Rojo se quedó un momento para mirar; Alex tenía una jota tapada y un nueve levantado, así que pasó. Rojo le dio una palmadita en la espalda y se marchó. En las sesiones previas, a Alex solo le dejaban jugar con un as o un rey tapados o una pareja seguida y tenía que conseguir superar cualquier jugada que viera, sin faroles. Ahora, Rojo le había dicho que siguiera jugando así pero, si tenía un rey tapado y un as levantado, podía marcarse un farol si esas dos cartas superaban a cualquier cosa que tuvieran los demás. Mientras repartían las cartas, sintió un miedo espléndido, espléndido porque era esperanza a partes iguales.

Dos manos después, ganó con un par de ochos seguidos con un tercero en la última ronda contra los dos ases del guarda. Había un bote bastante bueno. Como iba por delante, y porque había más esperanza y emoción en esa jugada que en sacar una mano fácil, decidió marcarse un farol a la primera oportunidad. La ocasión le llegó dos manos después. Tenía un rey tapado y un as boca arriba y no emparejó ninguno. Otro jugador emparejó dieces en la última carta y pasó. Alex empujó diez dólares mientras una deliciosa

sensación de terror se le extendía desde el estómago hacia la garganta y las piernas y brazos. La pareja de dieces dudó y Alex se preguntaba si su cara reflejaba el miedo que sentía. El hombre le dio la vuelta a los dieces y, furioso, le pasó las cartas al siguiente al que le tocaba repartir.

—Este puto niño duerme con ases y reyes...

Con el comodín tapado, a Alex le llegó una escalera con la reina como carta más alta en la siguiente mano, así que dejó al guarda atrapado con doble pareja y a otro jugador con un trío. El bote era enorme para una institución, casi cincuenta dólares. El guarda estampó las cartas con fuerza en la mesa y se retiró. Primer Golpe andaba corto de dinero y Alex le dio veinte dólares.

Los fines de semana, la partida siempre duraba hasta la cena y se retomaba tras la película de los sábados por la noche. Los domingos se unían nuevos jugadores, ya que los pacientes recibían visitas y dinero. Pero era sábado y la partida terminaba a la una y media. El último jugador con tres seises se topó con los tres ases de Alex. Furioso, el hombre rasgó las cartas y las lanzó al aire y, después, tiró la silla al suelo al levantarse. Primer Golpe se recostó en su silla, sonriendo, pero no había duda de lo que ocurriría si el perdedor intentaba golpear al chico. Alex no pudo evitar estremecerse ante el adulto enfurecido.

El ruido de la silla al caer atrajo a varios guardas a la sala; estaban programados para detectar ataques psicóticos y arranques de ira. Cuando vieron al hombre recoger la silla con calma, se relajaron.

Solo un jugador más aparte de Primer Golpe seguía en la partida, aunque empezó a quejarse de un dolor de cabeza. Alex había reunido casi todo el dinero de la mesa y se había guardado dos billetes de veinte, procedentes del contrabando en la institución. Nadie debía tener billetes superiores a diez dólares y el total no podía superar los veinticinco dólares, pero Rojo contaba con un enorme fajo de billetes y Primer Golpe también disponía de varios cientos. El bolsillo de la camisa de Alex rebosaba de billetes y los de los pantalones abultaban por las monedas que, con el peso, se los bajaban.

—Quiero ver a Rojo antes de su visita —dijo con entusiasmo.

—No siempre ganarás tanto dinero tan fácil —le dijo Primer Golpe—. Créeme, chico.

—¡Seguro que he ganado unos cien dólares! —Para un muchacho de once años era una cantidad enorme.

—Eres un prodigio del póquer, muchacho —comentó Floyd—. Y un pequeño cabrón con suerte también. —Dobló el mantel con el que jugaban.

Alex se quedó mirando fijamente al otro lado de la sala común, radiante y animado, sin prestar atención a las mentes llenas de irrealidad que lo rodeaban. Entonces, sus ojos se posaron sobre un hombre extremadamente obeso (un cuerpo circular coronado por una cabeza circular), barbilampiño como un eunuco, cuyas mejillas se arrugaban en infinitos pliegues minúsculos en vez de en profundas grietas. Rojo le contó que el hombre era hermafrodita y, cuando Alex supo qué significaba la palabra, creyó que Rojo le tomaba el pelo. Alex nunca lo supo con certeza, aunque echó alguna mirada al pene del hombre en la ducha y no era mayor que un lápiz. No consiguió ver la otra parte. Pero, desde entonces, hablaba con la pobre criatura demente y no podía evitar burlarse de él. Ahora miraba a su alrededor en busca de guardas (ya le habían dado un aviso) y no veía a ninguno. «Estarán tomando café en la oficina», pensó al dejarse caer en una silla junto al hombre. La masa imberbe ni si quiera lo miró.

—Mira aquí —le dijo Alex tirándole de la manga.

La cúpula redonda se giró despacio, parpadeó lentamente, y el índice y el pulgar cortos y rechonchos manchados de nicotina (de fumarse las colillas hasta la última calada) se posaron despacio en la boca.

—Dame Old Gold, por favor. Old Gold.

—Que te jodan a ti y a tu Old Gold, viejo maricón chupapollas. Dime qué vas a hacer.

Una mano permaneció en la boca mientras la otra se dirigió lenta y pesada a la enorme tripa para darse una palmada.

—Old Gold. Old Gold.

Alex miró al pasillo y no vio a ningún guarda. Se mordió el labio y le soltó una bofetada rápida, un golpe fugaz como un látigo con las puntas de los dedos, sobre el labio plano. La cabeza redonda se retiró hacia atrás como si fuera una tortuga. Una sombra le nubló la expresión antes de teñirse de rojo.

—Chico malo. Chico malo.

—Dime qué coño piensas hacer.

—Meterte un palo en el culo, chico malo. Clavarte alfileres en los ojos, chico travieso. Meterte en la bodega de un barco grande con una sartén y, cuando el barco navegue, te balancearás de un lado a otro y te freirás...

—¡Chico! Por todos los infiernos.

Alex dio un salto antes de mirar a su alrededor. El guarda encargado del ala, un cuarentón pelirrojo, delgado y amargado, acababa de entrar en la sala procedente del pasillo.

—Te he dicho que dejes tranquilo a Benny, joder. Algún día te mandará de un golpe al otro lado de la sala, dejará de hablar y te dará de verdad.

—Pensaba que le habían hecho una de esas operaciones y que no podía hacer nada.

—Eso dicen. Pero da igual, no lo jodas más. Dios, me alegraré cuando te manden al ala de menores. Déjalo en paz.

El esquizofrénico gordo, lobotomizado y hermafrodita siguió murmurando su letanía de grotescas torturas cuando Alex se alejó a toda prisa del hombre de blanco. El chico se dirigió hacia otro amplio pasillo que daba al enorme baño, los dormitorios, las duchas y el vestuario, todos los lugares en los que podría encontrar al negro de piel clara a menos que ya se hubiera marchado a recibir a su visita. Mientras Alex caminaba, las palabras del guarda revoloteaban en su cabeza y se preguntó por qué no lo habían enviado al ala de menores. Casi todos los pacientes nuevos eran enviados a sus alas correspondientes en dos semanas, los menores antes, y la mayoría acababan en el ala normal y unos cuantos en la dedicada a los tratamientos de electroshock. Que Alex supiera, solo un menor había permanecido en el ala de ingreso durante todo el tiempo de observación, aunque se marchó antes de que Alex llegara. El otro chico había matado a su padre acercándose sigilosamente a él por la espalda con un rifle del calibre 22 mientras el hombre estaba sentado. Alex había visto a los menores, pero se mantenía alejado de ellos. Tenían su propio patio de recreo, pero era demasiado pequeño para jugar a softball, así que salían al patio principal una o dos veces por semana. Este tenía el tamaño suficiente para albergar cuatro pistas de softball, formadas por los edificios circundantes. Todos los pacientes masculinos lo suficientemente cuerdos como para saber volver a sus alas tenían permitido salir durante el día. Cuando los menores ocupaban el patio, permanecían en una zona y Alex se mantenía alejado de ellos. Ahora, mientras buscaba a Rojo, se dio cuenta de que deberían considerar su caso como algo serio, como el del otro chico; de lo contrario, lo habrían trasladado. No le importaba. Prefería quedarse donde estaba.

Mientras seguía buscando a Rojo, la emoción de su triunfo en el juego no disminuyó. Empujó la puerta de los baños y se topó con una espesa nube de humo de tabaco. Era el único lugar del ala donde se permitía fumar. Dentro, un grupo de hombres estaba dando caladas, la mayoría de los cigarros liados del tabaco estatal de sabor horrible y olor dulce empaquetado en San Quintín y apodado «Duffy», por el famoso guarda de la prisión.

Alex pasó por allí con indiferencia, sin apenas mirar a las caras cadavéricas e hinchadas, de ojos fieros y ausentes. Entró por una segunda puerta a una sala mucho más grande pero menos atestada con enormes lavabos semicirculares a la derecha y urinarios y retretes a la izquierda. Pedazos de papel y rollos vacíos cubrían el suelo. Rojo no se encontraba allí.

—Hola, chico —lo saludó un negro desdentado, con la piel grisácea y escamada y el pelo como una maraña de muelles de reloj.

Tenía los dientes enormes y amarillos y le faltaban algunos. Aquello no desconcertó al chico porque Alex sabía que, a pesar de su aspecto aterrador, resultaba inofensivo. Se metió la mano en el pantalón y sacó un cigarrillo sin mostrar el paquete para no reunir a una multitud de mendigos. Los cigarros industriales escaseaban y los enfermos mentales no tenían ningún reparo en pedir. Alex había empezado a fumar tres semanas antes y llevaba una semana tragándose el humo; se sentía orgulloso de sí mismo.

Rojo debía de estar en el vestuario o en el dormitorio, aunque este último quedaba fuera de los límites permitidos durante el día. Sin embargo, Rojo contaba con un guarda que aceptaba que le deslizaran billetes de diez dólares en el bolsillo con un guiño. También le llevaba a Rojo botellas de whisky y jarabe para la tos con codeína que Rojo escondía en un armario debajo de la cama. Una vez, a altas horas de la noche, Alex lo encontró junto con Primer Golpe Floyd en el pequeño baño del dormitorio, acurrucados alrededor de una cuchara con cerillas ardiendo debajo.

—Saca tu culo de aquí —le dijo Rojo enseguida, y él se marchó, sonrojado. A la mañana siguiente, Floyd le dijo que se olvidara de lo que había visto.

Encontró a Barzo en el vestuario de dos salas, una para vestirse junto a las duchas y otra en la que se guardaba la ropa de calle. Se había afeitado y vestido con un traje estilo pachuco de pata de gallo, con una camisa amarilla y la corbata granate, el arquetipo del estilo de la época. Llevaba el pelo rojo tratado bien pegado con gomina y olía a colonia. De algún modo, Primer Golpe Floyd había encontrado a Rojo primero, y el negro delgado esperaba apoyado sobre el codo en un banco junto a la pared.

Rojo miró a su alrededor al escuchar abrirse la puerta.

—¿Cómo estoy, chico?

—Venga, negro —le dijo Floyd, arrastrando la última palabra—. Ya sabes que estás guapo pero mueve el culo, no hagas esperar a la parienta.

Rojo se giró para mirarse en el espejo de cuerpo entero y comprobar por última vez cómo le quedaba la ropa. Miró a Alex en el espejo.

—Me he enterado de que has ganado un buen fajo. Has tardado en venir. ¿Cuánto has mangado?

La cara de Alex se tiñó de rojo al intentar tartamudear una negativa antes de darse cuenta, tras la carcajada de Rojo, de que la acusación era una broma.

—Bien, jovenzuelo, te habrás pillado un pequeño pico. Es lo que habría hecho yo. ¿Cuánto tienes?

—Ciento veinte dólares.

—El enano es un puto genio del póquer. Joooder. Igual hasta te adopto, ¿que no?

Alex sacó el rollo de billetes.

—Coge veinte en verdes y el cambio —dijo Rojo—. Las monedas me joden la caída del traje.

Cuando terminaron con eso, Alex se sentó mientras Rojo terminaba con sus abluciones.

—Chico —dijo Rojo cuando estuvo listo—, no hay duda de que vas de cabeza a San Quintín, tienes el mal dentro de ti. No te va a parar nadie, así que está bien que hagas el capullo con Floyd y conmigo, nosotros te enseñaremos. Tienes que decidir si quieres ser un chulo, un jugador, o prefieres ser un gángster.

—¿Qué diferencia hay?

—Uno es hábil y el otro es duro.

—Creo que prefiero ser un poco de los dos.

Los dos negros soltaron una carcajada. Alex no pudo evitar sonrojarse de nuevo, pero la vergüenza esta vez se mezclaba con el placer.

Capítulo 10

El médico del ala era un dios que se dejaba ver con poca frecuencia. Cuando aparecía, rara vez lo hacía para hablar directamente con los pacientes. Desaparecía con los encargados tras las puertas del despacho, ojeaba los historiales, en ocasiones escribía algo, escuchaba lo que los encargados tenían que decirle y bebía café. A veces se daba una vuelta por el pasillo de las celdas, miraba a través de las pequeñas ventanas de la puerta y observaba a su ocupante atado a la cama. Después se marchaba seguido de un séquito de batas blancas hasta que cruzaba la puerta.

Alex nunca habló con el médico ni sabía su nombre, tampoco le importaba. Se sentía más feliz en el hospital estatal que en cualquiera de las casas de acogida, internados u otros lugares por los que había pasado. El miedo inicial por estar rodeado de locos enseguida se desvaneció. La alegría que le proporcionaba este lugar se debía a que vivía prácticamente sin tener que seguir una rutina estructurada. Era demasiado joven para trabajar y allí no daban clases. Dentro de los vastos confines de la institución, era libre de vagar hasta el anochecer y, durante la noche, le esperaba la partida de póquer o alguna otra actividad con la que pasar el tiempo. No sentía la necesidad de escaparse de su entorno adentrándose en los libros. Lo que sucedía a su alrededor resultaba más estimulante, especialmente en el enorme patio rodeado de edificios. La institución era una mezcla de circo y reserva de animales salvajes compuesta por una multitud de dementes que dejaban sueltos al sol en un terreno de casi una hectárea. Alicia al otro lado del espejo no encontró conversaciones más extrañas de las que Alex escuchaba aquí. Un anciano se paseaba incansable como un tiburón, en busca de cigarros o colillas. No hacía falta que los tiraran, si alguien dejaba uno apoyado, él lo cogía. Durante un partido de softball, el guardia encargado del ala de menores, un adicto al tabaco, dejó el cigarro en un banco mientras bateaba. Alcanzó un tercer *strike*; con el bate al hombro, boquiabierto y los ojos de par en par, vio como el tiburón recogía su cigarro y se alejaba dándole caladas.

Alex empezó a darle al tiburón cigarros enteros que provocaban gestos pidiendo fuego. Se sabía que el tiburón podía hablar, pero nadie le escuchó nunca pronunciar una palabra. Alex se preguntaba cómo sabían que estaba loco.

Otro personaje, apodado «el Cisterna», estaba de pie, murmurando insultos para él mismo, poniéndose muy nervioso; se colocó el nudillo del dedo índice entre los dientes, contrajo la cara y, al mismo tiempo, levantó la mano derecha y la bajó con un gesto rápido, como si sonara el silbato de un tren o tirara de la cadena de un baño antiguo. Alex se hizo amigo del tirador de cadenas gracias a sobornos con cigarrillos y descubrió lo que hacía en realidad. El Cisterna estaba a cargo de todas las ejecuciones en todo el mundo y, cuando insultaba, en realidad dictaba sentencia. Cuando movía el brazo levantado de arriba abajo, alguna trampilla de alguna horca en algún lugar del mundo se abría bajo algún pobre infeliz.

Una tarde, Alex esperaba en el patio a que un guarda le abriera una puerta para poder volver al ala cuando vio a un enorme negro con el pelo gris, de pie, pegado contra la pared. El hombre miraba como un loco a su alrededor y fijó la mirada en Alex tan rápido como un radar. Seguía mirando a todas partes pero sus ojos siempre volvían al muchacho y el enorme cuerpo se puso a temblar. Ahora, la atención de Alex se tiñó de ansiedad por el miedo impredecible que vio. El chico observaba al hombre que, de repente, empezó a quejarse.

—Abe malo, jefe... Tranquilo, jefe... No, jefe... No.

Mientras hablaba, las enormes manos le desgarraban la ropa. Rasgó la tela vaquera nueva como si fuera papel y sus declaraciones de culpa y miedo aumentaron en intensidad hasta que una espuma blanca le brotó de la boca. Alex sentía miedo, pero se preguntaba qué podía haber provocado tal ataque de pánico en un hombre tan grande. El muchacho dio un paso adelante con la intención de calmar al hombre, pero el grito que lanzó y la ropa rasgada lo detuvieron en seco. Para entonces, el cuerpo de ébano gigante estaba cubierto de harapos destrozados. Al darse cuenta de que Alex podía acercarse, el gigante se dejó caer al suelo y se arrastró totalmente aterrorizado. A lo largo de la enorme espalda del tamaño de una ballena discurrían líneas endurecidas, cicatrices sedosas sobre la piel negra. Alex se dio la vuelta e ignoró al loco porque no se le ocurría nada más apropiado. Resultaba más fácil obligarse a olvidar al hombre, y Alex se alegró cuando el guarda por fin apareció con la llave.

Más tarde, Primer Golpe le contó que Abe se hizo las cicatrices cuando formaba parte de un grupo de prisioneros que trabajaban encadenados, en Luisiana, en los años treinta. Abe era un ladrón profesional de joyas, ropa y coches, un estafador que recorría el país; lo detuvieron robando tres trajes Hickey-Freeman y le cayó una sentencia de un año por cada traje. Era un hombre culto al que le faltaba la cadencia almibarada de los negros del norte y el porte de los negros del sur. Eso lo colocó en el punto de mira de los guardias paletos y su peor error fue responder a la represión concentrada en él con una rebelión directa.

—El negro estúpido no sabía cómo arreglárselas para vivir. Lo jodieron bien, lo metían en salas húmedas y calientes, lo apaleaban, le daban latigazos. No mataron su cuerpo pero le destrozaron la cabeza. Cuando cumplió los tres años, lo enviaron aquí. A veces hay que ser un hombre y decir «no» y pelear, aunque te maten. Pero el suicidio no es nada y fue como si lo cometiera al enfrentarse a ellos, tan seguro como utilizar un arma.

—Haría que me mataran si me hicieran eso —dijo Alex con palabras intensas que sonaban extrañas en su voz infantil.

—Lo harían seguro. No les importa una mierda si eres blanco. Joooder, si tú eres un negro blanco, chico. A veces pasas por blanco pero, si lo supieran, te tratarían como un negro, ¿que no? —Primer Golpe le revolvió el pelo—. En el fondo eres un estúpido, chico blanco.

Unos días más tarde, en otra parte del patio, Alex pasó cerca de un sirio pequeño y barrigón, una criatura demente con la nariz aguileña y ojos pequeños y brillantes bajo la calva. Su apodo era «Abraham» y siempre reaccionaba con enérgicas protestas cuando lo llamaban así; las palabras resultaban prácticamente ininteligibles porque la pasión exageraba su acento. Pero destacaba por pasarse el día masturbándose. Se colocaba cerca de un rincón que formaba la unión de dos edificios. Había desgastado el césped de una pequeña zona de un metro cuadrado pero su pene seguía sano, aunque era un milagro que tuviera una erección. De hecho, fue en una de esas escasas ocasiones cuando Alex vio a Abraham por primera vez. Un pequeño grupo se había reunido para incitarlo. Agitaba la lengua fuera de la boca y la frente le brillaba de sudor por el esfuerzo. Alguien de los que observaba comentó que era la primera vez que se le levantaba en seis meses. Alex se rio y negó con la cabeza, sonrojándose porque él también había empezado a masturbarse, en total privacidad y sin éxito.

Ahora, mientras Abraham se la sacudía, Alex se acercó a él más que nunca.

—¡Oye, chico! —le gritó el hombre.

Ahora miraba a Alex, con los puños cerrados junto a la pelvis, balanceándose de forma sugestiva y señalando con la cabeza al hueco de una escalera.

Las advertencias previas (medio en broma medio en serio) tanto de Rojo como de Primer Golpe concienciaron a Alex sobre las insinuaciones homosexuales. El gesto del sirio era obsceno, sin duda. La rabia le incendió y barrió el suelo con la mirada en busca de una piedra. Cogió una del tamaño de un huevo y se la tiró con todas sus fuerzas a la cabeza. La distancia era corta pero el sirio consiguió esquivarla. El degenerado barrigón era además un cobarde y se quedó allí plantado, encogido, escondiéndose detrás de las manos. Alex cogió otra piedra y se la tiró a los genitales descubiertos; le dio en el muslo. El hombre gritó y se alejó. Alex siguió lanzando piedras mientras el hombre daba vueltas, esquivando la mayoría de los tiros o gritando cuando lo alcanzaba. Al ver el miedo del sirio, la indignación de Alex se convirtió en algo más cruel, en placer al causar tormento, y eso le dio una sensación de poder. Cuando se cansó, lo dejó, pero volvió al día siguiente, y al siguiente. En cuanto Abraham veía al chico acercarse empezaba a gemir y a cubrirse con las manos. En un par de ocasiones, lo acosó para que embistiera, pero Alex era demasiado listo y la provocación no llegaba nunca más allá de un par de pasos.

Los pacientes del patio no les prestaban atención; tenían suficiente con sus propios problemas y delirios. No había adultos a mano para realizar juicios de valor basados en el afecto del que se nutren las mentes fértiles. Alex sabía que lo que hacía estaba mal, pero le faltaba el sentimiento de lo incorrecto. Rojo Barzo vio el apedreamiento desde el otro lado del patio y esa noche, en la sala común, el negro estafador-yonqui lo reprendió.

—Será mejor que dejes esa mierda, chico. Los blancos que dirigen este sitio te darán por el culo si te pescan jodiendo al loco cabrón. No hay dinero en esa mierda. No ce equivocarás en la vida, ¿entiendes?, si antes de hacer algo piensas «¿Voy a ganar dinero con esto?», ¿entiendes? No falla. Es la mejor manera de vivir al máximo. ¿Te enteras?

La pregunta, intercalada a menudo, no era tanto una pregunta como una pausa retórica. Aun así, el consejo era serio, y el tono sincero convenció a Alex. Siempre lo recordaría y lo citaría, aunque no siempre lo siguiera.

Sin embargo, en esta ocasión sí lo siguió y dejó de acosar al hombre, tanto porque la aprobación de Rojo le importaba como porque encontró otras cosas en las que entretenerse. Principalmente, descubrió que podía salir del patio estrujándose a través de unos barrotes de hierro forjado hasta una pasarela y, después, entre otros barrotes que daban a un jardín con una puerta abierta. Tras la puerta había un camino que rodeaba la extensión de los edificios de la institución.

Entre los seis mil pacientes, unos mil disfrutaban de «permisos de instalaciones», que significaba que podían deambular por el enorme recinto, en su mayoría campos de alfalfa y nogales y naranjales, y una zona de desierto rocoso típica del sur de California. Muchos chicos menores (chicas no) disfrutaban de estos permisos, así que un muchacho más paseando no llamó la atención, aunque Alex se mantenía alejado de los edificios de dirección donde podía encontrarse con algún miembro del personal que lo conociera.

En los primeros días que se coló, corrió en dirección a las colinas bajas que quedaban detrás del hospital. Pequeñas chozas salpicaban las colinas, unas seis en unos dos kilómetros cuadrados, construidas por los pacientes de larga estancia. La mayoría eran fosos con tejado, y contaban en su interior con hornillos y catres improvisados, una silla y una mesa, y quizá un pequeño baúl donde alguien guardaba cigarros, café y otras cosas de poco aunque importante valor. En las cabañas vivía una manada de gatos; los esqueléticos felinos eran medio salvajes, pero se acercaban corriendo cuando el hombre de su cabaña se acercaba por la colina con restos de comida envueltos en papel de periódico. Resultaba fácil conseguir las sobras de la cocina. Los gatos maullaban con fuerza y se enroscaban en los pies de los hombres dándoles un facsímil del afecto que necesitaban; solían hablar con los gatos mientras extendían las sobras en el suelo.

Alex observó a uno de esos hombres alimentar a su gato desde lejos, deseoso de que lo invitara a acercarse, pero el hombre le dio la espalda, como si el chico no estuviera allí, así que Alex continuó con sus exploraciones siguiendo caminos estrechos hasta unas rocas altas a mitad de camino de la cima. Proporcionaban vistas del hospital y de la tierra llana que se extendía hacia el oeste. Incluso pudo ver el brillo del océano en la distancia. Se encontraba a unos ocho kilómetros. A la derecha, la propiedad del hospital se extendía unos cinco kilómetros compuestos en su mayoría de campos cultivados, algunos de ellos simples filas de tierra levantada esperando las semillas; otros de un verde esmeralda brillante, como líneas geométricas

enmarcadas por los caminos de tierra y muros formados por altos y oscilantes eucaliptos. Allí se encontraban las granjas, y alguien le había dicho que también un gran campo de sandías.

Tras una semana de exploración por la zona más cercana, de meterse en agujeros, de ahuyentar a hordas de hormigas rojas (metía ramitas ardiendo en los hormigueros), de romper la verde envoltura de las nueces no maduras, decidió rodear los edificios, mantenerse fuera de la vista y dirigirse hacia el campo de sandías y la lechería.

Avanzó con dificultad sobre la tierra blanda y seca bajo los nogales y recorrió una acequia para mantenerse alejado de los caminos del hospital. Al final, llegó a un cauce seco; en invierno se convertía en un riachuelo poco profundo y rápido, pero ahora estaba seco y liso. Desde las vistas de la cima, Alex sabía que el cauce se acercaba al campo de sandías y a los edificios de la granja. Siguió su curso, los pies se le hundían en la tierra blanda. Cualquier adulto habría acabado agotado, pero la juventud no es tan consciente del cansancio físico. Más adelante se elevaba un puente de cemento, el camino principal que llevaba hasta el hospital, transitado por numerosos vehículos. Para no acercarse demasiado, Alex se alejó del camino principal, pero los arbustos secos a los lados de la calzada no le dejaban espacio para pasar así que se zambulló en ellos con las manos en alto para evitar que las finas y afiladas ramas le arañaran la cara. Hacía calor y en pocos segundos ya sudaba, y el sudor atrajo a un enjambre de mosquitos que se apiñaron alrededor de su cabeza. La emoción inicial ante la idea de una aventura desapareció para dejar paso a una especie de desesperación. La barrera de maleza salvaje no se limitaba a unos metros como había pensado. Había recorrido más de diez y la masa seguía siendo espesa.

Se abrió paso para salir tras casi treinta metros, le picaban las manos y los brazos, irritados. Por el escozor que sentía en la cara se preguntaba si se habría rozado con roble o yedra venenosos; había oído hablar de la tortura del picor, de rascarse hasta arrancarse la piel (historias de terror que los niños se contaban los unos a los otros) y ahora mismo sentía que podía rascarse hasta llegar a ese punto.

Finalmente, llegó a un camino de tierra junto al campo de sandías. Ya había dos muchachos allí; uno de ellos, que parecía mayor que Alex, estaba agachado, abriendo una sandía a golpes con una paleta de jardín oxidada. A su alrededor había media docena de sandías abiertas con la pulpa de un tono rosa pálido en lugar de rojo succulento, aún no maduras excepto para el enjambre de moscas que atraían.

Ambos quedaban de perfil, estaban de frente el uno del otro y no se percataron de su llegada. Sus voces se propagaban por el aire caliente a lo largo de los veinte metros de distancia, pero no sus palabras. La voz del más joven sonaba más aguda de lo normal, por lo que Alex pensó que sería una chica y, de perfil, se percibían los bultos gemelos de unos pechos en ciernes. La hostilidad de Alex hacia aquellos intrusos en el terreno que exploraba se convirtió en confusión. Había visto a aquel muchacho de mejillas sonrosadas con otros menores, de eso estaba seguro, y eso significaba que no era una chica, aunque tuviera pecho, voz y cara de chica. Más tarde, Alex descubriría que esos rasgos eran fruto de un desajuste hormonal que, a su vez, le habían provocado una crisis nerviosa. El chico recibía inyecciones de hormonas para un problema y psicoterapia para el otro.

El mayor fue el primero en ver a Alex. Dejó la sandía abierta y se levantó, con la paleta en la mano.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—Nada —respondió Alex, pillado desprevenido y avergonzado porque su respuesta no resultaba igual de desafiante.

—¿Por qué nos estás vigilando?

—No os estoy vigilando. No sabía que estabais aquí.

—Se nos ve desde medio kilómetro si vienes por el camino. ¿Por dónde has venido?

Alex señaló la espesa pared de follaje.

—¡Por ahí! ¿Por qué no has venido andando y ya?

Antes de que Alex pudiera responder o incluso decidir si lo hacía (le molestaba el tono del interrogatorio y solo respondió porque el otro chico preguntaba sin parar), el chico de las mejillas sonrosadas lo tocó en el brazo y le dijo algo en voz demasiado baja para que Alex pudiera escucharlo. El mayor hizo una mueca y asintió para indicar que entendía lo que estaba pasando. Entonces, Alex se dio cuenta de que el mayor sufría de acné severo; le había dejado tantas marcas que la piel había perdido gran parte de su flexibilidad. Se giró hacia Alex.

—No tienes permiso para salir. Estás en el Ala Catorce. Mataste a alguien y ahora estás huyendo. ¿A que sí?

El chico tenía unos penetrantes ojos verdes, como de persona mayor.

—No, no es eso. No he matado a nadie y no me estoy escapando. ¿A ti qué te importa? ¿Eres poli?

—No soy un puto poli.

—Bueno —dijo Mejillas Sonrosadas—. Sé que estás en la Catorce y sé que has tenido que hacer algo serio, porque sino estarías con nosotros. Y en la Catorce no dan permisos. Por lo menos, a los menores no.

Alex de repente se sintió arder. Se preguntaba si lo delatarían, dudaba de que el mayor lo hiciera porque, en su juventud, equiparaba la fuerza física con la fortaleza de carácter. Pero no estaba seguro en cuanto al chico guapo. Años después aprendería que resulta imposible determinar quién te delatará basándose en las apariencias. En realidad, no podía hacer nada excepto escaparse corriendo, así que tendría que correr el riesgo. Ellos tampoco estaban limpios, había media docena de sandías destrozadas con moscas revoloteando.

—No nos importa lo que hagas —dijo Acné—. ¿Te estás fugando?

Alex negó con la cabeza.

—Solo pasando el rato.

—¿En serio has disparado a alguien? —preguntó Mejillas Sonrosadas.

Alex asintió. El matiz de sobrecogimiento en la voz del chico le hizo ver de otra forma el recuerdo no olvidado pero atenuado por el tiempo. En algunos lugares, con algunas personas, era todo un logro haber disparado a alguien.

—Ninguna de estas cabronas está madura —se quejó Acné mientras clavaba la paleta en la cáscara verde moteada de otra sandía.

Su comportamiento transmitía aceptación, así que Alex se acercó.

—Me llamo Alex —se presentó.

—Yo soy Raymond Taylor —dijo Acné—. Pero todo el mundo me llama Costras. No sé por qué. —Sonrió—. Él es Pat.

Alex le estrechó la mano a Pat. Quería preguntarle si era un chico o una chica pero pensó que sería de mala educación. Ahora formaba parte del grupo y daban por hecho que pasarían las tardes juntos, jugando, destrozando sandías en los alrededores del hospital estatal de Camarillo.

Dejaron las sandías destrozadas para las moscas y los pájaros y se dirigieron hacia el grupo de construcciones amarillas de la granja rodeada de árboles que proporcionaban sombra y cobijo del viento, un oasis de frescor en medio del brillo y del peso del calor. Costras le aseguró a Alex que nadie les prestaría atención, habían estado allí en numerosas ocasiones y el personal libre y los pacientes que trabajaban en el lugar estaban acostumbrados a que los chicos deambularan por la zona.

La predicción de Costras era correcta. Nadie les dedicó a los chicos más de una mirada. Parecía más una granja en miniatura que una real. Las paredes

de madera estaban recién pintadas de amarillo y las ventanas brillaban. Los caminos y la plaza de grava estaban rastrillados, limpios y lisos, así que las contadas hojas caídas de los árboles parecían granos en una piel perfecta. No había malas hierbas; los parterres estaban cuidados y el césped arreglado. Los numerosos árboles proporcionaban sombra y frescor.

El trío de exploradores, como todos los chicos, buscó instintivamente los animales. Primero las vacas; quedaron maravillados al verlas entrar en el establo de ordeño ellas solas y dirigirse a sus huecos, mascando tranquilamente a la espera de los pacientes que les conectaran las ubres hinchadas a las máquinas. Alex quería estrujar una, comprobar lo que alguien le contó una vez y deslizar las puntas de los dedos de arriba hacia abajo. Todo el mundo decía que las vacas eran inofensivas y no tenía miedo, pero se encontraba lejos de la ciudad y una vaca era, después de todo, tremendamente grande. Se escurrió tras la cola que una balanceaba para espantar moscas y se acercó por la ijada.

—Tranquila, grandullona —le dijo mientras la acariciaba. Se agachó para coger el pezón rosado, casi blanco, tiró y apretó; se sorprendió por la fuerza del chorro. La vaca mugió y movió su enorme cuerpo golpeando la cabeza de Alex, que se tambaleó hacia atrás debido a su posición torpe. Se asustó y la oleada de miedo provocó que saltara hasta el pasillo con las correspondientes carcajadas de Costras y la sonrisa de Pat.

Alex se sonrojó, avergonzado, furioso consigo mismo, y se prometió borrar sus sonrisas haciendo algo tremendamente temerario y valiente.

Las vacas son menos interesantes que los perros o los caballos, especialmente que los caballos. El hospital estatal contaba con un rebaño de ovejas y un par de perros pastores blancos y negros. Los chicos los vieron en acción, con la boca paralizada y medio abierta de asombro, ya que los perros eran increíblemente rápidos y en ocasiones parecían anticipar en qué dirección una oveja, que parecía la líder, se iba a desviar mientras las trasladaban de un pasto a otro. Cuando el pastor, un paciente mexicano ya mayor, cerró la puerta detrás de la última bola de lana sobre pezuñas, los chicos intentaron llamar a los perros que trotaban tras el viejo. Con las lenguas colgando y zarzas en el pelaje, los perros miraron a los muchachos suplicantes pero ni siquiera titubearon en su brincar. Alex de repente deseó tener un perro que lo quisiera como aquellos dos querían al hombre.

Más allá de una línea de árboles se extendía un prado con tres caballos, los tres gordos, pastando con los largos cuellos arqueados sobre la corta hierba. Los chicos avanzaban por el camino de tierra junto al prado.

—Vamos a darnos un chapuzón —sugirió Pat.

—¿Dónde podemos bañarnos? —preguntó Alex.

—En un tanque de riego. Supongo que se le puede llamar tanque —dijo Costras—. Está muy fría, pero sienta de puta madre cuando hace calor. Aunque no sepas nadar.

Alex asintió, pero miraba hacia el prado.

—Es una idea pero deberíamos montar a caballo primero.

—¡No! —exclamó Pat—. Sabes que no debemos hacer eso. Cuéntale cuánto se enfadan.

—No importa —dijo Alex—. No nos van a ver.

—Si nos pillan...

—No vamos a hacerles daño. Los caballos están para montar en ellos, o para hacer algo.

—¿Cómo lo vas a dirigir? —preguntó Costras.

—Le pondré el cinturón alrededor del cuello. Espero que esté bien domado. Si eso no funciona, me sujetaré y ya está.

—Nosotros vigilamos, por si acaso. Sé mucho de coches pero no sé una mierda de caballos.

Alex puso una mano en un poste de la valla y saltó por encima de la alambrada. A unos veinte metros, el caballo levantó la cabeza pero la larga cola seguía espantando las moscas rítmicamente. El nudo en el estómago de Alex empezó a deshacerse al acercarse al caballo y acariciarle el costado sin que este le soltara una coz o le bufara, o lo que sea que hacen los caballos para amenazar. Se dio cuenta de que no podía subirse al caballo desde el suelo, ni siquiera sujetándose fuerte de la larga crin. Le rodeó el cuello con el cinturón y lo dirigió a la valla. El caballo caminó con tranquilidad. Costras lo sujetó mientras Alex se subía torpemente a un poste antes de casi caerse por el otro lado del lomo del caballo. El animal se mantuvo firme, acostumbrado a sufrir a torpes y desgarrados. Alex pasó una pierna y de repente se encontró sentado a horcajadas. Colocó el cinturón alrededor del enorme cuello de forma que pareciera una especie de brida.

—Vamos, arre —dijo al espolear al caballo, y el animal obedeció las instrucciones.

Alex era consciente de la presencia de Costras y Pat en el camino y sabía que los impresionaba aquella escena; incluso puede que sintieran envidia.

Al usar solo el cinturón, las «riendas» quedaban cortas, así que se inclinó hacia adelante, sobre el cuello del caballo, acostumbrándose al vaivén del trote. De repente, quiso que el caballo galopara. Quería convertirse en el personaje que corría libre que tantas veces había visto en las películas.

—Hia —exclamó al sacudir las riendas y clavar los talones en los costados del caballo. El animal se lanzó al galope, un ritmo al que no estaba acostumbrado. Aquello era mejor pero no lo suficientemente estimulante, así que alentó al caballo a que acelerara, sentía los duros botes cada vez que los cascos golpeaban el suelo levantando nubes de polvo. Al final del prado, tiró del cinturón a la derecha con la intención de acercarse galopando a sus amigos. El caballo viró, obediente, y disminuyó la velocidad. Ahora Alex avanzaba de cara al camino.

Costras y Pat habían desaparecido. En su lugar había una camioneta verde con el sello del Estado de California estampado en la puerta abierta. El conductor estaba agachado, cruzando la valla, y era el capataz de la granja. Al erguirse, blandió el puño hacia Alex mientras gritaba enfadado.

Las palabras «¡Maldito niño estúpido!» atravesaron el aire caliente cuando Alex se detuvo y prácticamente se tiró del caballo. Cayó al suelo y echó a correr.

—Si la yegua aborta... —Escuchó que decía la voz.

Alcanzó la valla y miró atrás. El hombre corría por el prado pero se le hundían los pies en la tierra y no avanzaba demasiado rápido. El suelo sobre el que corría Alex, al otro lado de la valla, era compacto y sus pies volaban. El hombre se rindió antes de llegar a la valla. Alex se agachó en un campo de maíz y acortó en un ángulo que lo llevó hasta el campo de sandías destrozadas, en dirección al cauce seco, aunque esta vez se dirigió al puente y lo cruzó en vez de enfrentarse a la maleza.

Minutos después, mientras seguía sus pasos en dirección contraria sobre la tierra blanda, el miedo desapareció. Ahora sentía una punzada de remordimientos, esperaba que el caballo estuviera bien. No pretendía hacerle daño, no sabía que la yegua estaba preñada. Aun así, le pidió al destino que dejara las cosas como estaban, que no sucediera nada, que no lo descubrieran.

Esa noche, Pat lo delató. El caballo estaba bien pero el capataz encontró los restos de las sandías destripadas y las huellas del mismo trío que había perseguido por el prado. Se dirigió al ala de menores y reconoció a Costras. Los guardas le dijeron que, si Costras era uno, Pat tenía que ser el otro.

Costras lo negó todo hasta que Pat se echó a llorar y confesó, identificando al tercero.

Alex no tenía ni idea, nadie lo advirtió. Jugaba al ajedrez con Primer Golpe Floyd cuando vio al supervisor de la noche y al capataz de la granja entrar en la sala. Se dirigieron al despacho con el guarda encargado del ala. En ese preciso momento, Alex cesó de ver cómo se movían las piezas y la relación entre ellas. El miedo inundó su mente. Floyd cogió su reina y se rio con ganas.

El guarda responsable salió, vio a Alex en la sala común de los dementes y lo llamó con gestos de la cabeza y de la mano. Alex se señaló, preguntando sin palabras. El hombre asintió. Alex se tragó su miedo y se levantó.

—Me llaman —le dijo a Floyd—. Creo que me he metido en un lío.

—¿Qué has hecho?

—No mucho pero ellos creen que es algo serio.

—Mantén la boca cerrada como te hemos enseñado.

Alex asintió y se dirigió hacia la puerta cerrada de madera barnizada.

Momentos después, al cerrarse la puerta a sus espaldas, Alex supo a qué lío se enfrentaba. Dos de los tres hombres que esperaban vestían de blanco, pero el otro llevaba pantalones chinos y botines de cuero. Lo buscaban por el asunto del caballo. Alex no sabía con certeza si se trataba del hombre del camión, pero consideró que era lo más probable por cómo entrecerró los ojos, estudiándolo.

Junto al empleado de la granja, sentado en una silla del revés de respaldo recto, con la barbilla posada sobre los brazos cruzados en el respaldo, estaba el supervisor nocturno. Después de las cuatro de la tarde, él quedaba al mando de la institución mientras la situación fuera rutinaria. Si ocurría algún problema importante, llamaba por teléfono. Se lo veía irritado. Lo llamaron al comedor/auditorio donde las mujeres veían una película. Entre sus obligaciones se incluía ver la película, y si aquella interrupción resultaba frívola...

—Siéntate, muchacho —le dijo el supervisor nocturno.

Alex miró a su alrededor.

—No hay sillas —comentó.

—Bueno, pues entonces quédate de pie. Tampoco tardaremos mucho.

Alex decidió de repente que negaría la culpa por muchas pruebas y muchos testigos que presentaran en su contra. Su cerebro se bloqueó en torno a esa idea.

El silencio reinaba en la sala, cada adulto esperaba que otro hablara. Fue el capataz de la granja quien habló primero, sonrojándose al hacerlo.

—Tienes suerte de estar en una institución. Si fueras mi hijo, te provocarías ampollas en el culo. Eso es lo que necesitas. Pero eso es imposible porque eres un paciente. Creo que solo te hace falta aprender a no violar las normas de la sociedad. Y a respetar las cosas. ¿Sabes cuántas sandías buenas habéis destrozado? Desperdiciáis comida cuando en China se están muriendo de hambre.

—¿Qué es lo que ha pasado exactamente, Jeff? —preguntó el supervisor nocturno.

—Este chico y otros dos del ala juvenil han destrozado un campo de sandías, lo han estropeado, y después se han puesto a montar yeguas a punto de parir. Los otros dos lo han admitido y uno de ellos ha confesado que este estaba con ellos. Espero que no les hayan provocado un aborto.

El supervisor nocturno miró a Alex con una ceja arqueada, sin hostilidad aparente.

—¿Cómo es posible que hayas montado un follón así?

—No he hecho nada —respondió Alex rotundamente—. No sé de qué está hablando.

El capataz se sonrojó, furioso.

—Habría que encerrarlo en una sala y atarlo con correas —le dijo a los otros dos hombres—. Así aprendería el vándalo.

El supervisor explotó la pompa del chicle que mascaba y dejó que sus ojos se desviarán momentáneamente hacia el techo, como ligeramente aburrido, o perplejo, ante las vengativas palabras, pero poco dispuesto a discutir.

—¿De qué te sirve negarlo? —le preguntó el supervisor a Alex—. No te va a pasar nada excepto que te retiremos el permiso durante un mes. Esa no es forma de disfrutar de un privilegio.

—No tengo permiso —respondió Alex—. No estaba ahí fuera.

El supervisor se animó de repente, se levantó y miró al guarda del ala que no había abierto la boca desde que llamó a Alex.

—Es cierto —dijo el guarda—. No tiene permiso para salir. Va al patio de recreo principal, pero eso es todo. No está emparentado con Harry Houdini.

El supervisor miró al capataz, interrogándolo sin palabras, a la espera de una explicación. Ahora, el tono rojo de su cara respondía a la turbación y al desconcierto.

—No sé. Solo sé que eran tres y el otro chico dijo que era este. —Acompañó la respuesta con un pobre encogimiento de hombros.

—Tal vez sí lo haya hecho —comentó el supervisor—. La pequeña huérfana Annie podría salir de aquí en diez minutos. Pero lo único que tenemos es la palabra de un joven esquizofrénico, así que... —Miró a Alex—. Te damos el beneficio de la duda esta vez pero, si eras tú el que ha estado jodiendo por ahí, será mejor que pienses en ello. Algunas personas aquí considerarían eso una señal de que algo malo te pasa en el cerebro y la forma de arreglar eso es con unas sesiones de electroshock. Te garantizo que eso te detendría durante un tiempo.

Alex había visto los tratamientos administrados a numerosos pacientes dos veces por semana en un proceso similar a una cadena de montaje: sienes lubricadas, pequeños electrodos, segundos de convulsiones y horas de sueño profundo con espuma en la comisura de los labios; tras despertarse, el lento proceso de recuperar la memoria. Nunca sabían dónde estaban o qué ocurría. Sin duda, no podrían hacer nada malo ni pensar nada malo, o pensar en absoluto. Los pacientes de los tratamientos de electroshock, con raras excepciones, eran tímidos y vestían semisonrisas perpetuas. Todos afirmaban no recordar sentir nada pero todos temían la caja negra, igual que Alex. En el hospital psiquiátrico, cualquier signo de mala conducta se consideraba un síntoma de enfermedad mental que se trataba en lugar de castigarse, y a Alex lo aterrizzaba el tratamiento.

Después, cuando se quedó solo en la sala común, Alex no se lo podía creer, tanto era así que su alivio rozaba el miedo. Le resultó demasiado fácil librarse del problema, el supervisor se había mostrado demasiado amable. Era antinatural.

Esa noche, en la oscuridad del dormitorio, entre ronquidos, toses y palabras murmuradas de sueños psicóticos, Alex estaba demasiado nervioso para dormirse. Se sentía eufórico por haber encontrado un amigo de la talla de Costras, un chico mayor que disfrutaba de respeto y estatus en la jerarquía de los menores. Alex estaba ligeramente enfadado con Pat y sabía que Costras lo dejaría de lado tras haberlo delatado, pero aún pasarían un par de años más para que Alex sintiera un odio absoluto hacia los chivatos. Ahora tendría a alguien de quien hacerse amigo. Era un buen pensamiento. Entonces, de nuevo, recordó la escena en la sala con los hombres. En el pasado, lo habían castigado por cosas que no había hecho (y también por otras que sí había hecho) y ahora se había librado de algo de lo que sí era culpable, después de que lo pillaran. Parecía probar que lo correcto no siempre vencía a lo incorrecto, ni tampoco al contrario. A veces costaba distinguir la diferencia. No se sintió mal por montar a caballo, pero sí un poco al destrozar las sandías

sin ningún motivo. No se habían molestado tanto por las sandías como por el caballo...

Se durmió pensando en cómo se pondría en contacto con Costras por la mañana.

Durante las siguientes semanas, todo transcurrió como Alex había imaginado. Costras, cuya naturaleza cruel se valió de la indignación moral para justificar las torturas a su antiguo amigo, daba bofetadas y patadas a un sollozante Pat. Costras le escupía y lo espantaba, pero primero le ordenaba que bajara la cabeza o la vista cada vez que él o Alex se acercaban. Unos días más tarde, tres chicos mayores del ala de menores le pegaron y lo sodomizaron, rasgándole el recto.

—Tienes tetas como una chica, voz de chica, lloras como una chica y eres un chivato, así que vas a hacer de chica.

Esa noche, Pat se rajó con una cuchilla los dos brazos, el cuello y las mejillas. Necesitó ciento cuarenta y dos puntos. Lo trasladaron a un ala «cerrada» y lo sometieron a tratamientos de electroshock dos veces a la semana durante diez semanas. Alex no volvió a verlo, aunque una década después supo de un californiano llamado Pat con su misma descripción, único como era con sus pechos, que fue electrocutado en Texas por una violación y un asesinato especialmente sangriento.

Alex y Costras se hicieron amigos y compañeros constantes. Daban por hecho que el mayor era el líder y Alex le seguía el juego sin cuestionarlo. Solo en una ocasión Alex se reafirmó, sin pensar, con el tinte rojo de la ira brillando en su cabeza. Costras se refirió a Rojo Barzo y a Primer Golpe Floyd como esos «negratas». Fue más el tono que la palabra lo que provocó que Alex saltara en un acto reflejo y brusco.

—No los llames así, son mis amigos. Son dos tipos listos. Llámalos de color o negros.

Las palabras fueron una orden y Costras apretó los dientes de forma sonora, entrecerró los ojos y las mejillas se le tiñeron de rojo, ya que una orden procedente de un igual constituía un insulto y un desafío. Él era mayor, más duro, y Alex no debería mandarle. Mientras crecía su ira, vio algo en la cara de Alex —las ventanas de la nariz dilatadas y los ojos, especialmente los ojos— y decidió que la afirmación de Alex no pretendía ser un insulto sino que, de hecho, tenía razón. Se encogió de hombros y dijo que no pretendía ser despectivo al usar la palabra, pero que se contendría en adelante.

Más tarde esa misma noche, en la oscuridad, mientras esperaba a que llegara el sueño, el momento en el que invariablemente repasaba los sucesos del día y pensaba en el mañana, Alex se estremeció de repente al ver la cara de Costras en su mente. No se había percatado en el momento. Casi se crea problemas y Costras sin duda podría haberle dado una buena. Peor aún, podría haber puesto fin a su amistad y hubiera vuelto el dolor vacío de la soledad extendiéndose desde su estómago hacia cada rincón de su ser. Se alegró de que la llama se hubiera apagado antes de prender.

Hacía tiempo que Costras había explorado cada rincón del terreno y pasó unos días enseñándole a Alex todo lo que había que ver. Las actividades legítimas para los menores no existían, y para los mayores (tejer, arte y demás) resultaban terriblemente aburridas. Así que recurrieron a la delincuencia. A Costras se le ocurrió la idea de entrar en las casas de la colina y Alex estuvo de acuerdo sin pensar en términos de bien y mal, ni siquiera en la posibilidad de que los pillaran, ni en las consecuencias.

Pasaron un día entero, rápido y emocionante, merodeando por las colinas yermas, observando cada choza hasta que el dueño se marchaba, y entonces entraban. En tres de dichos «robos» consiguieron doce paquetes de Camel y media botella de vino de contrabando, lo suficiente para que Alex se sintiera muy bien, pero no lo bastante como para emborracharlo.

Después, Costras lo sacó de la propiedad para entrar en una cabaña en un cañón. No había nada que pudieran llevarse, así que la destrozaron y estamparon huevos contra la pared. En realidad, Alex acompañó a su amigo en los destrozos con poco entusiasmo, ya que se sentía mal.

También merodearon por el aparcamiento del hospital saqueando las guanteras de los coches abiertos, que eran la mayoría, a pesar de la señal que aconsejaba que se cerraran los vehículos.

Costras sabía conducir y Alex quería aprender. Planeaban sacar un coche del aparcamiento (en algún momento alguien se dejaría las llaves puestas), dar una vuelta y enseñar a Alex a cambiar de marcha.

En ese tiempo, Costras recibió la repentina noticia de que tenía que recoger sus cosas. Lo ponían en libertad para que volviera con sus padres. Se marchaban del estado en unas semanas y querían llevarlo con ellos.

A la mañana siguiente, Alex conoció a la madre de Costras y a su padrastro mientras lo ayudaba a cargar sus pertenencias hasta el coche. Respondieron con brusquedad a la presentación y se alejaron. Costras también se mostró brusco, ansioso por meterse en el coche y salir del manicomio.

Varias veces esa mañana los ojos de Alex se humedecieron cuando la sensación de soledad hacía acto de presencia. Al día siguiente, el profundo dolor de perder a alguien había desaparecido, se había nublado. Ahora se dedicaba a dar vueltas, desanimado, observando cómo el sol teñía el mundo de diferentes colores.

Una semana después de la marcha de Costras, Alex paseaba por uno de los caminos de tierra cerca del edificio de dirección. Escuchó el motor de un coche pero no se giró hasta que los frenos chirriaron y la bocina rugió.

Vio a Costras detrás del volante de un Ford cupé de 1936, el último grito de la época en cuanto a coches. Sonreía y gesticulaba para que Alex se acercara a la puerta del copiloto. Una oleada de alegría recorrió el cuerpo de Alex, se había sentido solo desde su marcha. Sin pensar en lo que hacía, aunque miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo veía (no había nadie a la vista excepto dos pacientes quitando malas hierbas en un parterre), se deslizó en el asiento del copiloto y se agachó para que solo se le vieran los ojos.

—Bien hecho —le dijo Costras al darle un codazo en las costillas—. Aún tienes más huevos que nadie.

Costras seguía sonriendo, pero la alegría del encuentro se convirtió en consternación al soltar el embrague de forma brusca: el coche sufrió varios espasmos hasta que el motor se ahogó.

—Malditos Fords —se quejó Costras.

Arrancó de nuevo, esta vez con más cuidado, y se metió por un camino de tierra poco transitado que al final desembocaba en una carretera de dos carriles hacia el mar y en la autopista del océano seis kilómetros más adelante.

Alex se sentó recto, casi rígido, inclinado ligeramente hacia adelante ante las expectativas de cada nuevo paisaje; sabía que acababa de embarcarse en una aventura. Minutos antes sintió dudas en algún compartimento de su mente y, durante un segundo, pensó en decirle a Costras que lo llevara de vuelta antes de que se percataran de que faltaba en el momento del recuento, pero cerró de golpe la puerta de la idea sin considerarla realmente. Como la mayoría de la gente, Alex podía subrayar las razones para justificar lo que quería y minimizar los aspectos negativos de la realidad. Así que ahora se sentía desbordado de felicidad ante las posibilidades inminentes de la

aventura sin prever las repercusiones. «¿Para qué dudar?», pensó. Ya era demasiado tarde. Se entregó a lo desconocido.

Los escasos kilómetros hasta la autopista costera los llenaban campos de alfalfa color esmeralda que se retorcían en ondas doradas con la brisa, y también naranjales increíblemente bien cuidados y uniformes. Una casa de madera blanca descansaba al borde de un campo de limoneros como en un paisaje de postal, y varios muchachos de la edad de Alex jugaban con una pelota. Sintió una punzada de envidia, como le ocurría cada vez que veía a muchachos que llevaban una vida normal, pero esta vez se le pasó rápido. Jugaban a fútbol pero él iba en coche, podía ir adonde quisiera en total libertad, o al menos así se sentía. Todo era precioso. Miró a Costras, la piel estropeada de su cara carecía de expresión, rígida y concentrada en la carretera; no se encontraba muy cómodo detrás del volante y la carretera serpenteaba y había mucho tráfico.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Alex.

—Lo he robado, idiota. ¿Qué te crees, que ha venido Eleanor Roosevelt y me lo ha regalado?

La reprimenda pretendía ser graciosa, la voz y los ojos de Costras revelaban la poca seriedad de sus palabras. Sin embargo, Alex se sonrojó por un momento. Costras lo miró, estiró el brazo y le tiró de la oreja.

—Tranquilo. Hoy vas a aprender a conducir.

—No, tío. ¿Estás de broma?

—No estoy de broma. Bueno, vas a aprender a cambiar las marchas. Después, solo es práctica.

Alex asintió y sonrió, pero de repente se inquietó. ¿Quedaría como un estúpido? ¿Se chocaría contra algo? ¿Se iba a volver tonto y patoso en un momento crítico? Le sudaban las manos. Pero tenía que aprender. Era un rito de paso.

—¿Me vas a enseñar también a hacer puentes?

—Claro, es fácil. Solo tienes que... Olvídalo hasta que lleguemos allí.

—¿Adónde?

—Conozco un aparcamiento enorme que no se utiliza desde que empezó la guerra. Ha empezado a crecer hierba de entre las grietas pero sigue siendo un buen sitio para aprender. ¿Tienes algo de dinero?

Alex tocó el montón de cambio en el bolsillo del pantalón.

—Algo más de un dólar.

—Tengo hambre. ¿Me invitas a una hamburguesa?

—Claro, Costras, sin problema.

Numerosos puestos de comida y bebida servían a los cientos de kilómetros de playa.

—Ve a ese —dijo Alex—. Tienen veinte rellenos diferentes. Costras giró a la derecha pero volvió a enderezar la marcha y se alejó del puesto.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex.

—Hay una patrulla de carreteras en el aparcamiento. Seguro que me piden el carné de conducir si me ven.

—Sí, es verdad. No he pensado. Ni siquiera he mirado. A partir de ahora, lo haré.

Costras resopló, le gustaba el papel de mentor. Su cara estropeada le ganaba diez burlas por cada muestra de respeto y Alex instintivamente sabía cómo hacer que su amigo se sintiera bien.

Costras aparcó en el arcén de la carretera, a unos cien metros del siguiente puesto de perritos calientes. Los bañistas sudorosos en busca de algo para refrescarse daban mucho trabajo al puesto, así que los chicos tuvieron que esperar para que les atendieran. El sol quemaba las mejillas de Alex, pero el sudor se refrescaba con la suave brisa marina. Llevaba alejado del mundo libre los meses suficientes para que sus paisajes, especialmente la gente normal, le resultaran extraños, incluso un poco desenfocados. Lo anómalo se había convertido en la pauta de su vida. Sintió una nueva sensación al mirar los cuerpos de las mujeres enfundados en bañadores ajustados. Nunca antes había prestado atención a las piernas o a los culos femeninos; ahora le fascinaban, algunos más que otros, y se le puso dura y sintió algo maravilloso que se extendía por su cuerpo desde la entrepierna. En menor medida, había sentido lo mismo cuando se masturbaba a escondidas, envidioso de que Costras pudiera alcanzar el orgasmo y él no. Ahora, sin embargo, estaba seguro de que podría conseguirlo, solo que aquel no era el momento ni el lugar para masturbarse.

Mientras se comían las hamburguesas, con las bocas demasiado llenas para charlar, Alex observaba a los otros clientes. Dos niñas pequeñas, quizá hermanas, intentaban morder con cuidado la superficie de una manzana de caramelo. Alex se sintió mucho mayor que ellas. Veía la ingenuidad en sus ojos, la torpeza en sus movimientos. Lo divirtió sentirse sabio y maduro, vio que ellas también lo miraban de una forma totalmente nueva pero que reconoció instintivamente. Todos eran demasiado jóvenes pero se preparaban para cuando no lo fueran.

A Costras no le importaba lo que le rodeaba. Su hamburguesa se desmoronaba, así que se inclinó hacia delante para evitar mancharse e intentó meterse lo que le quedaba en la boca, excepto el papel. Se lo había metido casi todo cuando una gaviota atrevida descendió por un lado con rapidez y se acercó a poco más de un metro, lanzando su horrible graznido.

—¡Joder! —exclamó Costras, y le tiró lo que le quedaba al pájaro.

Esa no lo cogió pero otra se llenó el buche un segundo después de que aterrizara sobre la arena. Casi de inmediato, un hombre joven, moreno hasta la médula y con la insignia de los socorristas, se acercó a ellos.

—No les deis de comer a los pájaros, chicos.

Había llegado el momento de marcharse. Cuando entraron en el coche, Costras dijo que desearía que el socorrista no se hubiera fijado en ellos.

—La playa es un buen sitio para robar —comentó—. La gente se deja la cartera en el coche, o en la ropa sobre la arena cuando se meten al agua.

Alex esperaba que Costras no quisiera robar de la ropa de la gente en la playa abarrotada, donde resultaba complicado saber quién miraba qué. Los coches tampoco eran algo que le hiciera gracia, pero Alex podía reunir el valor suficiente para eso. Sin embargo, Costras seguía hablando mientras arrancaba el motor, observando la carretera en el espejo antes de adentrarse en el río de vehículos.

—¿La gente no cierra los coches? —preguntó Alex.

—Sí, pero con una percha puedes abrirlos más rápido que con la llave. La enderezas, la metes por la ventanilla triangular y abres el seguro de la puerta.

—¿Y ya está?

—Te lo enseñaré cuando paremos.

Costras parecía saberlo todo y Alex estaba ansioso por aprender de todo, aunque ya era más inteligente y más culto que Costras, puesto que este no leía libros más allá de algún cómic del Capitán Marvel de vez en cuando. Pero sí era una enciclopedia de la delincuencia; en realidad, sabía más que muchos criminales adultos y había pasado por el reformatorio más de diez veces. Lo habrían enviado a manos de la autoridad de menores y después al correccional, pero pensaban que sus problemas eran psicológicos, una reacción contra su piel imperfecta. Costras no lo veía así y, tras acostumbrarse a la cara picada, Alex se olvidó del tema, aunque se daba cuenta de que incomodaba a Costras cuando había mujeres cerca. En qué medida dependía de lo atractiva que fuera ella.

—Oye, Costras —dijo Alex.

—¿Qué?

—Creo que ya puedo correrme cuando me hago pajas.

Costras movió la cabeza y lo miró.

—¿Y?

—No sé —respondió Alex encogiéndose de hombros—. No sé cuando voy a tener la oportunidad de follar, y no sé qué tengo que hacer.

Esperó con la esperanza de que su locuaz amigo le ofreciera información sobre el tema. Costras, por una vez, no tenía nada que decir.

—¿La meto y ya?

—Sí, pero no y ya.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que no es solo eso, hay más cosas.

—Pues cuéntame algo, Costras.

—¡No! ¡No te voy a contar nada! Déjame en paz.

Atónito, Alex supo que la respuesta chillona se debía a algo más que a la pregunta; había tocado nervio. Costras afirmaba que había llegado hasta el final con chicas; en cualquier otro tema parloteaba sin parar dando detalles y adornando la historia pero, ahora, cortó la conversación en seco. Para Alex fue una revelación: no solo el hecho de que Costras hubiera mentido, pues las mentiras son tan comunes como la verdad. La revelación de Alex consistía en que la gente se expone sin ser consciente a través de las palabras, los gestos, la actitud, y que rincones profundos y oscuros se abren sin querer si se presiona el botón adecuado. No era mentir, no exactamente; era más bien que la idea que se tiene de uno mismo, o de alguna cosa, en ocasiones resulta más atractiva que cierta.

Alex tendría que pensar más sobre el tema en otro momento.

Era por la tarde cuando llegaron a la gran explanada de asfalto vacía de la pista de carreras de Santa Anita, cerrada por estar fuera de temporada.

—Aquí no te chocarás con nada —comentó Costras.

Circulaban despacio, a través de las infinitas líneas blancas.

—¿No nos dirán algo?

—No. La gente usa mucho la pista para esto. Es donde mi tío enseñó a mi madre. Y, si viene la policía, los veremos cuando entren en la pista, así que podremos irnos por el otro lado y meternos en los kilómetros de naranjos y campo. Es perfecto.

Por ninguna razón en particular, Costras se acercó a las puertas de entrada antes de detenerse, apagó el motor y se preparó para empezar la clase. Allí

había una estatua de un caballo, ligeramente manchada por las palomas. La placa rezaba Sea-Biscuit. Una oleada de dolor recorrió a Alex; se acordó de cuando era un niño, en el coche con su padre y algunos vecinos, escuchando una radio portátil (nadie tenía coches con radio entonces) sintonizada en la carrera Santa Anita Handicap. Clem casi se chocó contra un coche mientras golpeaba el volante con las manos y animaba a Sea-Biscuit a la victoria. Entonces, rodeó con el brazo el cuello de su hijo y le dio un beso en la frente. El destello del recuerdo le dolió, primero casi se le humedecen los ojos y después sintió una ira silenciosa contra la vida misma. Aquello no estaba bien, no había tenido a nadie excepto a su padre. Otros tenían madres y tías y tíos o hermanos, o alguien...

—Joder, Alex. Venga, deja de soñar despierto —le dijo Costras. Había rodeado el coche y le abrió la puerta—. Córrete para allá.

Costras resultó ser buen profesor para un chico de catorce años. Empezó desde el principio; el coche en punto muerto con el freno de mano puesto, pisar el embrague antes de arrancar el motor.

La tensión y la concentración de Alex dificultó las cosas o, al menos, el paso más importante, soltar el embrague al tiempo que pisaba el acelerador para arrancar con suavidad. Una y otra vez el coche renqueaba y se calaba, o se sacudía antes de calarse o avanzar. Cuando el coche se movía, los cambios siguientes tampoco eran buenos, aunque no del todo malos.

Cuando la tensión y la concentración lo dejaron agotado, las cosas empezaron a fluir. De repente, le cogió el truco y se exaltó. Las sacudidas desaparecieron tras varios intentos. Después, Costras le enseñó los signos con los brazos.

—Ya lo has pillado casi todo —le dijo—. Solo te falta practicar.

—No sé cómo voy a conseguir eso —comentó Alex.

—Roba coches —sugirió Costras, y se echó a reír—. Mi madre me enseñó a cambiar de marcha. Le parecía gracioso, y ahora maldice el día en que lo hizo. Se tira del pelo y dice «he creado un monstruo».

—¿Cuántos coches has robado?

—Ellos saben de veinte y habré robado el doble. Pero no los destrozo, solo los conduzco durante unas horas hasta que se quedan sin gasolina.

—¿No te cargaste uno?

—Sí, uno. Pero no fue culpa mía. Esa vieja pisó los frenos para no atropellar a un gato y yo estaba listo para adelantarla. Apuesto a que ya no lleva tanto cuidado con los putos gatos.

Ninguno de los dos llevaba reloj, pero el tráfico del bulevar aumentó y después se redujo. El sol se suavizó, las sombras se alargaron y la brisa empezó a agitar las cosas.

—Tengo que volver a casa, Alex —dijo Costras.

Durante toda la tarde, la mente de Alex había pensado fugazmente en este momento. Esperaba que no llegara, que Costras se fugara. Ahora se arrepintió durante un momento de haber subido al coche, pero enseguida se rio del arrepentimiento. Sus amigos negros yonquis le habían enseñado la inutilidad de arrepentirse. No articuló lo que le preocupaba, pero era el miedo a la soledad. Llegaría la noche y él estaría solo, sin un lugar adonde ir.

Costras miró al más joven mientras avanzaba de vuelta a casa por calles secundarias residenciales.

—Es menos probable que pase un coche patrulla por aquí y vea lo jóvenes que somos —le explicó.

La culpa por dejar a Alex le llegó de forma indirecta cuando se acercaron al lugar donde vivía, una de las primeras extensiones de casas idénticas del sur de California, que también era una de las últimas en construirse antes de que la guerra pusiera fin al negocio de la construcción.

—Espera en la esquina con el coche. Entraré y te traeré algo de dinero.

—Vale, gracias —respondió Alex sin entusiasmo, asintiendo ligeramente, con la mirada fija fuera de la ventana.

—Quédate también el coche. Tiene la mitad del depósito y no lo buscarán hasta mañana. Mientras no te paren, no te pasará nada.

—Sí, gracias —dijo Alex.

—Vente mañana por la mañana y nos iremos juntos por ahí a hacer el capullo.

—¿A qué hora?

—Pronto. A las siete y media, cuando se marchen a trabajar. Podemos desayunar. Cocino bastante bien.

Esta vez, Alex respondió con un gruñido evasivo y, por primera vez, vio los defectos de Costras. El mayor de los dos se mostró obviamente desconcertado, asustado, no físicamente sino por perder a su joven seguidor.

—Espera aquí —dijo después de aparcar en la esquina—. Vuelvo enseguida.

Costras tardó quince minutos y, cuando volvió, llevaba una manta debajo del brazo y una bolsa de la compra. Entró en el coche.

—Aquí tienes algunos calcetines, ropa interior y otras cosas.

—Gracias.

—Solo he podido coger ocho pavos. Mi madre solo tenía quince en el monedero.

—Está bien. Tío, será mejor que me marche.

—¿A qué hora mañana?

—¿Qué? ¿Mañana?

—¿A qué hora vas a venir?

Alex resopló y se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Ni siquiera sé dónde estoy, ni adonde voy a ir. Ojalá no me hubiera...

Ahogó las últimas palabras. Decirlo en voz alta empeoraría las cosas, como quitar una costra de una herida reciente.

—Vale —dijo Alex, intentando cambiar sin embragar—. ¡Joder!

Pero enseguida lo hizo bien y se puso en marcha sin trastabillar. Permaneció en calles secundarias, principalmente residenciales, evitando los bulevares con tráfico donde cualquiera que lo viera sabría que no debería conducir un coche. La única manera de que alguien de su edad tuviera un coche era robándolo, y si lo veía un policía... En las calles residenciales, la oscuridad lo escondía; las sombras conducían y los coches quedaban reducidos a un par de orbes amarillos. Al principio, estaba tan concentrado en el coche que chorreaba sudor; las manos le resbalaban tanto que no podía sujetar el volante a menos que se las secara en los pantalones. Estaba perdido desde el principio, pero ahora ni siquiera sabía cuál era el norte y cuál el sur, ni nada. Tampoco importaba. No tenía destino. Conducía por placer, para practicar, y pronto subió el velocímetro a noventa entre señales de stop para después frenar envuelto en chirridos. Ahora se divertía, se olvidó de los problemas.

Los padres de Costras vivían en Culver City, una de las varias «ciudades» incorporadas a la ciudad en la expansión infinita de Los Angeles. Se encontraba a unos ocho kilómetros de la Autopista del Pacífico. Alex no sabía en qué dirección había avanzado tras dejar a Costras ni en qué punto de la costa aparecería pero, si se dirigía al oeste, acabaría en el mar en algún momento y desde allí encontraría su camino, aunque no tenía adonde ir excepto volver a casa de Costras por la mañana.

Las callejuelas desaparecieron en la dirección hacia la que avanzaba. Intentó parecer más alto y, si alguien en un semáforo lo miraba, giraba la cabeza. Se encontraba detenido en un semáforo cuando el motor se quejó dos veces y se quedó en silencio.

Presionó repetidamente el botón de arranque, provocando un sonido horrible del pequeño motor que lo desesperó. Entonces, se percató de que el indicador de gasolina indicaba «vacío». No iría más lejos en este coche. Si intentaba echar gasolina se reirían de él y lo pescarían.

Se encontraba en el cruce de dos amplios bulevares, pero la oscuridad era absoluta excepto por las luces que moteaban las colinas a kilómetros de distancia. No tenía ni idea de dónde estaba, lo que aumentó su miedo. Las luces de los semáforos seguían con su ciclo; cuando el rojo estaba a punto de cambiar, unas luces le hicieron ráfagas al coche robado desde detrás. Oyó el chirrido de los frenos cuando el coche de Alex no se movió. El coche de atrás se colocó a su lado y se detuvo. Bajó la ventanilla. La voz del hombre procedía de la sombra de una cara sin rasgos.

—¿Qué hace el coche aquí parado en mitad de la calle?

—Se ha parado —respondió Alex, con la voz chillona por el miedo.

—¿Quién está conduciendo?

—Mi padre —dijo Alex, aún chillón.

—¿Dónde demonios está? Dejar un coche en mitad de un cruce es una invitación a los problemas.

—Ha ido... a buscar ayuda. A llamar a alguien.

—¿Por qué no habéis empujado el coche para apartarlo?

Alex permaneció confundido durante largos segundos.

—Tiene problemas de corazón —dijo después, con una voz más segura.

—Entiendo. Pues no podemos dejarlo ahí.

El hombre aparcó junto a la acera y se acercó. Mientras avanzaba pesadamente, un hombre grande con abrigo de cuadros, Alex echó la mano a la puerta, listo para salir disparado. Pero no conseguiría escapar corriendo. Su mayor baza era negarlo todo.

El hombre le quitó la tapa a una bengala y la frotó hasta que prendió. La tiró detrás del coche y le dijo a Alex que saliera a ayudarlo.

—¿Cuánto hace que se ha ido tu padre? —le preguntó.

—Unos veinte minutos.

—Tengo tiempo. Será mejor que me quede aquí contigo. Esto es un infierno. Hay vagabundos rondando por los cañones de la playa.

—No me pasará nada —respondió Alex—. Me encerraré dentro del coche.

—No, tranquilo. He salido pronto del trabajo y la parienta creerá que me han despedido si me escucha llegar ahora.

Pasaron los minutos y Alex permanecía sentado, en silencio, en el asiento del copiloto, con los pies en el bordillo. La cabeza le daba vueltas. El hombre andaba de un lado a otro detrás del coche, fuera de la vista de Alex pero no de su mente.

El coche patrulla blanco y negro se acercó en la dirección contraria; el conductor examinó los dos vehículos aparcados. El hombre dejó de caminar y observó al vehículo circular en busca de un lugar para cambiar de sentido. Alex miraba por el espejo. Cuando los faros empezaron a dar la vuelta, se aseguró de que el hombre no lo miraba, se agachó, utilizando el coche robado como escudo, y corrió con torpeza hacia la oscuridad. Vio una zanja profunda hasta la cintura a pocos pasos y se dejó caer en la tierra blanda y húmeda.

Los faros del coche patrulla iluminaron el camino que había recorrido, pero el coche y la zanja lo escondieron lo suficiente, hasta que se encontró lo bastante lejos como para levantarse y esconderse detrás de los matorrales. Se detuvo allí, miró atrás, y ahora vio una linterna buscando entre los matorrales más cercanos al coche.

Pensó que aquello se parecía mucho a la última persecución, afligido por un segundo al recordar cómo acabó la otra. Entonces, la sensación se convirtió en excitación y la excitación le hizo sentirse vivo. El agotamiento al tener que correr desapareció. Ignoró las ramitas y los arbustos. Evitaría que lo enjaularan.

Unos cien metros más adelante, volvió a reptar al borde de la carretera y miró el punto de partida. Un cuarto juego de faros se había unido a los demás, otro coche patrulla. Se encontraba fuera del alcance de sus luces. Se encogió todo lo que pudo y cruzó la carretera corriendo hasta otra pared de maleza. Entonces se encontró sobre suave hierba con la silueta ocasional de algún árbol. Minutos después, el césped que pisaba estaba bien cuidado y vio una bandera en un agujero. Se encontraba en un campo de golf. Podía caminar sin preocuparse por si se topaba con un cable y se cortaba la cabeza. Por trivial y temporal que fuera la escapada, se regocijó en la victoria. Había escapado y sintió una especie de exaltación. Aunque estaba cansado, caminó con soltura en la noche.

Capítulo 11

La mañana lo encontró bajo el paseo marítimo de la playa, cerca del parque de atracciones de Venice. Había caminado durante tres horas, primero siguiendo una vía en dirección al oeste y después manteniéndose todo lo posible en callejones. Cuando no le quedó más opción que recorrer las calles principales, saltaba a los arbustos o a cualquier otro recoveco disponible en cuanto aparecían unos faros. Cualquier oficial de policía se detendría a preguntar a un niño que deambulaba solo a las tres de la mañana, especialmente cuando dieran el aviso del coche robado. En un par de ocasiones se desvió alrededor de gasolineras o pasó junto a restaurantes abiertos con los cristales empañados por el calor del interior. Tenía miedo de entrar porque la mayoría de los adultos se mostrarían tan curiosos como la policía. Así que caminó hasta alcanzar la playa, con el mar brillando bajo la luz de la luna a cientos de kilómetros de distancia, y se hizo un ovillo mientras esperaba a que amaneciera, temblando, deseando no haberse subido al coche con Costras, triste y enfadado por haberlo hecho. Pero no se rendiría nunca. Pospondría las consecuencias de su comportamiento lo máximo posible.

Cuando el sol brilló sobre el agua, resplandeciente pero sin calentar aún, salió y estiró los músculos agarrotados.

A esa hora tan temprana las pocas personas en el paseo eran ancianos y pobres. Más tarde, se llenaría de obreros, adoradores del sol y clientes del parque de atracciones, pero ahora solo paseaban los que vivían cerca, la mayoría jubilados llegados al oeste a morir bajo el sol y que se alimentaban de su calor. Durante casi tres décadas desde el final de siglo, la zona de Venice se había convertido en un patio de recreo de moda junto al mar. Los urbanistas incluso cavaron canales cerca para imitar a la ciudad italiana por la que adoptó su nombre y, a los lados, se elevaban casitas utilizadas como residencias vacacionales. Pero el deterioro y la desgracia aunaron esfuerzos mientras se desarrollaban otras zonas de la costa y los canales se convirtieron

en zanjas obstruidas con hierbajos que criaban mosquitos y los hoteles se transformaron en apartamentos de tercera. La guerra trajo un resurgimiento temporal al parque de atracciones y al paseo, pero a una manzana de distancia los hijos de los pobres jugaban en callejones o en los arcones del tranvía.

Alex encontró un grupo de niños de alrededor de su edad jugando en un aparcamiento vacío cubierto de maleza. Divididos en «ejércitos», repartieron el territorio y se colocaron en la frontera, unos enfrente de otros, a unos diez metros. Arrancaron matas de hierba con terrones que servían para estabilizar los proyectiles y dar gracia visual a los misiles lanzados a mano. Los que recibían un proyectil quedaban eliminados. Era un juego sencillo y divertidísimo para los niños. Alex los observó durante un rato y, cuando uno se marchó, se ofreció para ocupar su puesto y que los dos equipos siguieran igualados.

Durante la hora siguiente se olvidó de que era un huérfano fugitivo de una institución mental. Incluso se olvidó de que había disparado a un hombre.

Cuando dos hermanos y una hermana tuvieron que marcharse del aparcamiento, el enfrentamiento terminó. Algunos se marcharon, pero unos cuantos se quedaron con Alex, que ya no era un extraño. Sentían curiosidad y, cuando mencionó que tenía hambre, una niña rubia de diez años que vivía en el edificio fue a casa y volvió con sándwiches de mantequilla de cacahuete y gelatina y un termo de leche.

El grupo lo formaban la niña, Janey, y dos niños de once años, Billy Bob y Rusty, que eran primos y vivían en el mismo edificio. Fueron al parque de atracciones, donde la madre de uno de ellos trabajaba en la taquilla de la casa de la risa. Le dio a Billy Bob, al que llamaban B. B., treinta y cinco centavos para la primera sesión en uno de los tres cines que había en el paseo. Los tres chicos querían ver una sesión doble de películas bélicas; junto a las películas de gánsters de la Warner, eran las que más le gustaban a Alex. Cuando llegaron a la taquilla, tenía el bolsillo lleno de tierra, no de dinero. La decepción y la frustración le provocaron lágrimas de enfado de forma instantánea. Quería entrar y se sentía responsable porque se lo había prometido a Rusty. Les dijo que robaría lo que necesitaran. Se acordó de Rojo Barzo hablando de que la gente escondía cosas en sus casas y decidió cometer un robo. Ninguno protestó, aunque la chica se rezagó ligeramente cuando salieron del barrio de casas pobres y entraron en otro de casas de clase media estilo rancho, con dos y tres habitaciones y con la antigüedad justa para que el paisajismo (arbustos y árboles) se sintiera cómodo abrazando la estructura.

—¿En serio vas a hacerlo? —preguntó Janey cuando se pusieron a llamar a timbres.

Cuando alguien abría la puerta, Alex se ofrecía para cortar el césped pero no justo en aquel momento, volvería con sus herramientas una tarde entre semana, al atardecer. Incluso consiguió dos clientes y con mucha diligencia les pidió un lápiz para apuntar la dirección, y eso a pesar de los dos dólares y medio que pedía, cinco veces más de lo que cobraban los chicos por cortar el césped.

Llamaba a las casas para encontrar una en la que nadie contestara. Al cuarto intento, su llamada solo obtuvo el silencio como respuesta en una versión de clase media de una hacienda: una puerta encajada en un hueco de madera oscura, barras de hierro forjado en las ventanas, tejas rojas en el tejado y las paredes de una imitación de adobe. Tenía numerosos arbustos y árboles, al igual que la casa de al lado, que ayudaban a esconder de los vecinos el patio y las ventanas traseras. Dirigió a la banda con valentía por el camino de entrada hasta el patio trasero rectangular, ocupado en un noventa y cinco por ciento por una piscina en forma de riñón.

—Estos tienen que tener mucho dinero —dijo B. B. al meter un pie desnudo y sucio en el agua inmaculada.

Alex gruñó con el estómago hecho un nudo. Se habría marchado de estar solo, pero la retirada resultaba imposible con los ojos de sus coetáneos sobre él. Pronto encontró lo que Rojo le había enseñado a buscar, la pequeña ventana del baño que mucha gente deja sin cerrar con pestillo y ligeramente abierta para que entre el aire fresco. Con la ayuda de una navaja prestada, cortó un agujero del tamaño de su mano en la mosquitera, la descolgó y abrió la ventana lo suficiente para entrar. Una vez dentro, totalmente oculto, gran parte de la tensión desapareció. Recorrió la casa con mucho cuidado y, tras abrir cada puerta, volvió al porche y dejó entrar a la pandilla. Ellos también estaban nerviosos hasta que entraron; entonces, llegaron las bravuconadas, los impulsos destructivos y las revueltas contra la pulcritud de los adultos. Sin embargo, Alex los dejó a lo suyo y se dirigió a la habitación, el lugar donde se escondían los objetos de más valor. Buscaba dinero en efectivo y cupones de racionamiento de combustible; incluso un cupón de los no esenciales tipo «A» valía un dólar. Podía venderlos, mientras que las joyas no le servían para nada. Incluso a su edad, entendía que si lo veían con joyas caras lo detendrían. Aun así, el sencillo reloj de acero inoxidable que encontró inmediatamente en un cajón de la cómoda no le causaría problemas. Nunca había oído hablar de un «Rolex». Rebuscó en los bolsillos de la ropa colgada y encontró un

pequeño fajo de billetes de un dólar y monedas, el cambio de una compra, en el bolsillo de un pantalón. Encontró un jarrón de flores en la mesita lleno de monedas, unos diez dólares en total. Ya se sentía bien; el golpe había merecido la pena, podrían ir al cine durante una semana...

No había más dinero en la habitación; ni debajo del colchón, ni en cajas en el armario, ni bajo el papel del fondo de los cajones.

En otra habitación, encontró un sobre listo para enviarse a una empresa de finanzas; contenía los treinta y tres dólares correspondientes a un pago del coche. También encontró dos cartillas de racionamiento de gasolina, una del tipo «A» y otra del «C», es decir, tres veces más gasolina y más dinero que la de tipo «A».

Mientras rebuscaba en estas habitaciones apenas era consciente del ruido que los otros hacían, en su mayoría risas y conversaciones de frases indescifrables. Se irritó, uno de ellos debería vigilar la ventana principal por si llegaban los dueños. No lo había pensado antes pero, a partir de entonces, no lo olvidaría nunca más.

Tras coger lo que quería, planeó medio en broma birlar algo de comida del frigorífico. Entonces vio los huevos crudos estampados en el espejo del aparador, escurriéndose con sus obscenos colores amarillo y blanco. El enfado repentino le bombeó sangre a las mejillas y a la cabeza. Desde el principio sintió recelos por robar en una casa en lugar de hacerlo en una tienda o un negocio, donde no sentía escrúpulos. Con el rubor aumentando y los primeros pensamientos rondándole por la cabeza, escuchó el sonido del cristal al romperse en la cocina seguido de risas.

B. B. y Rusty habían destrozado la cocina cubriendo las paredes con toda la comida blanda y las verduras que encontraron. Ahora rompían los platos.

—¡Quietos! —gritó Alex.

Su joven voz sonó en falsete y se sonrojó de vergüenza. Los chicos se quedaron paralizados al momento, pero no entendían su actitud. Miró a su alrededor, a la cocina destrozada, y se compadeció de las personas que vivían allí. Por un momento pensó en limpiarlo, pero eso era ridículo. La frustración provocó que le escocieran los ojos.

—¿Dónde está la chica, Janey?

—Se asustó y se fue a casa.

El hambre de Alex había desaparecido y, de repente, estuvo al borde del pánico al imaginarse el sonido de un motor en la entrada. Fue una falsa alarma, pero puso nerviosos también a los demás. Salieron rápidamente y

corrieron con desesperación al llegar al callejón de detrás de la propiedad. Alex recordó al hombre volviendo a su tienda de la playa.

Lo único que cogieron los dos chicos fue un cuchillo de caza con su funda para Rusty. Ni siquiera tenían intención de llevarse un botín, así que Alex se quedó lo que había acumulado. Los llevó a la sesión doble y, cuando salieron, las luces del parque de atracciones ya se alimentaban de la oscuridad que necesitaban. Refrescaba pero se olvidaron de la piel de gallina mientras paseaban, comían algodón de azúcar, jugaban en la sala de recreativos y se montaban en los coches de choque.

Tanto Rusty como B. B. vivían en un sólido edificio de ladrillos, Rusty con sus padres, B. B. con su madre, quien tenía un garaje pero no coche, así que ambas familias lo utilizaban como trastero. Uno de los objetos que guardaban era una cama desmontada. Los chicos colocaron el colchón en un rincón, lo extendieron y lo rodearon con cajas para crear un escondite. B. B. robó una manta y una vela gruesa. *Voilà*, habían construido un hueco donde Alex podía dormir por la noche y esconderse durante las horas de clase. Tanto la policía como los inspectores de absentismo querrían conocer su excusa para no estar en el colegio. Utilizando la vela porque no había ventana, Alex pasaba el día leyendo historias de *Colliers*, del *Saturday Evening Post* y del *Reader's Digest*; había números antiguos apilados contra una pared. Sus amigos le traían parte de su comida cuando volvían de clase.

Normalmente, pasaban el rato en un parque hasta el atardecer, jugando a softball o a baloncesto a media pista. Cuando llegaba la noche, marchaban en busca de aventuras, a veces en el parque de atracciones donde Alex les pedía alguna moneda a los operarios afirmando entre lágrimas que había perdido el dinero del autobús para volver a casa. En ocasiones se limitaban a explorar y caminaban, desvalijando las guanteras de los coches por el camino.

Durante una semana, Alex vivió en el garaje. A su edad, una semana bastaba para que los recuerdos se desvanecieran y las heridas cicatrizaran. Parecía haber abandonado el hospital estatal hacía un año y no un día. Cada mañana se despertaba en un nuevo mundo, preguntándose qué aventura viviría ese día y no que seguían buscándolo y acabarían por encontrarlo.

Lo inevitable llegó la octava mañana. A pesar de su edad, los agentes de menores del Departamento de Policía de Los Angeles no se arriesgaron.

—Puede que solo tenga once años —dijo uno— pero sabemos que puede apretar el gatillo. No estaba encerrado en un manicomio por ser un buen

chico.

Así que ocho agentes de uniforme acudieron en cuatro coches como refuerzo la mañana del arresto. Los policías uniformados rodearon los garajes y dos agentes de paisano entraron.

Alex abrió los ojos tras una patada en el colchón. El sol de la mañana que se filtraba por la puerta abierta brillaba sobre las pistolas que lo apuntaban.

—No te muevas, chico. Mantén las manos a la vista.

Alex estaba perplejo, demasiado sorprendido para moverse. Veía las pistolas, pero no las caras bajo las amplias alas de los sombreros. Por primera vez en su joven vida, conoció el miedo a la muerte.

—Guardad las armas —dijo—. No me voy a escapar.

Obtuvo una patada como respuesta. Iba dirigida a ciegas, a la manta, pero le dio en la rodilla provocándole un gesto de dolor.

—Ponte de rodillas, con las manos en la espalda.

Acató la orden y el mismo policía que le dio la patada lo cogió por el pelo y le obligó a agachar la cabeza.

—Mantén las manos detrás —le dijo el hombre.

Le puso las esposas de forma brusca, lo levantó de un tirón y lo empujó hacia la puerta. Cuando salió, parpadeando por la luz del sol, se sorprendió al ver a una pequeña multitud reunida en la puerta trasera del edificio de apartamentos y a los policías de uniforme que se acercaban desde sus posiciones. Incluso Alex fue capaz de leer la sorpresa en las caras de la gente cuando vieron aparecer a un niño de once años.

—No es más que un niño —comentó una voz con claridad rompiendo el silencio.

La situación avanzó demasiado rápido para que algún sentimiento real se filtrara en Alex, pero sí sintió una extraña y leve satisfacción al ser el centro de atención. Respondió a los ojos curiosos con una mirada desafiante.

Dos agentes de uniforme lo llevaron hasta los límites del centro de Los Angeles, a un edificio amarillo de dos plantas que hacía las veces de hospital receptor de urgencias y de prisión de menores de Georgia Street. La prisión ocupaba la segunda planta; servía para el arresto temporal de los menores. La ley permitía a la policía retener a los sospechosos setenta y dos horas para investigar, tras las cuales debía presentarse una acusación o liberar al preso. Un recurso de *habeas corpus* podía fijar una fianza antes de ese tiempo, sin duda, pero los pobres rara vez pueden permitirse un abogado ni un agente de fianzas, especialmente durante dos o tres días. A los adultos los retenían en comisarías locales o en la prisión de la ciudad en Lincoln Heights, pero los

menores permanecían separados. Al ser temporal, las instalaciones eran espartanas, nada más que una enorme sala llena de hileras jaulas con barrotes. Todo excepto el suelo estaba compuesto por barrotes, incluso la parte de atrás de cada jaula, en la que se encajaba un retrete de aluminio sin tapa y una pila. Había una litera doble en uno de los laterales; un prisionero tumbado en una celda quedaba cara a cara con cualquiera que hiciera lo mismo en la celda adyacente. Barrotes, paredes, literas, todo, estaba esmaltado de un color marrón amarillento, pintarrajeado con grafitis carcelarios, algunos frescos, otros nombres grabados tan profundamente en el cemento de debajo que se veían tras capas y capas de pintura. El olor a desinfectante reinaba por encima de todo y escondía el resto de olores que pudiera haber.

A primera hora de la tarde, cuando condujeron a Alex al interior, pocas celdas estaban ocupadas: una por un joven mexicano del otro lado de la frontera y tres por negros (en fila) arrestados juntos por asesinar a un anciano vagabundo durante un atraco. Alex estaba al otro lado de la sala y no les hablaba, pero sus voces resonaban con fuerza, así que los escuchaba, pensando que su inglés arrastraba más las palabras y era más almibarado que el de la mayoría de negros que conocía. Se preguntó si era a causa del miedo. Todos estaban aterrorizados, y dos de ellos se mostraron aún más chillones al culpar al tercero diciéndole que no acabarían en la silla eléctrica porque «a un negro gilipollas le diera por usar una piedra». El negro de la piedra respondía entre aullidos, pero su voz no iba más allá de un grito agudo; se vino abajo y se echó a temblar, aterrorizado. De algún modo, Alex supuso que acababan de llegar de Alabama, que sus padres aparceros se habían reunido para exiliarse hacia la tierra prometida, lejos de los linchamientos, donde podrían trabajar en fábricas militares por sueldos decentes. Eran tan tontos que se compadecía de ellos. Les gritó que no se preocuparan por la silla eléctrica, que eran demasiado jóvenes para que les aplicaran la pena de muerte. Su intento de ayudar se transformó en una ira llena de miedo volcada sobre él. Era un «blanquito estúpido» que «no tenía ni puta idea de lo que sabía la poli. Y la poli había dicho que los quemarían si no largaban todo lo que habían estado haciendo en Los Angeles».

Sonrojado, Alex apretó los labios y no respondió ni siquiera cuando lo llamaron, lo que provocó insultos a gritos y amenazas.

Durante la tarde, la cárcel empezó a llenarse, sobre todo de negros y chicanos adolescentes. No les hacían ducharse ni les daban vaqueros; los registraban, les quitaban los zapatos y los encerraban en una jaula. Cada raza lucía prácticamente un uniforme: los chicanos llevaban colas de pato

engominadas, pantalones caídos o chinos, y camisas granates abotonadas hasta arriba; los negros llevaban el pelo «alisado» o «tratado», vaqueros y zapatillas y camisetas deportivas chillonas; los blancos vestían Levi's y chaquetas de cuero con el cuello de borrego, aunque constituían una minoría. Alex era más joven que la mayoría, la edad media rondaba los quince, así que el ayudante del sheriff lo dejó en una celda a él solo. Los menores procedían de *barrios*, guetos y zonas pobres. A los niños de clase media o ricos los enviaban con sus padres. Estaban allí por violaciones del toque de queda (si se había producido un robo en la zona y no confesaban), por llevar navajas de muelle, por entrar en casas o robar coches, y todos los delitos graves tipificados en el código penal que podían cometer los menores pobres. Venían solos, en parejas y en grupos. A siete chicanos los pescaron conduciendo un Cadillac Coupe de Ville robado. Para empeorar las cosas, encontraron treinta gramos de marihuana en una lata de tabaco Prince Albert debajo del asiento. La mayoría ya conocían aquel lugar u otros parecidos. Algunos se tumbaban en los colchones finos y llenos de manchas de sudor y se dormían; otros gritaban de celda a celda, aumentando el volumen para competir entre ellos hasta que aparecía algún agente que golpeaba una tubería con una llave enorme y les gritaba que bajaran la voz. Los que ya conocían la cárcel la odiaban totalmente pero no tenían miedo, y el miedo era la porra de la sociedad. Las circunstancias hacían que una persona fuera peor. El miedo al encarcelamiento, no el encarcelamiento, era lo que mantenía la ley y el orden.

Sobre las seis y media, algunos presos adultos de confianza entraron con un carrito en la zona de las jaulas. Un ayudante los seguía con una lista. Al gritar un nombre, el aludido decía su número de celda, y un preso le pasaba un bol de aluminio —parecían más bien tapacubos pequeños— de judías pintas hervidas, una rodaja de mortadela y dos rebanadas de pan. No le dieron de comer a todo el mundo, solo a los que estaban encerrados cuando se hizo el recuento para la cocina a las cuatro. A Alex le dieron un bol de comida asquerosa que en condiciones normales habría rechazado, pero no había comido desde la noche anterior, así que lo engulló. Cuando algunas voces protestaron a gritos porque no les daban de comer, se detuvo a medio terminar. Envolvió la mortadela y el pan en papel higiénico para comérselo más tarde y le preguntó al chicano hambriento de la celda de al lado si quería el bol.

—¿La gente en el infierno quiere hielo? —bromeó el chicano. Tuvo que comer con la cuchara entre los barrotes porque resultaba imposible pasar el bol sin tirar las judías.

Compartir la asquerosa ración tuvo su compensación. El chicano, un delgado quinceañero apodado Mousey, había colado dos cigarros en el calcetín en el cacheo de la entrada. Aun descoloridos por el sudor y arrugados provocaron que a Alex se le hiciera la boca agua de ganas.

—Te doy uno o, si quieres, encendemos uno y nos lo pasamos y dejamos el otro para *mañana* después del desayuno.

—Lo que prefieras, tío. Son tuyos. No me debes nada.

—Ya lo sé, *ese*. Pero te has portado bien conmigo. ¿Por qué te han trincado?

Alex dudó.

—Me fugué.

—¡Sí! ¿De dónde te largaste?

Volvió a dudar, temeroso ante la expectativa de la expresión de Mousey si escuchaba la palabra «manicomio».

—Del reformatorio —respondió.

—No habrá sido de Preston. Eres demasiado joven. Tiene que ser de Whittier. Mi *carnal* está allí. ¿Ernie Obregon?

Alex negó con la cabeza, se sonrojaba cada vez más a medida que la mentira crecía. No podía seguir con lo de Whittier porque Mousey podía saber cosas que él desconocía.

—No, me escapé de un reformatorio en Arizona.

—¿Eres de allí?

—No. Pero robé un coche y me pillaron allí.

—¿Sí? ¿Y te metieron en el reformatorio ahí?

—Sí.

—¿Te van a mandar otra vez para allá?

—No sé. ¿Cómo encendemos el cigarro? No tenemos cerillas.

—Mira eso —le dijo Mousey señalando la bombilla desnuda de ciento cincuenta vatios que colgaba del techo.

Podían alcanzarla con la mano. Colgaba en la celda de Alex, así que siguió las instrucciones de Mousey y se cubrió la mano con un calcetín antes de desenroscar la bombilla caliente. Mientras tanto, Mousey hizo una cuerda rasgando una esquina de la manta y después sacó un trozo de algodón del colchón y lo ahuecó. Ató el algodón a la bombilla con la cuerdecita.

—Enróscala otra vez —dijo.

Mientras esperaban, le explicó a Alex otra forma de «darle» fuego si la bombilla era demasiado pequeña. Tenía que coger un lápiz o un clip y

envolverlos con el algodón. Desenroscaba la bombilla y lo metía dentro. ¡Pam!

—Las chispas encienden el algodón pero a veces hace saltar todas las luces. No son cosas de las que te enseñan en los Boy Scouts pero...

Se encogió de hombros.

Un delgado hilillo de humo apareció a los dos minutos. Pasaron otros dos y el humo aumentó.

—Sóplale —le dijo Mousey.

Alex se puso de pie en la litera superior, inclinó la cabeza bajo los barrotes del techo y sopló todo lo fuerte que pudo. De repente, el algodón ennegrecido se volvió naranja. Alex lo sacó sin desenroscar la bombilla. Momentos después daban caladas al cigarro, pasándose el uno al otro.

El olor se extendió por la enorme sala. Los jóvenes delincuentes encarcelados empezaron a gritar.

—Ey, alguien está fumando. ¡Dame uno!

—Malditos gilipollas —comentó Mousey—. El ayudante está sentado ahí fuera. Lo oye todo. He visto a tíos confesar sin saberlo, solo por contárselo a gritos a sus colegas.

La primera calada que inhaló lo mareó durante medio minuto; una sensación agradable, similar a cuando se enrabieta y resoplaba y aguantaba la respiración. Después se sintió muy bien, incluso en la cárcel fue feliz por un momento.

En la celda contigua a la de Alex había dos negros de dieciséis años, uno con una camiseta empapada en sangre. Normalmente, solo entraba el carcelero a encerrar a los recién llegados, los agentes que los traían esperaban tras dos puertas de acero. Pero necesitaron cuatro agentes corpulentos, dos con cada uno, para traer a la pareja, y no les quitaron las esposas hasta que cerraron la puerta. A partir de fragmentos de frases que les escuchó a los agentes, Alex supo que la pareja había dado guerra en la comisaría.

—Si no fueran menores, tendrían un problema —dijo un ayudante al marcharse.

Los negros, palpándose los golpes, habían permanecido tumbados hasta ahora.

—Oye, blanquito —lo llamó uno de ellos, de pie junto a los barrotes—. Danos un cigarro.

—No tengo tabaco —respondió Alex.

—¿Quééééé? ¿Qué has dicho marica de mierda? Paleta mentiroso.

Las palabras le dolieron como bofetadas. A Alex le gustaba ser generoso, habría compartido incluso la colilla si fuera suya. Pero ante los insultos, especialmente ante las amenazas, algo se cortocircuitaba en su cabeza y latía en su cerebro.

—Tu madre es una mentirosa de mierda —le soltó.

—¿Quéee? —El segundo negro se levantó de la cama y se colocó junto a su amigo. Ambos tenían la cara hinchada de rabia.

—¡Pequeño marica de mierda! Te metería la polla negra en el culo si estuviera ahí.

—Si estuvieras aquí me chuparías la polla —replicó Alex, pero en su mente momentáneamente nublada por la ira apareció una pizca de sentido común. Y miedo. Cualquiera de los dos chicos, más mayores y fuertes, lo destrozaría sin problema. Pero no daría marcha atrás, nunca—. No tengo tabaco, en serio —dijo con voz conciliadora al considerar que la situación era absurda e innecesaria.

—No, chico blanco, no puedes arreglarlo. Has mentado a mi madre. Mira cómo intenta arreglarlo este pequeño marica hijoputa —le dijo al otro—. Suelta mierdas detrás de los barrotes, pero gritaría como una zorra si le pillara el culo.

—Que te follen en tu culo negro.

—Será mejor que no nos abran las puertas a la vez.

—Si lo hacen, haz lo que seas capaz de hacer con tu edad. —Se giró hacia Mousey, espectador silencioso que fumaba con descaro lo que quedaba del primer cigarro con la esperanza de que le dijeran algo a él.

—La mayoría son unos bocas —comentó—. Vivo en las casas de protección de Hazard con muchos de estos. Algunos son de puta madre pero la mayoría no valen una mierda. Hablan sin parar de mierdas pero luego nada.

Alex sonrió.

—No creo que estos vayan de farol.

—Olvidalo.

—Sí, no va a pasar nada.

A las diez y media apagaron las luces principales —las de encima de las celdas—, pero las cárceles siempre están iluminadas, veinticuatro horas al día, y los numerosos barrotes rebanaban una y otra vez la luz en cuadrados, rectángulos y líneas paralelas. Poco a poco, los jóvenes se fueron apagando y las conversaciones de los que seguían despiertos disminuyeron de volumen convirtiéndose en murmullos relajantes en vez de en rugidos discordantes. Todos tenían problemas, pero la mayoría los llevaba con mayor ligereza que

los adultos. A la mayoría los soltarían en un día o dos; a algunos los acusarían pero les permitirían volver a casa durante los trámites del juicio. Otros acabarían en el reformatorio y unos pocos pasarían a una institución de la Autoridad de Menores de California, es decir, al correccional.

Mousey y Alex hablaron a través de los barrotes hasta altas horas. El chicano había estado en el reformatorio cinco veces, por robos en casas y de coches («solo quería dar una vuelta, *ese*») y ya había servido seis meses en un campo de menores del condado, la última parada antes del correccional.

—Esta vez voy directo a Whittier. Robo en casa y de coche, y encima estampé el coche en una boca de incendio cuando me perseguían. A mí no me importa pero mi madre se va a morir. Tengo cinco hermanos. El mayor es drogadicto. El siguiente se ha reformado, está en la División 82 de Paracaidistas... pero estaba acabado. Al resto les va bien, excepto al que está en Whittier. Yo soy el pequeño y mi madre sufre más cuando...

—¿Y por qué lo haces?

—No sé. Porque quiero, supongo.

Se contaron historias hasta que Alex se quedó dormido mientras escuchaba. No pensó en el altercado con los dos negros durante dos horas.

Mousey vio a su amigo dormido, se encogió de hombros y se tapó con la manta hasta la barbilla.

Los negros esperaban a que los dos cerraran los ojos. Le tiraron el vaso de papel lleno de orina y escupitajos a través de los barrotes. La mezcla asquerosa aterrizó sobre el pecho de Alex y le salpicó en la cara, despertándolo, consciente de la humedad pegajosa y de las risas. Solo tardó unos segundos en darse cuenta y el sueño desapareció como si le hubieran dado una bofetada. Se levantó de la cama con lágrimas de ira en los ojos. Les escupió a través de los barrotes pero era una saliva prácticamente seca. Las emociones le secaban la boca.

—Sucios hijos de p... ¡Chupapollas!

Quería gritar «negros» pero esa era una palabra que no podía dedicarle a un negro, ni siquiera a estos.

—¡Cállate, marica blanco!

Sentía un enfado tal que era incapaz de encontrar las palabras adecuadas; los insultos más vulgares no bastaban. No podía llamarlos «negros», y de haber tenido un arma habría disparado a bocajarro y sin preocuparle las consecuencias. Miró a su alrededor a la celda yerma con los ojos vidriosos por la ira, pero no encontró ningún arma. Entonces sintió que tenía los intestinos llenos. Sabía lo que haría, si podía. Se bajó los pantalones y se

sentó en el baño haciendo fuerza. La cogería con las manos y se la lanzaría entre los barrotes.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó un negro—. ¿Qué hace ese puto loco?

—Vale, cabrón —dijo Alex.

—¡Agente! —gritó el otro negro—. ¡Tenemos a un puto loco aquí dentro!

—¡Carcelero! —gritó el otro—. ¡Carcelero! ¡Ven aquí!

El repiqueteo de las llaves y el sonido metálico al entrar en la cerradura anunciaron la entrada del carcelero.

—¿Qué pasa? ¿Quién me ha llamado?

Alex seguía haciendo fuerza con la cara contraída. Necesitaba un minuto más.

—Aquí, agente.

El carcelero se acercó mientras repasaba las celdas con la linterna.

—¿Qué pasa?

—Este loco hijo de puta intenta tirarnos mierda.

La linterna iluminó la cara a oscuras y el dedo acusador señaló a Alex en la taza.

—¡Tú! El chico del manicomio. Apártate de esa taza. ¿Qué estás haciendo?

Soltó un poco pero no lo suficiente, y era dura cuando él quería una pasta que pudiera extender.

El ayudante vio que Alex metía la mano.

—Será mejor que no lo hagas o te sacaré el culo por la boca. Escupirás mierda en vez de tirarla.

—Sácalo de aquí. También nos ha llamado negros.

—Chivatos chupapollas —gritó alguien—. Decidle lo que habéis hecho.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó el ayudante—. ¿Qué han hecho? —le preguntó a Alex.

Alex era tan joven que el «código» no se había grabado de forma indeleble en sus valores aún, mucho menos en su misma esencia como mandamiento y valor supremo; su deseo reflejo era delatar lo que habían hecho, contar lo del vaso de orina. Lo que lo detuvo fue la voz que los había llamado chivatos. No dijo nada.

—Muy bien, Bogart —dijo el ayudante—. Tengo un sitio para ti.

Diez minutos después, el carcelero y otro ayudante escoltaron a Alex al «agujero», una copia del agujero en el que lo metieron en la primera comisaría, estrecho y oscuro con un agujero en el suelo para los desechos corporales que rezumaba un hedor que casi le provocaba arcadas. La

oscuridad era absoluta, sin una mirilla siquiera o una rendija bajo la puerta. Se vació de lágrimas de ira, de indignación, de dolor, socavado por las emociones, totalmente exhausto, y se durmió profundamente sobre el suelo de cemento.

A última hora de la tarde del día siguiente, se abrió la puerta y dos auxiliares hospitalarios vestidos de blanco acompañaron al carcelero. Llevaban ataduras de cuero y se las pusieron a Alex. No recordaba haberlos visto en Camarillo y, mientras cruzaban el aparcamiento en dirección al coche, les preguntó en qué ala trabajaban.

—No somos de Camarillo. Somos de Pacific Colony. Allí hay seguridad y sabemos cómo manejar a los fugitivos.

—Y a los alborotadores —añadió el otro—. Nos han dicho que montaste un buen lío con dos chicos de color ahí dentro.

Pacific Colony estaba cerca de Pomona, la ciudad más al este del condado de Los Angeles, a ochenta kilómetros del ayuntamiento. En medio de la hora punta el coche no hacía más que parar y arrancar dándole a Alex más tiempo para observar la ciudad mientras avanzaban. ¿Qué le estaba pasando? ¿Adónde iba?

Uno de los corpulentos auxiliares viajaba en el asiento trasero junto a Alex y lo miraba con disimulo de vez en cuando. El chico entendía la lógica de todo aquello pero consideraba que resultaba exagerado y estúpido, ya que llevaba las ataduras de cuero y habían quitado los pomos interiores de la puerta. Además, si la seguridad era tan débil como en Camarillo (no tenía motivos para pensar lo contrario), cualquiera podía escapar cuando quisiera.

Mientras seguían inmersos en el denso tráfico de la ciudad, los auxiliares lo vigilaban de cerca, como si de repente fuera a transformarse en algún tipo de demonio, pero Alex los ignoraba y seguía mirando por la ventana, a la libertad. Cuando el coche llegó a la autopista, los auxiliares parecieron olvidarse del pasajero, o al menos hablaban como si estuvieran solos. Cotilleos de mentes pequeñas: la mujer o la novia de quién querían follarse, con cuáles se podía follar, y de algún modo esta conversación derivó en lo mala que era la comida en la cafetería del personal. Uno de ellos pensaba ir a casa a comer; vivía a cinco minutos.

—Como un poco y como un poco —comentó riéndose con sarcasmo.

El otro auxiliar, más joven, acababa de casarse. Su mujer era «incapaz de hervir agua».

—Sí, la vi en el baile de personal. Con sus piernas, a quién le importa que no sepa cocinar. Te cambio a mi supercocinera por la tuya.

Tuvo que apoyarse desde el asiento de atrás para darle una palmada en la espalda al joven auxiliar, que se sonrojó.

Alex los escuchaba, y algo en su manera de hablar indicaba simpleza, estupidez, incluso para él. Aún no conocía palabras como «banal» o «trivial», que encajaban con más exactitud con lo que pensaba. Sin embargo, no pensó en su destino, su conversación lo enganchó. Cuando sus voces se convirtieron en un murmullo de fondo, evocó imágenes de cuando su vida era más feliz durante los pocos intervalos de libertad. Resultó casi una sorpresa cuando el coche se detuvo y entró en el recinto de Pacific Colony. A lo largo de unas cuarenta hectáreas, los edificios de una planta brillaban blancos con tejados rojos, muy parecidos a Camarillo excepto porque estaban separados, cada pabellón a distancia del siguiente, cada uno con su propio patio asfaltado y cercado. La mayoría de los patios estaban vacíos, y los ocupados se encontraban demasiado lejos para ver algo más que figuras. Alex estaba nervioso, sentía curiosidad, hasta que giraron una esquina cerca de la parte trasera del recinto y el estrecho camino discurría a tres metros de un patio cercado. Lo que vio le provocó miedo y repugnancia, miedo ante lo inusual, repugnancia ante las monstruosidades semihumanas. No sabía que Pacific Colony era un hospital estatal dedicado prácticamente a los deficientes mentales. En dicha categoría se incluían aquellos a los que escondían en las alas de maternidad, a los que no se dejaba ver en las cunas tras el cristal. Constituían más bien vergüenzas escondidas en vez de niños. Aquellos representaban la pequeña minoría que sobrevivía a la infancia, aunque pocos madurarían. Las caras redondas y vacías de los afectados por una deficiencia extrema resultaban bonitas en comparación con cráneos sin ojos, o con ojos colocados junto a orejas deformadas, o con cabezas hinchadas o cabezas de alfiler demasiado pequeñas para contener un cerebro. Para Alex, estos resultaban mucho más horribles que los locos de Camarillo.

Avanzaban despacio y el coche giró otra esquina, en dirección a un pabellón que se encontraba en el extremo más alejado de la institución. El patio de este contaba con una ampliación de tres metros de tela metálica, demasiado fina para sujetarse. Nadie subiría la valla para escaparse, ni siquiera subido a los hombros de otra persona. Todos los pabellones contaban con ventanas con barrotes, pero en este también tenían tela metálica para doblar su efectividad.

Al salir del coche, alguien que los estaba esperando en el interior abrió la puerta. Alex luchó contra su miedo al recordar las criaturas de forma muy gráfica. El auxiliar que lo escoltaba vio su miedo, o al menos que estaba nervioso, y sujetó con fuerza el cuero para que no pudiera escapar como un relámpago hacia la libertad.

Había dos hombres más vestidos de blanco en la pequeña sala desnuda. Una puerta interior tenía una pequeña ventana por la que un hombre los observaba. Abrió esa puerta cuando cerraron la primera.

Los auxiliares que lo llevaron presentaron papeles y un recibo para que los firmaran los auxiliares del pabellón. Cuando se marcharon, le ordenaron que se desnudara. Lo instruyeron en el ritual del registro exhaustivo por primera (pero no última) vez en su vida. Levantó los delgados brazos de once años por encima de la cabeza; movió los dedos y se los pasó por el pelo. Se levantó el pene y después los testículos, les dio la espalda y levantó un pie detrás del otro. Finalmente, se agachó y se separó los mofletes del culo. En los años siguientes, lo haría sin pensar, y, cuando se sentía con ganas de jugar, se anticipaba a la orden siguiente y la llevaba a cabo antes de las palabras. Así mantenía la dignidad y esperaba mostrar su arrogancia, aunque en esta primera ocasión se mostró torpe y aprensivo, más aún ante la obvia hostilidad de los auxiliares. Supo que este mundo sería una pesadilla en comparación con Camarillo.

Examinaron su ropa milímetro a milímetro pero, en vez de devolvérsela, le dieron un mono vaquero con cremallera por delante, recién lavado pero sin planchar. En lugar de zapatos, se puso unas zapatillas de tela.

Al otro lado de una puerta interior se encontraba el despacho del pabellón, con paredes de cristal que daban a la sala común, tan diferente a la de Camarillo como todo lo demás. En lugar de las sillas blandas había bancos duros a lo largo de las paredes. Alex echó un vistazo cuando se abrió una puerta lateral. En vez del movimiento de la sala de Camarillo, todos permanecían sentados. Se dio cuenta de que el suelo rojo oscuro brillaba como si los cien pacientes enfundados en las zapatillas no dejaran marca o no se movieran nunca.

Un auxiliar lo condujo por un pasillo hacia la zona de duchas y el vestuario. Se duchó, le dieron una sábana limpia para que se secase y después le pasaron unos vaqueros y una camisa de cambray que le quedaban grandes. Le faltaban dos botones. Cuando se lo indicó al paciente encargado del vestuario, un joven prematuramente calvo, este le dijo que aquello «no era un puto centro comercial». El tono sonó más duro que las palabras. Alex se

quedó tan desconcertado que apenas escuchó la siguiente frase: que podía buscar aguja e hilo y coserse los botones por la mañana. Olvidaba rápidamente lo que apenas escuchaba. En su cabeza se repetía el cántico: «Dios, esto es horrible. Horrible. Horrible. Horrible».

Cuando Alex había llegado, el encargado, un hombre de mediana edad con el pelo rapado y gris como el acero, se encontraba fuera del pabellón en su descanso para comer, pero ya había vuelto. Le ordenó al auxiliar que lo acompañaba que cerrara la puerta de la sala común, lo que hizo que Alex fuera aún más consciente de los ojos tras el cristal. De hecho, sentía tan intensamente los ojos que lo examinaban que tuvo que concentrarse en las palabras para que no se disolvieran en un zumbido sin sentido.

—Soy el señor Whitehorn —dijo el hombre—. Soy el jefe de este sitio. Hemos escuchado cosas sobre ti. Disparaste a un hombre y tal, montaste un buen caos en Camarillo y al final te escapaste. Bien, esto no es Camarillo. Eres unos años más joven que la mayoría de los internos, y se te ve mucho menos duro. Si causas algún problema, pensarás que te está cayendo una tormenta de mierda. La mayoría de los que están aquí son considerados deficientes, aunque este es el pabellón de «alto nivel». También es el de alta seguridad. Aquí dentro hay algunos realmente retorcidos, y también peligrosos. Pero los manejamos. También podemos contigo. De momento, solo estás aquí en observación. El personal de Camarillo dijo que eras un psicótico *borderline*. ¿Sabes qué quiere decir?

Alex negó con la cabeza. Había escuchado el término «neurótico» pero no lo que decía el señor Whitehorn.

—Significa loco. También dijeron que eras un delincuente psicopático y ni siquiera yo sé qué significa eso exactamente, excepto que no hay esperanza para ti. De todas formas, el tribunal quería otro informe, así que por eso estás aquí. No solo te mantendremos a raya si causas problemas sino que redactaremos un informe que te enterrará para siempre.

Mientras el encargado miraba fijamente al chico a modo de desafío, se escuchó un estruendo más allá del cristal. Se había volcado un banco y encima se desarrollaba una pelea. Un chicano y un negro rodaban y se lanzaban puñetazos. Los dos eran casi hombres adultos físicamente, aunque el negro era más grande y musculoso. Los auxiliares los separaron antes de que el señor Whitehorn saliera disparado del despacho. Alex observó a través del cristal, incapaz de escuchar las palabras, aunque no las necesitaba para saber qué estaba pasando. El señor Whitehorn habló con los dos, y ambos asintieron con vehemencia. Apartaron los bancos mientras los combatientes se quitaban

la camisa y las zapatillas. El encargado dijo algo y los cien pacientes se levantaron corriendo de sus asientos para formar un ring humano. Varios auxiliares se colocaron en primera fila.

El señor Whitehorn se colocó en el centro, como árbitro. Utilizó ambas manos para indicar a los combatientes que se acercaran y después se apartó a un lado. Durante unos diez segundos, los contrincantes se movieron en círculos, con las manos levantadas en una imitación del boxeo. No tenían permitido luchar ni sujetarse. Estaban frente a frente y lanzaban puñetazos todo lo fuerte y rápido que podían. Aunque el negro era más grande y fuerte, parecía que sus manos llegaban una fracción de segundo tarde, o quizá su ritmo de pelea no era el correcto, puesto que los puños del mexicano aterrizaban un instante antes y, por lo tanto, con más fuerza porque absorbían la fuerza de los golpes del negro. Aun así, el negro forzaba al chicano a recular, paso a paso. Cuando llegó al ring humano, un auxiliar le puso las manos en la espalda para indicar el fin de la retirada. Las manos no lo empujaron, pues no tenían intención de dar ventaja, pero lo desequilibraron. Intentó agacharse y escaquearse por la izquierda pero se topó con un gancho de derecha. Lo golpeó por encima del ojo provocando un chorro de sangre instantáneo. Se tensó por un segundo pero siguió dando vueltas. Se encontraba de nuevo en el centro, prácticamente derrotado. Seguía lanzando puñetazos, aunque defensivos, pensando en los puños del contrario, agachándose ante sus fintas, agotándose. Los puños del negro golpeaban carne con más frecuencia. Lo acosaba, todo su cuerpo irradiaba confianza. Arremetió con un golpe corto de izquierda que aterrizó en la boca del chicano y le rasgó los labios contra los dientes. La cabeza se le descolgó hacia atrás y dejó caer las manos. El negro soltó una poderosa derecha que lo golpeó en la barbilla y el chicano cayó sobre el asiento de sus pantalones. Un auxiliar apartó al negro. El señor Whitehorn ayudó a levantarse al chicano, le dijo algo, se encogió de hombros y se apartó para que continuaran.

El chicano se mantenía en pie por puro orgullo. El negro fingió un golpe de izquierda, se agachó, y le clavó la derecha en el plexo solar provocando que el chicano sacudiera las manos. El grito ahogado que siguió se escuchó en toda la sala. El chicano se dobló pero un golpe con la derecha del negro lo mandó al suelo, con las piernas retorcidas de manera torpe bajo el cuerpo. Le costaba respirar y rociaba sangre de los labios rasgados cada vez que lo intentaba.

El negro tenía el ojo derecho hinchado y amarillento, con la piel oscura surcada por líneas rojas donde había sido arañado. Estaba herido, pero su

furia permanecía insaciable. El auxiliar lo sujetaba sin fuerza. El negro se soltó de golpe, rodeó al señor Whitehorn y le dio una patada al chicano en un lado de la cabeza. Incluso descalzo le provocó un grito de dolor.

—¡Cabron! —gritó el señor Whitehorn al soltar un revés que le sacó los mocos de la negra nariz. Se estremeció pero, en lugar de rendirse, agachó la cabeza para lanzarse sobre el chicano. Antes de que pudiera tirarse, el señor Whitehorn le rodeó el cuello con el brazo y lo inmovilizó. Otros auxiliares se sumaron a la inmovilización. En vez de limitarse a contenerlo, le dieron patadas y puñetazos. Los puños aterrizaban sobre todo en los riñones, aunque alguno lo golpeó en la cara, hasta que el señor Whitehorn, rozado por un puño, les ordenó que se tranquilizaran. Las patadas apuntaban a las rodillas y a los tobillos, hasta que cayó. Entonces le llovieron por todas partes excepto en la cabeza, y solo porque se la cubría con los brazos. Lo injuriaban mientras golpeaban.

Al principio, Alex sintió miedo, un nerviosismo al identificarse con la situación mezclado con emoción. Pero la emoción desapareció cuando se metieron los auxiliares. Incluso en Camarillo algún auxiliar perdía los nervios de vez en cuando y golpeaba a un paciente de forma inaceptable, pero lo que Alex observaba ahora eran cuatro auxiliares pisoteando metódicamente a una persona hasta dejarla sin sentido. Era arbitrario e injusto, pero el miedo superó a su indignación.

Llevaron al chicano al despacho. Tenían que mandarlo a la enfermería a que lo cosieran y el señor Whitehorn debía acompañarlo. Por la expresión del hombre, resultaba obvio que se había olvidado de Alex.

—Señor Hunter —le dijo al hombre mayor y bajito, de muñecas musculosas—, búsquele un sitio a esta basura. Y meta al negro en el bloque de cemento durante ocho horas. A ver si sigue queriendo moverse cuando es hora de parar. —Whitehorn se frotaba la mano derecha—. Los putos negros tienen la cabeza de granito.

—Pero en las tragaderas no lo aguantan —comentó otro.

Todos los auxiliares mostraban una ligereza exaltada tras el incidente, como si se sintieran bien pero un tanto avergonzados. Se reían, sonrojados y nerviosos.

A Alex le asignaron un asiento en un banco cerca de un rincón. Escribieron su nombre en un trozo de cinta adhesiva y lo pegaron en su sitio. Le dijeron que se sentara sin hablar cuando el resto lo hiciera.

Así que se sentó, consciente de los latidos de su corazón, preguntándose si dejaba ver sus emociones a los muchos ojos que parecían estudiarlo. Le daba

miedo cruzar cualquier mirada porque al echar varios vistazos comprobó que casi todo el mundo era mayor; algunos incluso hombres jóvenes. No vio las horribles deformaciones del patio vallado, ni el desorden de las mentes trastornadas de Camarillo. Durante las siguientes semanas, se enteraría de que casi todos ellos (excepto tres o cuatro como él que estaban en observación) se habían metido en problemas con la ley y tenían un coeficiente intelectual por debajo de sesenta y cinco, así que los internaron como deficientes. Sin embargo, todos funcionaban adecuadamente, al menos en el mundo de las instituciones. Pero, cuando Alex intentaba explicarles algo abstracto, incluso algo simple como «años luz», no conseguía que lo entendieran por mucho que lo intentara. No obstante, había algunos que, aparentemente, intentaron no sacar buenos resultados en las pruebas. Era una manera de mantenerse fuera de la sociedad durante largos periodos de tiempo.

Pero todo eso formaba parte del futuro, ahora era muy consciente de ser más joven y más pequeño. Aunque había alguien sentado a su derecha, la persona no intentó hablar. El asiento a su izquierda permanecía vacío. Todo el mundo guardaba silencio y los auxiliares caminaban tranquilamente por detrás de los bancos. Si cazaban a alguien hablando durante los periodos silenciosos, los tiraban del banco de un golpe. Alex vio cómo sucedía antes de llevar diez minutos sentado.

Un auxiliar golpeó una puerta con una llave.

—Patio y recreo —gritó.

La sala estalló en movimiento. La mitad de los hombres se reunieron alrededor de la puerta del patio, otros arrastraron dos tablas grandes y bancos al centro de la sala. Extendieron mantas sobre las tablas y corretearon en busca de asiento en las dos partidas de póquer, una para las apuestas más altas que la otra. Un auxiliar encendió una radio que estaba en un armario y sintonizó una emisora de *rhythm and blues* antes de cerrarlo.

Alex permaneció sentado, observando. Nadie le habló. Veía el fondo de uno de los dos pasillos. Por el tráfico de pies que entraba y salía por la puerta estaba seguro de que era la letrina. La vejiga le dolía en su plenitud.

Cuando Alex entró, varios jóvenes holgazaneaban junto a una ventana con barrotes, fumando y charlando. Nadie le habló pero sentía sus ojos sobre él mientras orinaba. Al dirigirse a la puerta para marcharse, alguien se dirigió a él.

—¡Oye, tú! Chico nuevo.

Alex se volvió ligeramente.

—Disparaste a un tío, ¿no?

—Sí.

—¿Lo mataste?

—No.

Alex esperó pero el interrogador le dio la espalda y siguió hablando con sus amigos. No podía escucharlos. Ligeramente avergonzado, consciente del calor que aumentaba en sus mejillas, salió al pasillo y se sintió estúpido y satisfecho al mismo tiempo. Lo que hizo en la oscuridad de la tienda de la playa le otorgaba cierto estatus en el desbaratado mundo de las instituciones y los proscritos; lo experimentó en el reformatorio, pero el dolor, los remordimientos y la desesperación arrollaron cualquier pizca de satisfacción. Ahora, todo quedaba demasiado lejos para sentir remordimientos y se animó ligeramente por el reconocimiento.

Así, pensando en sus cosas, se tropezó con un extraño artilugio. No se cayó pero casi perdió el equilibrio. Se quedó paralizado, observándolo incrédulo. Un bloque de cemento de cincuenta kilos estaba pegado a varias capas de manta vieja. El negro que se había peleado estaba sujeto con un arnés de tela de cuatro metros que salía del bloque. Tenía la cara hinchada y amarillenta. Habían cubierto el suelo de cera y él arrastraba el aparato de un extremo a otro para abrillantarlos. Miró al muchacho, inexpresivo. El miedo y la melancolía atenuados en la letrina volvieron con más intensidad que nunca. El horror.

«Esto es tortura», pensó mientras volvía a la sala común luchando por contener lágrimas de desesperación y preguntándose cómo podían ocurrir cosas así.

La sala común bullía con la música de la radio y las voces de la partida de póquer, que contaba con un grupo de espectadores. Él también se colocó detrás de la multitud, pero solo durante un momento, con la mente en otro sitio, excepto para fijarse en las apuestas (apuesta inicial de cinco centavos, límite de cincuenta) y en que dos auxiliares jugaban. Aparentemente, el póquer era todo un acontecimiento. Por primera vez no sintió deseos de jugar y, mientras volvía a su sitio en el banco, se prometió, por primera vez en su vida, no meterse en líos.

Los pacientes que pasaban a su lado miraban al recién llegado pero nadie le dijo nada, cosa que le parecía bien. Ansiaba amistad y aceptación, pero en aquel lugar solo quería que lo dejaran en paz, y escaparse. ¿Por qué fue tan estúpido de marcharse con Costras?

A las tres y media de la tarde, los que se encontraban en el patio entraron. La partida de póquer se dispersó y todo el mundo volvió a su sitio. Tras una

señal, el ruido se convirtió en silencio. Media docena de pacientes barrieron el suelo y pasaron fregonas escurridas y humeantes; luego pasaron encerador de madera para devolver el brillo. Un auxiliar recorrió los bancos con un sujetapapeles para hacer el recuento marcando cada nombre.

Durante la hora siguiente permanecieron sentados en silencio. Algunos susurraban o ponían caras cuando no los veía ningún auxiliar. Un auxiliar joven, un gigante pulcro con poco más de veinte años, caminaba de puntillas detrás de los bancos. Se colocó detrás de dos pacientes que susurraban y les chocó las cabezas; provocó risitas ahogadas en el resto de pacientes y él mismo sonrió. Alex no se rio y en su miedo se coló el odio.

A las cinco en punto formaron una fila doble en el pasillo, contra la pared, y avanzaron penosamente hacia el comedor. Pasaron junto al negro que seguía arrastrando el bloque de cemento con una expresión estoica en la cara hinchada.

Un auxiliar supervisó cómo se sentaban, llenando cada mesa de ocho, y les dejaba comer cuando la mesa estaba totalmente ocupada. Una mesa de servir estilo cafetería no se utilizaba. La comida ya se había servido en bandejas de acero inoxidable y llevaba muchos minutos fría. Incluso caliente habría sido difícil de digerir hasta para los estándares institucionales. Alex sintió náuseas al obligarse a tragar varias cucharadas de algo parecido a un estofado, aunque lo más cercano a la carne eran grumos grisáceos de grasa. Llevaba muchas horas sin comer y su paladar estaba acostumbrado al menú institucional, pero su estómago amenazaba con devolver todo aquello. Vio que los otros conseguían tragarse trozos rebuscados. Todos engulleron las dos rebanadas de pan, era el alimento principal de supervivencia.

El vacío del hambre acompañaba aún a Alex cuando siguió a los otros fuera del comedor. En las semanas siguientes, conseguiría comer un poco más de aquella bazofia y su estómago le exigiría menos al irse encogiendo. La horrible comida constituía un problema menor en un mar de tormentos.

Mientras los pacientes abarrotaban el pasillo, estalló otra pelea en la parte delantera. Alex sintió como si toda la masa de cuerpos se agitara. Escuchaba gruñidos, insultos y golpes y veía movimiento, pero lo único que captó de la pelea fue a dos chicanos arrastrados y sujetos con diferentes llaves que les inmovilizaban el cuello o los brazos. Al día siguiente, se los encontró con ataduras de cuero, el castigo para peleas no autorizadas.

El pabellón contaba con un segundo pasillo largo donde se encontraban las habitaciones. El único mobiliario en ellas una era un catre bajo. La mayoría de los pacientes dormían en dormitorios. Los más jóvenes y los que

se encontraban en observación ocupaban las habitaciones, donde no podían violarlos. A las nueve, llamaron a Alex y al resto. Él imitaba a los demás, así que se quitó la ropa y la apiló con cuidado en la boca del pasillo. Pasaron desnudos por delante de un auxiliar mientras otro los dirigía a sus habitaciones. Escucharon el cierre a sus espaldas. Poco después apagaron las luces desde fuera. Alex ya estaba en la cama pero se levantó para mirar fuera. El recinto estaba iluminado. En el tejado de su pabellón había luces. Vio miríadas de insectos revolotear alrededor de las luces, agotando sus breves vidas. Una enorme polilla gris rebotó en la mosquitera y se alejó aleteando bajo el alféizar. Alex recordó las luces que se filtraban por la ventana de la habitación en el reformatorio. Las instituciones parecían temer la oscuridad. Todas iluminaban el recinto por la noche, incluso cuando no había nadie. Vio un pabellón a unos cien metros, la mayoría de sus ventanas eran cuadrados brillantes. Pronto se enteraría de que era el pabellón de alta seguridad para mujeres que contenía a mujeres de la misma categoría que los hombres del suyo. Sin embargo, ellas tenían más fácil que las liberaran, podían marcharse en cuanto accedieran a esterilizarse.

La tensión del día lo había enervado. Su cuerpo ansiaba dormir para rejuvenecer y porque el sueño era una vía de escape. Se marchó con Morfeo medio minuto después de cerrar los ojos. No recordaba haber soñado pero se despertó de repente en mitad de la noche. Un auxiliar lo apuntaba a los ojos con una linterna a través de la pequeña ventana de la puerta mientras la golpeaba. La cama estaba empapada de sudor.

—¡Deja ya de gritar! —le dijo el hombre detrás de la luz—. Como no pares entraré ahí y te daré un motivo de verdad para gritar.

Esta vez, Alex lloró hasta quedarse dormido, pero ahogó el sonido con la almohada.

Capítulo 12

Aunque no se mostraba hostil ante acercamientos amistosos, Alex ya había aprendido a sospechar de ellos cuando era el recién llegado en una institución. A pesar de la soledad y el ansia de aceptación, permanecía sin expresión y con la mirada fría cuando alguien le hablaba, una fachada inusual en un muchacho de once años. Por otro lado, a pesar de temer a los auxiliares y ser de los más jóvenes del pabellón, Alex saltaba dispuesto a pelear a la más mínima señal de desafío. Durante la primera semana, presencié cinco peleas a puñetazos, incluidas tres en las que apartaron los bancos. Esto ocurrió cuando el combate parecía igualado y ambos contendientes se mostraban dispuestos. No recibían castigo si la pelea era buena. Al negro lo engancharon al bloque de cemento el primer día por haber pateado al chicano, que resultó ser uno de los favoritos del Whitehorn, un lacayo que limpiaba el despacho, preparaba café para los auxiliares y les sacaba brillo a sus zapatos.

Trajeron a dos chicanos de unos veinte años de un pabellón abierto. Los pacientes y los auxiliares los conocían bien, ya que llevaban años entrando y saliendo de Pacific Colony. Los trajeron por reunir una gran dosis de fenobarbital que los dejó atontados y, puesto que el fenobarbital actúa muy despacio, permanecieron en ese estado durante tres días. Aunque Whitehorn se rio de ellos y aparentemente le caían bien, los enganchó al bloque de cemento durante treinta y seis horas, repartidas en tres días.

A uno le asignaron un sitio en el otro extremo de la sala y al segundo lo sentaron en el sitio vacío junto a Alex. Se llamaba Toyo y se puso a hablar con Alex arrastrando las palabras. Resultaba imposible ignorar a alguien tan colocado. Toyo era delgado y moreno, con pómulos elevados y nariz aguileña. A pesar de su tamaño, era uno de los «duques», uno de los mejores luchadores en un mundo donde nada más importaba a la hora de conseguir estatus. Siempre vencía en las peleas largas en las que apartaban los bancos porque nunca se cansaba. Era bastante rápido, sus puños huesudos cortaban, y

podía aguantar a toda marcha durante media hora sin descansar. La mayoría de los demás se quedaban sin aliento y se agotaban en cinco o diez minutos.

Considerando la proximidad y la charlatanería de Toyo, muy similar a la de un borracho feliz, acallararlo significaría un insulto descarado. Alex no estaba listo para insultar, ni para rechazar los cigarros que Toyo tenía y compartía con generosidad. Por lo tanto, cuando Toyo por fin se libró del abrillantador de cemento y se serenó, se convirtió en el único amigo de Alex. A través de Toyo, Alex empezó a hablar con otros pacientes del pabellón, la mayoría chicanos. Nunca intimaba con nadie por varias razones: le interesaban otras cosas, como los libros; no quería admitir que podía permanecer allí durante mucho tiempo; era de los más jóvenes y los de su edad eran sin duda deficientes, no solo incultos o con problemas para expresarse. Un sábado, encontró a Toyo en un rincón durante el tiempo de recreo. El chicano se esforzaba para escribir a su hermana, quien le leería la carta a su madre y se la traduciría al español, ya que no hablaba inglés. Toyo no había terminado la educación primaria y no hablaba nada de inglés cuando empezó el colegio. Arrugaba la frente al intentar que su escritura resultara menos críptica. Alex empezó deletreándole palabras más largas de una sílaba pero era más fácil escribir lo que le dictaba. Después, un chicano apodado Tapón, amigo de Toyo, se sirvió de la ayuda de Alex para redactar una carta de amor a una chica del pabellón del otro lado del camino. Después de eso, a Alex le pedían varias veces al día que escribiera una carta para alguien. Así ganó aceptación, aunque no estatus. Los estúpidos eran a los que menos les importaba la inteligencia. Cuando no había combates reales, se dedicaban a peleas de cuerpo, que era lo mismo excepto que no se lanzaban puñetazos a la cara. Era un enfrentamiento de boxeo pero sin engancharse, del cuello hacia abajo. A veces, se calentaban y se convertía en una pelea de verdad, pero normalmente se limitaban a practicar y a probarse. Toyo y Alex practicaron juntos varias veces en el patio de ejercicio, y el chicano amplió las lecciones impartidas por Primer Golpe Floyd en Camarillo. La torpeza propia de su juventud iba desapareciendo, así que podía controlar mejor su cuerpo. Hasta el momento, solo había practicado las enseñanzas de Floyd al aire, pero ahora era casi real. Al principio, no se lanzaba sobre Toyo, por miedo y porque era su amigo, pero cuando Toyo lo empujó con fuerza, el pulso de la competición se apoderó de él. Empezó a bloquear los puñetazos sin acobardarse ni cerrar los ojos y a lanzar los suyos con fluidez. Podía golpear casi tan fuerte como Toyo, aunque no sabía lanzar combinaciones rápidas como el chicano. A veces, acertaba un golpe limpio y fuerte y Toyo respondía enseguida. Una o

dos veces lo dejó sin aliento, pero Toyo no le permitía retirarse. A veces tenía dolores, otras boxeaba al aire practicando fintas y el juego de pies, bloqueando y esquivando golpes imaginarios, contragolpeando con malicia. A pesar de carecer de habilidades físicas especiales, aprendía a pelear con una destreza impropia de su edad.

También empezó a jugar a póquer utilizando lo que Rojo Barzo le había enseñado y ganaba de forma regular. En realidad, la mayoría de partidas que se jugaban allí carecían de cualquier parecido al póquer real. Eran sucedáneos con muchas cartas absurdas y reglas extrañas. Alex se acordaba de Rojo y se limitaba a dejar su mano hasta que le llegaba algo especial. Los demás jugaban cada mano, así que se quedó con su poco dinero y sus cigarros, que compartía felizmente con Toyo, quien lo apoyó desde el principio.

Así, el terror del primer día disminuyó, aunque nunca desapareció por completo. Nunca se relajaba del todo, ni se sentía cómodo, ni dejó de odiar el lugar. La tensión era constante y siempre se alegraba cuando cerraban la puerta de su habitación por la noche.

Pasado un mes, una joven psicóloga clínica fue al pabellón y pasó dos tardes en una sala de entrevistas realizándole todo tipo de pruebas. Reconoció la primera como el test de inteligencia Wechsler-Bellevue y se concentró profundamente, no quería cometer ningún error que lo mantuviera allí. No conocía las otras pruebas. Sacó fotos de caras y le preguntó cuál le gustaba más y cuál no le gustaba. Le enseñó otras fotos de gente haciendo cosas y le pidió que le contara una historia sobre lo que veía. Estas pruebas les llevaron toda la tarde; la tarde siguiente, tuvo que contestar «sí» o «no» a quinientas preguntas. Fue todo lo que vio en cuanto a personal profesional. El médico del pabellón aparecía una o dos veces por semana y hablaba con el señor Whitehorn en su oficina. Se ocupaba de cinco pabellones y nunca veía a un paciente, a menos que hubiera algún problema especial. La función de Pacific Colony era custodiar, atender y alimentar a los tarados sin ningún intento fútil de enseñarles. ¿Qué podía hacerse con imbéciles y bobos?

La psicóloga le dijo a Alex que se presentaría ante el «personal» en unas semanas, sería en una reunión en la que se decidiría el informe y la recomendación a presentar al tribunal. No volvería a Pacific Colony, sin duda no era un demente. Pero si lo declaraban un «delincuente psicopático» lo ingresarían indefinidamente y lo enviarían a Mendocino, el hospital para los locos criminales. Pacific Colony era un parque de juegos en comparación con Mendocino, o eso se decía. Alex no podía imaginar nada peor que aquello. Varias veces por semana, como mínimo, alguien recibía una grave paliza por

parte de los auxiliares. El personal nocturno era peor, al igual que el encargado de la noche, un pequeño cincuentón colérico que, según contaba la leyenda, fue boxeador en la categoría de peso pluma en su juventud. Whitehorn tenía sentido del humor, pero el señor Hunter no sonreía nunca, excepto mientras observaba a los pacientes pelearse entre ellos o mientras los auxiliares golpeaban a alguno. Cualquier infracción, por trivial que fuera, provocaba una paliza por la noche. Hablar en el comedor o durante los periodos silenciosos significaba una patada o un puñetazo. Alex aprendió a permanecer inexpresivo mientras observaba a tres o cuatro auxiliares destrozando a un paciente, aunque el corazón siempre le latía a toda velocidad de miedo y ardía con una indignación silenciosa y enfervorecida. Las brutalidades menores del reformatorio lo habían preparado de algún modo para esto, le enseñaron que la violencia habitaba en cada lugar donde los hombres tenían poder sobre otros. Allí le imprimieron su primera capa de insensibilidad. Pero el miedo superaba la indignación y consiguió enmascarar su ira.

La rutina ayudaba a que pasaran los días. Al ser un caso en observación, no podía salir del pabellón. Los pacientes ingresados salían en grupos, cortaban el césped, cavaban zanjas y realizaban otros trabajos de fuerza física, nada de cerebro. Él barría y fregaba el vestíbulo de la cocina después del desayuno y luego holgazaneaba en la sala común el resto de la mañana. Por la tarde salía al patio pavimentado y rodeado por una valla alta coronada con bucles de alambre de espino.

Una semana antes del «personal», llegaron los problemas. Era de noche. Entró desnudo a su habitación y dobló la sábana y la manta. Escuchó que movían los bancos de la sala común mientras el último equipo de trabajo se preparaba para limpiar. Pronto, las luces se apagarían y se quedaría mirando a la oscuridad, sintiendo punzadas de nostalgia y un dolor inarticulado.

Una fregona chocó contra la parte de debajo de su puerta mientras alguien fregaba el pasillo. Alex se acercó al retrete sin tapa para orinar. Mientras se encontraba allí de pie, escuchó a alguien gritar desde la cercana ventana de la sala de fregonas hacia el pabellón de las mujeres.

—¡Marsha! ¡Marsh, mi vida!

Sin pensarlo, Alex fue del retrete a la ventana, vio a una figura en la ventana lejana y apenas escuchó el grito de respuesta. Durante unos segundos más, Alex permaneció mirando, ahora a las estrellas que abarrotaban el cielo nocturno. Escuchó un sonido en la puerta y se dio la vuelta. Una cara asomaba por la pequeña ventana. Un momento después, una llave giró en la

cerradura y la puerta empezó a abrirse. Las normas requerían que cualquier paciente en una habitación se levantara cuando entrara un empleado, pero Alex ya estaba de pie, así que simplemente se dio la vuelta. Era el encargado Hunter, apodado «el Cotorra», y tenía los ojos escondidos detrás de las gafas que reflejaban la pálida luz. El Cotorra siempre se movía balanceándose sobre la parte anterior del pie, pero ahora avanzaba rápido, así que Alex sintió que algo no iba bien. Experimentó una ráfaga de miedo antes de que el Cotorra le lanzara un revés y lo golpeará con los nudillos salvajemente en la nariz, provocando un torrente inmediato de sangre de los orificios nasales y de agua (no lágrimas) de los ojos. Se agachó en un acto reflejo, demasiado sorprendido y dolorido para pensar. La otra mano cerrada en un puño cayó como un rayo sobre su cara enviándole pequeñas luces al cerebro y echándole la cabeza bruscamente hacia atrás.

«¿Qué coño...?», preguntó su mente, totalmente confundido mientras se tapaba la cara. El hombre lo cogió del pelo con una mano y le golpeó en la cara con la otra. Esta vez, Alex se hundió y se sentó sobre las piernas dobladas debajo de su cuerpo.

—¡Levántate, marica! —le soltó el Cotorra al darle una patada en las costillas.

Alex rodó y apoyó las manos en el suelo, preparándose para levantarse, pero una lluvia de bofetadas lo tiraron de nuevo.

—He pillado a tu pequeño culo de gamberro, ¿eh? —dijo el Cotorra, y le dio una patada en el costado—. Así que gritándole a esas zorras retrasadas, ¿no? ¡A ver si ahora lo repites!

Alex negó con la cabeza y se dispuso a negar su culpa pero, antes de que pudiera pronunciar palabra, una feroz bofetada le hizo cerrar los dientes de golpe; sintió pequeñas esquirlas de diente en la lengua.

—¡Levántate, marica! —exclamó el Cotorra—. Levántate cuando estoy en la habitación.

Dio un paso atrás, con una pierna adelante y la cabeza arqueada en una pose deliberada de altiva crueldad. Alex asomó los ojos y lo entendió: el hombre se regodeaba en la situación. Lágrimas de furia contenida se acumularon en sus ojos. El hombre se acercó y las manos de Alex se elevaron para cubrirse la cara. Se encogió en el rincón. La cabeza calva del señor Hunter brillaba al igual que la corona de oro de uno de sus dientes cuando sonrió. Las gafas con montura dorada agrandaban sus protuberantes ojos azules. Fintó y se rio al ver a Alex estremecerse, disfrutaba con el miedo del muchacho.

—Haz la cama —le ordenó antes de darse la vuelta y marcharse.

Cuando escuchó girar la llave, Alex dejó que las lágrimas manaran. No lloraba de dolor sino por la humillación tras recibir una paliza siendo inocente y sin haber podido defenderse. Odiaba su propio miedo más que los puñetazos y las patadas.

De algún modo, el catre se había deshecho. Alex lo apartó de la pared para poder meterse detrás, sollozando y temblando mientras estiraba y remetía la ropa de cama. A cada minuto que pasaba, su furia aumentaba e inundaba por completo su conciencia; se había acobardado siendo inocente, aceptando un castigo cruel e inmerecido. Tan absorto estaba que no se percató de que la puerta se abría por segunda vez. Su primera toma de conciencia fueron los tres pares de zapatos bajo pantalones blancos. Levantó la vista. El Cotorra y los otros dos fornidos auxiliares estaban dentro, detrás de ellos se encontraba el paciente adulto que se encargaba del vestuario. El Cotorra giraba el enorme llavero con una velocidad borrosa.

—Este es el gilipollas que ha estado gritando —dijo el Cotorra acompañando sus palabras de varios gruñidos enfáticos.

Los ojos claros sofocaron la ira de Alex. Se quedó paralizado detrás del catre. Ya estaba de pie, así que no tuvo que levantarse. El Cotorra se acercó al chico, casi arrinconado. La mano del hombre voló, rápida como el ataque de una serpiente, y quemó la mejilla del muchacho que se golpeó la cabeza contra la pared. Los destellos en su cabeza provocados por el golpe lo cegaron, pero algo más explotó en su interior, su propio cerebro. Su puño devolvió el golpe; aunque se encontraba demasiado arrinconado para realizar bien el movimiento, el puñetazo fue duro y directo, y el hombre no se lo esperaba. Le rompió las gafas y los fragmentos de cristal le cortaron la mejilla y la nariz. El golpe dejó paralizado al señor Hunter, boquiabierto. Alex golpeó de nuevo con la otra mano, con más fuerza. Golpeó al Cotorra en la boca y le obligó a recular, pero no tenía adonde ir. Se tropezó con el catre y cayó encima. Alex se lanzó sobre él, entró a matar. Intentó rodear las piernas levantadas del hombre. Consiguió sujetar la camisa blanca con la mano izquierda mientras la derecha lanzaba puñetazos.

Los dos auxiliares, paralizados durante unos segundos por la sorpresa, ahora le saltaron encima. Un fuerte antebrazo le rodeó el cuello desde atrás, aplastándole la laringe y dejándolo sin aire. Dejó de dar puñetazos cuando lo apartaron de un tirón, pero aún sujetaba la camisa del Cotorra con la mano izquierda; se la rasgó desde el cuello a la cintura y dejó la corbata negra colgando del cuello destrozado.

Alex clavó las uñas inútilmente en el antebrazo que lo ahogaba. El Cotorra se levantó, con la cara enrojecida y gotas de sangre que manaban de los cortes en la nariz. Seguía frente a Alex, con un puño levantado, mostrando los dientes mientras gruñía. Alex le dio una patada en los testículos obligándolo a esconder los dientes y a lanzar un grito de dolor al tiempo que se doblaba.

Alex no vio el puño que se estrelló en su ojo y que provocó que se le hinchara al instante tres veces su tamaño normal; lo tuvo cerrado durante una semana. Lo único que vio fue el destello que acompañaba al dolor. Otro golpe lo dejó sin aliento. Alguien le cogió los pies que seguían golpeando y lo levantó. El auxiliar mantenía su brazo alrededor del cuello. El terror de asfixiarse se mezcló con el dolor y se retorció como un loco, aunque resultaba inútil. Un auxiliar le sujetó las piernas y el paciente se subió al catre y le dio una patada en el estómago. Gritó sabiendo que era inútil, pero era incapaz de hacer nada más.

El Cotorra se estaba recuperando, escupía sangre y maldiciones mientras volvía en sí y machacaba repetidamente la cara descubierta del muchacho con el puño. Alex quería gritar y pedir piedad pero de su boca solo salían gritos ahogados. Apenas podía respirar. Iba a morir. Cuando cayó sin fuerzas y perdió el conocimiento los golpes continuaron, pero ya no los sentía.

Se despertó en mitad de la noche ahogándose en su propia sangre, que empapaba las sábanas. Se había secado y la mejilla se le había pegado al colchón. Se despegó muerto de dolor y se tocó el lado derecho de la cara. Estaba hinchado de forma grotesca; parecía que estuviera tocando un enorme pomelo. Todo el cuerpo le latía de dolor y cada respiración lo aumentaba. Se preguntaba si tendría la mandíbula rota o si le faltaban dientes; le dolía demasiado para tocarse y descubrirlo. Le dolía demasiado para llorar.

Así pues, permaneció inmóvil en la oscuridad, sucumbiendo ocasionalmente a un sueño de minutos. Sentía terror absoluto hacia ellos. Cuando la llave giró y la puerta se abrió dejando ver la silueta enorme del auxiliar del turno de medianoche, se puso de pie con dificultad, gimiendo de dolor al intentar erguirse.

Uno de los auxiliares del turno de medianoche hasta las ocho jugaba a fútbol en el cercano Claremont College. Era enorme y joven y aquella noche el aliento le apestaba a alcohol. Alex percibió el olor inmediatamente, un segundo antes de que el jugador de fútbol se abalanzara sobre él y se balanceara. Alex se dejó caer al suelo y el puñetazo no le dio.

—Por favor —dijo intentando sujetar la pierna del joven, sintiendo cómo los músculos se preparaban para la patada. Alex rodó e intentó gatear para meterse debajo del catre, gimoteando de dolor y terror. El zapato le dio en el muslo antes de conseguir meterse debajo.

—¿Le has pegado a un viejo, eh? —dijo el auxiliar arrastrando las palabras y jadeando por la bebida, el agotamiento y la emoción.

El haz de luz jugueteaba alrededor de sus pies. Hizo ademán de agacharse sin parar de murmurar todo tipo de maldiciones. Alex se escurrió todo lo lejos que pudo con el corazón a mil por hora. El hombre agachó la cabeza hasta el suelo, extendiendo el olor a bourbon. La linterna cegó a Alex. Dejó escapar un grito de terror, más animal que de persona.

—¡Cállate, marica! —dijo el auxiliar.

Pero otros pasos sonaron en la puerta.

—Fields —dijo la voz—. ¿Qué está pasando aquí?

—Le voy a dar una lección a este hijo de puta. Le ha pegado a Hunter y le ha roto las gafas.

—Deberías estar contando. Levántate y sal de aquí. Ya sabes que no se pueden abrir las puertas a estas horas sin llamar al Director.

—Sí, pero...

—Una mierda pero. Sal de aquí.

Fields se levantó refunfuñando y salió sin dejar de murmurar. El otro auxiliar se agachó.

—Vamos, Hammond. Ya puedes salir. No va a volver.

Alex salió de debajo del catre solo a medias, listo para replegarse de nuevo hasta que cerrara la puerta con llave.

El señor Whitehorn y el médico del pabellón nunca hacían rondas antes de las diez, pero aquella mañana llegaron a la habitación de Alex a las ocho y cuarto. No le dejaron salir para el desayuno pero le llevaron una bandeja, aunque no podía masticar y tuvo que alimentarse de unas gachas semilíquidas que se parecían remotamente a una papilla de maíz. Whitehorn le daba miedo, pero al ver al médico sintió una pequeña esperanza. Había palpado cómo tenía la cara y esperaba que el médico exigiera furioso una explicación. Un médico debía oponerse de forma intrínseca a este tipo de brutalidad inhumana, y este en concreto era un refugiado de un país de Europa central, una víctima él mismo. Se sacudió la ceniza del chaleco y, con un fuerte acento, le pidió a Alex que moviera la mandíbula; después, le tiró de la nariz y le clavó un dedo

en las costillas. Cuando terminó, anunció que no tenía nada roto. Alex esperó en vano a que le preguntara qué había ocurrido. Finalmente asumió que al médico no le importaba que tres auxiliares adultos le hubieran dado una paliza hasta dejarle en esas condiciones. Estaba de su parte.

A pesar de su edad, Alex aprendió a ser estoico, aunque con diferentes palabras. «No lloriquees. No muestres ninguna debilidad. No abras el pico. Nunca les des a los cabrones la satisfacción de saber que te han hecho daño». Otras advertencias significaban lo mismo y se las había tomado lo suficientemente en serio como para apretar los dientes y no acusar a nadie, aunque la actitud del médico le provocaba más odio que la brutalidad de los auxiliares. Alex observó con frialdad la cara redonda y color aceituna durante el breve examen. El médico estaba preparado para una diatriba y se puso nervioso (quizá por la culpa) cuando lo único que obtuvo fue una mirada fija de los ojos inusualmente fríos del muchacho.

—Ahora quizá aprendas, ¿eh? —dijo—. Cuando atacas a alguien, hay que esperar el mismo trato, ¿eh?

El silencio de Alex ahora conllevaba tanto consternación como estoicismo. No podía creer lo que escuchaba, en vez de considerarlo víctima lo trataban como culpable.

—Apuesto a que no te lanzas contra ningún otro auxiliar —añadió el señor Whitehorn—. Has tenido suerte. Si me hubieras roto las gafas a mí, te habrías quedado sin dientes. ¿Quién va a pagar las gafas del señor Hunter?

A falta de respuesta, Alex sintió las lágrimas de odio que le picaban en los ojos. Los otros eran unos cerdos brutales, pero estos hombres debían ser responsables.

—¡Valientes cabrones! Eso es lo que sois, ¡unos cabrones!

Las secas acusaciones se intercalaron con jadeos, pero las palabras fueron claras y Alex se horrorizó inmediatamente de que hubieran salido de su boca. Había escuchado a un paciente pronunciar palabras de rebeldía ante Whitehorn antes de ver volar mocos y sangre de la nariz al ser silenciado por unos nudillos. Alex sentía demasiado dolor como para soportar ni un solo golpe más. Incluso los dedos que le examinaron provocaron gemidos.

—¡Lo siento! —exclamó—. Por favor...

El hombre del pelo gris acero se sonrojó y apretó la mandíbula, lo habría golpeado en un acto reflejo de no ser por la presencia del médico. Sus ojos iban de un lado a otro (el médico sonreía, como si el arrebató fuera gracioso) y la rápida disculpa le proporcionó una salida.

—Debes de estar loco. No sabes lo que dices. Pero no llegarás tan lejos y saltarás encima de otro de mis auxiliares. ¿Verdad, doctor?

El médico asintió.

—Cuando siete auxiliares controlan a ciento treinta pacientes, todos criminales y estúpidos, a veces se necesitan medidas duras.

En la puerta, Whitehorn se detuvo.

—Te vamos a dejar en esta habitación por ahora, hasta que el personal decida algo.

Cuando el pestillo se encajó en su hueco, después de que Whitehorn sacudiera la puerta para comprobar que había cerrado bien, Alex meditó sobre su situación durante largo rato. Algunas cosas le hicieron sentirse mejor pero otras le llenaban el cuerpo del ácido corrosivo de la ansiedad. Mientras tanto, su cara hinchada y extremadamente maltrecha vibraba con cada latido de su corazón. Se alegraba de quedarse confinado en la habitación. Se habría sentido dolorosamente avergonzado de mostrarse así, especialmente ante el paciente adulto que había ayudado a los auxiliares. Tendría que atacar al hombre y no tenía ninguna posibilidad. Se sintió mareado ante sus pensamientos homicidas al recordar al traidor. Sin embargo, encerrado en la habitación podía escapar de la tensión constante del manicomio. Allí podía descansar, masturbarse y soñar. Ojalá tuviera algo para leer... Pero, si se paraba a pensarlo, no había visto ni un solo libro en el pabellón. Alguna que otra revista, sí, pero libros, nunca. Con libros prefería quedarse encerrado en la habitación indefinidamente. De hecho, pasaría momentos gloriosos cuando algo lo emocionara especialmente. Resultaba mágica la forma en la que las palabras creaban mundos. Algunos libros le gustaban más que otros, pero creía que era más problema suyo que una diferencia de calidad. Parecía que desgraciadamente tendría que pasar sin ellos. Asumiendo que permaneciera encerrado hasta que lo llevaran de nuevo ante el juez, y eso significaba un mes sin nada que hacer.

El pensamiento del juzgado alimentaba su ansiedad. El personal de aquí recomendaría su destino y el juez se limitaría a ratificar la recomendación. La pelea con los auxiliares no lo ayudaría. Había agredido al Cotorra, al menos eso decían los informes, y para el mundo los informes eran palabra sagrada. Sin embargo, se sentía orgulloso de lo que había hecho. Por mucho que repasara la pesadilla desfigurada, tenía razón. Se comportó como un estúpido, sí, pero ¿equivocado? Nunca. Aunque hubiera gritado al pabellón de las mujeres, era injusto que unos adultos lo golpearan. No albergaba dudas a ese respecto, a pesar de su edad. No dudaba de que el personal de la institución

quería hacerle daño, del mismo modo que el médico y el señor Whitehorn estaban en su contra. Lo que más daño le haría sería una recomendación de ingreso permanente por su salud mental, si acababa en Mendocino... Toyo decía que los pacientes de Mendocino recibían tratamientos de electroshock por pelearse. En Pacific Colony no se utilizaba el electroshock, pero Alex vio cómo lo administraban en Camarillo y se aterrorizaba solo de pensarlo. Si lo ingresaban y lo mandaban a Mendocino, se suicidaría. Había leído que los antiguos romanos se quitaban la vida cuando la situación se volvía insoportable, se consideraba un acto noble. Sería mejor que convertirse en un vegetal. A la toma de su decisión extrema siguió el miedo inmediato de no tener el valor necesario.

—No lo pensaré —se dijo en voz alta, con la misma fiereza.

Escuchar su voz tan enfadada le provocó una carcajada que relajó la tensión. Se puso a mirar los pájaros del césped a través de la ventana con barrotes.

Por la tarde, dormía la siesta cuando alguien golpeó la puerta. Se despertó y se sentó, al tiempo que le deslizaban algo por debajo de la puerta, un número del *Saturday Evening Post* con un pequeño bulto en el centro. Cuando abrió la revista, se encontró cinco cigarros, varias cerillas sueltas (fruto del contrabando en el pabellón) y un trozo de lija. Sabía que era cosa de Toyo; no tenía ningún otro amigo en el pabellón, al menos ninguno que le hiciera un favor. Su gratitud se transformó en un dolor que casi le inundó los ojos. Quien fregara el pasillo le había entregado la revista, probablemente amenazado con una paliza si se negaba. Sin duda, le llegarían más al día siguiente y durante todo el tiempo que permaneciera encerrado. Hizo un pequeño agujero en el colchón y escondió el material de fumar; se racionaría para que le durara. Pero fue la revista lo que más lo alegró. No le importaba que tuviera un año. Aquella noche se evadiría gracias a ella. No sabía si se la confiscarían si la veían pero asumió lo peor, así que dobló las piernas debajo de la manta para ocultarla mientras leía. El primer artículo trataba sobre el nuevo telescopio de cinco metros planificado para el monte Palomar.

A la semana siguiente, Alex ya podía abrir el ojo derecho lo suficiente para ver, pero seguía teniendo la cara hinchada y amarillenta. Le quedaría para siempre un pequeño bulto debajo del pómulo derecho, invisible pero fácil de localizar con el dedo. La mañana del «personal», el señor Whitehorn le informó de que no acudiría en persona. El personal decidiría sin él. Alex

tenía miedo. Contaba con ver al resto de médicos y convencerlos —llorando y suplicando de rodillas si era necesario— de que sería un error recomendar que lo ingresaran en un hospital. Ahora solo contarían con los informes, y tenía miedo. Dios, tenía mucho miedo.

Mucho tiempo después, se daría cuenta de que el médico y Whitehorn no querían que el personal le viera la cara, porque nada sobre el papel podía justificar golpear a un niño hasta dejarlo en esas condiciones. Pero ahora, mientras ocurría, se le retorcían las tripas y se sentía vacío de miedo. Ni siquiera consiguió ver en un nuevo *Reader's Digest* nada que no fuera un borrón. Después, por la tarde, justo antes del cambio de turno, el señor Whitehorn tenía programado pasar; llevaba puesto el abrigo, listo para marcharse a casa. No abrió la puerta, se limitó a mirar por la ventana. Debía firmar un registro sobre el estado de Alex antes de pasar el caso. Whitehorn se había sentado con el personal y conocía la recomendación. Alex lo esperaba junto al cristal, con la mejilla pegada para poder verlo cuando viniera. Cuando el hombre se acercó a la puerta, Alex acercó los labios a la rendija y gritó.

—¡Señor Whitehorn! ¡Tengo que decirle algo!

Volvió a mirar por el cristal.

—¿Qué pasa?

—¿Puede decirme qué ha pasado?

—¿En la reunión?

—Sí, señor. ¿Cuál...? ¿Cuál es la recomendación?

—Pronto lo sabrás.

—Por favor... —Pero Whitehorn ya se alejaba, fuera de su campo de visión—. ¡Sucio cabrón hijodeputa! —soltó Alex con los dientes apretados.

Se dio la vuelta y le dio una fuerte patada a la puerta, que saltó en el marco con un sonoro golpe. Alex esperaba que el ruido atrajera a más auxiliares, pero enfurecido no sentía miedo. Se asustaba cuando pensaba en la paliza, pero cegado por la ira tenía menos miedo.

Se tumbó en el catre y dobló los brazos sobre el pecho; se quedó mirando fijamente al techo, consumiéndose en su ira. Dios, cómo los odiaba...

Capítulo 13

El lunes por la mañana, sin previo aviso, un auxiliar le trajo la ropa en un fardo y se la tiró sobre el catre; no eran los vaqueros del pabellón sino la ropa que llevaba en el garaje cerca de la playa, cuando lo detuvieron. Apestaba tras dos meses enrollada y sin lavar, pero el olor le pareció insignificante en comparación con el subidón de alegría. Se marchaba de aquel lugar; no para ser libre, por supuesto, pero incluso la libertad no le habría hecho sentirse más feliz. Estaba tan nervioso que le costó atarse los cordones y tuvieron que decirle que se abrochara los pantalones.

Era el turno de trabajo y de limpieza en el pabellón, veinte minutos en la mañana durante los cuales no tenían que permanecer sentados en los bancos. Se extendió la noticia de que Alex se marchaba, así que Toyo y dos más lo esperaban cuando lo escoltaron para atravesar la sala común.

Toyo intentó estrecharle la mano pero un auxiliar se interpuso entre ellos.

—Dile adiós pero nada de contacto.

—Creen que me vas a dar una pistola o algo —comentó Alex con desprecio, unas palabras y una actitud que le hubieran ganado una bofetada no hacía mucho, pero no ahora que se marchaba. Toyo y los otros avanzaban a su lado.

—¿Adónde vas, *carnal*? ¿Al juzgado?

—Sí, eso creo. ¿Dónde si no?

—No vas a volver aquí, ¿no?

—Joder, espero que no. Este puto...

—No está tan mal. —Pero Toyo hizo una mueca a la espalda del auxiliar—. Cuídate, *carnalito*. Aprende a esquivar los rechazos y a soltar el gancho.

Toyo terminó con una sonrisa y un guiño y le dedicó una «V», la señal de victoria de Churchill, tan popular en aquella época.

Llegaron a la puerta de la oficina y esta se cerró a sus espaldas, poniendo fin a las despedidas y enviando las amistades al recuerdo. Alex no volvió a

ver a Toyo nunca más, ni se encontró con nadie en sus viajes posteriores que conociera a un chicano flaco, ni supo qué fue de él.

En la sala más allá de la oficina, un ayudante del sheriff uniformado esperaba con unas esposas. Medía muchos centímetros más del metro ochenta y pesaba muchos kilos más de los noventa y se sonrojó de vergüenza y sorpresa al ver a su prisionero. Se rio entre dientes y, casi abochornado, se colgó las esposas de nuevo del cinturón.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó a Alex.

—Casi doce —respondió, preguntándose por qué el hombre negaba con la cabeza, incrédulo.

Los auxiliares y el ayudante llevaron a cabo el ritual de firmar documentos por su persona, etcétera. Cuando terminaron con eso, el ayudante hizo un gesto para indicar que estaba listo y abrieron la puerta con gravedad.

—Vamos, campeón —le dijo el ayudante—. Ya vamos tarde así que en marcha.

Al salir a la brillante luz del sol, Alex se quedó paralizado, cegado temporalmente. Era la primera vez que salía en dos meses. El ayudante lo condujo por el brazo, con firmeza pero sin dureza.

—Me habían informado de que eras malísimo pero no de que tienes once años. «Malo». ¿Cómo cojones puede ser malo un muchacho de once años?

El coche era totalmente blanco, sin marcas ni luces especiales, aunque dentro se encontraba la inevitable radio de policía que entre interferencias informaba constantemente de historias de desgracias, dolor y violencia. El ayudante la apagó mientras salían del recinto. Alex se entusiasmó al observar la libertad después de no haber visto nada excepto un césped cuidado a través de una ventana durante tanto tiempo. Contemplar el paisaje fue una costumbre que desarrolló de joven y no perdió nunca.

El ayudante debía dejarlo en el juzgado a las diez de la mañana, pero eran las nueve y media cuando salieron de Pacific Colony con tráfico denso; quince minutos más tarde seguían a cincuenta kilómetros del centro, detenidos en un paso a nivel mientras un tren traqueteaba a diez kilómetros por hora y los vagones de mercancías repiqueteaban con una secuencia desigual una y otra vez. Cuando el tráfico automovilístico por fin se puso en marcha, eran las diez y veinte. El ayudante se detuvo junto a una cabina en la esquina de una gasolinera.

Cuando volvió al coche, sonrió.

—Muy bien, campeón, se ha aplazado hasta la una. Puedo llevarte ahora y dejarte en el calabozo del juzgado, o podemos parar a comer una

hamburguesa con queso y un batido. Seguramente hace mucho que no has comido nada de eso.

—No, señor, hace tiempo que no. —Alex se contuvo para no mostrar ilusión.

—Muy bien, chico. Solo una cosa. No quiero tener que vigilarte como un halcón cada segundo. Tampoco voy a esposarte a la mesa para que todo el mundo crea que soy un monstruo. Así que dame tu palabra de que no intentarás escapar y haremos que parezca que somos amigos. ¿Vale?

—¿Me creerá?

—Si me das tu palabra, claro que sí.

—Tiene mi palabra. Tampoco tengo ningún otro sitio adonde ir.

En San Gabriel, un pintoresco barrio residencial destacado por ser una de las viejas misiones de California, justo al este del centro de Los Angeles, el ayudante aparcó detrás de un restaurante. Enorme y brillante —puesto que era de cristal, cromo, formica y acero inoxidable—, era el tipo de restaurante de comida rápida extrañamente endémico del sur de California. El tráfico de la hora de la comida provocaba que hubiera gente esperando para conseguir mesa.

—Hay sitio en la barra si el chico y tú... —dijo la camarera.

—¿Qué te parece? —le preguntó el ayudante al revolverle el pelo.

Alex se encogió de hombros.

—Me parece bien —respondió.

Siguió al hombre corpulento, consciente de que se encontraba a centímetros de la culata de su revólver. Sería muy fácil sacarlo. El pensamiento le cruzó rápidamente la mente, una especulación absurda, y desapareció en cuanto se deslizaron en los taburetes.

—¿Qué te parece una hamburguesa con queso, patatas fritas y un batido de vainilla? Mi mujer no me deja ir con mucho dinero.

—Suenan bien, muy bien.

Eso fue lo que le pidieron a la camarera sin utilizar los menús que trajo. Cuando se dio la vuelta, el ayudante se acercó a Alex.

—Voy al baño. Quédate aquí. Recuerda que me has dado tu palabra. No nos metas a los dos en un buen lío.

Cuando el hombre se marchó, su sensibilidad se vio invadida por el flujo de cuerpos y la cacofonía de las voces y los platos. Todo era tan nítido, tan cristalino, que parecía irreal y confuso. En el espejo enfrente de él, veía imágenes de la calle a sus espaldas, peatones que caminaban a toda prisa, automóviles a toda velocidad, todo ello pasando de un tono apagado a

brillante bajo las nubes pasajeras. Se quedó sin aliento y una sed indescriptible y profunda se apoderó de él. Sin ser capaz de articular el ansia, sintió una intensa llamada de la libertad. Resultaría muy fácil levantarse y salir caminando; el ayudante no lo vería, mucho menos lo atraparía. «Libre» significaba más que no estar en una institución. Ya conocía la libertad absoluta, ser capaz de ir adonde quisiera cuando quisiera, siguiendo su intuición. Un niño nunca disfrutaba de libertad a menos que viviera como un fugitivo como Alex.

En el punto más intenso de su deseo, el recuerdo de su promesa mandó al traste sus planes. Había dado su palabra. Su lucha contra esa verdad duró unos segundos. Masticaba la hamburguesa cuando volvió el ayudante del sheriff.

Habían pintado la sala sin ventanas donde esperaban los menores en el juzgado desde la última visita de Alex, aunque ya la habían vuelto a manchar libremente con nuevos grafitis. El alguacil le dio a Alex una bolsa con la comida, la típica rodaja de mortadela plantada en un pan duro y una naranja con manchas grises verdosas. Con el estómago lleno, Alex aceptó la bolsa porque los jóvenes de los reformatorios siempre tenían hambre y aceptaban una segunda bolsa de comida sin dudar. Pero ya se habían presentado casi todos los casos de la mañana, así que solo esperaban dos chicos más cuando Alex entró, y no parecían preocupados por comer. Ni siquiera habían abierto sus bolsas. Levantaron la vista cuando se abrió la puerta y siguieron con su conversación al ver que era otro chico. Ambos eran blancos, de la edad de Alex. Se sentó en un banco y se inclinó hacia adelante con los codos sobre las rodillas, mirando al suelo de cemento e ignorando deliberadamente a los otros dos. Sin embargo, no podía apagar sus oídos.

—Tío, ¿qué significa que no puedes?

—No puedo, ya está.

—¡Joder!

Exasperado, levantó las manos con tanta fuerza y de forma tan repentina que el otro chico se apartó, asustado, por miedo a que lo atacara.

—Joder, Bobby. Si dices que no estaba contigo, me dejarán salir.

El que hablaba se detuvo, negó con la cabeza y se frotó con fuerza la cara y los ojos con la mano mientras lo miraba fijamente con veneno en los ojos. El otro chico mantenía la vista apartada, mirando con frecuencia a la puerta.

—Bobby, escúchame. No he dicho nada, tío, pero sé que te has chivado de mí.

—No me he...

—¡Cierra la puta boca! —Las palabras reflejaban una furia desatada empapada de amenaza. Silenciaron a Bobby—. Sí lo has hecho. No hay otra. ¿Cómo han venido tan rápido a buscarme si no?

—Sí, Max, dijiste que sería fácil, que no había vigilante nocturno.

—No debería haber en una puta tienda benéfica de segunda mano.

—Pues había.

—Te pilló y esperó a la poli. No estuve ni un cuarto de hora en el patio antes de que vinieran a buscarme. Le preguntaron al entrenador por mi nombre. «¿Dónde está Max Dembo?»^[2]. A ti te trincaron bien pero el vigilante no puede identificarme. Solo te tienen a ti. Pero si dices que yo no estaba contigo me dejarán ir. Bobby, tío, no querrás que se te conozca por ser un chivato, ¿no? Un soplón. ¿Eso es lo que quieres?

Bobby negó con la cabeza.

—Pero yo tampoco quiero que me encierren. Tú ya has estado allí. Puedes soportarlo.

Ahora Alex observaba atentamente. Max tenía una cara angulosa que le daba un aspecto extrañamente expresivo y adulto. Ahora personificaba el desprecio de forma tan abierta que Alex solo había visto una expresión similar en las películas. Bobby se derrumbó ante la mirada; se encogió sin moverse, negándose a levantar la vista ni siquiera durante un segundo.

Alex veía moverse los engranajes de la mente de Max, la tensa determinación de machacar al débil. Resultaba tan obvio que a Alex se le encogió el estómago ante esa posibilidad. No sentía ninguna simpatía por el soplón.

La llave moviéndose en la cerradura los paralizó, excepto para girar la cabeza. El alguacil uniformado hizo un gesto con el dedo índice para indicar a los dos que lo acompañaran. El débil se movió al instante, como si el alguacil lo hubiera salvado (así fue), mientras que el otro avanzaba despacio, con la cabeza agachada al pasar junto al hombre que esperaba para volver a cerrar la puerta. El muchacho, apenas un adolescente, se las arregló para mostrar una indiferencia arrogante tanto frente al alguacil como ante la situación.

Cuando se cerró la puerta, Alex miró las horribles paredes de cemento a su alrededor y recordó con repentina claridad cómo se sintió ahí hacía casi un año. Temía lo desconocido, y eso incluía prácticamente todo lo relacionado con este mundo. Aún aturdido por la muerte de su padre y sus problemas, estaba aislado de los sentimientos demasiado intensos. No sentía, pero ahora sí lo sentía todo y había miedo, un miedo horrible y específico al pensar en

volver a un lugar similar pero peor que Pacific Colony, porque lo internarían como delincuente psicópata, no como demente, y eso significaba Mendocino, no Pacific Colony. Ahora, sin embargo, conocía aquel mundo, lo entendía, y el mundo de libertad más allá de los muros y los barrotes y las puertas cerradas se había disipado hasta volverse borroso, irreal. Ciertamente, era la legendaria tierra prometida, la de sus fantasías, pero resultaba tan difícil de visualizar como los sueños por la mañana. Para él, el cielo de la libertad era tan nebuloso como el de Dios.

Ahora tenía tiempo que matar en la soledad del calabozo. Boxeó al aire durante un minuto, practicando lo que Primer Golpe Floyd y Toyo le habían enseñado, y después su vejiga le indicó dolorosamente que necesitaba descargarse. El retrete sin tapa estaba en un rincón.

Mientras se abrochaba los pantalones, vio un clip en el suelo. Alguien lo había enderezado y tirado. Alex lo cogió y grabó su nombre en la pintura. No consiguió igualar las florituras y la extravagancia de los chicanos, con mucha experiencia en pintarrapear paredes, así que debajo de su nombre añadió algo que le había escuchado varias veces a Rojo Barzo: «Si no tienes huevos para cumplir la condena, no andes jodiendo con el crimen». Debajo escribió «Whittier, 1944 ¿hasta?». Estaba seguro de que era allí adonde lo enviarían; sabía que no estaba loco...

Se puso a boxear al aire de nuevo, lanzando golpes cortos y deslizándose hacia adelante para convertirlos en ganchos cortos seguidos de ganchos ascendentes de derecha, golpeando con diferentes combinaciones a adversarios imaginarios. Pivotaba sobre la punta del pie, se escabullía y contraatacaba, soltándose.

Avanzaba simulando una lluvia de golpes cortos al cuerpo cuando se abrió la puerta. El alguacil se rio.

—¡No le hagas daño a nadie, chico!

Alex se detuvo, rojo de vergüenza.

—Eh... Mmm...

—¿Quieres ser boxeador? —le preguntó el alguacil para intentar tranquilizarlo al ver que se avergonzaba.

—Sí —respondió Alex espontáneamente, aunque no faltó de sinceridad. Era la primera vez que pensaba en esa posibilidad—. Me gustaría serlo, si tengo el talento.

—Es un deporte duro. Escucha, ¿han venido tus padres para acompañarte?

Alex negó con la cabeza.

—¿Hay alguien? ¿Una tía? ¿Un tutor?

—No. Nadie. No tengo a nadie.

La sonrisa del alguacil se atenuó, como si no debiera sonreír ante un huérfano.

—Muy bien. Entrarás en unos minutos. —Cerró la puerta.

Cuando se volvió a abrir, dos alguaciles forcejeaban con Max Dembo, que pataleaba y maldecía. Uno de los alguaciles le había retorcido el brazo detrás de la espalda mientras que el otro lo sujetaba con un brazo alrededor del cuello. Entraron a medias en la sala y empujaron al muchacho.

—Cuando vuelvas esta noche irás directo al agujero —le dijo uno.

—A la mierda el agujero, a la mierda vosotros, y a la mierda el marica soplón que habéis mandado a casa con su mamá.

Los hombres dudaron, sin duda querían abofetear al muchacho de lengua sucia para infundirle respeto. Uno de ellos se tensó, preparado para hacerlo. El chico ni se inmutó, pero el otro hombre sujetó a su compañero.

—Que le den a este marica. Imagínate, se ha lanzado encima del otro chico delante del juez. Ha cogido un cenicero de metal y le ha abierto la cabeza.

Alex se impresionó, toda su solidaridad y su respeto iban dirigidos al joven desafiante que seguía mirando con el ceño fruncido a los dos hombres.

—¿Su Señoría se ha retractado? —comentó el otro alguacil entre risas, su enfado desapareció de repente.

—No. Se puso a gritar «¡Sacadlo de aquí! ¡Sacadlo de aquí!». —Se dirigió ahora a Max Dembo—. Eres un cabrón duro, pero adonde vas hay muchos tipos duros como tú. Paletos sureños, negros y frijoleros que llevan toda la vida peleando...

—Solo tengo problemas con los soplones —dijo el chico—. Me habían metido en el agujero en el correccional o le habría pateado el culo mucho antes.

—A mí tampoco me gustan los soplones, chico. ¿Por qué no te calmas? No montes más líos y no informaremos de lo ocurrido a los del correccional.

Mientras salían y cerraban la puerta, Alex se preguntaba qué tipo de lío podía montar en una habitación vacía. ¿Montar jaleo dándole patadas a la puerta? ¿Pelearse? ¿Inundar el retrete?

El chico empezó a mover los hombros, como se hace para aliviar algún tipo de dolor. Aunque sonrojado, no parecía sentirse incómodo.

—¿Qué ha pasado, tío? —preguntó Alex.

—Bah, joder. Lo que sabía que iba a pasar. Ese marica ha largado hasta su primera papilla. El juez le preguntó si yo estaba implicado. Solo le faltó

decirle que se podría ir a casa si decía que era yo. ¡Joooder! Después de eso, casi tienen que ahogarlo para que dejara de soplar. Le han dado un puto año de condicional. Así que, cuando había que irse y la culo gordo de su madre lo estaba abrazando, le di en la cabeza con el cenicero. Se puso a gritar como una zorra el acojonado hijo de puta.

El insulto «hijo de puta» sonaba particularmente duro en boca del muchacho. A diferencia de los negros, que lo utilizaban como nombre, verbo y adjetivo, que condimentaban cada frase con él y lo arrastraban hasta dejarlo prácticamente irreconocible, el chico lo articuló con precisión, cada sílaba se escuchó con claridad; sonaba más vulgar por la forma de pronunciarlo. De hecho, su manera de hablar resultaba anormalmente violenta.

—¿Y tú qué? —preguntó Max.

—No sé. Aún no he entrado al juzgado. Pero creo que iré a Whittier. A la mierda. —Levantó un hombro; el correccional no le importaba.

—Sí, a la mierda. Yo vuelvo allí. Cumplí dieciocho meses y he estado fuera noventa y cuatro días de mierda. Una putada, ¿eh?

—Sí. Yo llevo un año dentro.

—Sí, ¿por qué? —Acababa de despertar su interés. Max levantó la cabeza para escuchar.

—Le disparé a un tío. Me pilló robando en su tienda.

—¿Lo mataste?

—Mmm, no. Solo lo herí. Me han tenido encerrado en el manicomio en observación.

—Ya, hacen eso cuando es algo serio. Para ver si estás loco. Pues vas a Whittier de cabeza. Te veré allí. Me llamo Max Dembo.

—Alex Hammond.

—Buena suerte.

—Suerte a ti también.

—Sí, la necesito.

El chico de expresión dura, cuya actitud escupía desafíos al mundo, torció la boca en una sonrisa; los ojos le brillaban y, durante ese segundo, fue pura calidez.

Se estrecharon la mano. Alex se sintió algo estúpido al realizar un gesto tan adulto con alguien de su edad y, antes de que pudieran intercambiar más palabras, escucharon el sonido de una llave al girar. El alguacil metió la cabeza y llamó a Alex.

—Buena suerte otra vez, tío —dijo Max.

—Gracias.

Esta vez, la enorme sala se encontraba vacía porque el calabozo también lo estaba. Las numerosas familias no estaban allí porque en el calabozo no había muchachos esperando a que los llamaran para ver sus casos.

La oficina abierta y la pequeña sala del tribunal eran las mismas que hacía un año, los mismos anodinos administrativos, magistrados y oficiales de libertad vigilada flanqueando al juez detrás de una mesa de madera oscura pulida. El alguacil le indicó a Alex una silla situada en frente del juez, a menor altura. No recordaba el nombre del juez anterior ni qué aspecto tenía, pero sabía que este era otro simplemente porque era negro, aunque de piel clara, con el pelo gris engominado y peinado en rígidas ondas pegadas al cráneo. Llevaba gafas serias y gruesas, tras las cuales sus ojos ámbar parecían enormes, pero le faltaba la expresión severa que recordaba del último. Su cara desprendía bondad. Estudiaba un expediente, Alex sabía que era el suyo. Lo estudió durante menos de un minuto pero fue tiempo suficiente para que la imaginación de Alex recreara un hospital mental peor que Pacific Colony. Un terror absoluto acompañaba a la recreación, terror que el juez no disipó al levantar la mirada; sus enormes ojos lo miraban con indiferencia.

—No parece mejorar en ningún sirio. Esto viene de lejos: huida, huida, berrinche, y finalmente robo en una tienda en la que casi matas al dueño. Estoy seguro de que eso no entraba en tus planes pero apretaste el gatillo. Un adulto pasaría mucho tiempo en prisión por algo así, mucho mucho tiempo.

El juez hizo una pausa y Alex sintió que el hombre esperaba que hiciera algún comentario, pero no se le ocurría nada que decir. El juez se dirigió al agente de libertad vigilada.

—¿Seguro que no tiene familia? ¿Nadie en absoluto? —La voz tenía una nota de incredulidad.

—Nadie que hayamos podido determinar. Hay un expediente de los servicios sociales que data de cuando tenía cuatro años, incluso antes de que el tribunal se implicara.

El juez negó con la cabeza y gruñó; después, se dirigió a Alex.

—Bien, no estás loco. Al menos, no de la forma en la que solemos pensar en alguien que está loco. Pareces cuerdo y hablas con mucha más sensatez de lo que correspondería a tu edad, pero algunas de las cosas que has hecho... — El juez negó con la cabeza— solo pueden describirse como fruto de un comportamiento demente.

¿Qué estaba diciendo? ¿Qué iba a pasar? El miedo ante Pacific Colony o algún lugar peor se extendió como una plaga maligna por su cerebro. Casi perdió la razón y gritó de terror. Durante unos segundos, perdió el hilo de la

conversación del juez. Los labios se movían, veía los dientes y la lengua, pero no conseguía desentrañar el sonido y darle coherencia. Tenía miedo de interrumpir y mostrar su confusión; podía inclinar la balanza si el juez estaba dudando entre un hospital mental y el correccional.

—¿Bien? —preguntó el juez con los ojos magnificados por las gafas mirándole fijamente—. ¿Qué piensas?

—No... No lo sé, señor. —Alex movió un hombro, como hacen los niños cuando se sienten confusos.

—¿No sabes cómo te sientes sobre lo que has hecho? —El tono creciente de incredulidad se abrió paso a través del miedo con tanta facilidad como un cuchillo de deshuesar a través de la ternera.

—Sí, sí lo sé, lo siento —respondió rápidamente—. Pero no quería hacerlo, no quería disparar. Daría cualquier cosa por no haberlo hecho. No quería... Tenía miedo y se disparó.

—Mmmmm. —Parte de la rigidez judicial se evaporó—. Este es uno de esos trágicos casos en los que no disponemos de los medios para hacer lo correcto —dijo el juez a todos los presentes, la mayoría sin ningún interés, pensando más en la comida y en una sirena que se escuchaba lejana—. Es la rutina típica institucional: el hogar roto y ningún familiar con el que contar, las casas de acogida y las escuelas militares, fugitivo crónico pero no criminal, aún no, que acaba cometiendo un delito y termina en el sistema de justicia. ¿Qué podemos hacer? Nuestras opciones no protegerán a la sociedad a largo plazo. La mejor protección sería convertir a este muchacho en un miembro de la sociedad, en un ciudadano. No sabemos cómo. No sabemos qué espera al otro lado del sistema, alguien mejor o alguien peor. Las estadísticas dicen que seguramente será peor. Pero ¿qué puedo decidir? La sociedad pide que sea castigado. Disparó a un hombre. Pero, si no lo hiciera, ¿dónde podría enviarlo? ¿A otra casa de acogida, a un internado? Se escaparía.

—No, no me escaparía —lo interrumpió Alex—. No lo haría.

—Creo que eres sincero pero, sí, te escaparías. Estoy seguro. Pero ¿de qué otra forma puedo ayudarte?

La mente de Alex gritó en silencio: Dejadme ir a casa, aunque no se refería a su casa, puesto que no tenía, era el eufemismo de los encarcelados para referirse a la libertad. Pero eso era igualmente imposible. A su edad, la sociedad no permitía la libertad, incluso sin un crimen como haber disparado a un hombre durante un robo. Sin saber qué responder, Alex se encogió de hombros. Sus circuitos estaban sobrecargados.

—¿Crees que volver a un hospital te ayudaría?

—¡No! ¡Por favor! Por favor, no... Allí no...

Captaron el fervor entrecortado y el magistrado frunció el ceño y bajó la cabeza para poder mirar por encima de las gafas; sus ojos se volvieron, de repente, pequeños y miopes, y muy muy humanos.

—¿Tan malo es? He escuchado historias dispares.

Alex se asustó y el miedo le recorrió el cuerpo. Sabía que era peligroso criticar a una autoridad delante de otra. Al final del camino, todas andaban juntas.

—Solo... No es para mí. Odiaba estar allí y...

—No te preocupes. Todos están de acuerdo en que necesitas tratamiento para tus problemas emocionales pero no estás mentalmente enfermo. Te confiaré a la Autoridad de Menores de California hasta que cumplas veintiún años. Probablemente irás a la escuela estatal en Whittier por tu edad. Podrías quedarte allí hasta los veintiuno, pero eso nunca pasa. —El juez se detuvo para dedicarle una sonrisa triste—. Los que necesitan seguir recluidos hasta los veintiuno suelen meterse en suficientes problemas como para acabar en San Quintín a los dieciocho o diecinueve. A la mayoría los ponen en libertad tras un año o dieciocho meses. Puede que tú salgas incluso antes, considerando el tiempo que ya has pasado en custodia. Haré que lo consideren.

»No estoy seguro de si enviarte a la Autoridad de Menores es lo mejor. Nunca estoy seguro, ni a medias, excepto cuando... —Su voz se fue apagando, se detuvo, y negó con la cabeza—. Extraoficialmente, me siento como Poncio Pilato en este caso.

De algún modo, el tono del juez hizo que Alex sintiera lástima por el hombre al otro lado de la mesa. Entonces, el juez se sacó de encima cualquier implicación personal.

—Esa es la sentencia. Te encomiendo a la Autoridad de Menores de California. Ellos tomarán la decisión de qué hacer contigo. Espero que consigas hacer algo de provecho con tu vida. Odiaría que desperdiciaras esa mente tan brillante que tienes.

Cuando Alex siguió al alguacil de vuelta al calabozo, se sintió aliviado por no tener que volver al hospital, pero también tenso. La Escuela Estatal Whittier era la última parada para los chicos entre diez y quince años. Los más duros de todo el estado acababan allí. Tendría que estar a la altura o lo

pisotearían, o lo sodomizarían, y se convertiría en un «marica», la degradación más absoluta. Los maricas sufrían cualquier tipo de sadismo que la furia adolescente pudiera imaginar. Whittier no sería tan salvajemente brutal como lo que había visto, al menos no en cuanto a castigos se refería, pero sabía que se darían más conflictos entre los chicos. Él sería más joven que la mayoría pero se juró demostrar su entereza. Si la mayoría eran más grandes y más duros, nadie tendría más huevos. Se lo prometió mientras el alguacil abría la pesada puerta y la cerraba a sus espaldas.

Max Dembo estaba tumbado de espaldas en un banco atornillado a la pared. Bajó los pies al suelo al escuchar entrar a Alex. Movi6 la cabeza para preguntar en silencio «¿Qué ha pasado?».

—Autoridad de Menores de California. ¿Cuánto tardaremos en irnos?

—Yo iré rápido porque ya tienen mi expediente y eso. Tú estarás un mes o así en el reformatorio mientras procesan los papeles en Sacramento. Te saludaré cuando llegues. —Le sonrió, la cara arrugada le dio más aspecto de muchacho—. Te hará más duro o acabará contigo.

—No va a acabar conmigo.

Max sonrió aún más, después le guiñó el ojo.

—Creo que sobrevivirás.

—No me queda más remedio.

Era otra de las frases filosóficas que le había escuchado a Primer Golpe Floyd.

Capítulo 14

Alex Hammond pasó las siguientes seis semanas en el reformatorio mientras las ruedas ocultas de la burocracia giraban y procesaban su ingreso en la Autoridad de Menores de California. Esta vez se las arregló mejor porque había aprendido a pelear. Más bien, había aprendido cómo dar un golpe definitivo y conseguir el KO: lanzar un puñetazo de improviso con todas sus fuerzas y aprovechar la ventaja con una lluvia de patadas y puñetazos. El monitor negro le había pegado en el culo por susurrar mientras avanzaban en fila de camino a la cena. Era su segundo día tras su regreso. El orientador los miraba, así que aceptó el golpe en silencio, pero su cerebro ardió de furia y apenas pudo tragar la comida. Después de la cena, la compañía salió fuera durante el recreo. El enorme patio disponía de una zona para cada compañía; no estaba permitido mezclarse. Su compañía tenía la pista de baloncesto.

Durante la cena y la marcha hacia el exterior, los ojos de Alex se encontraron con los del monitor varias veces. Cuando la compañía pudo dispersarse, Alex volvió a encontrarse con su mirada. El negro era esbelto y alto, con una gracia de movimiento que indicaba coordinación muscular. Debía de ser un buen luchador para haber llegado a monitor. En el estómago de Alex se mezclaban el miedo y la aprensión. No podía dejar pasar la patada pero no sabía exactamente qué hacer.

Tomaron la decisión por él. El joven negro se le acercó sigilosamente, tenso y preparado.

—Oye, imbécil —dijo el negro—. Me miras todo el rato como si me buscaras. ¿Quieres bronca o qué? —Se inclinó hacia adelante, con las manos ligeramente levantadas, preparado para pelear.

—No, tío, no quiero problemas —dijo Alex con las manos levantadas, enseñando las palmas.

El negro se relajó. Alex vio como su tensión se disipaba y su mirada se suavizaba. Ese fue el momento en el que Alex le golpeó con todas sus

fuerzas, puñetazo con la izquierda, con la derecha, utilizando los hombros y su peso como le había enseñado Primer Golpe Floyd. Los dos golpes aterrizaron con fuerza y sonoridad y Alex sintió el impacto extenderse por sus brazos.

El negro cayó inmediatamente, de espaldas, sangrando a borbotones de los labios, que sus dientes habían atravesado. Lo dejó fuera de juego. Era la primera vez que Alex había dejado a alguien inconsciente. De este encontronazo aprendió el valor de la sorpresa. Estaba seguro de que el negro podía darle una buena paliza en una pelea justa.

La pelea le costó cinco días en «aislamiento». No le importó porque el ocupante anterior había acumulado una pila de libros debajo de la litera. Dos eran *westerns* de Zane Grey, que siempre disfrutaba, y tres pertenecían a la serie de los Hardy Boys, que antes le encantaban pero que ahora le parecían demasiado simples. Aun así, los leyó. El título del último libro no le decía nada, *Hijo nativo*, y lo dejó a un lado hasta que no le quedó nada más. Resultaba un poco difícil de leer al principio, pero pronto se olvidó de las palabras que a veces no entendía y se sumergió en un mundo de guetos y negritud y vida. Era demasiado joven para saber por qué le afectaba tanto, por qué era tan diferente de todo lo demás que había leído. Era como si el joven negro embrutecido y lleno de odio reflejara sobremanera lo que Alex había visto, vivido y sentido. Aún le quedaban por leer los últimos capítulos cuando un orientador le dijo que se preparara para volver con la multitud. No podía tener libros en el aislamiento, así que no pudo llevárselo con él. Con una punzada de dolor arrancó los capítulos que le faltaban y se los metió en la parte de delante de los vaqueros. Tenía que acabar aquel libro. Lo hizo esa noche, sentado en un retrete en el pequeño baño del dormitorio bajo una pálida luz después de que apagaran las principales.

El monitor negro aún tenía puntos que sobresalían del labio inferior. Pero, cuando sus ojos se cruzaron con los de Alex, el negro apartó la vista y el chico blanco reconoció su victoria. Esperaba otro desafío y estaba listo para pelear sin molestarse en hablar. El apodo del monitor era T-Bone y, cada vez que el orientador sacaba los guantes de boxeo, T-Bone se los enfundaba para enfrentarse a cualquiera que se atreviera. Tras ver a T-Bone, Alex estaba aún más seguro de que el negro podía darle una paliza. Pero el negro no lo sabía, ni nadie más en la compañía. A partir de entonces, Alex tuvo muchos menos problemas que durante su primera estancia en el reformatorio. Los domingos por la tarde, después de las horas de visita, los chicos recogían los paquetes de dulces y revistas que les llevaban sus familias. Alex no tenía visitas pero

siempre le ofrecían dulces y la primera ojeada a las revistas. Había ganado estatus en una jerarquía organizada totalmente según la violencia. Era demasiado joven para cuestionar sus valores, ya que un imbécil podía ser el más respetado si era el más duro pero, sin embargo, su inteligencia le daba ventaja. Había vencido al negro por pensar más rápido y ahora llevaba la delantera porque era más inteligente.

Durante las semanas de espera hasta que lo trasladaran al correccional, Alex no se relacionó demasiado y mantuvo una actitud distante que desanimaba cualquier intento de amistad. Incluso el hecho de que lo enviaran al correccional, el peor castigo que podía infligir el Estado, le daba un estatus añadido en el reformatorio.

Durante una larga tormenta, la peor que sacudía el sur de California desde 1933, un orientador fue a la clase a buscarlo. Si lo hubiera llamado alguien para una entrevista, habría venido a buscarlo un monitor con un pase; el orientador significaba que el transporte para Whittier lo esperaba.

Un par de hombres vestidos con trajes baratos lo esperaban a él y a otros dos. Los hombres eran de Whittier. Los otros dos chicos eran chicanos, hermanos que habían asestado numerosas puñaladas a otro joven de una banda callejera diferente. Los dos hermanos eran de «White Fence», un *barrio* con una valla blanca de una manzana de largo. También temían ir a Whittier; los White Fence estaban en guerra con casi todas las demás bandas de chicanos. No tenían aliados. Sus miembros, a menos que fueran tremendamente duros, lo pasaban mal en las instituciones de menores. Otro chicano le habló a Alex de ellos, un amigo de Lulu de Temple Street. Lulu ya estaba en Whittier.

Los hermanos chicanos ya vestían ropa de calle y les estaban poniendo las esposas cuando llegó Alex; uno de ellos sujetaba una caja de cartas y fotos. Un árbol azotado por la lluvia y el viento arañó una ventana, sonó con fuerza mientras Alex se cambiaba y se ponía su ropa, enmohecida después de llevar tanto tiempo sin lavar. Los hombres del correccional lo observaban y, cuando terminó, uno de ellos le dio una palmadita y sacó otro par de esposas.

—¿Ponemos a este en el centro? —le preguntó a su compañero—. Es la liebre del grupo.

—Nah. Estará bien en un extremo.

Cerró el acero entorno a la muñeca derecha de Alex uniéndolo así a la muñeca izquierda de un chicano. Condujeron al trío a través de las puertas

controladas electrónicamente y corrieron con la cabeza agachada bajo la lluvia —con un hombre por delante y otro siguiéndolos— hasta un furgón con las palabras «Estado de California» escritas en un lado.

El trayecto duró una hora. Whittier se encontraba en una comunidad de las afueras al este de Los Angeles y, al principio, Alex tuvo la terrorífica sensación de que en realidad volvían a Pacific Colony, que también se encontraba al este. Sin embargo, Whittier estaba a unos veinte kilómetros hacia el sur.

En todas partes, la tormenta azotaba la costa sur de California con fuertes bofetadas, provocando que las casas de los cañones se deslizaran de sus asentamientos; pero aquí los efectos de la tormenta se limitaban a árboles agitados, alcantarillas desbordadas y aceras vacías. En una ocasión, el conductor tuvo que clavar el pie en el freno para evitar estrellarse contra un coche parado. Todos los ocupantes del furgón se precipitaron hacia delante. El miedo recorrió el cuerpo de Alex mientras el coche patinaba por el asfalto mojado pero, al enderezarse y ganar velocidad, deseó que se hubieran chocado, un buen accidente en el que los prisioneros tuvieran la oportunidad de escaparse. En los años siguientes, cada vez que lo llevaban a algún sitio, le pedía al destino un accidente. Esta fue solo la primera vez.

Los neumáticos chirriaban sobre el asfalto mojado al pasar de los *barrios* de Los Angeles Este a los suburbios de estuco y campos de cítricos. Los árboles se inclinaban y se retorcían. Los pocos vehículos que circulaban lo hacían lentamente, con las luces encendidas.

La Escuela Estatal Whittier tenía su nombre colocado en la puerta delantera abierta, sin valla que la cubriera por delante. Daba a un concurrido bulevar. Sin embargo, la parte de atrás contaba con altas vallas coronadas de bucles de alambre de espino. Los edificios eran de ladrillo tudor. El recinto tenía unas ocho hectáreas de césped cuidado y elegantes pabellones. Parecía más una pequeña universidad que un correccional. Se necesitaba una observación detallada para ver las cadenas soldadas en los marcos de las ventanas, que evitaban que se abrieran lo suficiente para que cupiera un cuerpo.

La Compañía de Llegada era lo que su nombre indicaba, un lugar donde los recién llegados se preparaban y se los adoctrinaba. El primer día se pasaba en el hospital de la institución; lo examinaron, lo vacunaron, lo inocularon y, dado su historial, lo entrevistó un psicólogo. La mitad del día siguiente lo pasó con un asistente social que tenía los informes del tribunal pero que quería saber en qué escuelas e instituciones había estado y qué agencias de

servicios sociales habían tratado con él. Whittier escribiría para solicitar más información sobre él. Esas cosas eran irrelevantes para Alex; a él le preocupaba únicamente interiorizar la rutina del correccional, las costumbres y los estilos, aprender su papel y ser aceptado. La rutina consistía básicamente en una disciplina de escuela militar impuesta por civiles. El civil principal de cada compañía era el cuidador; él y su mujer vivían en la casa con los chicos. Dos hombres más trabajaban en los turnos de mañana y de noche; eran orientadores. Para ayudar a los civiles estaban los «oficiales», tres chicos, uno de cada raza; ellos marcaban el ritmo, daban órdenes y se apresuraban a darle una patada en el culo al torpe por numerosas infracciones.

El señor Morris, el cuidador de la Compañía de Llegada, conservaba vestigios de acento inglés. Era un fanático cincuentón, calvo y en forma, al igual que su mujer menuda. Además de con una pala perforada («inclínate y sujétate los tobillos»), el señor Morris impartía su disciplina con calistenia liberal. Las infracciones menores, como tirarse pedos sonoros o susurrar en la fila, se sancionaban con treinta y cinco abdominales o veinte flexiones. Asuntos más serios podían conllevar golpes en la cabeza, patadas en el culo o azotes con la pala, dependiendo de las circunstancias y del estado de ánimo. Después, por la noche, los rufianes (había varios cada día) hacían cien flexiones en cinco tandas de veinte, cincuenta sentadillas y cincuenta abdominales, que el señor Morris hacía con ellos. A menudo, su mujer también los acompañaba. A pesar de tener cuarenta años, mantenía una figura tonificada; los chicos observaban sus piernas morenas e intentaban mirarle por debajo del vestido. Los más atrevidos se pegaban pequeños trozos de espejo en los zapatos y se acercaban a ella; después juraban que habían visto pelo a través del espejo.

Pasaban tres horas al día aprendiendo a marchar. Alex ya sabía de sus estancias en las escuelas militares, pero él era una excepción. Durante los primeros tres días, un oficial enseñaba a los novatos apartados del resto de la compañía. Después, los llevaban con el resto a aprender o a sufrir. Ir a destiempo significaba una patada en el culo, así como cualquier otro error durante los ejercicios. Al final de cada instrucción, la compañía realizaba media hora de ejercicios agotadores; también los hacían antes del desayuno. Cuando los enviaban a una compañía normal, estaban en plena forma, los delgados brazos de la niñez empezaban a desarrollar músculo en el tríceps, algo inusual en muchachos tan jóvenes y, en lugar de la típica tripita, lucían duros abdominales. El señor Morris trabajaba duro para crear cuerpos sanos;

no creía que tuvieran cerebro, así que no se molestaba en entrenar esa parte. En semanas, marchaban como un equipo de entrenamiento militar.

Como Alex sabía marchar y acumulaba la experiencia de las anteriores instituciones, evitó el conflicto con los oficiales. Pero albergaba un pequeño nudo de resentimiento por lo que hacían sin olvidar que cualquiera de ellos podía hacerle picadillo. Sin embargo, sabía que una patada o un puñetazo en el hombro provocaría que se peleara con quienquiera que se lo propinara. Debía emanar su predisposición, porque no le pegaron cuando susurraba durante los periodos silenciosos. Los oficiales se limitaban a indicarle que se callara. Sin duda los habían elegido, en primer lugar, por encontrarse entre los más duros de la compañía y, en segundo, porque estaban dispuestos a hacer el trabajo a cambio de algunos privilegios; pocos chicos de trece y catorce años entendían el «código» de los bajos fondos hasta el punto de ver que este comportamiento lo violaba. Sabían sin duda que chivarse estaba mal, pero realizar el trabajo de hacer cumplir el orden era diferente. Alex parecía ser el único con recelos cuando un oficial daba una paliza a otro chico por saltarse las normas. Un oficial blanco muy grande y duro (pesaba casi ochenta kilos y se afeitaba con regularidad a los quince años) apodado Cráneo le pegó a un mexicano más pequeño por hacer el payaso en la fila de la ducha. El mexicano tiraba de la toalla que llevaba el mexicano delante de él en la cintura. Cuando recibió la patada, se dio la vuelta y soltó un puñetazo; la pelea estaba servida. El mexicano perdió, pero fue un enfrentamiento duro y despiadado en el que los dos chicos pelearon cuerpo a cuerpo y Cráneo, mucho más grande, acabó con un ojo morado y la cara magullada. Cuando el oficial mexicano fue trasladado a una compañía regular, el mexicano que había peleado ocupó su puesto. Empezó a pegar a los que hacían el payaso en la fila, a los que hablaban, a los que hacían cualquier cosa, y propinaba palizas felizmente a cualquiera que contraatacara. Un puñado de chicos eran inmunes a los oficiales por ser demasiado duros; ellos mismos podrían haber ascendido de no ser tan problemáticos, tan rebeldes. El señor Morris se ocupaba de ellos. Otra categoría de chicos recibía patadas, aunque atenuadas, propinadas a medio gas y con la parte plana del zapato. El culpable podía arquear la espalda y recibirlo sin dolor. Sin embargo, la mayoría aprendían a marchar y a seguir las normas a base de moratones. Y aprendían rápido; cualquier señal de protesta se reprimía con un puño en la boca.

La Compañía de Llegada era especialmente estricta. Todo se hacía en silencio. Cada proceso, desde despertarse hasta lavarse, pasando por el desayuno, la instrucción e incluso las duchas se hacía en orden estricto. Por

ejemplo, entraban en fila y se detenían delante de sus estrechas taquillas antes de ducharse. El oficial les indicaba media izquierda para que se colocaran firmes frente a cada taquilla. A la orden de «uno», ponían las manos en la taquilla; «dos», la abrían; «tres», sacaban la toalla y metían los zapatos...

Así pasaban los meses. Alex supo que lo habían tachado de problemático por cosas que decía el señor Morris. Habían llegado rumores desde dirección basándose en los expedientes.

—Te doblaremos —le dijo una vez el señor Morris—. No eres tan duro —le dijo en otra ocasión.

Pero Alex no se metió en líos; la extrema disciplina consiguió de algún modo volverlo paciente y atento. Era un reto. No conocía a nadie en la compañía compuesta por recién llegados de todo el Estado de California. Los novatos no tenían permitido mezclarse con el resto de compañías, pero Alex vio caras conocidas en la iglesia. Todo el mundo debía asistir a misa católica o a los servicios protestantes. Él eligió misa porque muchos chicos llevaban el rosario como adorno; le gustaba cómo quedaba y consiguió uno del cura. En misa vio a Lulu, que le sonrió y lo saludó con la cabeza. Aquello le hizo sentirse bien. También vio a Max Dembo, que lo saludó con la mano. Algunos más del reformatorio lo reconocieron y lo saludaron. Algunos novatos no conocían a nadie pero otros, especialmente los negros y los chicanos, vieron a una veintena o más de sus amigos de los barrios. Para ellos era casi como volver al barrio después de estar un tiempo fuera.

Los chicos más jóvenes de Whittier, de ocho a diez años, estaban en la Casa Wrigley; su ropa eran uniformes de los Cub Scouts. La Casa Wrigley era famosa por sus marchas. Wrigley no solo ganaba en las competiciones de instrucción de orden cerrado al resto de Whittier, sino que también había vencido a los equipos del ejército de Estados Unidos del Campamento Pendieron. La Casa Hoover estaba reservada a chicos ligeramente mayores, de once o incluso doce. Después venían los Scouts y Washington. Los más mayores y más duros pertenecían a Roosevelt y Lincoln. La mayoría tenían quince y algunos dieciséis.

Trasladaron a Alex a los Scouts y sus sentimientos al respecto no estaban claros. En comparación con las otras casas, Scouts estaba menos reglamentada. Era la única casa con habitaciones privadas en vez de dormitorios. Los domingos, proporcionaba acompañantes para las visitas desde la puerta principal hasta la zona de picnic o el auditorio, según el clima. Los chicos podían pedirles cigarros a las visitas, el artículo más valioso en la institución. En segundo lugar, con mucha diferencia, estaba la gomina Dixie

Peach; era de contrabando, como cualquier tipo de gomina y aceite para el pelo, porque se empapaban con el producto y manchaban la ropa de cama. Sus complicados peinados —todos llevaban elaboradas colas de pato— necesitaban mucha grasa para mantenerse en su sitio. El acceso de las visitas permitía a los chicos de la Casa Scout contrabandear cigarros y gomina para los demás. Se registraba a los chicos pero los acompañantes podían esconder cosas en los arbustos por el camino. Eran demasiado jóvenes, al menos en aquella época, para la marihuana, aunque algunos la habían probado y muchos afirmaban haberlo hecho.

Los chicos de la Casa Scout también salían en «excursiones a la ciudad» en más ocasiones que los demás: a los congresos de los Scouts, a los desfiles y a alguna película. Todo eso formaba parte de las ventajas. En cuanto a las desventajas (que despertaban las dudas de Alex), los chicos demasiado blandos para Washington, Lincoln o Roosevelt acababan en los Scouts. No todos eran así. La mayoría eran delincuentes normales y algunos «algo más locos» que la media. Pero el veinte por ciento de blandos de los Scouts estigmatizaba a los demás; siempre se dudaba cuando asignaban a un recién llegado allí, al menos hasta que demostraba de qué pasta estaba hecho. Así que, a pesar de la vida relativamente más fácil (y eso era totalmente relativo), a Alex lo irritaba que alguien pudiera asumir que era demasiado blando para otra Casa. Estaba dispuesto a enfrentarse a un oso para demostrar lo contrario.

En Scouts había alguna cara que recordaba del reformatorio, pero no los conocía y tampoco podía ponerles nombre. El oficial blanco le dio ropa de cama y le enseñó la habitación que le habían asignado en la segunda planta. Todas las habitaciones estaban allí, a lo largo de dos pasillos en ángulo recto. En la unión de los dos pasillos estaba la escalera y una pesada puerta, la única salida. Allí estaba también la mesa del encargado nocturno.

La habitación era mucho mejor que cualquiera que Alex había tenido en una casa de acogida o en una escuela militar. El pequeño espacio estaba muy bien aprovechado. El catre estaba empotrado en la pared y debajo había cajones grandes para guardar ropa y otras pertenencias. Un pequeño armario ocupaba el pequeño espacio a los pies de la cama hasta la pared, junto a la puerta que nunca se cerraba con llave porque las duchas, los lavabos y el baño estaban al final del pasillo. Una mesa y una silla estaban colocadas bajo la pequeña ventana, con cortinas y sin barrotes, pero no podía salir por ahí por una pequeña cadena soldada que no permitía abrirla lo suficiente.

Alex se percató de todo esto mientras hacía la cama. El chico blanco con galones en el cuello al estilo inglés lo esperaba en la puerta.

—Mañana es sábado —dijo el oficial—. Hay inspección de habitaciones antes de la comida. Tienes que limpiar el polvo hasta de los rincones del somier debajo del colchón, por ejemplo.

Alex quería responderle con sarcasmo pero se contuvo. No le molestó la información sino la forma en que se la dio. El tono no indicaba un consejo amable, era una orden con una amenaza implícita. Además, se había fijado antes en aquel chico y no le gustaba. Su apellido era Constantine (todos utilizaban casi exclusivamente los apellidos, como en el ejército) y transmitía (al menos, a Alex) una actitud esnob y de superioridad, como si se considerara mejor que los demás. Mientras que la mayoría de los chicos, incluido Alex, se peinaban con colas de pato, Constantine se hacía el corte en el centro y llevaba un pequeño tupé. Mientras que el estilo dictaba llevar los pantalones caídos y enrollados abajo (la moda de la época), él vestía al estilo clásico. El hombre a menudo lo utilizaba como ejemplo. Era el favorito del cuidador y, aun así, debía ser capaz de pelear o no sería oficial.

Alex se entretuvo pensando en Constantine mientras «cuadraba» las esquinas de la cama con el mayor cuidado.

—Termina después —dijo Constantine refiriéndose a limpiar el resto de la habitación.

De algún modo, esa simple instrucción también irritó a Alex. Sin decir nada, supo que él y Constantine acabarían chocando. Alex dudaba de poder darle una paliza en una pelea justa, tendría que conseguir y mantener algún tipo de ventaja...

Los más jóvenes de Whittier, los de Wrigley y Hoover, iban a clase todo el día. Sus clases estaban en las casas. Permanecían apartados de la influencia viciada de los mayores, que iban a clase medio día en el edificio de educación y trabajaban la otra mitad. Algunos estaban destinados a la zapatería, a la imprenta, a pintar, a trabajar el metal, etcétera. Aprendían a poner suelas a los zapatos institucionales y a encalar las paredes de las salas. Otros cuidaban de los cientos de gallinas y de las vacas lecheras, o regaban la alfalfa. Un puñado formaba parte de la cuadrilla extra que trabajaba donde se necesitaba. A veces rastrillaban hojas o barrían un camino, pero entonces una tubería rota debajo del camino los tenía ocupados levantando el asfalto, la tierra y la arcilla. Alex se vio haciendo el trabajo de un adulto. Durante la primera semana, la espalda y las piernas le dolían por la mañana, pero su cuerpo se acostumbró y se endureció. Aunque despreciaba la tarea y escuchaba a los chicos ridiculizarla

(una pala era una de las herramientas de los idiotas), en el fondo disfrutaba con el trabajo. Lo validaba como hombre, y se regodeaba cuando se le endurecían los músculos del hombro al clavar la pala en la tierra y levantarla después. No se esforzaba demasiado, hacía lo justo para evitar los gritos del hombre, normalmente un orientador de refuerzo de una de las casas que no tenía nada que hacer mientras los chicos estaban en clase. La cuidadora, la mujer del cuidador, que tenía el turno de la tarde, tenía algunos chicos como «gatos domésticos». Ellos limpiaban y enceraban la casa. Pero el orientador de día tenía otras funciones, como supervisar los grupos de trabajo o ayudar a vigilar la Casa Jefferson, la compañía disciplinaria. En Jefferson trabajaban duro.

Alex llevaba dos semanas en la cuadrilla extra (iba a clase por la tarde) cuando el hombre se puso enfermo. El orientador de día de Lincoln ocupó su puesto. Era más joven que la mayoría, apenas treinta años, y lo apodaban «Topo» por las paletas protuberantes. Nadie lo llamaba Topo a la cara pero voces disimuladas solían decir a sus espaldas «*Topo es puto*» o «Topo chupa pollas». Reaccionaba con furia ante estos insultos. Su nombre real era señor Lavalino y los chicos pensaban que era duro. Respetaban la dureza pero no la crueldad. El señor Lavalino también era cruel en ocasiones; utilizaba a los chicos bajo su control para descargar toda una variedad de frustraciones. Alex lo conocía solo de vista cuando se hizo cargo de la cuadrilla extra una deprimente mañana en la que amenazaba con llover. El grupo de chicos desenterraba una tubería agujereada cerca de la parte delantera de la institución. Habían dado con la tubería el día anterior, pero la fuga no se encontraba donde habían excavado. Estaban extendiendo la zanja siguiendo la tubería. La tierra estaba suelta pero el trabajo era una chapuza, ya que había llovido durante la noche y todo se había vuelto barro.

Los chicos se dividieron en turnos porque todos no podían trabajar a la vez. Algunos soltaban la tierra con azadas y otros la quitaban con palas. Alex estaba medio apoyado sobre la pala, observando al otro turno hacer su parte, cuando un terrón de tierra chocó contra su oreja y se deshizo. No le dolió pero se quedó atónito durante un segundo, sorprendido. Cuando se dio la vuelta, confundido, preparándose para estallar, esperaba ver a otro chico. Ya fuera una broma o un insulto, estaba listo para lanzar un desafío.

Ningún chico lo miraba. El señor Lavalino sí. El hombre estaba junto a un bidón de doscientos litros en el que ardía un fuego. No se calentaba las manos. Miraba fijamente a Alex.

—Mueve el culo —le dijo—. Deja de holgazanear y de apoyarte en la pala con un dedo en el culo.

Cada palabra sonaba como una bofetada inesperada. Ni siquiera quería explicarle cómo se habían dividido el trabajo, luchaba por controlar el calor que crecía en sus ojos y en su cerebro y que imposibilitaba pronunciar cualquier frase explicativa.

—¿Me lo has... tirado tú? —Se atascó. Incluso le costaba pronunciar esas palabras.

—Sí, sí —respondió el señor Lavalino asintiendo para dar énfasis y levantando la voz cada vez más—. Te lo he tirado yo. ¿Es que no te ha hecho gracia, marica?

Alex no podía responder, no con palabras. «Marica» era el peor insulto. Empezaba a jadear, respiraba de forma sonora y crispada, y el exceso de oxígeno aumentó el vértigo en su cerebro. Las imágenes periféricas desaparecieron. En el mundo que se teñía de rojo solo podía ver la cara grotesca del señor Lavalino sonriendo a modo de desafío malintencionado.

La furia que lo borra todo se apoderó de él. Con un grito ahogado, levantó la pala cual un bate de béisbol y corrió hacia el hombre. Pretendía borrar la risa con sangre. Reventaría esa cara...

Pero el señor Lavalino ya no sonreía. Palideció en segundos al darse cuenta de lo que ocurría. Retrocedió un paso, acobardado, y después se dio la vuelta y echó a correr gritando «¡Ayuda! ¡Ayuda!».

Los separaban unos cuatro metros reales pero había que cruzar la zanja sobre la tierra suelta. El chico dio una vuelta a la zanja, hundiéndose en la tierra blanda, incapaz de acercarse lo suficiente para blandir la pala.

Los otros chicos de la cuadrilla se quedaron atónitos. Los chicos se enfrentaban entre ellos, no al Hombre, especialmente no a un hombre como el Topo, famoso por pegar a cualquiera que mostrara el más mínimo signo de rebeldía. El novato que blandía la pala mientras sollozaba de rabia estaba loco, sin duda. Nadie excepto un loco haría algo así.

Después de la segunda vuelta a la zanja, ambos jadeantes, Alex se detuvo. El señor Lavalino también, manteniendo la zanja entre ellos como foso. Utilizando una pizca de razón, Alex fingió continuar la persecución y después cargó directamente sobre la zanja. Podía saltarla y cortar el paso a su presa. Pero primero tenía que pasar por encima del montón de tierra blanda extraída. Estaba demasiado suelta. Se hundió, tropezó y cayó de rodillas, la pala quedó sin control.

En ese momento, un negro gordo, movido por un odio a la violencia que nunca admitiría (ni siquiera a sí mismo), dio tres rápidos pasos y placó a Alex desde detrás. Fue un placaje alto, el hombro del negro chocó con la espalda de Alex. La pala saltó de sus manos y él cayó de boca sobre la tierra, inmovilizado bajo el peso del otro chico.

—¡Hijo de puta! —gritó Alex en un reflejo, levantando la boca de la tierra e intentando liberarse.

Otros chicos vieron al loco desarmado y se acercaron para contenerlo. Los directores, y quizá la junta de la condicional, considerarían de manera favorable este comportamiento humanitario. Eran jóvenes pero no ingenuos.

—Cálmate, cálmate —le dijo uno de ellos mientras sujetaba a Alex con una llave en el cuello.

Alex giró la cabeza para apartarse de la tierra y poder respirar. Resistirse era inútil pero empezó a lanzar maldiciones, pues acababa de abrirse paso en su cabeza la certeza de que lo castigarían. Amenazar su poder significaba el peor comportamiento imaginable. Se volvían medio locos si se los atacaba. Y la peor parte era que recibiría el castigo sin la satisfacción de haberle pegado al Topo con la pala.

—Dejad que me levante —dijo.

—Tranquilo, amigo —le dijo el negro gordo—. Solo conseguirás meterte en problemas graves.

El señor Lavalino rodeó la zanja mientras el negro y otros dos ayudaban a Alex a levantarse y seguían sujetándolo con seguridad. Dos manos inmovilizaban cada brazo, la resistencia era inútil. Alex observó al hombre acercarse, anticipando los golpes y pensando en agachar la cabeza todo lo posible, con los recuerdos de la paliza de Pacific Colony muy vivos. Quizá podría meter la barbilla junto al hombro y aguantar los golpes con la frente. Eso era mejor que recibir puñetazos en la boca y en la nariz. Puede que incluso el cabrón se hiciera daño. A menudo se rompían manos contra frentes.

El señor Lavalino estaba pálido de miedo, no rojo de ira. Llevaba las manos levantadas, mostrando las palmas.

—Tranquilo, Hammond, tranquilo.

En todas las demás ocasiones en las que había afirmado su autoridad —eran gamberros duros que solo entendían y respetaban la fuerza—, la cosa había terminado ahí. Nunca llegaba a dirección por una patada o un puñetazo. Este chico iría a la compañía disciplinaria por intento de agresión, fuera cual fuera la provocación, pero tirarle el terrón de tierra podía traerle

repercusiones, al menos una reprimenda en su expediente personal; lo tendrían en cuenta al estudiar los ascensos.

Alex seguía sujeto por dos chicos y el señor Lavalino mantenía el ceño fruncido, indeciso, cuando el coche patrulla de la institución se detuvo junto a ellos. El supervisor, que recorría el recinto comprobando que todo marchara bien, había visto a los chicos agrupados en vez de trabajando. No se bajó del coche, se limitó a bajar la ventanilla mientras Lavalino se acercaba.

—¿Va todo bien? —preguntó el supervisor.

—Sí, todo bien. Unos roces estúpidos que puedo controlar.

El supervisor miró a Alex; le habían hablado de él en la reunión de personal la semana anterior, como ocurría con muchos recién llegados.

—Ese es Hammond, ¿no? Se supone que es violento, un psicópata *borderline* con problemas serios con la autoridad. Vigílalo de cerca.

—Lo tengo controlado —dijo Lavalino con una sonrisa que reforzaba la afirmación.

—Ya lo sé.

—¿Qué hay de comer? Es casi la hora.

—¿En el comedor de los chicos o en el del personal?

—En los dos. Como en el que mejor comida tiene.

—Macarrones con chile para las putillas y filete ruso para nosotros.

—Asquerosos los dos. Pero el chile es gratis.

El supervisor soltó una risita, se despidió y se marchó. Lavalino apretó los dientes y se dio media vuelta para ocuparse de Alex. Llevaba los hombros caídos en un gesto inconsciente de súplica y las manos levantadas, mostrando las palmas para indicar que no escondía nada.

—Tranquilo, muchacho. No te enfades.

El tono más que las palabras sobresaltó a Alex, lo sorprendió, esperaba a un adulto enfurecido que maldijera y como mínimo lo amenazara, que posiblemente perdiera el control. El tono conciliador le dejó helado aunque sentía que aquella no era su naturaleza real. El hombre que le tiró el terrón era el verdadero Lavalino, no aquel falso con voz tranquilizadora.

La adrenalina desapareció del cuerpo de Alex así que, en vez de una rabia continuada, dejó paso al pensamiento, a un momento de reflexión que le indicó que calmar la situación era lo mejor. Había ganado. El hombre con poder lo estaba tranquilizando, qué diferente la situación de hacía tan solo unos minutos, con el terrón y el desafío arrogante.

—Soltadlo —ordenó Lavalino tras asegurarse de que la pala se encontraba a una distancia prudente—. ¿Estás más tranquilo?

—Sí, estoy bien. —En realidad, temblaba de agotamiento nervioso.

—Vamos —dijo Lavalino, y después miró al grupo de chicos que lo rodeaban y observaban atentamente—. Tomaos un descanso —les dijo.

Receloso, Alex obedeció el gesto del hombre y se acercó a él.

—No voy a informar sobre este incidente. Si lo hiciera, irías a la compañía disciplinaria durante al menos treinta días... Y no son ningunas vacaciones. Probablemente significaría unos cuantos meses extra antes de que te concedan la libertad condicional. Pero en parte es culpa mía. No quería darte en la cabeza con el trozo de tierra, solo en una pierna o así para llamarte la atención y que trabajaras.

—Estaba trabajando, tan duro como los demás. Estaban soltando la tierra con las azadas para que luego la recogiéramos con las palas.

—Vale, vale, no discutamos sobre el tema. De todas formas, no tendrás un expediente disciplinario, pero mantén la boca cerrada porque mi culo italiano también estaría jodido por no informar sobre algo tan serio.

—No te preocupes, no soy un soplón.

—Y deja que te dé un consejo, chico. Frena esos humos. Te traerán muchos problemas si no lo haces.

Lavalino puntualizó el consejo con un apretón fraternal en el hombro de Alex. La atención del hombre, fingida o real, cortocircuitó el trasfondo de ira que aún sentía. El chico solitario arrolló al chico duro. Se le humedecieron los ojos por un momento y giró la cara y ahogó el sollozo que lo delataría. Lavalino seguía hablando pero Alex no lo escuchaba. Se preguntaba para sus adentros: «¿Por qué siempre me tengo que pelear? ¿Por qué todo es tan horrible? Dios, solo quisiera ser como todo el mundo».

De la central eléctrica de la institución sonó el toque del silbato de mediodía indicando que era hora de volver a la zona de destacamento para comer. El sonido espantó a bandadas de gorriones de los tejados y los árboles. Después de comer, Alex tenía clase. Lavalino y él volvieron con los demás chicos, que estaban recogiendo las herramientas y formando. El incidente violento había terminado.

Pero no se olvidó. Los chicos del grupo de trabajo procedían de varias casas y, por la noche, todos habían contado la historia de «un loco hijo de puta de los Scouts, un blanco llamado Hammond, que ha intentado darle al Topo en la cabeza con una pala. Ha hecho que el cabrón saliera corriendo con el rabo entre las piernas». Los chicos se peleaban entre ellos sin pensar, pero lo que había hecho Alex era la última «locura». Durante los dos días siguientes, lo señalaban en la zona de destacamento, y los que contaban la

historia adornaban lo que habían visto, por lo que algunos chicos pensaban que Alex era un «maníaco», pero no en un sentido peyorativo, y otros que era un «imbécil», que sí era peyorativo.

Versiones distorsionadas del ataque también llegaron a oídos de la mayoría de los orientadores, a pesar de no haber informe. Un oficial de la Casa Roosevelt se lo contó al encargado de la noche (que traficaba con cigarros por un dólar el paquete cuando costaban quince centavos) y él se lo contó a su relevo de la mañana, que se lo contó a los demás en la comida. Cuando abordaron a Lavalino, este quitó hierro al asunto; no podía admitir que había salido corriendo aterrorizado por un muchacho de doce años. Los orientadores nunca se enteraron de toda la historia, pero sabían lo suficiente para reconocer que Alex, aunque no era rival en una pelea contra la mayoría de los muchachos de Whittier, sí era uno de los más explosivos e impredecibles. Algunos hombres se limitaron a vigilarlo más de cerca, otros se mostraron cautelosos, y unos pocos se lo tomaron como una afrenta personal y decidieron responderle con dureza a la más mínima señal de rebelión hacia ellos.

Así, pocas semanas después de dejar la Compañía de Llegada, Alex Hammond se ganó una gran visibilidad; la mayoría de los chicos y orientadores lo conocían. Se dio cuenta en la zona de destacamento. Las casas marchaban allí a la llamada al trabajo dos veces al día. Les dejaban ir a diferentes zonas según sus tareas asignadas. Y durante unos minutos, podían mezclarse todos. El único momento en el que también ocurría esto era en misa. De lo contrario, los miembros de una casa se mantenían alejados del resto de las casas. Después de la persecución con la pala, Alex recibió algún saludo ocasional de reconocimiento durante la llamada al trabajo. Chicos que no conocía lo saludaban o le guiñaban un ojo al cruzar las miradas. «Muy bien, Hammond», le decían. O «Tranquilo, Hammond». Le ocurrió cuatro veces en dos semanas. Se sentía bien.

Esta situación también lo metió en una pequeña pelea. Mientras se unía a la fila de la escuela una tarde (en el grupo más grande, unos ciento cincuenta chicos), el oficial ordenó: «¡Derecha!». El brazo que lo golpeó no se extendió solo para guardar el espacio sino que lo empujó con fuerza.

—Oye, tío —dijo mientras recuperaba el equilibrio y miraba al chico que lo había empujado.

Era más pequeño que Alex pero estaba en Lincoln, la casa más dura, donde su tamaño le hacía destacar. Alex lo había visto antes. Se llamaba Fargo.

—¿No te gusta? —El desafío estaba servido.

—No, no me gusta que me toque un gilipollas. No me empujes.

—Puede que le digas al Topo lo que tiene que hacer, pero no eres más que otro marica de los Scouts, así que tú a mí no me dices una mierda.

¡Marica! ¡Marica! La reina de las palabras en el léxico del reformatorio. La pelea era inevitable. Alex pensaba en esto cuando Fargo le soltó una patada en el tobillo, una patada fuerte con dedos recubiertos de acero. Mientras el dolor recorría a Alex, su puño se estrelló contra la nariz de Fargo. La sangre manó instantánea y abundantemente. Alex se salió de la fila para tener espacio para pelear y la fila se rompió para facilitar la pelea.

Sin embargo, Fargo estaba agachado con la cabeza estirada para que la sangre no le cayera en la ropa. Murmuraba obscenidades.

El profesor que supervisaba la marcha hasta las clases vio al chico sangrando y ordenó que se detuvieran. Mandó a Fargo a un lado y les hizo formar filas. Alex observó cómo un orientador se llevaba a Fargo al hospital y después marchó hacia la escuela. Durante toda la tarde, Alex fue incapaz de concentrarse, aunque nadie más lo intentaba siquiera y a los profesores tampoco les importaba. Los jóvenes del correccional no se preocupaban por la educación y los profesores que querían enseñar dimitían para marcharse a otro sitio. Whittier daba clases porque la ley estatal lo requería. Todo el mundo hacía lo que quería, excepto pelearse y montar alborotos. Pero mientras que la mayoría dibujaba, jugaba u ojeaba revistas y recortaba los anuncios de lencería, Alex intentaba aprender cosas que le interesaban como historia, geografía o ciencias sociales. Se negaba a aprender matemáticas o ciencias, pero la profesora se alegraba de tener a un chico deseoso de aprender lo que fuera, ya que la mayoría no sabía ni leer y tampoco se molestaba en aprender. Así que la profesora le dejaba elegir y lo ayudaba. En realidad, todo consistía en leer, le gustaba lo que podía aprender leyendo.

Sin embargo, ese día las páginas impresas se convirtieron en hojas garabateadas. En la llamada de la noche en la zona de destacamento tendría que continuar la pelea. No tenía miedo. Lo tenía controlado y estaba listo para pelearse, pero con la espera le daba vueltas a la situación en su cabeza una y otra vez. Su cerebro se había atascado como un disco en un gramófono. Una vez más se preguntó por qué tenía que pelearse continuamente. Otras personas no lo hacían, lo sabía gracias a los libros. Por un momento, consideró «poner la otra mejilla», pero se rio solo de pensarlo. Si daba la otra mejilla le harían inclinarse y abrirse los dos mofletes del culo para ser el juguete de los demás, un marica...

Alex salió de la clase enseguida cuando sonó el timbre. Esperó en el camino mientras las clases iban saliendo. Sabía que un comportamiento agresivo podía darle ventaja, especialmente si golpeaba primero.

Fargo no estaba en clase, no había vuelto después del incidente de la nariz ensangrentada.

Cuando la formación marchó hasta la zona de destacamento y les dieron permiso para dispersarse, Alex no fue a la zona donde formaban los Scouts. En vez de eso, permaneció en el centro, visible y disponible, mientras los equipos de trabajo y de los talleres llegaban y se reunían en las zonas de sus casas.

Fargo seguía sin aparecer. ¿Miedo? Resultaba difícil de creer por cómo se había comportado y porque era miembro de Lincoln, la casa más dura. Aunque también era el más pequeño de Lincoln. Pero ¿dónde estaba?

Alex no podía esperar más. Las casas formaban filas. Se encaminó hacia la suya y vio a Lulu Cisneros, su primer conocido del reformatorio, que se acercaba a él. Semanas antes, cuando Alex salió de la Compañía de Llegada, Lulu le había dado medio paquete de Camel. (Las visitas de Lulu lo convertían en rico en el correccional, ya que cada domingo le llevaban dos paquetes; Alex los entraba desde la sala de visitas por cinco cigarros). Más tarde, Alex le robó de la zapatería un par de zapatos de cuero, un tipo de zapato muy apreciado entre los chicos. Tener un par significaba un símbolo de estatus.

—Te estaba buscando en tu formación —le dijo Lulu.

—Estoy esperando a alguien.

—¿Al pequeño Fargo?

La expresión de sorpresa de Alex fue respuesta suficiente.

—Está en la casa —continuó Lulu—. Puede que tenga la nariz rota. Se le ha hinchado y tiene los ojos negros. Por eso he venido. ¿Quieres olvidarlo?

—Me estuvo jodiendo sin que yo le hiciera nada.

—Tío, tío, a la mierda todo eso, no tenemos todo el día.

Hay que formar, ¿recuerdas?

—Sí, vale. ¿Qué pasa?

—He hablado con Fargo y vacila de que empezó él. Está cabreado por la nariz pero también se ríe del tema. No se lo esperaba. Alguien le dijo que eras un marica o algo. Pero pasará del tema si tú también pasas. Eso si no empiezas a decir mierdas y a chulear.

—Tiene miedo de que le patee el culo —dijo Alex sin pensar, era la conclusión lógica según los valores del correccional. Cualquiera que evitara

una pelea diciendo siquiera «perdona» o retrocediendo un paso se consideraba asustado.

—Nah, ese enano no le tiene miedo ni a un oso. Es un hijo de puta peleón y seguramente pueda machacarte. Como es un animalillo duro y todo el mundo lo sabe, puede dejarlo pasar sin que nadie piense que se ha cagado. Sabe que se coló y te respeta por tener huevos.

La zona de destacamento se había quedado prácticamente vacía. Algunos rezagados corrían hacia sus formaciones. Las casas ordenaban sus filas mientras un orientador los contaba.

Un supervisor se acercaba hacia Alex y Lulu haciéndoles señales para que se pusieran en marcha. Echaron a andar en diferentes ángulos hacia la misma dirección.

—¿Qué le digo? —preguntó Lulu desde unos metros de distancia.

—Por mi parte, se ha terminado. Le estrecharé la mano cuando lo vea.

—Tío, tampoco hay que ponerse asqueroso, joder.

Lulu se dio la vuelta y echó a correr hacia Lincoln, la formación más alejada. Alex se acercó a su sitio medio al trote sintiéndose de repente muy feliz. Estaba listo para pelear, pero se alegraba de que no fuera necesario. Sin embargo, fue el repentino alivio de tensión lo que le hizo rebosar de felicidad por dentro.

—¿Dónde coño te habías metido? —le soltó Constantine cuando Alex llegó a su casa y se deslizó en su puesto.

—Solo llego tarde, tío. Solo llego tarde.

La sonrisa se borró, la felicidad murió. Mientras marchaba marcando el ritmo sin tener que pensar siquiera en ello, se resintió por la forma en que le había hablado Constantine. «Antes o después voy a tener algún problema con él», pensó Alex. Después, se acordó del cigarro escondido en el dobladillo de los pantalones. La casa rompería filas en la zona de recreo durante media hora, después se lavarían y marcharían a cenar. Era verano y las tardes eran largas, así que después de la cena jugarían un partido de softball. Sería el objetivo de tres o cuatro chicos por el cigarro. Tendría que compartirlo para conseguir una cerilla pero no le importaba. Le gustaba compartir. Se tumbarían en el césped lo más alejados posible del orientador y se pasarían el cigarro a escondidas. Se sentía bien pensando en ese momento...

Los cuidadores eran una pareja de cincuenta años llamados Hoffman. Tenían dos hijas gemelas y casadas y una tercera en el Cuerpo Militar

Femenino. Aunque un orientador trabajaba de medianoche hasta las ocho de la mañana, y un segundo orientador de ocho a cinco de la tarde, los Hoffman eran los responsables. Vivían en un pequeño apartamento en la casa y estaban casi tan disponibles como unos padres verdaderos. Cualquiera chico podía llamar a su puerta excepto cuando, cosa nada frecuente, colgaba del pomo un cartel de no molestar. Cuando lo veían, los chicos especulaban sobre qué ocurría dentro. Las casas Roosevelt y Lincoln, con los chicos mayores, no tenían cuidadoras, pero todas las demás seguían el mismo sistema organizativo que los Scouts. Sin embargo, los Hoffman se implicaban más con sus chicos y hacían todo lo posible para que su vida institucional fuera lo más hogareña posible. Se gastaron su propio dinero para comprar un tocadiscos y organizaban fiestas de cumpleaños semanales con helados y pastel para cada chico que cumpliera años en ese periodo. Los Hoffman intentaban romper los «códigos» de los bajos fondos que estos adolescentes convertían en su propia ética personal. Cuando resultaba obvio que un muchacho había dejado de ser maleable, lo trasladaban a otra casa a menos que estuviera a cargo del psiquiatra de la institución, que también era el único médico. La casa de los Scouts era deliberadamente más laxa que el resto. Alex sentía en ocasiones que no encajaba en aquel lugar, pero lo agradecía de todas formas, excepto por Constantine.

Dos chicos estaban asignados para trabajar en la casa. Se les conocía como «gatos domésticos» y se encargaban de limpiar y de realizar pequeñas tareas de mantenimiento. Cada chico tenía asignada alguna tarea de limpieza, además de su habitación, ya que la señora Hoffman mantenía la casa impecable a pesar de los cincuenta delincuentes, muchos de los cuales no conocían otra cosa más que la dejadez y la suciedad que acompañan a la pobreza.

Los Hoffman mostraron un interés especial en Alex. Les interesaban todos los chicos, pero incluso los padres verdaderos tienen favoritos, aunque en secreto, y los Hoffman apreciaban más a unos chicos que a otros. Cuando un gato volvió a su casa, la señora Hoffman le ofreció a Alex el puesto. Era mejor que cavar zanjas, rastrillar hojas o empujar el cortacésped, y Alex no quería aprender ningún oficio: zapatero, pintor, chapista...

Sin duda Constantine era el favorito del señor Hoffman. Alto, fornido y guapo, con el pelo negro y rizado y una sonrisa seductora, resultaba fácil entender por qué era monitor, especialmente entre otros muchos nada atractivos, tanto de aspecto como en modales. Muchos eran extremadamente ignorantes e iracundos, negros analfabetos del sur rural llegados a Watts

cuando la aparcería disminuyó en favor del cultivo mecanizado; sus padres buscaron trabajo en fábricas y ellos tomaron las calles de la ciudad. Muchos de los chicanos compartían la misma historia, solo que sus padres cruzaron la frontera. Los acentos pueblerinos del sur se escuchaban entre los blancos, eran hijos de las tormentas de arena de los años treinta, o de hogares rotos y padres alcohólicos. Jóvenes de todas las razas eran incapaces de responder al afecto excepto con desconfianza, de tratar cualquier problema excepto con ira, eran niños trastornados por una lista infinita de males familiares y sociales. La Casa Scout contaba con más chicos con problemas emocionales graves que las demás. Aunque los Hoffman eran justos, o lo intentaban, les resultó imposible no elegir como preferido a uno que se acercaba al ideal americano. Constantine conocía el valor de su atractivo. Escondía su ira mejor que los demás y también sus orígenes; su madre era prostituta y él el fruto de un accidente. Nadie sabía quién era su padre.

Desde el principio, Constantine vio a Alex como un rival potencial con los Hoffman. La educación del recién llegado también lo escamaba, ya que Alex, en ocasiones y de forma involuntaria, utilizaba palabras que los chicos poco instruidos no entendían. El segundo día que pasó Alex en la casa, Constantine anotó un anuncio en la pizarra informativa. Sin pensar, Alex le corrigió la ortografía en voz alta. La corrección sonrojó a Constantine y plantó la semilla de la hostilidad.

Muchos de los chicos que odiaban la autoridad no apreciaban a Constantine. «Es un soplón lameculos», murmuraban. Pero también le tenían miedo. Cuando vieron lo que pensaba de Alex, mantuvieron las distancias con él. No le aplicaron una política de «silencio» y siempre encontraba a alguien que le ayudara a fumarse los cigarros que Lulu le daba, pero no pudo entablar ninguna amistad cercana, y en ocasiones sufría su soledad, aunque no vio a nadie en los Scouts que le gustara de verdad y quisiera como amigo. Dudaba que pudiera con Constantine, aunque no le daba miedo intentarlo, solo que eso volvería al señor Hoffman en su contra. Se cuidaba de no darle ninguna excusa a Constantine para empezar nada. Salirse del paso, cometer un error al marchar o hablar en formación le ganaría una patada en el culo, el castigo inmediato estándar aprobado por el señor Hoffman y el director. Alex se encontraba entre el extenso grupo de los que nunca aceptaban una patada sin pelear. Eso provocaría que el señor Hoffman se echara sobre él, ganara o perdiera. Por lo tanto, no cometía errores. Su habitación estaba immaculada. La ansiedad habría sido demasiado intensa y se habría lanzado contra Constantine pasara lo que pasara de no ser porque podía relajarse por

completo por las mañanas, cuando trabajaba para la señora Hoffman. Todos los chicos se marchaban por la mañana excepto los gatos, él y un chicano delgado apodado Hava. Solían trabajar durante una o dos horas encerando la sala común, podando los arbustos de fuera de la casa, limpiando las ventanas... Incluso entonces, su mente se relajaba. Después, la señora Hoffman siempre los llamaba a su apartamento para ofrecerles pasteles, bollos o cualquier otra delicia dulce. Cuando se acordaba de la señora Hoffman años después, siempre pensaba en *brownies*; ella le dio el primero que podía recordar. Temía el mediodía, cuando él y Hava se reunían con el resto de la casa en la zona de destacamento. Aunque no veía a Constantine por la tarde en la escuela, debía permanecer alerta. Rara vez pasaba una tarde sin al menos una pelea a puñetazos.

Un mes después de convertirse en gato, Alex se había granjeado un buen número de enemigos chicanos, alimentando así su percepción de sentir que no encajaba en aquel lugar. Había ido a misa el domingo por la mañana para poder hablar con Lulu después y averiguar si el mexicano recibiría alguna visita esa tarde. De ser así, Alex le pagaría al monitor negro dos cigarros para asegurarse de que lo asignaban como acompañante de Lulu hasta la zona de visita. Por el camino, recogería dos paquetes de Lucky Strike y los escondería debajo de un ladrillo junto a la zona recreativa para recogerlos después. Tras las horas de visita, registraban a todos los Scouts y cualquiera que recibiera a alguien pasaba por un cacheo exhaustivo antes de volver a su casa. Al día siguiente, durante el descanso de las clases, recogería los cigarros, se quedaría doce y entregaría el resto.

La ceremonia terminó. Los chicos tenían que salir en fila, un pasillo detrás de otro. Incluso entonces hacían payasadas. Justo al otro lado de la puerta, donde el cura esperaba de pie y les sonreía al pasar, un muchacho que andaba pellizcando culos saltó hacia atrás para evitar las represalias y chocó contra Alex empujándolo hacia atrás contra otro chico.

—Perdona, tío —dijo Alex—. Lo siento.

Pero el chico de delante, el que había empujado a Alex, se limitó a mirar lo que había hecho e ignoró la situación. Alex creyó ver un destello de desprecio en la cara del muchacho.

—¡Oye! —gritó Alex con la cara ardiendo—. ¿No puedes decir «perdona»?

Habló en voz alta y desafiante. El muchacho, llamado «Chango», un mexicano *huero* de vivos ojos verdes, frente chata y pelo que sobresalía como las púas de un erizo, se quedó paralizado.

—¿Qué...? —soltó, con la mirada perdida—. ¿Qué coño acabas de decir?

Se avecinaba una pelea. Más palabras no cambiarían esa realidad. Así que, mientras la boca del chicano seguía abierta, Alex le metió el puño dentro y continuó con una descarga de puñetazos. Los dos primeros pillaron al chicano desprevenido y reuló. Intentó sujetar a Alex y agachó la cabeza bajo los golpes. Forcejearon en busca de un buen agarre o un rodillazo limpio en los testículos.

El cura se acercó corriendo al primer sonido de violencia. Aún llevaba las vestiduras de misa. Sujetó a Alex por el cuello desde detrás y tiró de él. No pudo mantener el equilibrio y cayó de culo con las manos extendidas para minimizar la fuerza del impacto, con lo que se arañó la piel. Mientras tanto, el cura había cogido al furioso mexicano y lo sujetaba. El chicano escupía sangre y maldecía a Alex, que le respondió enseñándole el dedo.

Dos orientadores se abrieron paso entre el enjambre de chicos.

—¡Dispersaos! ¡Volved a vuestras casas! ¡En marcha, salid de aquí! —gritaban.

Cuando Alex se levantó a la espera de lo que viniera después, un chicano de piel oscura de la Casa Roosevelt que parecía indio (y así es como se apodaba), pasó cerca de él y se detuvo por un segundo, los ojos oscuros le brillaban. Su cara era una máscara de furia.

—La has cagado, chico blanco —le gruñó—. No deberías haberle pegado a mi compadre. Te vamos a joder bien.

—Que te jodan a ti y a la gorda de tu madre.

—Vale, marica, vale.

—¡Vale una mierda, nenaza!

Un orientador se cernía sobre ellos con la mano extendida para agarrar a Alex como culpable. Indio se apartó y se introdujo en el flujo de muchachos que avanzaban hacia su casa. Se detuvo para mirar hacia atrás y asentir para confirmar su amenaza.

El hombre retorció el brazo de Alex hasta que el chico hizo una mueca de dolor.

—Lo siento —dijo el hombre. Estaba claro que él también se sentía un tanto aturdido.

Mantuvieron separados a los contrincantes y los escoltaron hasta la oficina del supervisor que se encargaba de la institución los domingos por la

mañana. Cogió al chicano por la nariz para asegurarse de que no estaba rota. No preguntó nada porque no quería escuchar mentiras.

—Estáis en casas diferentes así que no podréis buscar revancha. ¿No os cansáis de tanta pelea? —Miró a las caras sin expresión y supo lo inútil que resultaría cualquier consejo, aunque fuera sarcástico—. Os habéis ganado tres horas extra de trabajo esta noche. La próxima vez que montéis una pelea en la iglesia, la terminaré yo, y después arrastraré vuestros culos hasta la casa disciplinaria. Tendrán que sacaros mi cuarenta y cuatro del ojete. —Después, se dirigió a los hombres—. Llevadlos de vuelta a sus casas. No os molestéis en redactar un informe sobre el incidente.

Esa soleada tarde, con la zona de visita llena de chicos y sus familias como la zona de picnic de un parque, Alex buscó a Lulu y a su familia. Había acompañado a la hermana de Lulu y a su marido y había recogido los cigarros, ahora volvía para ver a su amigo. Lulu lo vio acercarse y se levantó para reunirse con él a una distancia a la que no pudieran escucharlos. Normalmente, llamaba a Alex para que los acompañara. En esta ocasión, estaba serio.

—Tío, ¿por qué has sacudido a Chango?

—Porque el cabrón se ha chocado conmigo... Y si no me hubiera sacudido él.

Lulu negó con la cabeza.

—Ten cuidado, tío. Muchos de los frijoles están mal de la cabeza.

—Pues me la suda.

La chulería ocultó su preocupación. No era un miedo asfixiante pero sí serio. Hubiera sido peor en cualquiera de las otras casas, ya que los chicanos constituían el cincuenta por ciento de la población de la institución pero, de los cincuenta chicos de los Scouts, solo siete eran mexicanos y ninguno problemático. De hecho, estaban allí porque se habían americanizado tanto que ni siquiera hablaban español, lo que los convertía en semimarginados entre los demás chicanos. Excepto Hava. Él caía bien, o eso le parecía a Alex. Hava tenía muchos amigos de otras casas con los que hablaba en la zona de destacamento y cada vez que las casas se mezclaban. Lulu decía que el hermano de Hava era un importante traficante de droga en el este de Los Angeles. Alex esperaba que Hava no se volviera en su contra, aunque no porque le tuviera miedo al chicano. Alex podía encargarse de él sin problema, pero le caía bien. También le caía bien Lulu.

—¿Y tú qué? —le preguntó Alex; empezaba a aprender sobre las razas. Nunca pensó que alguien aparte de los blancos sintiera prejuicios, y él nunca los había tenido.

—Yo no me meteré contigo, pero soy mexicano, no puedo enfrentarme a los míos para defenderte.

—Ya, lo entiendo, tío.

Uno de los orientadores que vigilaba la zona de visitas observaba a los chicos. Aquello iba contra las normas, y ya les había dejado bastante manga ancha. Avanzó hacia ellos. Lo vieron acercarse y se estrecharon la mano a modo de despedida. Era un gesto poco común que reflejaba la situación.

Alex siguió hasta los servicios y, mientras orinaba, el dolor de la soledad creció en su interior. Se sentía como si estuviera en pie de guerra contra el mundo sin nadie a su lado.

—Que les jodan —murmuró mientras se abrochaba los pantalones.

Al ser verano, los atardeceres se alargaban y las casas salían al patio de recreo después de cenar. Una línea dividía en dos una gran pista de atletismo prácticamente de tierra. Los Scouts tenían una mitad, Washington la otra. La Casa Hoover disfrutaba de una zona visible desde lejos, y el resto de casas se repartían en la extensión del recinto, cerca de los edificios que las albergaban.

Cuando rompían filas, la mayoría de los chicos se reunían alrededor del señor Hoffman y Constantine y las cajas de cartón llenas de bolsas marrones con las cosas ricas que les habían dejado las visitas. El señor Hoffman los llamaba por su nombre y cada chico recogía su bolsa y se reunía con sus amigos. Se dejaban caer sobre el césped y se atiborraban de lo que les había dejado la familia, sobre todo galletas y caramelos.

Ignorando al grupo, Alex paseaba con la cabeza agachada hacia los árboles junto al camino, el límite. Se sentó con la espalda contra el tronco de un árbol. Pronto lo recogerían para realizar el trabajo extra que se había ganado con la pelea: lavar los enormes ventanales abovedados del comedor. Mientras tanto, se encendió un cigarro. Probablemente, uno o dos de los chicos con los que solía hablar se acercarían con la boca salivando por la nicotina. Compartiría el cigarro con ellos porque se sentía bien al hacerlo, incluso si no tenía amigos íntimos en la casa, ni siquiera un colega, algo que casi todo el mundo tenía, excepto los chivatos o los atolondrados.

Dos chicos que no esperaba se le acercaron. Uno era Watkins, un paleta sureño delgado y de voz potente. Al escuchar su voz sin verlo, cualquiera se imaginaría a una bestia enorme, no a un muchacho de catorce años de cara arrugada y una cicatriz irregular en la mejilla.

El segundo era un recién llegado, pero Alex lo había visto un año antes en el reformatorio. Se llamaba Joe Altabella, pero se lo conocía como JoJo. Ya era achaparrado pero engordaría aún más a base de pasta con los años. Ahora era guapo, con el pelo rizado que le caía sobre la frente. Se peinaba al estilo cola de pato, como todos. Al ser italiano, entendía bastante bien el español y se llevaba bien con los mexicanos. No se lo consideraba un «chico blanco» *per se*. Había recibido una visita, sus padres (su madre lloró) y dos hermanas. Una era una chica delgada de diez años, muchos de los chicos se fijaron en la otra. Se había desarrollado de forma precoz a los trece y lucía pecho y caderas que combinaban con su abundante pelo oscuro, unos grandes ojos color avellana y el tono aceitunado de su piel. Alex pensó en todo eso durante el medio minuto que tardaron los dos chicos en llegar hasta él. Se cubrió los ojos con la mano para mirarlos, ya que el sol se escondía a sus espaldas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No mucho —respondió Watkins—. Pensamos que te apetecería fumarte uno de los pitis de JoJo con nosotros. Pero ya tienes uno encendido.

—He visto el número en misa esta mañana —comentó JoJo—. Chango es un follonero. Intentó que me zurraran en el reformatorio. Decía que intentaba ser mexicano porque hablaba en español. Está muy mal de la azotea.

—Sí, tío, estás en un lío —dijo Watkins.

La afirmación puso el dedo en la llaga, sonó a desafío.

—Yo estoy en un lío —respondió Alex—, pero él tiene dos ojos morados. ¿Habéis venido a ofrecerme vuestra ayuda?

—¡No, no! —exclamó Watkins—. No me voy a enfrentar a los mexicanos por un chico de California —dijo con voz chillona, casi paródica.

Alex sonrió. Watkins era un payaso a su manera.

—Queremos marcharnos de aquí —dijo JoJo—. Fugarnos.

Watkins giró la cabeza y se lo quedó mirando fijamente.

—Habíamos decidido que se lo diría yo, ¿no, tío? —Esperó el asentimiento de JoJo y después se dirigió a Alex—. ¿Te gustaría largarte de aquí?

—No lo he pensado... Bueno, no en serio. Todo el mundo lo piensa en algún momento.

—Pues piénsatelo en serio y dinos algo, ¿vale?

—No puedo pensármelo en serio sin saber qué es lo que estáis planeando.

La pareja se miró; JoJo le tiró de la manga a Watkins y le hizo un gesto con la cabeza. Tenían que hablarlo a solas.

En cuanto la pareja se alejó, el coche del supervisor se acercó por el camino y frenó al entrar en la zona de recreo de los Scouts. Alex se levantó y se sacudió la tierra de los pantalones con la mano. Había llegado la hora del trabajo extra. Estaba a tres metros del coche cuando el hombre se bajó. El supervisor saludó al señor Hoffman y le hizo un gesto con la mano que indicaba que se llevaba a Alex.

Quince minutos más tarde, Alex estaba subido a una escalera de cinco metros con un trapo, limpiador líquido y agua. Un par de cocineros libres y algunos ayudantes seguían en la cocina, pero el enorme comedor estaba vacío y en silencio, un ambiente que incitaba a la reflexión mientras trabajaba. Quizá el problema con los chicanos (no con todos, solo con los amigos de Chango y los que ponían *La Raza* por encima de todo) desaparecería si no caldeaba mucho el ambiente y se andaba con cuidado. Puede que se relajaran, que se centraran en otros conflictos y otros enemigos. Pero qué coño, había sido una pelea de mierda y todo por culpa de Chango.

«¡Lárgate!». Resultaría más difícil de lo que parecía. Era cierto que la puerta delantera no contaba ni siquiera con una valla (pero los laterales y la parte trasera, con campos y naranjales al otro lado, sí tenían vallas coronadas con bucles de alambre de espino), pero daba a un bulevar con mucho tráfico en un barrio de negocios y todos los ciudadanos conocían la ropa del correccional. Los negros y los mexicanos destacaban mucho; la ciudad de Whittier era blanca como la nieve. Ningún fugitivo duraría mucho caminando por la calle a plena luz del día. Por la noche, los encerraban en las casas. Cuando marchaban después del atardecer, al auditorio o al gimnasio, tenían una oportunidad de escapar a toda prisa. En ocasiones se intentaba este método, pero Alex sabía que no corría lo suficientemente rápido. Si esto ocurría se enviaba a los chicos de la Casa Greenleaf, que vestían uniformes blancos y estaban cerca de recibir la condicional, en busca de los que se fugaban. Algunos de ellos en ocasiones caminaban junto a alguna de las casas, por si acaso. Capturar a un fugitivo para los que estaban cerca de la condicional significaba una «liberación inmediata», y una casa en la que no había fugitivos durante treinta días ganaba un picnic o una película. Además de todo esto, los hombres de Whittier conocían el terreno. Al no poder recorrer las calles, los fugitivos se veían obligados a seguir los cauces de los ríos y las vías del tren. Los hombres conocían esas rutas y los esperaban sentados cuando alguno se largaba.

Y después de fugarse, ¿qué? Alex no tenía adonde ir, nadie que lo ayudara. Sin nada de eso, seguro que lo atrapaban antes o después. La época

en la que un muchacho podía vivir por su cuenta había terminado hacía mucho tiempo. Aun así, se mareaba solo de pensar en la posibilidad de semanas o meses de libertad, caminando por las calles en las que cada nuevo amanecer traía la promesa de nuevas aventuras.

No decidió nada esa noche, y por la mañana ya había olvidado la oferta de una libertad perseguida, al menos a un nivel consciente. Otros sucesos intervinieron también, ninguno con consecuencias serias pero suficientes para acaparar su atención. En la zona de destacamento, vio a Indio señalarle con otro chicano. El estómago se le encogió y se le revolvió debido al miedo y la ira. Esa tarde, se mantuvo alerta entre las clases y en la abarrotada zona de destacamento, preparado para iniciar una pelea si alguien hacía algún movimiento agresivo. Nadie, ni Chango, ni Indio, ni ninguno de sus amigos, se acercó a menos de cinco metros de Alex.

Después de la llamada y el recuento, pudo relajarse. O casi. En la casa estaba Constantine. Así, el día y la primera mitad de la tarde consistieron en actuar como un chico duro, o más bien en serlo, puesto que estaba listo para cualquier problema que se le cruzara. Pero por la noche, en la privacidad de su habitación, el dolor de todo, de ser una persona diferente a la que en realidad quería ser, lo desbordaba y le llenaba los ojos de lágrimas. ¿Qué tipo de vida era aquella? En instituciones, peleándose todo el tiempo, recibiendo órdenes de hombres que utilizaban su autoridad según sus antojos y caprichos. Era una mierda. Exactamente eso. Una puta mierda.

El dolor y los ojos húmedos pronto se endurecieron en una ira profunda y desafiante.

Capítulo 15

El siguiente viernes por la tarde, durante el recreo de las clases, Alex fue a la letrina al final del pasillo. De pie en uno de los varios urinarios, miró instintivamente a otra persona que se colocó a su lado. No sabía su nombre pero la cara pertenecía a uno de los miembros del grupillo de Chango. Los músculos faciales del chico se estremecían revelando que aquello era una trampa.

Alex se dio la vuelta, asustado. Chango se le acercaba sigilosamente e Indio acababa de entrar.

—Muy bien, gringo marica de mierda. Te lo has buscado.

Alex reculó a lo largo de la pared hacia el rincón. No tenía posibilidad de ganar. Debía superarlos para llegar a la puerta y salir. En tres pasos más quedaría arrinconado. Es lo que esperaban y él se percató de la situación.

De repente, agachó la cabeza, levantó las manos ligeramente y se abalanzó hacia delante.

El chicano sin nombre lo agarró del brazo, pero Alex se soltó y giró como un jugador de fútbol. Chango le lanzó una patada apuntando a los testículos, pero le dio en el muslo. Alex lo empujó aprovechando la fuerza del golpe de Chango.

Indio bloqueaba la puerta pero, en vez de placar a Alex con el hombro y derribarlo para dejarlo a merced de los demás, se apartó, lo cogió de la manga con una mano y lo golpeó con la otra.

La manga se rasgó y el golpe le rozó la cabeza.

Alex empujó la puerta de la letrina con las dos manos y salió de golpe al pasillo. A sus espaldas, el trío gritaba amenazas. «¡Vuelve, marica asustado!» y «¡Tu culo será nuestro, nenaza!».

Diez pasos más tarde, Alex se detuvo. Todo el episodio no duró más de unos segundos, pero aun así jadeaba de la excitación y del esfuerzo. No tenía miedo ni estaba herido, pero el dolor emocional le daba ganas de llorar. Reprimió esa sensación con ira mientras manoseaba la manga rasgada para

intentar que resultara menos visible, pero era incapaz de concentrarse en una acción tan sencilla porque sus pensamientos eran apresurados e incoherentes.

Seguía respirando más rápido de lo normal, intentando recuperarse, cuando sonó el timbre y volvió a su asiento. Esa tarde no trabajó, ni siquiera leyó. Miraba las páginas y pensaba en qué hacer...

—¿Cuál es vuestra idea? —preguntó Alex.

Se encontraba entre Joe Altabella y Watkins mientras andaban de un lado a otro por la línea derecha del campo de softball. Acababan de cenar.

—Te cuento —dijo Watkins—. Tú eres un gato. Durante el día, tienes la oportunidad de quitar la cadena de la ventana del vestuario de abajo, ¿no?

Alex asintió.

—El miércoles por la noche, te quedas abajo para separar la ropa de la lavandería. Nosotros nos colaremos y nos escaparemos por la ventana...

—Esta es la mejor parte —interrumpió JoJo.

—... Por la ventana hasta llegar a la zona de huertos, en vez de saltar la valla. Hay una caldera debajo con una pequeña salita. He soltado algunas tablas y he guardado agua, choco-latinas y dos paquetes de tabaco. Nos esconderemos allí hasta la noche siguiente y entonces nos iremos. Solo buscan durante unas horas.

—¿Alguien más lo sabe?

Watkins negó con la cabeza.

—¿Seguro? Sabes que nos delatarán si se enteran.

—Te lo digo, nadie sabe nada de nada.

—¿Quieres venirte, tío? —preguntó JoJo.

—Deja que me lo piense.

—¿Cuánto tiempo? —presionó Watkins.

—Os lo diré en el desayuno. ¿Está bien?

—Sí, tío, sin problema.

La conversación con JoJo y Watkins fue impulsiva. Durante la cena, Alex revolvió la comida con la cuchara (el único cubierto que les permitían) mientras meditaba, en sus pensamientos se mezclaba la angustia y la ira. Cuando la casa marchó hacia el patio de recreo, vio a los dos chicos. Escapar parecía la respuesta. Las calles quedaban lejos de sus problemas, problemas para los que no tenía solución.

Pero durante la conversación se imaginó lo que pensarían algunos, que se escapaba porque tenía miedo de Chango y sus amigos. Eso supondría una

deshonra en un mundo al que terminaría volviendo. El regreso era inevitable, antes o después. Y, en cierto modo, sí era miedo, aunque no físico, no exactamente. Podrían acorralarlo y darle una paliza, pero sobreviviría, no era eso lo que le producía pavor. Lo que temía era vivir en tensión constante, rodeado de una violencia latente. Quería escapar de eso para poder tumbarse sobre la hierba en algún lugar y relajarse, sin Constantine, sin Chango, sin otros chicos que querían ser «malos» más que cualquier otra cosa. Con esa idea se acercó a la pareja. Aun así, mientras hablaban visualizaba a Constantine regodeándose, quizá incluso diciendo: «Se escapó porque unos frijoles iban tras él. Seguramente es un marica». Solo de pensarlo le quemaba la cara; se enfrentaría a todos ellos. Que les den. Si tan solo eso pusiera fin a la necesidad de estar en guardia eternamente, como un animal con el lomo erizado...

Cuando sonó el silbato para que los chicos formaran y marcharan a las casas, Alex seguía sin decidirse. Anochecía, el crepúsculo rojizo cubría el mundo con una capa de silencio. Una brisa nocturna agitó los árboles provocando que las hojas susurraran e incluso algunas cayeran. Mientras Alex marchaba, miró los cúmulos enrojecidos por el sol. Una bandada de pájaros formaba un coágulo oscuro demasiado alto para determinar su especie. Una ola de nostalgia recorrió el cuerpo del chico, un dolor agrisado con partes de soledad que iba más allá de lo que las palabras podían expresar. Incluso si conseguía escapar no tenía adonde ir; tampoco tenía a nadie en ningún lugar, así que acabarían por atraparlo. Sin embargo, de repente decidió que lo haría. Una huida también sería una búsqueda de algo. Fuera lo que fuese ese algo, nunca lo encontraría encerrado. Ahí fuera cada amanecer le ofrecería un nuevo reto, una nueva aventura. Podía ocurrir cualquier cosa. «Que les den si piensan que me escapo por miedo».

Cuando los chicos se quitaron los zapatos fuera de la casa (solo entraban con calcetines), Alex se sentía alegre y emocionado. En cuanto formaron filas hacia los vestuarios para que cada chico depositara sus zapatos en una caja numerada, Alex tocó el brazo de JoJo y le guiñó un ojo.

—Me voy con vosotros —le susurró.

—Guay, tío, guay.

Las ventanas del vestuario tenían dos marcos que se abrían hacia afuera. Una cadena corta conectaba las dos hojas en el centro, evitando así que se abrieran lo suficiente para que cualquiera pudiera colarse. El lunes, Watkins

robó una llave Stilson de la fontanería. El martes por la mañana, mientras la señora Hoffman estaba arriba con el otro gato, Alex forzó con la llave el cerrojo al que estaba sujeta la cadena, moviéndolo hasta que, con un fuerte sonido, se soltó. Se quedó paralizado, esperando para comprobar si el ruido había llamado la atención de alguien. Nadie se dio cuenta, y enganchó la cadena con un trozo de cable con la esperanza de que nadie lo notara en las próximas treinta horas.

Esa tarde, Alex vio a Indio en el pasillo del edificio escolar. El chicano iba en la dirección contraria y no vio a Alex, que luchaba contra su ira, tentado de aprovechar la oportunidad para atacarlo por sorpresa. Podría tocarle en el hombro y, cuando Indio se diera la vuelta... Pero la satisfacción lo enviaría a la Casa Jefferson, la unidad de castigo, y acabaría con las posibilidades de libertad inmediata. Aun así... La indecisión le duró lo suficiente para que Indio entrara en una clase, eliminando toda posibilidad de venganza. «Mejor así», pensó.

Después de la cena, en el recreo, el trío de fugitivos se alejó del grupo en cuanto les permitieron romper filas.

—Está listo —dijo Alex—. Todo preparado para mañana por la noche.

Un orgullo alegre crecía en su interior. De forma espontánea, rodeó a Watkins con un brazo por encima de los hombros y lo abrazó.

Watkins se sacudió en un acto reflejo y se lo quitó de encima. El gesto fue tan repentino e intenso que Alex se sonrojó, sorprendido por la reacción. Había olvidado lo enredados que estaban esos temas en el correccional, donde los chicos recién entrados en la pubertad no tenían chicas a su alrededor, y donde flotaba un miedo obsesivo de ser considerado marica, un marica al que sodomizar. Cualquier toque en el trasero provocaba una pelea inmediata, y la paranoia en ocasiones se extendía a cualquier tipo de contacto, especialmente si se transmitía afecto. Era un mundo extraño en el que trivialidades iniciaban reyertas y, si un chico no seguía ciertos valores, se cuestionaba su hombría. Watkins sin duda se sentía más confundido que la mayoría.

En silencio, se acercaron al pimentero junto al camino. Alex se sentó, con la espalda apoyada en el tronco. JoJo se sentó en frente de él para que el hombre no lo viera mientras Alex sacaba dos cigarros envueltos en papel higiénico. Partió una cerilla de papel y se encendió uno. Lo pasó a los demás manteniéndolo escondido en la palma arqueada y moviéndolo para que el humo no fuera visible; observaban al señor Hoffman a unos treinta metros.

—¿Ha sido fácil romper la cadena? —preguntó JoJo.

—Sí, pero la cabrona sonó como un disparo cuando se rompió... Ojalá nadie se dé cuenta.

Mientras hablaba, Alex observaba a Watkins pero no parecía haber ninguna hostilidad residual de la indignación de hacía unos minutos. Alex no volvería a cometer el mismo error.

—¿Ahora qué? —preguntó, dirigiéndose a Watkins a propósito.

—Mañana por la noche, media hora antes de tener que subir a las habitaciones. Estarás abajo, ¿verdad?

—Sí, contando calcetines y calzoncillos sucios.

—Hoffman ya se habrá ido y el relevo estará arriba. Haremos que alguien lo llame lejos de las escaleras. Bajaremos, cogeremos nuestra ropa y los zapatos, y saldremos por la ventana.

—¿Nos vestimos ahí abajo? —preguntó JoJo.

—Por lo menos nos deberíamos poner los zapatos —comentó Alex.

—Os he contado lo del agua y las otras cosas, ¿no?

—Sí —respondió Alex—. Yo también tengo algún cigarro.

—Ojalá tuviéramos dinero —comentó JoJo—. Hay una caminata de casi cincuenta kilómetros hasta Los Angeles. Podríamos coger un autobús cuando llegáramos a algún pueblo.

—Igual podemos hacerle un puente a algún coche —sugirió Watkins—. Mañana por la noche, cuando esté oscuro. Así la policía no verá que conduce un niño.

—¿Sabes hacer un puente? —preguntó Alex.

—¡Claro, tío! Mi hermano y yo hemos pillado coches unas quince o veinte veces. Conducía él porque es mayor.

—Yo sé conducir —dijo Alex.

—Bien, tío, bien.

La conversación se convirtió en fantasías de chicos sobre lo que harían en el mundo libre. La familia de JoJo (en realidad, su guapa hermana adolescente) los escondería. Los Altabella tenían una casa de madera grande y antigua en la parte italiana de San Pedro. Tenían alquilada una casita trasera. Además de dos garajes y una pajarera de palomas, había un cobertizo con un catre y un sofá. Podrían entrar y salir por un callejón detrás de la propiedad sin que los vieran los vecinos. Su «plan» era quedarse en casa de JoJo durante un tiempo. Cuando reunieran dinero, comprarían una vieja camioneta y viajarían al noreste de Oklahoma, a la zona de las colinas cerca de la frontera con Misuri.

—Sí, amigos —prometió Watkins—. Mi tío tiene una cabaña en el quinto infierno. Podemos vivir allí todo el tiempo que queramos, cazar y pescar. Incluso podríamos conseguir trabajo en las granjas de alrededor. Y hay muchas cabañas por ahí que nadie utiliza excepto un par de semanas al año. Hay comida dentro, así que no pasaremos hambre...

Las mentes de los chicos embellecían la realidad. Alex pensaba que el plan entraba dentro de sus posibilidades. Puede que hasta consiguieran quedarse allí para siempre. Tras un par de años, la Autoridad de Menores de California se olvidaría de ellos, y cuando cumpliera veintiuno ya no podrían hacerse cargo de él.

Las expectativas eufóricas los tenían cautivados cuando el señor Hoffman rompió el aire con el silbato. Los cincuenta jóvenes se acercaron y formaron filas. El grupo de Alex era el que más lejos se encontraba, así que se quedaron un tanto rezagados. No llegaron tarde pero sí los últimos, y seguían hablando y riéndose.

—Moved el puto culo —les gritó Constantine—. Estáis retrasando el trabajo.

Como siempre, Constantine alteró a Alex, que apretó los dientes hasta que los músculos de la mandíbula se le endurecieron como piedras. Pero aquella noche le resultó más fácil relajarse porque después del día siguiente nadie le volvería a gritar, ni a darle órdenes. Incluso le sonrió a Constantine al pasar a su lado.

Siete noches a la semana los chicos tenían permitido ducharse si así lo deseaban, pero los miércoles y los sábados era obligatorio. Cambiaban la ropa de cama, la ropa interior, los calcetines y las toallas y los tachaban de la lista. A las nueve habían terminado. Vestidos con camisones, con el pelo mojado, brillante y repeinado, formaban y marchaban hacia las habitaciones del piso de arriba. Quedaba otra hora hasta que apagaran las luces.

Alex se quedó abajo, enfrentándose a pilas de ropa sucia. Aún llevaba su ropa, excepto los zapatos, porque debía separar, contar y hacer paquetes con la ropa sucia. Aunque los chicos debían separar cada uno su ropa, resultaba inevitable que se colara algún calcetín o pantalón con las sábanas y las toallas. A pesar de que iba a fugarse en media hora, Alex hizo su trabajo, contó las sábanas (la lavandería devolvería el número exacto que él contara) y metió la ropa en bolsas para la lavandería. Lo hizo principalmente para mantener la cabeza ocupada y alejada del acontecimiento principal. Aun así, escuchó ruido arriba y algunos de los sonidos le aceleraron el corazón. Escuchó voces apagadas y pasos, y alguna que otra voz más elevada.

Realizó trabajo suficiente como para que el hombre de relevo pensara que todo ocurría con normalidad (en caso de que Watkins y JoJo no aparecieran); entonces, cogió la ropa de Watkins y de JoJo y los zapatos de cuero de sus taquillas y los enrolló y colocó junto a la ventana. Solo habían pasado dieciocho minutos, pero a Alex le parecieron varias horas. Se tensaba ante cada pequeño ruido. Varias veces creyó escuchar a alguien bajando las escaleras, pero solo era su imaginación; cuando bajaron de verdad no los escuchó hasta que aparecieron en la puerta. Avanzaban tan juntos que JoJo se chocó con Watkins cuando este se paró.

—¿No os ha visto nadie? —preguntó Alex.

—Nadie —respondió JoJo—. Hemos puesto a dos tíos montando follón al final del pasillo.

—Ahí está vuestra ropa —dijo Alex, señalando. Se acercó a la puerta para escuchar cualquier posible búsqueda.

—Vamos a vestirnos —dijo JoJo—. No me hace ni puta gracia andar por ahí con este camisón de mierda.

—Sí, sí —comentó Watkins.

Se sacaron los camiones por encima de la cabeza y se pusieron la ropa, sin detenerse en la ropa interior ni en los calcetines.

—Métetelos en el bolsillo —le dijo Watkins a JoJo—. Ya te los pondrás después.

JoJo asintió, respiraba fuerte por la emoción. Los dos estaban frenéticos y les costaba abrocharse los botones del pantalón.

Alex esperaba junto a la puerta, observándolos y mirando fuera. Se sentaron en el suelo para ponerse los pesados zapatos cuando escucharon pasos en la escalera.

—¡Shh! —susurró Alex, gesticulando con las manos para dar más énfasis. Se quedaron paralizados, mirando la puerta.

Entró Constantine, vestido con camisón y zapatillas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, pero su cara indicaba que lo sabía.

Nadie respondió. Los dos que se ataban los zapatos permanecieron sentados, inmóviles. Si Constantine llamaba al Hombre, pasarían la noche desnudos en una celda vacía y los meses siguientes trabajando en la carretera en la Casa Thomas Jefferson. Alex también estuvo al borde del pánico durante unos segundos, pero cuando Constantine lo miró, se dio cuenta de que si gritaba no lo escucharían arriba y Constantine no saldría de esa habitación. Quizá Alex solo tendría problemas, pero entre los tres podrían con él.

Constantine leyó los ojos de Alex y la sonrisa confiada desapareció. Hizo ademán de recular pero Alex dio un paso largo, lo cogió por el camisón con las dos manos y tiró de él al interior de la sala, quedando así prácticamente rodeado.

—¡Oye! ¡Qué coño haces!

—¡«Qué coño» que te follen!

Watkins y JoJo se pusieron de pie con los zapatos puestos pero desatados.

—Deberíamos patearte el culo —dijo Alex, el placer que sentía le hizo olvidarse por un segundo de la libertad inminente.

—¿Por qué, tío? ¿Qué he hecho?

—Porque eres un puto chivato, por eso.

—No soy un chivato.

—¿Quéee? ¿Y qué coño eres entonces?

—Es mi trabajo. Quiero volver a casa lo antes posible.

—Y por eso jodes a la gente.

—Tranquilo, Alex. Cálmate —le dijo Watkins tocándole ligeramente en el hombro—. Conozco a Constantine. Es legal. —Le dio un golpecito en el hombro al monitor, solo Alex pudo ver que guiñaba el ojo.

A pesar del guiño, Alex quería estampar el puño en el ojo de Constantine. Los códigos de los bajos fondos se estaban convirtiendo en los de Alex, grabados en su personalidad por sus experiencias. Según el código, Constantine era un soplón aunque otros pensarán diferente debido a su «trabajo»... No podía entrometerse ni salir para hacer sonar la alarma así que... Que le dieran.

—Escúchame, Connie —dijo Watkins—. Nos sobra un paquete de Lucky. Es una tontería que nos lo llevemos porque podremos conseguir muchos más ahí fuera...

La sangre latía en la cabeza de Alex. El tabaco estaba en su bolsillo.

JoJo había terminado de atarse los cordones y se estaba metiendo la camisa. Se preocupaba por su aspecto fuera cual fuera la situación.

—Tío, no nos vas a delatar al Hombre cuando nos hayamos ido, ¿verdad que no?

—No va a hacer eso —dijo Watkins—. Eso no estaría bien después de que le demos el tabaco.

—No lo haría de todas formas —comentó Constantine—. Hago lo que hago porque el Hombre me está viendo.

—Toma, tío —le dijo Watkins mientras extendía la mano para que Alex le diera el tabaco.

Alex se dio cuenta de que el paleta no era estúpido. Watkins sabía que el peligro de Constantine residía en cuando salieran por la ventana. No había forma de evitar eso por la fuerza excepto mediante un asesinato. Alex le dio los cigarros a Watkins, que se los pasó a Constantine.

JoJo estaba junto a la ventana.

—Colegas, vámonos —dijo mientras desenganchaba el cable y la cadena repiqueteaba al soltarse.

—Será mejor que vuelva arriba —dijo Constantine, pero no se movió hasta que Watkins asintió. Mientras él salía por un sitio, JoJo estaba listo para salir por el otro.

Como en todas las instituciones, el recinto lo iluminaban un gran número de luces potentes que creaban charcos de luz, algunos superpuestos. En las zonas de sombra reinaba la oscuridad total.

Los fugitivos salieron detrás de los arbustos junto a la casa. El follaje estaba mojado por el rocío nocturno que cayó sobre ellos mientras se arrastraban a lo largo del lateral del edificio doblando ramas que después recuperaban su posición como un resorte. Una vez al final del edificio, no se los veía desde las ventanas de arriba y echaron a correr por el césped en dirección al camino de la institución, a través de la luz de los focos hacia la oscuridad que se extendía más allá. Era el camino más corto.

—Rodearemos los patios de recreo para llegar a los huertos —dijo Watkins—. Tardaremos unos minutos más pero nos mantendremos más alejados de los edificios. Algún imbécil podría vernos y gritar: «¡Mirad eso!».

—Sí, sí —confirmó Alex tras haberse reconocido a sí mismo que Watkins era el líder, al menos por el momento.

—Vamos —dijo Watkins.

Salieron juntos de entre los arbustos, corriendo medio agachados a través del césped húmedo y proyectando largas sombras bajo las brillantes luces. En escasos segundos llegaron a la seguridad de la oscuridad. Volvían a estar rodeados de arbustos, en esta ocasión junto a la valla que rodeaba la casa del director. La veían, una casa de ladrillo de dos plantas. Para Alex era una mansión. En la planta de abajo, las luces estaban encendidas y la brisa nocturna les trajo flotando el sonido de la música.

Watkins los dirigió alrededor de la parte exterior del patio trasero y a través de una zona de césped a oscuras, entre la parte de atrás del hospital y la valla. Llegaron a los campos de recreo, tres en fila, todos ligeramente más grandes que un campo de softball. Más allá del último había una pequeña valla de listones de madera. La zona de huertos quedaba al otro lado, separada

de la granja. Aquí se extendían unos dos mil metros cuadrados de arbustos jóvenes, árboles y flores metidos en pequeños recipientes. Junto a una pequeña oficina había un invernadero y, al otro lado, una puerta doble de madera a escasos centímetros del suelo. La puerta daba a la sala de la caldera subterránea.

El sonido que provocaron al saltar la valla se extendía con las ondulaciones de la madera. Les pareció todo un estruendo y eso los animó a actuar con rapidez.

Alex saltó primero y pisó una pequeña planta con el pie, rompiendo el palo que la sujetaba.

—Joder —maldijo al agacharse e intentar colocarla.

—Vamos, tío —le dijo Watkins.

En la puerta que daba a la caldera, Watkins sacó un pasador y levantó la puerta por el lado de las bisagras. El candado seguía cerrado. El espacio tenía menos de medio metro, pero bastaba para que los chicos se deslizaran boca abajo y metieran primero las piernas para alcanzar la escalera. La luz del fuego de la caldera dibujaba siluetas y formas. Hacía calor en aquel agujero. La caldera ocupaba la mayoría del espacio pero Alex encontró sitio para tumbarse sobre el cemento. Los otros lo imitaron.

—¿Estás seguro de que no nos buscarán aquí? —preguntó JoJo.

—No lo hicieron la última vez que alguien desapareció. Dejé un hilo de un extremo a otro de la puerta durante un mes y lo comprobé cuando se largaron esos dos mexicanos de Roosevelt. El candado sigue puesto fuera, seguramente lo verán.

—¿Dónde están los cigarros? —preguntó Alex—. Le diste los míos a ese chivato cabrón.

—Sí, sí, ya sabía que no te haría ni puta gracia pero ¿qué coño podía hacer? Había que conseguir que no nos delatara en cuanto nos largáramos. Lo teníamos atrapado y podíamos haberle dado una paliza para que no hablara, pero después... Mi hermano está en Leavenworth y me dijo «tienes que matar a un chivato o besarle el culo, no hay forma de convencerlos». No quería matar a Constantine, así que lo soborné. Parece que ha funcionado. No nos ha perseguido nadie, ¿no?

—Es verdad —reconoció Alex de mala gana, pensando que aquel paleta medio analfabeto tenía más experiencia que cualquier otro en Whittier. Watkins no pensaba como un niño. Sin embargo, Alex no conseguía discernir si le gustaba o no.

Los cigarros llegaron mientras Watkins hablaba. JoJo también se encendió uno.

—Hay agua y chocolatinas —dijo Watkins.

—¿Hay Snickers? —preguntó JoJo.

—Sí, pero no tienes hambre ya, ¿no?

—Quiero una chocolatina.

—Vale, pero cuando se acaben, se acabaron. Hay doce, es lo único que vamos a comer al menos hasta mañana por la noche.

—Shh —dijo Alex—. Las voces se escuchan por la noche. No sabemos cuándo están ahí encima.

—Es verdad —dijo Watkins.

A partir de entonces hablaron en susurros, aunque tampoco demasiado. Permanecieron tumbados uno junto al otro, con las cabezas tocando a la pared de cemento y los pies mirando a la caldera. Alex sintió recelos al enfrentarse con la realidad de que no tenía adonde ir ni nadie a quien acudir, no por su cuenta. Sin los contactos de los otros dos, se limitaría a dar vueltas durante unos días, hasta estar demasiado sucio y hambriento, y entonces la policía se le echaría encima. Es lo que había aprendido de sus escapadas prepubescentes. Incluso con dinero no podía alquilar una habitación de hotel, no siendo tan joven. En algún momento futuro puede que se convirtiera en un fugitivo de éxito tras una intensa persecución, pero no ahora. No sin la ayuda que JoJo y Watkins le ofrecían.

Aun así merecería la pena si conseguía unos meses de libertad, sobre todo si eran realmente libres; entonces podría soportar el castigo y el encarcelamiento. A pesar de la tensión, o quizá por eso, dormitó sumido en esos pensamientos. La proximidad de la caldera le hizo soñar con que tomaba el sol y sudaba en una playa: mar, sol, arena y agua.

Una mano le tapó la boca y otra lo zarandeó por el hombro. Sacudió la cabeza y se despertó luchando de forma instintiva por respirar, hasta que su mente procesó la situación.

—Shh —le susurró JoJo, casi rozando la oreja de Alex y señalando con un dedo arriba.

Les llegaron voces con palabras indescifrables. Después se escuchó el estruendo de una puerta al abrirse. Segundos más tarde el candado repiqueteó.

Los tres aguantaron la respiración, a la espera, pero después del candado todo quedó en silencio. Momentos más tarde, la puerta sonó de nuevo. Era obvio que los que les buscaban se habían marchado, pero los chicos permanecieron callados por si acaso.

Tres horas y varios cigarros después, con todos sudando por el calor, JoJo habló.

—A la mierda todo esto, chicos. Hay que moverse ya. Para mañana estaré seco, deshidratado.

Alex también estaba inquieto, impaciente.

—¿Qué te parece? —preguntó Watkins.

—Sí, a la mierda —respondió Alex—. Deben de ser las tres o cuatro de la mañana. Probablemente ya habrán parado de buscar. No tengo más ganas de seguir aquí todo el día. Y puede que al final venga el hombre.

—Vale, vamos a intentarlo. Nos quedamos fuera de los caminos mientras podamos y nos agachamos si vemos luces. Por la mañana, estaremos a algunos kilómetros de aquí.

—Nos fumamos otro cigarrillo y nos echamos a la carretera —dijo JoJo.

Es lo que hicieron. Se estrujaron para salir por la puerta por donde habían entrado y se les puso la piel de gallina cuando el sudor se enfrió con la brisa nocturna. Alex luchó por reprimir los escalofríos mientras salían los otros dos.

Agachados y doblados por la cintura para minimizar su visibilidad, avanzaron con dificultad a través de los campos del correccional, primero entre remolachas, después por un maizal donde tuvieron que cubrirse la cara de los tallos secos y crujientes. Al final del maizal, había un camino de tierra justo por dentro de la valla coronada por bucles de alambre de espino en toda su extensión, excepto sobre la puerta de atrás. Ahí se limitaba a tres ramales de alambre de espino que sobresalían por arriba. Al otro lado se extendía un naranjal privado, y la libertad.

Los chicos se agacharon en el maizal, observando la puerta.

—Vamos —dijo Watkins.

—Esperad —dijo Alex—. Creo que deberíamos esperar aquí un momento.

—¿Por qué?

—Porque no son estúpidos y es obvio que esta es la parte más fácil para saltar. Podrían estar vigilando.

—Tío, decídetes. Querías que nos pusiéramos en marcha en vez de esperar y ahora lo que quieres es esperar.

Alex se encogió de hombros.

—A la mierda, haz lo que quieras.

—Vosotros esperad.

Alex dudó con la sensación de que aquello suponía un desafío a su valor. La noche iluminada por la luna parecía tranquila, nada amenazadora. Los grillos cantaban su serenata.

—Te seguiremos si todo está tranquilo —dijo.

Watkins se metió un poco más adentro del maizal y meó. Se alejó de ellos para iniciar después una carrera más directa hasta la valla. Corrió y saltó. La valla vibró al instante, resonando con fuerza en la silenciosa noche.

—¡QUIETO! —gritó una voz.

Dos hombres salieron del maizal a escasos veinte metros, los haces de las linternas botaban mientras corrían.

Watkins se sujetaba a la parte de arriba, con una pierna al otro lado, pero no consiguió alejar la otra del agarre de los hombres. Lo tiraron de la valla. El haz de una linterna fustigó la oscuridad al ser utilizada para golpear al chico que se resistía.

JoJo se dio la vuelta, preparado para echar a correr, pero Alex lo cogió del cuello de la camiseta y tiró de él. Cayó de culo. Alex quería ayudar a Watkins pero sabía que no serviría de nada sin un arma y no había ninguna a su alcance.

Los hombres retorcieron los brazos de Watkins a su espalda, lo doblaron hacia adelante y le golpearon en la nuca.

—¿Dónde están tus cómplices? —le preguntaban mientras lo arrastraban por el camino—. ¿Dónde están tus cómplices?

Cuando se alejaron unos cien metros pero aún a la vista, Alex tocó a JoJo en la espalda.

—Ahora sí. Vamos.

Sin esperar respuesta, se levantó de golpe y corrió hacia la puerta, saltó y se agarró a la parte superior, por debajo del alambre de espinos. JoJo llegó un momento después.

—¡Ahí están! —gritó un hombre—. ¡Joder! ¡Deteneos!

Estaban demasiado lejos para poder hacer algo más allá de gritar.

El dobladillo del pantalón de Alex se enganchó en el alambre. Lo soltó de un tirón. Una espina le rasgó la pantorrilla pero lo ignoró. Se colocó encima, se recompuso y saltó, aterrizando sobre un caballón. JoJo gruñó al aterrizar un segundo después. Alex ya corría entre los árboles.

—¡Corre, joder, corre! —exclamó envuelto por la oscuridad del follaje.

La tierra estaba blanda y suelta y parecía sujetarles los pies. Los músculos de las piernas le dolieron enseguida. JoJo se caía detrás de él.

Un camino de tierra recorría el naranjal. Alex se metió en él para correr más rápido. Cuchillos ardiendo le cortaban los pulmones cuando respiraba. Se detuvo poco después y se agachó entre los árboles. JoJo lo alcanzó y se dobló, así le resultaba más fácil respirar. Alex sabía que la velocidad no era la

respuesta. Los hombres dispararían las alarmas y, por muy rápido que corrieran, los coches de la institución eran más rápidos y podían cortarles el paso. En minutos, los que habían atrapado a Watkins enviarían a otros que conocían el terreno a perseguirlos mientras que Alex no tenía ni idea de qué se extendía más allá del naranjal. Sabía que debían continuar avanzando y evitar los lugares que esperarían sus cazadores.

Cuando recuperaron en parte el aliento, Alex avanzó por el camino de tierra alternando un paso rápido y un medio trote. JoJo lo seguía unos pasos por detrás. Tras casi medio kilómetro, volvieron a adentrarse entre los árboles dirigiéndose de nuevo hacia la institución. Alex recordaba que una autopista circulaba junto al lado este del correccional y del naranjal. Los cazadores esperarían que estuvieran mucho más lejos. Si conseguían cruzar la autopista junto a la institución, la tierra que se extendía al otro lado seguía sin explotarse, no era más que un paisaje ondulado de tierra con algunos cactus y arbustos secos, un hogar para las liebres.

Diez minutos después, se arrodillaron entre la hierba que crecía alta y salvaje en el lado de la carretera que daba al correccional. El sudor de su esfuerzo se encontró con el fresco de antes del amanecer provocándoles escalofríos y poniéndoles la piel de gallina. Esperaron diez minutos a que el tráfico disminuyera lo suficiente como para que nadie los viera cruzar, pero los rugientes camiones diesel y los veloces coches seguían circulando. Los chicos avanzaron hasta el arcén y corrieron al otro lado, iluminados momentáneamente por unos faros. No eran las autoridades, ya que el coche siguió adelante.

Al otro lado, se deslizaron por el terraplén hasta la zanja de drenado donde el agua que cubría hasta las rodillas se ocultaba bajo la maleza. El barro absorbió sus zapatos y cuando salieron de ahí estaban mojados y sucios hasta las rodillas.

Cincuenta metros después, Alex se sintió seguro. Se detuvieron para descansar y pensar. Al mirar atrás, vieron la línea naranja que aparecía en el horizonte anunciando un nuevo día. Había sido una larga noche y aún les quedaba una larga caminata por delante, pero al anochecer ya estarían en casa de JoJo si avanzaban siguiendo las vías del tren y el cauce de los ríos. Iban tan sucios que llamarían la atención si caminaban por las calles de los barrios suburbanos.

—Vamos, JoJo, colega —dijo Alex—. Nos queda un largo camino, así que deberíamos empezar a andar.

Le tendió la mano a JoJo para ayudarlo a levantarse. Fue un gesto efectivo que animó al joven italiano.

Capítulo 16

Los fugitivos del correccional llegaron al santuario de la casa de JoJo justo cuando se encendieron las farolas. Los chicos avanzaron con cuidado por el callejón lleno de surcos detrás de la casa, se deslizaron a través de la puerta con pestillo de una valla de madera destartada y se agacharon detrás de los cubos de basura de acero junto al palomar. Observaron la puerta trasera. JoJo quería entrar pavoneándose y sorprenderlos de forma extravagante, pero se impuso la precaución de Alex. Aunque no montarían vigilancia policial por dos adolescentes, sí que habría detectives que les pedirían a los vecinos que avisaran si los veían. Alex recordaba que les había sucedido a otros chicos.

La espera en el patio de atrás fue breve. Teresa Altabella, la guapa hermana mayor, salió para vaciar la basura. El perro de la familia (una mezcla de pastor alemán y Beagle) la acompañaba. Detectó a los chicos y se puso a ladrar y a saltar de un lado a otro. Teresa tiró la bolsa y llamó al perro. Iba a cogerlo del collar cuando JoJo la llamó. Se estremeció, sorprendida, sin entender nada hasta que JoJo llamó al perro por su nombre «¡Oye, Kilo!». El animal reconoció al miembro de la familia y estalló en un feliz ataque de ladridos y saltos.

Teresa se acercó a la oscuridad llamando a su hermano.

—¿Es seguro? ¿No hay polis? —preguntó JoJo.

—No, solo estoy yo en casa.

—¿Adónde han ido?

—Al cine, a ver *Estirpe de dragón*.

Entraron en casa y fueron directos al piso de arriba, a la habitación de JoJo cuya ventana daba a la calle. Se quitaron la ropa sucia del correccional y se vistieron con ropa del armario. Cuando Alex inició su aventura institucional, era demasiado joven para preocuparse por el estilo de la ropa, pero la pubertad estaba cambiando eso. Ahora, el plumaje adecuado era importante tanto para tener buen aspecto para las chicas como para encajar en

su entorno. Aquel era un entorno esencialmente pobre, de zona marginal, y aunque esa manzana en particular era italiana, el barrio era chicano, y para ir «bien vestido» un joven debía seguir su estilo. Se encontraban a finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando los chicos en los barrios residenciales blancos vestían Levi's y chaquetas de aviador de cuero, pero en los *barrios* de Los Angeles, los jóvenes vestían pantalones chinos o excedentes de los trajes de faena de los marines con enormes bolsillos de parche en los muslos. A veces los teñían de negro y a veces los acompañaban de chaquetas «Eisenhower» también procedentes de excedentes, con los parches quitados y teñidas también de negro. Los zapatos eran de punta redondeada con suelas extra y herraduras en los talones. El traje de pachuco tan extremo había desaparecido, pero los pantalones eran «semis», sueltos en la rodilla pero ajustados en el tobillo, y las chaquetas lucían grandes hombreras.

JoJo tenía un buen armario y, aunque era más corpulento que Alex, se había ensanchado después de marcharse al reformatorio, así que a Alex le valía la mayoría de la ropa. Después de una rápida ducha, Alex se vistió y se miró en el espejo de la puerta de la habitación mientras se peinaba. Se aplicó una buena dosis de gomina Dixie Peach que se quedaba en parte en el peine al moldear la cola de pato y formar caracoles con el flequillo sobre la frente. Le gustaba lo que veía. Era una imagen muy diferente del chico de once años que se había escapado del Hogar para Chicos del Valle unos dos años atrás. Solo necesitaba un tatuaje o dos, una cruz con tres puntos en la piel entre el pulgar y el índice y quizá una peca en el pómulos, debajo de un ojo. Algunos chicos se tatuaban cruces en la frente, pero eso resultaba demasiado extremo.

JoJo se dio una ducha más larga después de Alex y se vistió más o menos de la misma forma. Alex, apoyado en la cama, vio a su cómplice peinarse el pelo rizado y pensó en lo guapo que era. Resultaba obvio que Teresa adoraba a su hermano. Les preparó sándwiches de ensalada de atún y se los llevó con un poco de leche. Devoraban la comida cuando los faros del coche familiar iluminaron la parte delantera de la casa y la habitación durante un segundo. Sonó la bocina anunciando de forma innecesaria la llegada de la familia y después el motor se apagó. Teresa se dirigió a la puerta.

—No les digas que estamos aquí —dijo JoJo.

Teresa se detuvo con la mano en el pomo.

—¿Por qué?

—Pues...

—Lisa va a subir aquí arriba así que...

—Díselo a ella, y se lo tendremos que decir pronto a mamá, pero el viejo... No tiene que saberlo. No sabemos cómo va a reaccionar.

—Mamá ha recibido una llamada del correccional esta mañana, pero no se lo pensaba decir a papá, al menos no hasta que salieran de la película. Sabía que lo utilizaría como excusa para no llevarla.

—¿Qué diferencia habría? —preguntó Alex.

—Cualquier cosa puede marcar la diferencia —respondió Teresa mientras se alejaba de la puerta para recoger la pila de ropa sucia—. Quemaré esto.

Cuando salió, Alex se sentía arrepentido y contento. Cada vez que ella lo miraba durante más de un segundo, le ardía la cara y le pesaba la lengua. Era la primera chica con la que hablaba desde la pubertad, la cual había cambiado sus fantasías y anhelos. Teresa Altabella era guapa y prematuramente atractiva, con el pecho desarrollado, la cintura estrecha, y las caderas y los muslos torneados. Era suficiente para desconcertar a muchos hombres adultos, mucho más a un adolescente de trece años que no había visto a ninguna chica durante mucho mucho tiempo. Sabía por JoJo que tenía trece y, cuando le preguntó, le dijo que él tenía quince, sonrojándose aún más con la mentira.

Cuando se marchó, JoJo le explicó que sus padres no eran felices, pero tampoco había posibilidades de divorcio. No hacían ese tipo de cosas. Joe Sr. era fiel a las costumbres de la madre patria y no le importaba nada más que amasar dinero y engendrar hijos. Poseía varios edificios de apartamentos en los barrios bajos. Invirtió tres mil dólares en el primero en 1934, y cuando obtuvo el capital suficiente, pidió un crédito por su valor para comprar otro; el campesino entiende el valor de la propiedad más que la clase media. Sin embargo, siguió trabajando como trinchador para un supermercado y realizaba todas las horas extras que le ofrecían. Su mujer, nacida en Brooklyn, pensaba que disfrutarían la vida, que debería comprarle cosas bonitas y llevarla por ahí. A los treinta y ocho, Lorraine era lo suficientemente joven como para querer divertirse. No quería tener más hijos, mientras que los niños significaban riqueza para él.

Incluso con trece años, Alex sabía lo suficiente, había leído lo suficiente, para saber que la familia Altabella era un tanto extraña. A pesar de eso, sentía el afecto subyacente que había entre ellos. Le gustaba la sensación de encajar en algún sitio. Se sentía incluso mejor al pensar en Teresa, con sus suaves ojos marrones, su sonrisa rápida y sus pechos que colgaban bajo la blusa estilo campesino que le dejaba los hombros al aire. La miraba fijamente de

manera compulsiva cuando ella miraba a otro lado, pero en cuanto sus ojos se encontraban, bajaba la vista a los zapatos.

Los padres Altabella dormían en la habitación grande del piso de abajo, en la parte de atrás de la casa, mientras que los tres hijos ocupaban dos habitaciones pequeñas arriba. El tejado de la casa era inclinado, así que el piso de arriba era más pequeño. Había un pequeño cuarto de baño y las dos habitaciones, nada más. De hecho, había que cruzar la habitación de las chicas para llegar a la de JoJo.

Teresa bajó y volvió con su hermana de once años, Lisa, para la que no había quedado ni un solo gen de belleza. Tenía los ojos demasiado cerca el uno del otro, los dientes necesitaban aparato y la nariz era grande y aguileña; a su madre le preocupaba que no encontrara marido. Lisa era demasiado joven todavía para sufrir por su cara nada agraciada. Ahora, al entrar en la habitación, estaba visiblemente alterada por la emoción. Saltó y rodeó a su hermano con los brazos y este le dio varias vueltas en el aire mientras ella lanzaba grititos y le daba besos.

A Alex nunca le habían dicho que los hombres se ponen de pie como gesto de cortesía cuando una mujer entra en una sala, así que no se movió de la cama, apoyado contra el cabecero con las piernas estiradas. Lo conmovió el amor que flotaba entre el hermano mayor y guapo y la hermana pequeña y fea.

—Alex, te presento a mi hermana Lisa.

Asintió con la cabeza, aún en la cama.

—Te conocí en la zona de visita hace un par de semanas.

—¡Sí! Me acuerdo. Llevabas un uniforme de Boy Scout. —Se giró hacia JoJo—. Cuando te vi a ti con el uniforme de Boy Scout casi me da la risa.

—Ya —comentó JoJo, sonriendo y negando con la cabeza—. Y el viejo estaba súperorgulloso. No le importaba que estuviera en el puto correccional. Era un Boy Scout.

—Lisa —dijo Teresa—. Tú eres la favorita de papá, así que igual deberías contarle tú lo de JoJo.

—¿Por qué hay que decírselo? —preguntó JoJo—. Mamá sí tiene que saberlo, pero él está fuera todo el día y nunca sube aquí arriba ni sale a la parte de atrás. Va de la mesa del comedor a la habitación, en línea recta.

Teresa se encogió de hombros, indiferente, y el asunto quedó decidido. Al menos por el momento, Joe Altabella Senior ignoraría que su hijo se encontraba más o menos en casa. Gracias a la distribución de la casa, con la habitación principal en la parte de atrás del piso de abajo y las escaleras en la

parte delantera, JoJo y Alex podían entrar y salir sin que los vieran, incluso con Joe Sr. en casa. Durante el día, cuando Joe no estaba, salían por la puerta de la cocina al patio trasero y de ahí al callejón, que daba a un concurrido bulevar a una manzana. Por esa ruta resultaba bastante improbable que los vecinos los vieran en el caso de que la policía tuviera a alguien vigilando. Por la noche, cuando Joe estaba en casa, la oscuridad los protegía de posibles ojos vigilantes cuando salían por la puerta delantera.

El segundo día, un par de detectives de menores se presentaron para preguntar a la madre si JoJo se había puesto en contacto con ellos. (Ella negó con la cabeza mientras rezaba en silencio un Ave María que expiara la mentira). También le pidieron que los llamara si lo hacía en algún momento. Le prometieron que no le harían daño si lo entregaba.

Pero durante la primera noche, totalmente agotados por la tensión de la huida y los cincuenta kilómetros de caminata, Alex se quedó dormido sin querer totalmente vestido sobre el colchón desnudo de la cama de JoJo. Rondaba la medianoche y habían encendido la radio, sintonizaron la emisora de un famoso discjockey que retransmitía desde un autocine del sur de Los Angeles y que aceptaba dedicatorias telefónicas. El interés de Alex por las canciones de amor de la música popular aumentó con la pubertad. Sin embargo, para él la verdadera música era la voz melosa de Teresa. Estaba poniendo al día a JoJo sobre amigos en común y sobre su novia, Connie Gianetta, que no paraba de preguntar cuándo volvería a casa. Alex escuchaba hipnotizado porque aquel tipo de charlas eran totalmente nuevas para él. No se percataba de la banalidad de la conversación debido a su edad. Escuchaba tumbado cómodamente en la cama, aunque él estaba vestido y el colchón desnudo. El sueño lo derribó sin pretenderlo. Soñó con Teresa. Era la primera vez que soñaba con una chica, o al menos la primera vez que lo recordaba por la mañana. Fue un destello del sueño: ella estaba tumbada a su lado, totalmente vestida, aunque podía sentir su cuerpo excitándole. Tenía su boca en la cara de él, tan cálida, tan tan cálida, y él gimió con el deseo de su boca abierta, de su cálido y dulce aliento. Esos eran los fragmentos que recordaba.

Por la mañana, JoJo apareció con dos billetes de veinte dólares. Había bajado sigilosamente de madrugada y se los había cogido a su padre de la cartera.

—Tío, llevo pillándole dinero desde que tenía nueve años. Es la única forma de sacarle un centavo, ¡robarlo! Joder. Ni siquiera le da dinero a mi

madre para comprar, va él mismo.

—No tienes que convencerme, JoJo —dijo Alex al notar en el tono que su aprobación era importante.

—Y está forrado, joder —siguió JoJo—. Vivimos en este barrio de mierda cuando podríamos estar en un sitio bueno. Tío, daría lo que fuera por conocer a alguna de esas pavas de Hollywood High y Beverly Hills High, aunque la mayoría son judías y no andan jodiendo. Lana Turner fue a Hollywood High. ¿Lo sabías?

Alex negó con la cabeza y soltó una risita.

—Eso no significa que todas se parezcan a Lana Turner.

—No, pero están buenas, buenas...

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Hagamos lo que hagamos, será mejor que lo que hacíamos antes, ¿eh?

—¡Ya te digo!

Un ligero golpecito en la puerta precedió la entrada de Teresa. Un jersey ajustado blanco de cuello alto le realzaba el pecho y una falda estrecha de gabardina hacía lo mismo con su trasero y muslos. También llevaba los zapatos de montar obligatorios y calcetines cortos.

—Papá se ha marchado a trabajar. Vamos a decirle a mamá que estás aquí.

—Vale —dijo JoJo.

—¿Para qué te has arreglado? —preguntó Alex de forma impulsiva. Se sonrojó ante sus palabras.

El rubor empeoró con la respuesta.

—Voy a clase. ¿Te acuerdas?

—Bajaremos en unos minutos —dijo JoJo.

—Yo no bajo, tío —comentó Alex—. Será una escena fuerte y yo solo molestaría.

—Quiero que la conozcas.

—Sí, ya, pero no ahora, no esta mañana. Tenemos tiempo. —Alex empujó con cuidado pero con firmeza a JoJo hacia la puerta—. Ve a ver a tu madre.

Teresa había dejado la puerta entreabierta un momento antes. Se la veía en su habitación, ligeramente inclinada hacia adelante mientras se dibujaba los labios con el pintalabios de tono fuerte de la época. Al pasar a su lado de camino a las escaleras, JoJo le dio una palmada en la espalda con la fuerza justa para que, sin hacerle daño, arqueara la espalda hacia adelante. Los pasos de JoJo resonaron en la escalera mientras Alex permanecía en la puerta entre

las dos habitaciones, observando a Teresa y preguntándose qué decirle cuando terminara con el espejo.

Ella apretó los labios, cerró el pintalabios y se encontró con sus ojos a través del espejo.

—Eres muy guapa —le soltó con indecisión.

Ella sonrió, radiante.

—Gracias.

—Apuesto a que tienes muchos novios. —Maldijo el comentario en cuanto lo lanzó al aire. Se sintió aún más estúpido cuando ella siguió sonriendo, sin responder.

—¿Y? —Presionó porque el silencio era peor.

—Supongo que les gusta a los chicos. Pero yo no diría muchos.

—¿Alguien especial?

—Mmm, sí. Supongo. Más o menos.

—Ah...

—No sé nada de él desde hace un par de días. Eso es raro. Suele venir casi cada día, y me llama una o dos veces. —Obviamente pensaba en voz alta—. Es medio chicano medio irlandés —añadió deliberadamente—. Se llama Wedo. Wedo Murphy. Cumplirá diecisiete la semana que viene. Es un tío muy listo.

La información marchitó sus incipientes fantasías. Sabía que una chica tan guapa y desarrollada tendría novio, pero un chico de diecisiete años era prácticamente un adulto. Un treceañero, aunque aparentara quince, no tenía nada que hacer.

—Oh, oh —exclamó de repente—. Tengo que irme. Ya llego tarde, otra vez. ¡Dios! Ojalá pudiera dejarlo.

Era una explosión de energía mientras recogía los libros y otras cosas y se detenía para mirar a su alrededor y comprobar si se olvidaba algo. Entonces se marchó dejando atrás una sonrisa y un «nos vemos luego». Su perfume y su presencia perduraron, al menos así le pareció a Alex. Los nervios agradables y esa sensación parecida al dolor eran nuevos para él, y reconoció lo que sentía. Entró en la habitación de JoJo y miró por la ventana cómo aparecía abajo, salía por la puerta y avanzaba por la acera hasta que desapareció de su campo de visión. Siguió mirando hasta mucho después. Todo brillaba y resplandecía bajo el sol. El barrio era pobre, de clase trabajadora, pero los jardines eran dignos de postal y había alguna que otra palmera alta e inclinada. En algún lugar, un carpintero clavaba clavos, el

sonido del martillo volaba en el aire matutino. Alex de repente anheló salir a la calle al sol y ver la ciudad. Quería buscar experiencias.

Un rato después, JoJo subió las escaleras corriendo. Alex estaba tumbado sobre la cama deshecha, leyendo un viejo número de *Esquire* que había encontrado. JoJo estaba feliz.

—Ha ido bien, ¿eh? —preguntó Alex tras dejar la revista y sentarse.

—Sí. Pero está muy jodida. Se alegra de verme pero está muerta de miedo porque me he escapado. Quiere conocerte y por su parte eres bienvenido y puedes quedarte aquí para siempre.

—Se lo tendrás que decir a tu viejo también.

—No hace falta que lo sepa.

—¿Qué pasará cuando vaya a Whittier de visita?

La sonrisa de JoJo desapareció. No había pensado en las visitas. Dos domingos al mes la familia iba a Whittier. Tras un silencio apremiante, desechó el problema.

—Pues se lo decimos. Sé que no me va a entregar. Así que a la mierda, no hay que preocuparse. Vamos a dar una vuelta. Te enseñaré San Pedro. Hace un día de puta madre.

—Eso suena muy bien. ¿Qué tienes pensado?

—Pues había pensado ver cómo va el barrio y pillar algunos porros. Puedo pillar unos porros buenos y gordos por medio dólar cada uno. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

Incluso bajo tortura, Alex jamás admitiría no haber fumado nunca marihuana; tampoco le daba miedo el tema y quería iniciarse. Los más duros de Whittier hablaban de colocarse con hierba y, sí, de otras cosas como abrir inhaladores de Benzedrina para sacar las tiras saturadas de dentro. Tendría que probar eso también.

—¿Sabes liar?

—¿Liar?

—Sí, liar cigarros, porros. —JoJo acompañó las palabras de gestos para explicarse.

—Ah, sí —respondió Alex.

Se rio para sus adentros al recordar que había aprendido a liar a mano en Camarillo. Le parecía que hacía mucho tiempo de aquello. Por un momento, se preguntó qué habría sido de Rojo Barzo y Primer Golpe Floyd.

—Genial —dijo JoJo—. Tengo que aprender. Ahora uso una pequeña pipa cuando no consigo que nadie me los líe. Es mucho más barato comprarla

suelta en lugar de en porros ya liados. Puedo conseguir treinta gramos, unos cincuenta porros, por ocho pavos si está suelta.

—Pues la pillamos así. Pero vámonos ya. No me he largado de ese sitio para quedarme mirando por putas ventanas. Podríamos ir al centro a ver una película.

—No, no. Una peli es peligrosa. Los agentes que controlan que vayas a clase se pasan por el cine, porque todos los que se las saltan van a ver una película.

—Sí, tienes razón. No lo había pensado. Pero algo podremos hacer.

—Vamos a los billares a pillar la hierba y después ya improvisaremos. ¿Tienes hambre?

Alex se encogió de hombros.

—Sí, más o menos. Nos acostumbramos a comer de forma regular ahí dentro.

—Conozco un buen bar mexicano que sirve *huevos rancheros* por sesenta y cinco centavos.

—¿Qué son *huevos rancheros*?

—Huevos al estilo mexicano, con chile y frijoles. Están buenos.

—Sí, suena bien.

—Vamos a mover el culo antes de que se acabe la hora del desayuno.

Quince minutos después, salieron por la puerta trasera al callejón. Las altas vallas de madera, algunas combadas, los escondían de las casas adyacentes y de posibles ojos curiosos. En la esquina, giraron por la acera de una calle empinada. La cuesta no era muy pronunciada, pero la colina daba al comienzo del puerto de Los Angeles, que se extendía en la distancia a tres kilómetros. El brillante sol de la mañana convertía las aguas del puerto en oro fundido.

—Tío, qué bonito —comentó Alex.

—Pues pillamos la hierba y vamos a Cabrillo Beach a comer.

—Sí, buena idea —comentó Alex, que permaneció unos segundos más observando el panorama, invadido por un sobrecogimiento tan profundo que le dolía.

Los barcos anclados se esparcían por el agua, algunos aún llevaban las pinturas de guerra. Otros eran buques cisterna largos y monótonos, o enormes cargueros con botavara. Uno era enorme y blanco, con una gran cruz roja en un lado y a lo largo de la parte superior. El arco de la costa acumulaba

estructuras, siluetas de otro mundo de una refinería petrolífera junto a enormes tanques de almacenamiento plateados. Los astilleros se encontraban allí junto con diques secos y grúas gigantes que a Alex le recordaban a pájaros prehistóricos. En la distancia, el contorno de Long Beach brillaba bajo el sol.

—Vamos, tío —le instó JoJo—. Todos los polis de por aquí me conocen.

Al final de la colina se extendía la principal calle comercial, atestada de peatones. Alex miraba las caras, todas abstraídas y serias, preocupadas por sus propios asuntos. Quería gritar su felicidad por ser libre, por poder ver el mundo. Era una calle principalmente para los pobres, con pequeños mercados, panaderías que vendían productos del día anterior, pequeñas tiendas masculinas y un Goodwill. La entrada de la sala de billar se encontraba en un callejón apartado del bulevar. De las seis mesas, dos estaban dedicadas al *snooker* y solo en una de las dos se jugaba. Cuatro chicanos vestidos igual que JoJo y Alex eran los que jugaban. Los recién llegados tardaron un minuto en acostumbrar sus ojos a la oscuridad tras el sol de la calle.

—¡Eh, JoJo! —exclamó uno de los miembros del cuarteto al parar la partida—. ¿Cuándo te han soltado, tío? —Le estrechó la mano y le dio una palmada en la espalda.

—Hola, Rico, chico. No me han soltado, me he largado. Yo y este amigo.

La conversación se detuvo mientras JoJo presentaba a Alex a Rico, los dos se estrecharon la mano. Los otros tres jugadores observaron durante medio minuto y después ignoraron lo que ocurría. Era mucho protocolo para unos adolescentes, pero estos jóvenes vivían en un mundo mucho más duro que los chicos de clase media. Rico era esbelto, inmerso en plena batalla contra el acné, con una edad que podría estar entre los quince y los dieciocho años.

—¿Tienes hierba? —preguntó JoJo.

—¿Cuántos? —dijo Rico.

—Treinta... Quince gramos. Pero suelta, no en porros.

—Ve al Toledo, tío —le dijo Rico.

—¿Tienes cambio de veinte?

—Qué pasa, hermano, te estás haciendo de oro. —Rico se dio la vuelta y habló en español a uno de sus colegas. Después se dirigió a JoJo—. Tenemos cambio.

Alex esperó mientras JoJo iba al baño de chicos en la parte de atrás seguido por Rico y por el chicano con el que había hablado en español. Los

otros dos ignoraron a Alex y él los ignoró a ellos mientras hacía rodar una bola de billar sobre el terciopelo verde de una mesa vacía para entretenerse.

El trío volvió un minuto después. Cuando salieron, Rico se acercó con JoJo y habló a Alex.

—Tengo un primo en Whittier, tío. JoJo dice que es amigo tuyo. Lulu Cisneros, de Temple Street.

La cara de Alex se iluminó con una sonrisa.

—Sí, tío, Lulu es mi colega. Es buena gente.

—¿Cómo le va?

—Le va bien, todo lo bien que te puede ir ahí dentro. Se metió en una pedazo de pelea con Spider Contreras de Eastside-Clover. Una de las peleas más jodidas que he visto nunca. Se soltaron puñetazos cuerpo a cuerpo durante cinco minutos, golpeando desde el hombro. Estaba igualado pero Spider se supone que es un *duque*.

Sonriente y orgulloso, Rico escuchaba la anécdota de valor y dureza.

—¿Cuándo lo sueltan?

—Se presenta ante la Autoridad de Menores en un par de meses... En octubre, creo. Debería salir para navidad.

—Sí, tío, de puta madre. —El chicano le ofreció la mano y Alex la cogió, asintiendo con la cabeza y guiñando un ojo—. Si necesitas algo —continuó Rico—, pásate por aquí. Si no estoy yo, alguno de estos sí que estará y ellos saben dónde encontrarme.

—Gracias, tío —dijo Alex, y después miró a JoJo, que hizo un gesto de «vámonos» con la cabeza.

Al cruzar la puerta, Alex se sentía bien ya que Rico lo había aceptado y, por lo tanto, también sus amigos.

La marihuana estaba en una bolsa de papel grapada.

—Espero que no esté llena de tallos y semillas —comentó JoJo.

—Lo veremos cuando lleguemos adonde vamos.

—Vamos a la playa, ¿te acuerdas? Vamos a pillar algo de beber. La hierba me deja la boca seca.

—Buena idea.

—¿Qué te parece cerveza del tipo *ale*? Es más fuerte que la normal.

—Sí, me parece bien.

Se encontraron a un borrachín apoyado en la puerta de un albergue para indigentes. Por medio dólar (podía comprar vino barato con él) cogió su

dinero, entró en la licorería y salió con dos litros de *ale* y un abridor. Después, cogieron un autobús casi vacío a unos tres kilómetros de la parada de Cabrillo Beach, donde tuvieron que bajar por una acera empinada.

Parte de la playa, a la derecha, daba a mar abierto pero, a la izquierda, la playa se escondía detrás del rompeolas gigante que creaba el vasto puerto de Los Angeles, el puerto más grande del mundo construido por el hombre.

El restaurante de la playa y un pequeño museo oceanográfico se encontraban al final de la calle, cerca de donde el rompeolas separaba el mar del puerto. Allí se concentraba la mayoría de la gente. La playa abierta al mar era pequeña porque los acantilados bajaban hasta el agua a varios metros hacia el norte. Pero la playa dentro del puerto se extendía durante unos tres kilómetros o más, con más de cien metros de anchura, bajo los acantilados del fuerte Douglas McArthur. Nadie se adentraba demasiado en esta playa, o al menos Alex no vio a nadie; la arena besada por las olas no había sido pisada recientemente.

Alex se quitó los zapatos y caminó descalzo sobre la arena dura y húmeda. Al encontrarse tras el rompeolas, no había oleaje real, el agua se limitaba a lamer suavemente la arena dejando expuesto durante la marea baja el pecio del puerto desde la orilla hasta la marca de la marea alta. Los dos muchachos avanzaban sobre la arena y bebían cerveza. Finalmente llegaron al lugar en el que la playa se curvaba bruscamente alejándose de los acantilados. Más adelante, una valla se adentraba en el agua. Al otro lado se extendía una propiedad privada y un puerto deportivo de yates, una línea de muelles flotantes con una miríada de embarcaciones recreativas amarradas juntas, embarcaciones de todo tipo, desde un yate de seis metros hasta un velero a motor de cien metros, aunque los yates más grandes permanecían anclados costa afuera. Otro rompeolas artificial de bloques de granito separaba el puerto deportivo de la inmensidad del puerto.

Bajo los acantilados de más de veinte metros del fuerte, encontraron un emplazamiento armamentístico antiaéreo vacío. El cañón había desaparecido pero allí seguían el foso, las trincheras y los sacos de arena, aunque uno había derramado su interior entre las ranuras de la madera del suelo. Bajaron por una escalera y quedaron resguardados del viento. Era un buen lugar para liar los porros y encontraron un periódico viejo para hacerlo encima.

Vertieron la marihuana, la molieron en la mano y después la extendieron sobre el periódico para separar las semillas del resto. Alex lio los porros utilizando un único papel, ante lo que JoJo frunció el ceño.

—La mayoría de la gente utiliza dos papeles —comentó.

—Eso es porque no saben liar —respondió Alex.

Cuando lo encendieron, Alex aspiró como si fuera un cigarro normal.

—Tío, ¿estás seguro de que has fumado hierba alguna vez? —le preguntó JoJo.

A Alex le ardía la cara.

—¿Quéee? Me has visto liar los porros, ¿qué coño crees?

—Sí, bueno... —JoJo inhaló profundamente para que el humo llegara a lo más profundo de sus pulmones acompañado del sonido habitual de las caladas profundas.

Alex lo observó de forma indirecta pero con atención, así que, cuando le pasó el porro de nuevo, ya sabía qué hacer. Contuvo la tos cuando aquel humo extraño le quemó la garganta y los pulmones. Aguantó el humo y pasó el porro.

Se lo pasaron el uno al otro tres veces y, de repente, Alex sintió la elevación de su mente, de todo su ser, de hecho. En algún lugar de su interior nació una carcajada, absurda pero divertidísima, que salió despedida de su boca JoJo lo acompañó en un gesto comprensivo.

—Vaya, tío —dijo Alex—. ¡Estoy colocado!

Parecía como si las palabras reverberaran, casi visibles.

—Buena hierba, tío —comentó JoJo al soplar el porro de manera que la punta naranja brilló.

La afirmación y el gesto le parecieron extraños, pero magníficos. Todo, de hecho, se veía extraño, más real y menos real al mismo tiempo.

JoJo empinó la botella verde de cerveza y parte del líquido le resbaló por la comisura de los labios al engullir. Terminó, se la pasó a Alex y soltó un eructo grosero y feliz. Alex bebió un largo trago, apuró la botella y la lanzó por el agujero. Se unió a otras botellas y latas en la playa.

Alex no estaba acostumbrado al alcohol y sus efectos, y en poco tiempo estaba realmente colocado por primera vez en su vida. Intentó estudiar cómo se sentía, como si una parte de su mente lo observara con objetividad aunque peleando para que la vorágine no lo arrastrara. Le pesaban los párpados y sus ojos necesitaban descansar. Aun así, lo veía todo más claro, más limpio, nuevo y diferente. Su cuerpo parecía volar y no encontraba palabras para explicarse siquiera a sí mismo cómo se sentía. Era cierto que su percepción se había abierto, con colores más brillantes y reales que antes. Cada sonido tenía un tono único, una cualidad musical que lo extasiaba. De repente, como antes, la necesidad de reírse a carcajadas estalló desde lo más profundo de su

estómago. Contagió a JoJo, así que los dos se rieron con ganas y sin motivo en la playa, bajo la luz menguante del sol de la tarde.

—Tío, esta hierba es muy buena —dijo JoJo.

—Sí, es muy buena.

La modestia les pareció graciosa y llegó otro estallido de risa.

Perdieron la noción del tiempo, pero pronto los pensamientos de Alex empezaron a arrastrarse; la cabeza le daba vueltas y el estómago la imitó. Después llegaron las náuseas. Vomitó sobre las tablas de madera y la tierra. Intentó echar arena encima del desastre pero estaba demasiado dura.

JoJo lo observó, con los ojos vidriosos y una sonrisa en la cara.

Alex se sintió algo mejor después de vomitar y se le redujo un poco el nivel de embriaguez. De hecho, se sentía bien. El miedo inicial a lo desconocido, a lo que le haría la marihuana, había desaparecido. Ahora se dejaba llevar por el subidón y disfrutaba de las sensaciones. Quería ir a algún sitio pero a ningún lugar en concreto.

—Vamos a caminar.

Subieron las escaleras y caminaron sobre la arena dura hacia la zona abarrotada alrededor del restaurante de la playa y del inicio del rompeolas.

La marihuana aumentó su fascinación al observar las cosas. Lo miraba todo con avidez, absorbiendo lo que normalmente le habría pasado desapercibido.

—Dios, míralas —dijo, maravillado al observar la belleza de las gaviotas volando—. Nada vuela con más elegancia.

—Ni se caga sobre más cosas —dijo JoJo; obviamente, el subidón era diferente para él.

En el rompeolas, que se extendía unos cinco kilómetros, varios pescadores observaban el sedal lanzado al lado del puerto. El rompeolas estaba formado por enormes bloques de granito. Se ensanchaba aún más en la base, oculta bajo el agua. Se alzaba en escalones y la parte superior era plana (más o menos), de un metro y medio de ancho. Las olas y la marea subían y caían contra él.

—Vamos a caminar por ahí —sugirió Alex.

—¿Por qué? ¿Qué hay ahí?

—Solo para ver.

—Tío, puedo verlo todo desde aquí.

Alex resopló por la nariz, indignado, y negó con la cabeza. JoJo lo había entendido desde el principio, así que dejó de actuar.

—Vale, ya lo sé —dijo—. Te entiendo pero no quiero ir. Ve tú si quieres y yo iré por allí. —Señaló hacia el edificio largo y bajo de estuco que albergaba el pequeño museo y el restaurante—. Voy a por algo de comer.

La marea se había retirado, así que los primeros treinta metros de rompeolas se extendían por la playa. Alex caminó con cuidado, los bloques de granito no estaban nivelados entre sí y a veces las grietas tenían la anchura suficiente para que se colara un pie. A unos cincuenta metros, las olas empezaron a chocar contra la barrera lanzando espuma y salpicando agua por encima del parapeto antes de retirarse para volver a intentarlo. Lo que de verdad fascinaba a Alex era cómo avanzaban en diagonal, la explosión comenzaba en la lejanía, se iba acercando por el rompeolas hacia él y lo sobrepasaban mientras otro asalto comenzaba a lo lejos. El estruendo y el siseo del agua se mezclaban con los gritos estridentes de las innumerables gaviotas.

A Alex lo invadían sentimientos encontrados. Levantó la vista hacia las nubes arrastradas por el viento y después estudió el mar ondulante a un lado y la suave balsa de aceite al otro. Aunque era joven, había vivido y leído mucho y ahora se percataba de la metáfora de la vida en el mar, el puerto y el rompeolas, y supo que quería vivir en el mar bravo, no en el puerto contaminado. También supo que su destino era ser un proscrito, un criminal. De hecho, ya lo habían marcado, por dentro y por fuera. Demasiado tarde para volver atrás. De forma extraña, aquel reconocimiento le hizo sentirse libre, bien consigo mismo. Se echó a reír; el rugido del mar ahogó el sonido de su carcajada.

Cuando volvió hacia la orilla, JoJo lo esperaba al inicio del rompeolas.

—Joder, pensaba que te habías caído y ahogado —comentó JoJo—. ¿Listo para volver a casa?

—No lo sé. ¿Cuándo vuelve tu hermana?

—Te gusta Teresa, ¿eh?

—Tío, está... Joder.

—Sí, supongo. Todo el mundo lo dice. Pero yo no puedo ver a mi hermana así, ¿me entiendes?

—Sí, ya.

—A ver, creo que se echó un novio nuevo mientras yo estaba en Whittier. La oí hablarle de él a Lisa cuando me visitaron. Es como nosotros, anda metido en líos, y creo que tiene dieciséis o diecisiete.

Alex no dijo nada. Lo más extraño de todo era que apenas conocía a Teresa y nada más allá de su atractivo le había inducido a fantasear y a especular ligeramente.

JoJo volvió a casa por un camino diferente; permanecieron cerca del puerto, atajando a través de recintos de fábricas de conservas y de muelles donde echaban amarras los barcos pesqueros. Al otro lado de un canal, se encontraba Terminal Island con numerosos barcos grandes atracados en el dique seco.

—Tío, el año pasado iba allí a vender periódicos. Una vez, llegó un transporte de tropas. Yo era casi el único que estaba en el puerto. Toda una división de soldados esperaba en la barandilla. Uno quiso un periódico, así que se lo tiré y él me lanzó medio dólar. Después, todos empezaron a lanzar dinero para que les tirara los periódicos. Solo tenía treinta y cinco pero acabé con más de veinte pavos.

Al final se alejaron del puerto en dirección al grupo de casas asentadas a los lados de las colinas que se elevaban a unos cinco kilómetros. En medio se extendía una zona sin desarrollar y los caminos en ocasiones eran de tierra. El terreno estaba dividido prácticamente en parcelas vacías, cubiertas de maleza y basura. Pero, al llegar a una zona de poca altura, se toparon con una valla metálica que rodeaba varias hectáreas. Dentro de la zona vallada, había enormes balsas salvavidas grises enganchadas a bidones de flotación y a maderos. Cada carguero y cada buque cisterna llevaba varias de aquellas durante la guerra, aumentando así el número de botes salvavidas. Ahora sobraban.

—Esto es nuevo. No lo había visto nunca.

—¿Entramos a ver qué es qué?

La valla era baja para dos ágiles jóvenes y no había vigilancia en la zona. La curiosidad y las ganas de vivir aventuras les llevaron adentro en segundos. Las enormes balsas se apilaban unas encima de otras. Subieron a la cima de uno de los montones para ver qué había dentro. Encontraron compartimentos de almacenamiento con paquetes impermeables de raciones de emergencia, raciones de comida preparada, chocolate y diminutos paquetes de tabaco y cerillas. Se habían llevado los medicamentos, las pistolas de bengalas y otros artículos de valor.

También encontraron tintes para el agua y tres grandes latas grises con anillas como las granadas de mano con grabados a los lados. Eran bombas de humo naranjas para lanzar por la borda al mar cuando un barco se acercaba

por el horizonte. Se llevaron dos de las latas, simplemente por hacer algo, y saltaron de nuevo la valla.

A un kilómetro, entre la maleza junto a unas vías del tren, Alex dejó una lata, tiró de la anilla y saltó rápidamente hacia atrás. Al principio, chisporroteó por dentro y después el humo naranja extremadamente brillante empezó a manar. Empezó a salir despacio pero enseguida ganó fuerza y densidad. En treinta segundos, se elevó como un géiser a diez metros de altura. La lata comenzó a dar vueltas con la fuerza de lo que fuera que ocurría en su interior. Al girar, el humo salía más espeso. Tampoco se dispersaba al elevarse, ahora ya a veinte metros.

—¡Joder! —exclamó JoJo—. Esa puta lata sí que sabe sacar humo.

—Y huele a mierda.

De hecho, una ráfaga de aire le acercó el humo acre y abrasador a Alex, obligándolo a apartarse.

Escucharon una sirena. El grito aumentó rápidamente. Sabían que venían hacia el humo naranja. Daba igual que fuera la policía o los bomberos. Tanto unos como otros los detendrían si los encontraban. Corrieron, Alex llevaba la otra lata de humo bajo el brazo, como una pelota de fútbol americano. Subieron una colina, giraron una esquina y disminuyeron la velocidad al llegar a un callejón. La sirena se apagó indicando que había llegado a la fuente del humo. Los chicos miraban a sus espaldas cada pocos pasos, por si acaso, fijándose también en el humo naranja que seguía suspendido en el aire.

—Tírala —dijo JoJo refiriéndose a la lata—. Si pasan por aquí y nos ven con eso...

—No van a hacer eso. Me la voy a quedar. Tengo una idea.

—¿Qué idea?

—Espera hasta que lleguemos a casa. Luego te lo cuento.

A la mañana siguiente, encontraron el supermercado que buscaban, no demasiado grande pero tampoco la típica tienda familiar de la esquina. Este tenía dos cajas registradoras (solo una funcionando) y cuatro empleados de servicio. Era un día cálido y nebuloso, observaron el supermercado hasta la tarde; entraron en un par de ocasiones a comprar Dr. Pepper y se los bebieron junto a la caja.

Justo antes de la hora de cerrar, volvieron con la lata de humo naranja metida en una bolsa de papel. Se detuvieron en la esquina del edificio.

—¿Y si preguntan qué hay en la bolsa? —preguntó JoJo, nervioso.

—¿Y qué? Se lo enseñamos y no hacemos nada. Volveremos y buscaremos otro sitio. No es como si llevaras un arma. No sabrán qué estamos pensando. ¿Vale?

—Sí, vale, suena bien, pero...

—Pero nada. Entra antes de que te cagues del todo.

Alex le dio un abrazo y un empujón. JoJo suspiró, giró la esquina y entró en el supermercado. La chica tras la caja registradora levantó la vista un segundo y volvió a su periódico. Un reponedor con delantal que colocaba latas en una estantería ni siquiera lo miró. JoJo avanzó por un pasillo y después volvió por el pasillo vacío más cercano a las cajas. Temblaba al abrir la bolsa y tirar de la anilla. Dejó la bolsa en el suelo, tan rápido que casi se le cayó, y corrió hacia la parte de atrás. Llegó al final del pasillo cuando comenzó el silbido seguido del chisporroteo antes de que el humo naranja erupcionara. Igual que el día anterior, comenzó despacio, pero con cada segundo que pasaba el humo aumentaba. Llegó al techo y empezó a extenderse rápidamente cuando se oyó el primer grito.

—¡Ey! ¿Qué es eso? —El miedo de la voz rozaba el pánico.

—¡Dios mío! —exclamó la chica.

En ese momento, Alex entró y se hizo a un lado. Nadie lo vio porque todos observaban el humo, asustados pero sin saber a qué se enfrentaban.

—¡GAS! —gritó JoJo desde el fondo—. ¡ES GAS MOSTAZA!

El grito actuó como catalizador. Echaron a correr hacia la puerta principal, la cajera saltó por encima del mostrador, sin dignidad pero dando muestra de una impresionante agilidad. El pánico los impulsaba a actuar.

En otros diez segundos, toda la tienda se llenó de humo naranja que se vertió por la puerta.

Alex se puso un pañuelo húmedo sobre la nariz y la boca. Se encontraba a escasos metros del mostrador, lo rodeó y alcanzó la caja. Respiró, los pulmones le quemaban. Golpeó los botones. El cajón se abrió y se metió el contenido en los bolsillos, primero el papel y después algunas monedas. Tuvo que respirar de nuevo, esta vez fue peor. Se tumbó bocabajo. Quedaba algo de aire limpio a pocos centímetros del suelo.

Avanzó a ciegas y dando traspiés hacia la puerta principal, tropezó con un estante de cereales y lo tiró. El pánico se esforzaba por controlarle, el terror profundo de ser incapaz de respirar. Entonces, vio el resplandor que indicaba la puerta. Salió de golpe a la luz.

La multitud crecía rápidamente y ya se había reunido un grupo de más de veinte personas, entre transeúntes y empleados de tiendas adyacentes.

JoJo estaba en primera fila. Cogió a Alex del brazo y lo apartó de un tirón de una mujer preocupada que no paraba de cacarear: «¿Estás bien? ¿Estás bien?».

A Alex aún le ardían los pulmones pero seguía avanzando mientras asentía y afirmaba que se encontraba bien. Él y JoJo se cruzaron con gente que se acercaba hacia el humo. En cuanto giraron la esquina, Alex se echó a reír. Se sentía estupendamente.

De vuelta en casa de JoJo, se encerraron en la habitación y Alex colocó el dinero que se había llevado sobre la cama. Había trescientos noventa dólares, un buen botín para dos muchachos.

Capítulo 17

Al día siguiente, Alex y JoJo salieron a comprar ropa. JoJo se compró solo una cosa, un *blazer* color hueso jaspeado de tweed rojo y sin cuello. Ese tipo de cárdigan estaba de moda aquella temporada, al menos en su entorno. Tenía unas hombreras enormes y se estrechaba cada vez más hacia los dedos. Alex se compró la misma chaqueta en azul claro. También se compró otras cosas. Extendieron los paquetes sobre la cama deshecha de JoJo, algunos abiertos, otros a la espera. Alex se sentía bien al tener ropa nueva y a la última, y aún le quedaban unos setenta dólares del botín del golpe con la bomba de humo. La noche anterior, JoJo y él llevaron a Teresa y a una de sus amigas, mitad chicana mitad italiana, a un cine en el que su grupo pasaba el rato en la platea izquierda. Cuando JoJo se puso a besuquearse con la amiga, Teresa dejó que Alex la rodeara con el brazo, pero no mostró señales de que pudiera ir más allá en términos de intimidad. Así que permaneció allí sentado y quieto y los músculos empezaron a dolerle pasado un rato, pero se negaba a moverse. Era la primera vez que estaba con una chica desde que la pubertad le hizo sentirse diferente con respecto a ellas. La suavidad de Teresa, su perfume y sus fantasías a medio formar le provocaron una erección, pero luchó contra ese modo de expresar su deseo. Lo aterrorizaba que ella se diera cuenta de cómo le abultaban los pantalones. Estaba seguro de que nunca llegaría tan lejos, una chica digna de amar nunca lo haría, o eso pensaba a los trece. Su sueño principal en ese momento era besarla, algo que tampoco había hecho nunca. Pero ella no le dio ninguna oportunidad, así que se contentó con la calidez de su hombro bajo el contacto de su mano. Sabía que se mantenía fiel a su novio fijo, Wedo, que aún no había aparecido ni dado señales de vida. Resultaba obvio que Teresa estaba enfadada con él, o preocupada por él; su actitud varió durante el día. Cuando salieron a por hamburguesas y batidos después de la película, ya se había olvidado de Wedo durante un rato. Era una chica que brillaba cuando estaba feliz.

Después, a Alex le costó dormirse. Teresa se colaba en sus pensamientos, amplificada por los suaves sonidos ocasionales que escuchaba en la habitación adyacente, especialmente por la música del pinchadiscos, encargado de pinchar durante toda la noche, y especializado en baladas románticas de la época: «Sentimental Journey», «Four Sentimental Reasons» y «To Each His Own».

El sueño llegó tarde así que se despertó tarde, cuando Teresa ya se había marchado a clase. Había sido idea de JoJo comprar ropa. Alex estaba desempaquetando lo que había comprado cuando un ruido inusual les llegó a través de las escaleras. Escuchaban voces pero no podían descifrar las palabras. En una ocasión, la carcajada de Lorraine les llegó con claridad.

—Creo que es Wedo —dijo JoJo un par de minutos después.

—No es la policía, si lo fuera no se estaría riendo, ¿no?

—No creo. Voy a ver.

Mientras los pies de JoJo traqueteaban por las escaleras de madera, Alex reconoció la dolorosa sensación de los celos. En su corta vida había envidiado las cosas que otros tenían, pero nada se comparaba a aquella sensación de dolor e ira.

Terminó de desempaquetar la ropa y metió el papel marrón en la papelera. Dejó la ropa sobre la cama, en una pila ordenada. Se encendió un cigarro y se asomó a la ventana.

El cigarro casi se había consumido cuando Alex escuchó pasos en las escaleras. Se dio la vuelta. Wedo iba primero, seguido de JoJo.

—Ey, tío, tú eres Alex, ¿*que no?* Soy Wedo.

Le tendió la mano y Alex se la estrechó, sorprendido por el gesto. La mayoría de los chicos que conocía se limitaban a hacer un gesto con la cabeza cuando se presentaban.

—Así que os habéis largado de Whittier. De puta madre, tío. Que les den por culo. —Acto seguido, se dirigió a JoJo—: ¿Cuándo vuelve mi chica?

—Sale de clase a las tres y cuarto. Llamaremos al Kit Kat para que no se quede por allí después de clase.

—Sí, guay —dijo Wedo—. Oye, ¿tienes c-c-calzetines limpios? Los pies me huelen... ¡Uf! —Se tapó la nariz para ilustrar sus palabras.

JoJo sacó calcetines de un cajón de la cómoda y, mientras Wedo se los ponía y contaba su historia, Alex observaba al recién llegado, fascinado. Los celos iniciales desaparecieron. Wedo le cayó bien inmediatamente.

—Sí —dijo Wedo mientras deslizaba un dedo entre los dedos del pie antes de enfundarse los calcetines—. La puta pasma nos paró en Soto y

Marengo. ¡Pinches hijos de puta! Solo porque íbamos cinco *vatos* en la *ranfla*. A cinco chicos ricos blanquitos no los habrían jodido en un distrito alto, ¿*verdá*? Encontraron ocho porros al lado del coche, no dentro. Los putos maricas no se los podían colgar a nadie, así que nos dieron una paliza, a uno detrás de otro, tres o cuatro contra uno. No tenían nada que cargarnos excepto ir borracho a uno y alteración del orden a otro. Les dije a los *putos* que tenía dieciocho, así que me llevaron al juzgado municipal. El juez me echó cinco días y los putos polis me tiraron a la celda de borrachos de Lincoln Heights, llena de maricas borrachos con *delirium tremens* y esa mierda. Algunos hasta estaban llorando...

—Vaya mierda —comentó JoJo.

—¿Y si les hubiera dicho mi edad de verdad, diecisiete? ¡Joooder! Me habrían metido en el reformatorio seis semanas antes de ver a un juez. —Wedo se estiró el cuello de la camisa, agachó la cabeza y metió la nariz—. ¡Uuf! —exclamó—. Tengo que ir a casa a darme una ducha y ponerme ropa limpia.

—Puedes ducharte aquí.

—Nah, *ese*. Hank tiene el coche fuera. Y mi madre tiene que estar como loca. —Wedo se rio como si estuviera imaginándose a la mujer, histérica—. Tengo que ir a decirle que estoy bien. Solo quería ver a Teresa, pero no está. Cuéntale lo que ha pasado, toda esa mierda. Le daré un toque después... O igual vuelvo.

Alex había observado y escuchado con atención. Wedo hablaba rápido, con un leve tartamudeo ocasional y mucha emoción, y con alguna que otra palabra de mexicano *pachuco*. ¿Le costaba el inglés? No parecía mexicano. Wedo significaba «de piel clara», pero Wedo no tenía rasgos indios, y todos los mexicanos tienen algún antepasado indio. Los rasgos de Wedo eran finos y angulosos, colocados en una cabeza estrecha. Lucía la omnipresente cola de pato, aunque ahora mechones de pelo sobresalían por un lado y por otro, en la celda no había gomina disponible. Llevaba la ropa sucia y mostraba la sombra de una barba incipiente. Estaba flaco, pero era puro músculo.

La bocina de un automóvil baló desde la parte delantera de la casa.

—Es Hank, con los huevos bien hinchados. Tengo que irme. ¿Por qué no os venís, *vatos*? Daremos una vuelta y haremos el capullo un rato...

JoJo negó con la cabeza.

—Nah, tío. Tengo que quedarme y hacer algo.

—¿Y tú qué, Alex? —preguntó Wedo—. ¿Quieres venirte a hacer el capullo?

La invitación lo cogió totalmente por sorpresa y respondió por puro impulso.

—Sí, me apunto a lo que sea.

—Vale, pues vámonos, tío. Luego volvemos por aquí.

Mientras seguía a Wedo por la acera hacia el coche, a Alex lo invadía la emoción de la aventura. El coche era un Ford negro del 39 descapotable retocado según la moda. Habían cortado los parabrisas y la lona de la capota para que el techo quedara muy bajo. Nadie mencionaba la poca visibilidad, lo que importaba era el aspecto. «Era un coche impecable», pensó Alex; la carrocería negra brillaba después de muchas capas de pintura y cera. Las ruedas llevaban tapacubos cromados. Era la primera vez que Alex iba en el coche de un igual y se sentía bien. Aquello indicaba que estaba madurando, el camino hacia una mayor experiencia y libertad de elección.

Hank era corpulento y moreno. Asintió tras la presentación mientras Alex se deslizaba a su lado y tomaba asiento entre Hank y Wedo.

—¿Adónde vamos, tío? —preguntó Hank—. No puedo estar por ahí mucho rato. Debería estar trabajando y eso. Pagar este coche me tiene pillado.

—Pues... Joder, ve al Metropolitan. Conozco a unas cuantas tías buenas por ahí del oeste y debería pasarme a ver.

A Alex no le importaba adonde Rieran. Se sentía gloriosamente adulto. Se recostó y devoró el paisaje de la ciudad. Las calles sucias de Los Angeles Este le parecían preciosas. A diferencia de los barrios bajos de otras ciudades, donde los pobres se hacinaban en casas de vecinos como sardinas en lata, en Los Angeles podían vivir perfectamente en un bungalow o en un dúplex y, por muy destartado que estuviera, todos disfrutaban del sol y de una palmera enfrente, en la calle.

A Alex le gustaba cómo las adolescentes se comían el coche con los ojos. Wedo flirteó con dos que esperaban el autobús y se ofreció a llevarlas. Se rieron pero rechazaron la oferta. Hank ni siquiera miró y, cuando el semáforo se puso en verde, soltó el embrague y pisó el acelerador. Hablaba poco y Alex se hacía preguntas sobre él. Parecía tener dieciocho, con la sombra oscura de una barba espesa. Conducía rápido, aceleraba de golpe tras cada parada y frenaba del mismo modo en cada semáforo rojo. Alex se mantenía alerta pero también disfrutaba de un poco de emociones fuertes.

Mientras cruzaban la ciudad, Alex supo que el Metropolitan era un instituto especial. Sus estudiantes acudían solo cuatro horas a la semana y

tenían permisos para trabajar el resto del tiempo. Wedo tenía permiso pero no trabajo. Se suponía que debía ir a clase seis horas a la semana, pero en raras ocasiones llegaba a las seis horas al mes. De hecho, no había acudido a una clase real durante medio semestre, y dadas las circunstancias la junta educativa no podía obligarle. Su madre ni siquiera entendía los papeles que le enviaban.

—Wedo, tío —dijo Hank al girar en la última manzana—. Voy a tener que dejaros aquí. Tengo que ir a trabajar.

—¿Dónde trabajas? —preguntó Alex.

—En el *Examiner* —respondió Wedo—. Lleva pruebas de los anuncios de productos por los centros comerciales para que les den el ok.

—El trabajo suena bien —comentó Alex, con sinceridad.

Durante un momento se imaginó teniendo un coche como aquel y un trabajo similar. Era todo lo que quería para cambiar su vida.

—Normalmente no hago la ronda hasta más tarde, pero estos son para el periódico del domingo y lo cierran pronto.

—Vale, tío —dijo Wedo—. No quiero entretenerte, *ese*. Podemos pasarnos más tarde, ¿*que no?*

—Claro, ya has estado allí otras veces.

—Sí. —Wedo se dirigió a Alex—: Hank me consiguió una foto de John Dillinger, una de esas grandes y brillantes. —Colocó las manos para recrear la forma de una foto de trescientos por trescientos setenta—. Menuda pinta de pringao tiene Dillinger, con el pelo corto y la raya... Llevaba un vestido igual de paleta, con corbata.

—Era una época diferente —comentó Alex—. El estilo cambia, tío. Hace un par de años todo el mundo llevaba chaquetas largas y ahora se llevan cortas.

—Sí, es verdad. No lo había pensado.

Hank paró junto al bordillo al lado del edificio de ladrillo donde se encontraba la dirección del centro. Alex y Wedo bajaron y el Ford personalizado se alejó haciendo chirriar los neumáticos.

—Espera aquí —le dijo Wedo—. Vuelvo en diez minutos. Después podemos ir a mi casa para que me cambie. ¿Te parece bien?

—Sí, vale.

Wedo desapareció detrás de las altas puertas y Alex holgazaneó en la acera. Wedo le caía muy bien, parecía inteligente y seguro de sí mismo, y también le caía bien Hank. Se sentía bien siendo libre, lejos de las instituciones, capaz de hacer lo que quisiera. Además, jóvenes varios años

mayores que él lo aceptaban. Eran casi adultos. Nunca permitiría que supieran su verdadera edad, no mediante sus palabras o sus acciones. Se haría respetar siguiendo sus propios estándares.

Los quince minutos se convirtieron en media hora y Wedo seguía sin aparecer. Alex empezaba a inquietarse. Sentía que llamaba la atención en la acera vacía, y se asustó cuando un coche patrulla blanco y negro pasó por delante de él y el pasajero de uniforme lo observó. Estaba seguro de que se habrían parado a preguntarle por qué no estaba en clase, solo que estaba delante de una escuela. La policía sospechaba de los muchachos con el pelo largo y peinado con cola de pato.

Sin embargo, un minuto después sonó el timbre y en segundos las puertas se abrieron de par en par y una multitud se derramó a la calle, ocultándolo. Pasaban coches llenos de estudiantes. El Metropolitan era la única escuela de este tipo en el distrito educativo de Los Angeles. Sus estudiantes venían de todas partes y conformaban un conjunto políglota. Nadie le dedicó más de una mirada rápida al chico apoyado contra la pared. Wedo salió junto a la multitud. Negaba con la cabeza a modo de disculpa mientras se acercaba.

—*Carnal*, lo siento. Esa maldita *ruka* me ha hecho ir a clase.

Alex se apartó de la pared, listo para marcharse. Wedo levantó una mano para que se detuviera.

—Espera, tío. Hay una tía buena *gabacha* que sale en unos minutos. Quiero intentarlo.

Así que esperaron. Alex copió la pose de Wedo y apoyó una pierna en la pared mientras sujetaba un cigarro y hacía comentarios sobre las chicas que pasaban.

—¿De dónde eres? —le preguntó Wedo.

—De aquí, de Los Angeles.

—¿De qué barrio?

—No sé. Joder... He estado en un montón de casas de acogida y escuelas militares. Sobre todo en el Valle y en Hollywood.

—¿Tu gente tiene pasta o algo?

—Qué va. Soy... huérfano.

Era la primera vez que decía la palabra de forma consciente, y al hacerlo sintió algo doloroso que rechazó al instante. Para Wedo no tenía ningún significado especial. Se limitó a asentir.

—¿Cuánto tiempo llevas encerrado?

—Unos dos años.

Wedo silbó en silencio.

—Le disparé a un tío durante un robo.

Ahora Wedo abrió los ojos de par en par y ladeó la cabeza. Su mundo admiraba la violencia. Alex había demostrado ser muy violento según los estándares de ese mundo.

—¿Lo mataste?

—No, solo lo jodí bien.

Wedo asintió despacio, saboreando la información y pensando en preguntarle a JoJo si era cierto. Muchos delincuentes fanfarroneaban sobre los duros que eran.

—Te preguntaba si eras de algún barrio porque podrías meterte en el equivocado y que te hicieran daño. Los *vatos* de Maravilla están contra los de White Fence, y Temple Street está en guerra con Alpine y Third Street.

Alex asintió, aunque ya sabía todo aquello por el correccional. De repente, Wedo avanzó hacia una chica pálida con coleta, calcetines bajos y zapatos de montar. Se sonrojó mientras la arrinconaba, a cierta distancia. Ella dio con la espalda en la pared y Wedo se inclinó sobre ella, con una mano en la pared y la cara bien cerca de la chica. Era una posición de captura y dominación. La chica era corpulenta, sería gorda a los treinta. Tenía unos pechos precozmente hinchados encerrados en un sujetador dentro de un jersey azul ajustado. Alex se imaginó qué aspecto tendrían (su visión no encajaba con lo que sería la realidad) y cómo se sentirían contra su pecho. Se mareó.

Observaba con avidez, preguntándose si algún día llegaría a mostrar la mitad de confianza y tranquilidad hacia las chicas. Al final, Wedo acercó su boca a la oreja de la chica, le susurró algo y le tocó una teta. Ella lo apartó y levantó una mano, simulando que estaba lista para soltarle una bofetada. Él se dio la vuelta, riéndose, ella también sonreía. Caminaba con el estilo de la calle, exagerado porque tenía el pie derecho girado ligeramente hacia adentro. Le añadía rebote a su caminar.

—Lo siento, tío, pero es que sus tetas son... —Resopló para acentuar sus palabras—. Además, folla. Le gusta. Igual vamos a su casa esta noche. Sus padres casi nunca están. —Echó a caminar hacia la acera con Alex a su lado—. Vivo a unas seis manzanas. Podemos esperar el autobús o caminar.

—Vamos andando.

El vecindario estaba compuesto prácticamente por almacenes de ladrillo y fábricas de ropa u otra industria ligera. De vez en cuando, alguna casa de madera gris descolorido aparecía entre los comercios con una valla de madera combada, un patio de tierra y plantas metidas en latas en la verja del porche.

En la ventana de una de esas casas había tres banderas pequeñas con estrellas. Una tenía una estrella azul, las otras dos, doradas. Wedo las señaló.

—Ahí vivía un *camarada* mío. A su hermano mayor lo mataron en Guadalcanal así que Ralphie mintió y se alistó. Lo mataron en Iwo Jima. Su madre se volvió loca. Yo pensaba en alistarme en la División 82 de Paracaidistas pero... —Se detuvo.

—¿Pero qué? ¿Tu familia no firmaba?

—Solo tengo a mi madre y firmaría todo lo que le llevara. Pero no sé leer muy bien. —Pronunció el final de la frase en voz baja.

Cuando pasaron por delante de la iglesia católica del barrio, Wedo se santiguó.

—No merece la pena arriesgarse.

Wedo vivía con su madre en una habitación en un edificio de tres plantas que parecía no haber recibido nunca una capa de pintura. El suelo de madera desnuda era de color marrón oscuro, mal construido hacía cuarenta años. La entrada apestaba a orina y desinfectante y, escaleras arriba, los pasillos apestaban a olores de cocina impregnados en las paredes.

Cuando Wedo abrió la puerta de la habitación, un hedor asaltó a Alex y le revolvió el estómago. No habría sido tan desagradable de ser menos intenso. Procedía de un altar casero que cubría una cómoda y media pared. Dominado por un crucifijo, el retablo estaba abarrotado de iconos, santos de yeso, fotos de la Virgen y numerosas velas. El hedor lo producían años de incienso y velas. Alex casi sintió náuseas, pero Wedo no se percató.

—¿Dónde está el baño? —preguntó Alex, que necesitaba una oportunidad para abrir una ventana y prepararse para aquella horrible situación.

—Al final del pasillo a la derecha —dijo Wedo—. La última puerta. Toma. —Cogió una llave de una mesita y se la pasó—. Tenemos que cerrarlo o se cuelan a dormir los borrachos.

Alex se tomó su tiempo en el baño. Cuando volvió, Wedo se había cambiado de ropa. El estilo era el mismo pero esta ropa estaba limpia. No solo limpia, estaba planchada, impecable. Sus camisas no esperaban dobladas en cajones, colgaban en perchas y tenían un pliegue perfecto en la espalda. Se abrochó la camisa granate hasta el último botón pero sin corbata. Por encima se puso una chaqueta Eisenhower sin los galones, teñida de negro, y también impecablemente planchada.

—Tío, mira —dijo Wedo—. Mi madre estará preocupada. La conozco. Ahora está en la iglesia, va tres veces al día a visitar a su Jesús. Esperaba que

estuviera aquí pero tengo que dejarle una nota. Pero no escribo muy bien. Hace una semana que no estoy. ¡Hazlo por mí, *carnal!*

—Dame papel y lápiz.

Afilaron el lápiz con una cuchilla usada. Para el papel utilizaron la parte de atrás de un folleto informativo. En la nota no se mencionaba la cárcel, simplemente comentaba que estaba bien, que se pasaría luego por casa y que no se preocupara.

—Es una tontería decirle que no se preocupe —comentó Alex.

—Ya lo sé, pero qué coño. Tengo que decirlo, igual que ella tiene que hacerlo.

Wedo cogió el lápiz y firmó con filigranas y florituras. Era más que una simple firma. Aunque tenía letras, su origen se basaba más bien en una «marca».

La oscuridad reinaba en los cañones más bajos entre los edificios, aunque los parapetos aún reflejaban el sol descendiente.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Wedo. Estaban en la acera.

—No lo sé. Voy contigo.

—¿Tienes *hondo*?

—¿Qué es eso?

—Dinero, pasta, guita, viruta. Toda esa mierda.

—Sí, unos setenta pavos.

—Joder. ¿Has robado un banco o qué?

—No, un supermercado.

Alex le contó la historia de la lata de humo naranja. Cuando terminó, se dio cuenta de que los edificios allí eran más altos.

—¿Adónde vamos?

—A ver si Hank está ocupado. Podemos coger su coche de todas formas. Bebemos oporto blanco, fumamos algo de *yeska* y recogemos a un par de hermanas que conozco, dos chicanas de piernas gordas. Bueno, son mestizas. Su viejo entrena luchadores.

El ancho edificio que albergaba el *Examiner* y el *Herald-Express* de Hearst estaba cerca y se encaminaron hacia allí. Por el camino, Wedo señaló un almacén de muebles que había robado entrando por el tragaluz. Alumbró la oficina con la linterna y después se descolgó por el tragaluz y se dejó caer. Sin embargo, no se dio cuenta de que la oficina estaba rodeada de cristal. Lo atravesó y aterrizó asustado bajo una lluvia de cristal. Un fragmento le cortó en la pierna. Consiguió escapar pero le quedó el pie derecho ligeramente torcido hacia dentro, y por eso tenía ese andar particular.

Wedo conocía el camino de entrada por la parte de atrás del edificio del periódico. Alex esperó en una escalera hasta que Wedo volvió, negando con la cabeza. Hank había salido en su ronda y estaría fuera alrededor de una hora.

—A la mierda —dijo Wedo—. Vamos a hacer el capullo por Main Street un par de horas. Vamos a ver a los fruteros y a las tías que hacen la calle. Podemos volver después.

—Eso suena bien, tío.

Quince minutos después, estaban en Sixth con Main, donde los neones eran estridentes y la música se desbordaba a través de las puertas abiertas de las coctelerías con el suelo cubierto de serrín. Parte de la música era mexicana, llena de guitarras, voces escandalosas y tristeza; otra *rhythm and blues*, otra era *country* y *western*, y otra música popular de la época, Jo Stafford y Frankie Laine. Las aceras rebosaban de militares, putas y homosexuales, rodeados de todos aquellos que se aprovechaban de ellos. Los olores acres de los puestos de perritos calientes se mezclaban con la música. Alex inhaló las vistas y los sonidos de la cruda vida que se acumulaba bajo los carteles de neón multicolores. Quería ver las fotos de las strippers fuera del Burbank Theater, el local de *burlesque* de Los Angeles, pero Wedo siguió avanzando y Alex lo siguió. Un negro vestido con un delantal en un puesto de limpieza de zapatos saludó a Wedo por su nombre y le sonrió, dejando a la vista unas paletas de oro macizo. Sus propios zapatos se veían caros, y un momento después Alex vio por qué. El limpiabotas deslizó algo en la palma de Wedo y luego este le pidió cinco dólares a Alex.

—He pillado unos porros y unas pastis. ¿Has tomado pastillas alguna vez?

—Solo una —mintió Alex, seguro de que se refería a anfetaminas.

En el siguiente puesto de perritos calientes, compartieron una bebida de naranja para tomarse las pastillas marcadas con una X. Alex escondió su miedo mientras esperaba a sentir lo que se le avecinaba.

—Ya sé qué podemos hacer —dijo Wedo—. Vamos a ver a un *camarada* mío. Es un viejo *vato* de unos cuarenta. Ha estado dos veces en la cárcel. Él y su parienta viven en un hotel cerca de Angel's Flight. ¿Te apetece?

Como con todo lo relacionado con Wedo hasta el momento, Alex asintió sin dudarle un segundo. Recorrieron algunas manzanas más, fuera de la zona más subida de tono, a través de un distrito financiero totalmente iluminado y después subieron por un callejón inclinado en una zona llena de sórdidos hoteles. Wedo entró por una puerta lateral y subió por las escaleras de atrás, seguido por Alex. La moqueta del vestíbulo estaba totalmente desgastada; una

de las dos bombillas desnudas se había fundido. Wedo avanzó en silencio a pesar de las tapas de metal de sus zapatos. Más que llamar a la puerta, la arañó con suavidad. Alex sabía que llamar fuerte alteraría a los que estuvieran en el interior. Esperaba que un hombre con una funda de pistola al hombro abriera ligeramente la puerta, pero fue una treintañera demacrada quien se asomó. Llevaba un vestido barato de algodón y un niño pequeño con la cara sucia le tiraba del dobladillo. En un rincón, un bebé gorjeaba con su biberón en un cajón de cómoda convertido en cuna. El baño se veía a través de una puerta abierta; al lado de la puerta, había una mesa con pan, huevos, comida enlatada y un hornillo eléctrico.

—Hola, Alice, guapa —dijo Wedo al darle un abrazo a la mujer y un beso en la mejilla—. ¿Dónde está el viejo?

—¿Charlie? Dios sabrá —respondió con una pizca de amargura en la voz—. Se largó hace un par de horas y dijo que volvía enseguida. Probablemente estará esperando al contacto.

—Joder, Alice, ¿está otra vez metido con esa mierda?

Ella asintió y soltó una risita.

—Estamos en este hotel de mala muerte con dos niños. Yo me parto el culo haciendo la calle y él está otra vez jodiendo con la aguja. Te juro...

—Pero es tu viejo, nena.

—No quiero hablar del tema, sobre todo delante de desconocidos. ¿Quién es el chico?

—Mi colega Alex. No te importa que esperemos, ¿no?

—No. Hacedos un hueco y poneos cómodos. Sentaos en la cama si queréis.

Avanzó hacia el baño y recogió ropa de encima de la cama, obviamente con intención de ponérsela.

—Solo tengo un poco de vino, si queréis tomar algo. Está ahí.

Se sirvieron un vaso (solo encontraron uno) de vino blanco del tiempo para compartir y se sentaron al borde de la cama plegable a esperar a Charlie. Durante la espera, las pastillas de Bensedrina explotaron y enviaron energía eléctrica por el cuerpo y el cerebro de Alex. No era como estar borracho o colocado de marihuana, pero sin duda era un «subidón». Se sentía más vivo que nunca antes en su vida. Los pensamientos lo asaltaban sin orden, pero limpios y precisos. Quería hablar como una cotorra, pero Wedo obviamente sentía lo mismo y se le adelantó. El tartamudeo ocasional y la jerga callejera mexicana intercalada prácticamente desaparecieron. En las zonas bajas, los *barrios* y los guetos, y aún más en el reformatorio, saber pelear, poder zurrar de lo lindo a alguien, era una cualidad muy valorada. Las conversaciones a

menudo giraban en torno a la violencia. Alex ahora tenía sus propias historias de peleas y de puñetazos furtivos que contar, pero nunca había escuchado a nadie como Wedo, que aparentemente era el «cabrón más malo», según sus historias. Ahora estaba enfadado con alguien llamado Don, pero no dijo el motivo. Se encendió más aún mientras hablaba, como si su propia voz y la Benzedrina avivaran su furia.

—Patearé el culo de ese cabrón. ¡Marica chupapollas!

Comparó lo que le haría con otras hazañas del pasado, describiendo con todo lujo de detalles cómo le había dado un puñetazo a un tío o pisoteado a otro. Al principio, Alex escuchó sin rechistar pero, veinte minutos después, cuando se había acumulado espuma en las comisuras de los labios de Wedo, Alex sintió que aquello era demasiado extremo. Alex no consiguió interpretar aquello, pero se preguntaba si le ocurría algo malo a su amigo en ese aspecto en particular. Wedo parecía obsesionado con convencer al mundo de lo duro que era. Alex se dio cuenta de que su atención se desvió al niño de cara sucia, que jugaba con un camión de juguete sobre la moqueta.

La llamada en la puerta sonó casi igual que la de Wedo, como un suave arañazo seguido de la voz de Charlie que llamaba a Alice.

Wedo abrió la puerta y Charlie entró rápidamente seguido de un hombre negro, alto y de piel clara, enfundado en un chubasquero y con el pelo tratado. Charlie tenía los huesos pequeños, con la nariz aguileña y los ojos furtivos. Arrastró la voz ronca cuando le presentaron a Alex. Wedo se encontró con la mirada de Alex y le guiñó un ojo.

Ahora, la habitación de hotel estaba atestada. El negro, presentado como «Dog» Collins, se sentó en una silla de respaldo rígido cerca de la puerta, y momentos después su cabeza se había hundido sobre el pecho. El cigarro se le cayó de la mano al suelo. Charlie lo recogió y lo apagó.

—Hola, nena, he vuelto —dijo Charlie mientras llamaba a la puerta del baño. La mujer respondió pero no oyeron las palabras.

—¿En qué andas?

—Nada, tonteando. ¿Cómo te va?

—La misma mierda de siempre, intentando ganar un dólar. Pero tenemos a la pasma encima y no podemos trabajar en la estación de autobuses.

—Charlie es uno de los mejores pequeños timadores de la costa oeste —le explicó Wedo—. Hace la cerilla y la correa.

Alex asintió dando a entender que sabía lo que eran.

—Conozco a un par de tipos de color que timan. Estaban en la cárcel, también. —Como nadie dijo nada, Alex añadió—: Rojo Barzo y Primer

Golpe Floyd.

Al oír los nombres, el negro que dormitaba levantó la cabeza.

—¿Conoces a esos capullos? («Capullos» dicho con cariño). ¿Dónde los conociste?

—En Camarillo. Se estaban recuperando.

—¿Qué hacías tú allí?

—Ver si estaba loco. Le disparé a un tío y el juez quería saber qué me pasaba.

El yonqui negro sonrió.

—Después de estar con esos capullos, seguro que sí te volviste loco.

—Alex se escapó del reformatorio —comentó Wedo—. Él y el hermano de mi chica.

—Oye, Wedo —dijo Charlie—. Me dijiste que quenas aprender algunos timos cortos. ¿Qué ha pasado?

—Ah, Charlie, tío, ya sabes que eso no va conmigo. Puedo usar la fuerza pero no tengo la cara que hace falta para los timos pequeños.

—¿Qué es un «timo corto»? —preguntó Alex.

—Es cualquier timo que se hace de golpe. El botín es lo que haya en el bolsillo. Trabajamos en las *naves*; la estación de tren y la terminal de autobuses. La gente que viaja suele llevar dinero en los bolsillos. La mayoría no van a volver a cruzar diez estados para testificar, así no recuperan el dinero. Lo que pasa ahora es que el grupo antiestafas tiene la foto de todos. Los cabrones nos conocen de vista así que no podemos trabajar las *naves*. Quería enseñar a Wedo para que él guiara a las víctimas hasta nosotros.

Alex sonrió y asintió como si lo entendiera todo, aunque en realidad solo captaba un atisbo de lo que Charlie decía.

—Me gustaría aprender esa mierda, cómo hacer timos.

—¿No es coña?

—En serio. Me interesa aprenderlo todo.

—Cuando seleccionas a la víctima y te aseguras de que vale, es como seguir un guión. Tú dices algo, tu compañero dice otra cosa, tú dices la siguiente frase, y así. ¿Quieres que te lo enseñe?

—Joder, claro, pero no puedo aprendérmelo así de rápido. Y ahora no tenemos tiempo. ¿Me lo puedes escribir?

—Sí, en un par de días o así.

Alice salió del baño y se sirvió un vaso de vino blanco. Alex ignoró lo que decían Wedo y Charlie porque miraba a la mujer. Se había metamorfoseado de desaliñada y gris a fresca y descarada. Todo era obra de la ropa y el

maquillaje. Al mirarla fijamente se notaba que la barriga presionaba el vestido de raso, pero seguía siendo sexualmente atractiva. Tenía buen cuerpo, el culo redondo y se le marcaba el borde de las bragas. A Alex le tembló la entrepierna.

Alice se terminó el vino, se enfundó un abrigo largo, besó a Charlie en la mejilla y se dirigió hacia la puerta. Cuando se marchó, Wedo habló.

—Charlie, ¿por qué te metes esa mierda en el brazo? Te está matando. Podrías ir por ahí en un Caddy y vivir en una casa de puta madre. Pero estás en este agujero de vagabundos y tienes a la parienta pateando la calle.

—¡Oye, oye! —dijo Charlie—. No me agobies, tío.

—Sé que tienes cabeza para no meterte esa mierda.

—¿Te has chutado alguna vez?

—No.

—¿Entonces cómo puedes juzgar lo que es?

—Tampoco he estado muerto pero veo cuando los gusanos se comen el cuerpo de alguien, y no me gusta. También veo lo que les pasa a los que se enganchan a la heroína.

Charlie hizo un sonido flatulento con los labios y Wedo se sonrojó. Durante varios minutos, permanecieron sentados en silencio, viendo al negro cabecear.

—Tenemos que largarnos —dijo Wedo al final.

—Alex, tío, si de verdad quieres aprender a hacer timos, contacta conmigo —comentó Charlie mientras se dirigían a la puerta—. Como os he dicho, necesitamos a alguien que atraiga a los pringados y los saque fuera.

—Sí, tío, me parece que es algo que quiero aprender. —Al bajar por las escaleras, Alex preguntó—: ¿Cuánto cuesta?

—¿Quién? Ah, ¿la parienta de Charlie? ¿Alice? Diez y dos. Diez por ella y dos por la habitación.

—Tío, los vale. Tiene un buen cuerpo para una tía mayor. Wedo se detuvo y lo cogió del brazo.

—Oye, *carnal* ni se te ocurra. No hacemos esas cosas. Él es colega.

—Pero ella es puta, ¿no? Se vende.

—Sí, pero ya te digo que no hacemos esas cosas. Una fulana es eso, una fulana. Pero nada de amigos ni amigos de su viejo. Se puede pagar por follar, hay un montón de putas jóvenes y bien buenas si quieres ser un putero. Pero no se jode a un amigo. No, señor. Mal asunto, *carnal*.

Alex entendió el tema con la mujer de Charlie pero, en cuanto a lo de ser un putero, recordó las palabras de Rojo Barzo: «Estoy deseando ser lo

suficientemente rico para poder pagar cien dólares por follar».

Wedo no pilló la implicación de «una fulana es una fulana».

—Solo quiero follar, con quien sea.

—Hablas como si no hubieras follado nunca.

La noche y los neones ocultaron el rubor de Alex.

—Claro que sí, tío, ¿qué te piensas? Pero llevo encerrado casi dos años.

Alex pensó que su voz parecía una confesión. La carcajada de Wedo le hizo sentir incluso más estúpido y avergonzado. Se sentía tan mal que empezó a enfadarse.

—Se me había olvidado —comentó Wedo, que chasqueó los dedos al ocurrírsele algo, con lo que se rio aún más—. Sí, ese, tengo una idea para conseguírte un buen chochito gratis.

—¿Dónde, tío?

—Calle abajo. Ella también se vende, es joven y tierna... Si no te importa quemar un poco de carbón.

—¿Qué es eso? No quiero ninguna zorra sucia.

—Es negra, pero muy poco. Café con mucha leche. Le diremos que aún no te has estrenado y que además te has pasado dos años en el reformatorio. Seguro que te lo hace gratis, *carnal*.

Con eso, Wedo tiró de la manga de Alex para cambiar de dirección y se internaron en la multitud de peatones cada vez más sórdida mientras avanzaban al este por Fifth Street, hacia Central Avenue.

Cada manzana era más sórdida que la anterior. Travestis chabacanos con sus gestos escandalosos parecían abarrotar una manzana desbordándose de los bares de maricas para formar pequeños grupos en las aceras; con el colorete, la barra de labios y los movimientos afectados formaban parodias grotescas de mujeres, y, por alguna razón, a Alex le recordaron a un relato, quizá de Poe, en el que tenía lugar una bacanal en medio de una plaga, tal vez era la viruela, y cuando se quitaban las máscaras en realidad todo el mundo estaba muerto. A Alex se le escapaba la relación entre el cuento macabro y los *drag queens* del centro de Los Angeles, pero es lo que le vino a la cabeza. Nunca lo admitiría pero sentía un respeto secreto por algunos de los maricas que había conocido, ninguno tan extravagante como aquellos, pero sí muy obvios. Eran más cultos y más inteligentes que la mayoría de los chicos que había conocido entre rejas. Hasta ahora no había encontrado un amigo que hubiera leído un libro; cuando mencionaba los libros, ponían caras raras, como si hubiera dicho en realidad «aceite de hígado de bacalao».

En la manzana siguiente, las caras eran casi todas negras. Las puertas abiertas vomitaban música *rhythm and blues* que animó a Alex, empezó a mover los dedos al ritmo y a dar saltitos mientras caminaba.

—Es en la próxima esquina —dijo Wedo.

Aunque en la manzana se reflejaba la pobreza negra galopante, también hacía acto de presencia un consumo evidente: los chulos esperaban en sus Cadillacs con aletas, con las manos oscuras llenas de anillos de diamantes apoyadas en el volante. El exhibicionismo del chulo callejero, por primitivo que le parezca a los que prefieren la discreción, cumple la misma función que las plumas extendidas del pavo real macho: atrae a un cierto tipo de hembra y le deja saber que puede compartir el Cadillac y llevar ropa bonita.

Era una cuestión de orgullo entre las mujeres de la calle que su hombre tuviera el Cadillac más largo, más bonito, el mayor zafiro o diamante (o varios), el plumaje más brillante. Los chulos observaban su zona intentando que su espectáculo superara al de sus hermanos.

A una manzana de Central Avenue, en medio de mentes devoradas por el vino y la desesperanza de la edad avanzada empobrecida, había un club nocturno totalmente fuera de lugar. Los Cadillacs llenaban el aparcamiento adyacente y un toldo cubría el camino entre la entrada y el bordillo. Un portero de uniforme estaba de servicio ayudado por jóvenes aparcacoches.

—Es el lugar de encuentro de los chulos, jugadores y traficantes de altos vuelos —comentó Wedo—. La mayoría son negros, pero se dejan caer también algunos blancos y chicanos. A veces vienen buenos grupos de jazz.

—Me pregunto cómo un tío consigue que las mujeres vendan su cuerpo y les den el dinero.

—¿Quién sabe, ese? —dijo Wedo—. Supongo que las tratan bien.

Alex gruñó, insatisfecho. La respuesta era demasiado simple, pero no era momento de especular.

Cuando se encontraba a unos treinta metros del local, un Rolls Royce plateado de antes de la guerra se paró. Era la primera vez que Alex veía un Rolls Royce. En primer lugar, salió por la derecha un hombre alto y esbelto que solo se consideraría negro en Estados Unidos. Tenía la piel aceitunada y el pelo con tirabuzones, no rizos. Su ropa elegante y perfectamente hecha a la medida parecía conservadora en comparación con la que vestían los demás. Sin embargo, lo que de verdad impresionó a Alex fueron sus dos mujeres: una blanca y una negra, una pareja que encajaba. Observó a la chica blanca, con el pelo negro azabache cayéndole sobre los hombros desnudos. Llevaba un vestido de corte sencillo de seda roja, el dobladillo le llegaba casi a los

tobillos según el «nuevo estilo» de la posguerra. El tejido se le pegaba al cuerpo contorneando su figura.

Alex y Wedo pasaron a su lado mientras las chicas esperaban a que el hombre le explicara algo sobre el coche al chico que lo aparcaría. Alex podía oler a la chica (no era mucho mayor que él) y durante un segundo sus ojos se encontraron.

—Esas putas no pisan la calle, ¿qué te apuestas? —dijo Wedo—. Esas son chicas de compañía, *ese*.

—¿En una casa de putas?

La cara de Wedo expresaba incredulidad.

—Te quedas conmigo. ¿No sabes la diferencia entre las putas y las chicas de compañía? Son todas putas pero las chicas de compañía se llaman por teléfono. Viven en casas con clase en el Strip. Ganan mucho dinero, hacen que el *vato* conduzca un Rolls Royce y coma filetes.

Alex miró atrás mientras Wedo hablaba y vio a la chica de pelo negro coger el brazo del chulo. Alex sintió una fuerte punzada de envidia y deseo. Durante mucho tiempo recordaría su imagen como ideal de belleza, y se convertiría en el objetivo de sus deseos y fantasías.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alex cuando ya habían dejado atrás el toldo.

—Sígueme.

Wedo lo llevó por el lateral, a través del aparcamiento, hacia un callejón oscuro y apestoso con una fila de enormes cubos de basura apoyados contra la pared de ladrillos de enfrente. Alex escuchó movimiento, el correteo de las ratas omnipresentes en los barrios bajos.

Adelante, había una puerta de metal con una pequeña bombilla encima. La entrada trasera era mucho menos ostentosa que la delantera. Dos hombres esperaban ocultos en las sombras, junto a la puerta, pasándose un cigarro. Alex supo que era marihuana por el olor. El sonido de la música les llegó débilmente a través de la puerta cerrada.

De repente, Alex se detuvo. Se dio cuenta de que no quería entrar. No quería estar en una habitación con una puta experimentada sin saber qué hacer. Aunque ella se aguantara la risa, él sería consciente de su ridiculez. Durante la caminata, se había interesado tanto en la vida que veía a su alrededor que el cosquilleo que le producía el deseo sexual había desaparecido. No se había dado cuenta hasta entonces.

—¿Qué pasa? —preguntó Wedo, desconcertado—. ¿Algo va mal?

—Larguémonos. No quiero entrar ahí.

—¿Qué dices, tío? ¿Estás loco?

—Olvidalo. Vamos.

Empezó a alejarse y Wedo tuvo que seguirlo. Alex no le habría explicado todos los detalles estuvieran donde estuvieran, pero en el silencio del callejón los hombres de la puerta escucharían cada palabra; su presencia evitó que hablara y que Wedo le preguntara, hasta que llegaron a la calle.

—¿Qué te ha pasado?

—Demasiados negros por aquí —mintió Alex con voz cortante para evitar las preguntas de Wedo. Era más fácil que intentar explicar una verdad compleja que ni siquiera él entendía. Más que nada en el mundo (o casi), quería tirarse a una chica. Solo de pensarlo se le ponía dura. Sabía en qué consistía follar, el acto en sí, pero también estaba seguro de que había algo más; lo había descifrado a través de alusiones y eufemismos que no contaban lo suficiente para ayudar, solo lo bastante para establecer su ignorancia. Lo que necesitaba era una chica más o menos de su edad, tan inexperta como él, para que no supiera que él también estaba aprendiendo.

Sin discusión, giraron automáticamente hacia Main Street.

—Bueno, pues ¿qué quieres hacer? —preguntó Wedo.

—Te estoy siguiendo.

—Vamos a ver a Hank. Si ha terminado, podemos dar una vuelta en coche. ¿Has desplumado a algún fresa alguna vez?

Alex negó con la cabeza.

—Podemos sacar algo de guita con un poco de mano dura. Hank y yo lo hemos hecho antes. Los pescamos en un par de baños públicos, uno en Pershing Square, el otro en el almacén de la Pacific Electric, en Sixth con Main. Uno de nosotros entra y se pone en el váter, fingiendo que está meando. Miras alrededor y algún perverso te hace ojitos. Solo quieren chupar alguna polla, donde sea. Así que el que pilla uno se lo lleva a un callejón, o sube por Angel's Flight, y el que está esperando los sigue hasta que llegan a un buen sitio. Le damos una paliza al cabrón y le quitamos la guita. ¿Te parece?

Avergonzado por haberse echado atrás en el club, Alex deseaba mostrar que tenía huevos.

—Claro, tío, eso suena bien —respondió sin pensar, aunque de haberse parado a reflexionar, no habría cambiado su respuesta pero sí le habría suscitado dudas.

Hank no estaba entusiasmado, al menos no esa noche. Había quedado con una chica y tenía suficiente dinero por el momento.

Era casi medianoche cuando Wedo y Alex salieron del edificio del *Examiner*.

—¿Ahora qué? —dijo Wedo—. Estoy cansado.

—Yo también. No tengo adonde ir.

—Podría ir... a casa —comentó Wedo, pero acto seguido le dio un golpecito en la espalda a Alex, en un gesto de camaradería—. Si es que se puede llamar así a ese agujero asqueroso. —Asfixió las palabras con una fingida ligereza—. Pero no me apetece. La mayoría de las veces no vuelvo.

—¿Y dónde duermes?

Wedo se encogió de hombros.

—Aquí y allá. A veces en casa de Hank. A su madre le caigo bien. A veces en casa de Teresa. Me cuelo sin que me vea su padre y subo arriba. Y a veces en un cine nocturno en Main Street. ¿Quieres que vayamos allí?

—Claro, tío.

Así lo decidieron y durante las semanas siguientes pasarían varias noches en algún cine de sesión triple, siempre sentados cerca de una salida por si alguno de los policías que escudriñaban la sala desde la puerta le daba por bajar por el pasillo. Los cines nocturnos cerraban sobre las seis y media, lanzando a sus criaturas a la luz del día en una ciudad que empezaba a despertarse para que se perdieran en medio de la multitud.

A la mañana siguiente a esa primera noche, también establecieron otra pauta que repetirían. Cogieron un viejo tranvía amarillo para ir a casa de JoJo y Teresa y esperaron con las manos metidas en los bolsillos y vapor saliendo de la boca hasta que el viejo Altabella se marchó a trabajar. La ropa nueva de Alex estaba en la casa. Se bañó y se cambió mientras Wedo acompañaba a Teresa a clase.

JoJo seguía roncando cuando llegaron sus colegas, pero cuando Wedo volvió del paseo, JoJo estaba perfeccionando su cola de pato, listo para salir.

A Alex y a JoJo les quedaba dinero del robo con la bomba de humo, así que pagaron la marihuana, el vino y la gasolina del coche de Hank. El cuarteto condujo hasta la playa, pero era temporada baja, así que estaba vacía y gris. Incluso los puestos de perritos calientes estaban cerrados. Alex se sentía bien simplemente paseando en el asiento de atrás, mirando el paisaje. JoJo estaba a su lado y Wedo iba delante con Hank. El vino y la hierba abrieron las persianas de la mente de Alex, permitiéndole pensar y sentir con una intensidad inusual. Sentía los colores, veía la música, cada nota de piano

flotaba por delante de su mente. Sabía que lo detendrían antes o después y que volvería a la cárcel. La conciencia de esa verdad siempre acechaba al borde de su pensamiento. También sabía lo que la mayoría de gente pensaba al ver a cuatro chicos con colas de pato grasientas y zapatos de suela gruesa: repugnancia enlazada con aprensión. No era la situación ideal, pero sí mucho mejor que cuando le andaban jodiendo. Le caía muy bien su nuevo amigo, Wedo; Hank también, excepto que este último era taciturno por naturaleza y no se había abierto todavía, aunque una sonrisa y un guiño le confirmaron a Alex que lo aceptaba.

En el camino de vuelta a la ciudad, cogieron la serpenteante Sunset Boulevard. Durante gran parte de su extensión, la bordeaban casas enormes y preciosas. Los estilos arquitectónicos variaban pero prevalecía el color blanco y una exuberante vegetación las rodeaba a todas. Los cuatro jóvenes estaban maravillados y, cuando se acercaron a la salida que pasaba bajo las puertas de Bel Air, Wedo quería tomarla y dar una vuelta por allí.

—Es un país libre, ¿no? Es una calle pública, ¿*que no*?

—Sigue adelante —dijo Alex—. Destacamos demasiado para pasear por aquí. Nos pararán seguro, me juego el culo. Y a JoJo y a mí nos andan buscando.

—Aquí también destacamos —comentó Wedo.

—Sí, pero esto es una calle principal. No es lo mismo que si vamos ahí arriba. El primer ricachón de esos que nos vea por la ventana llamará a la policía para informar de los chicos vestidos de *pachucos*. Y la policía trabaja para ellos.

Al final, Wedo asintió.

—Sí, tienes razón.

Alex se sintió aún mejor al ver que valoraban su opinión. Se recostó y observó las mansiones de Beverly Hills preguntándose qué posibilidades tenía de conseguir una casa así alguna vez; ¿cómo llegaba la gente a ser tan rica? Era algo que iba más allá de sus sueños, que se limitaban a un descapotable nuevo y a ropa elegante, a una chaqueta cruzada con un botón de lana asargada.

Esa noche, Wedo cogió el coche de Hank. Fueron a un concierto de Billy Eckstine en el Million Dollar Theater. JoJo tenía una chica a la que llevar y Wedo tenía a Teresa. Alex no quería ir pero, tras la insistencia de Wedo, se

vistió y los acompañó. Eckstine era el cantante favorito de los *barrios* y los guetos de Los Angeles.

Después fueron a dar una vuelta con el coche y se detuvieron en un *drive in* para pedir hamburguesas. Luego subieron por Hollywood Hills y siguieron la serpenteante Mulholland Drive hasta la cima. Veían la ciudad extenderse en el horizonte. Todos menos Teresa fumaron marihuana y bebieron cerveza. Alex estaba colocado y, como le ocurría en ocasiones, de repente se puso serio. Quería hablar de libros y de ideas, pero sabía antes de sacar el tema que aquello no le interesaba a nadie. Querían pasarlo bien y no entenderían de qué hablaba, pensarían que era estúpido. Se sentía muy solo al ver a las chicas acurrucarse con Wedo y JoJo. Se juró que aquella situación no volvería a darse nunca.

No hubo oportunidad de que la situación se repitiera: JoJo fue arrestado al día siguiente. Fue a un bar de batidos en frente del instituto para esperar a la chica que había llevado al concierto. El bar estaba casi vacío, lo normal hasta que acababan las clases. Dos detectives de menores de la comisaría local entraron a ver al dueño por un robo reciente en la tintorería de al lado. Allí estaba JoJo, sentado en un taburete. Los dos detectives lo conocían lo suficiente como para llamarlo por su apodo; también sabían que se había fugado.

—JoJo Altabella, ¿pero qué ven mis ojos? —exclamó uno de ellos felizmente.

Cuando Teresa entró después de clase, el dueño del bar le contó lo que había ocurrido. Llamó a casa inmediatamente y avisó a Alex. Salió por la puerta trasera y se alejó por el callejón cinco minutos antes de que los detectives llegaran a buscarlo. Wedo y él pasaron la noche en un hotel para vagabundos en Sixteenth con Main. Era la primera vez que Alex alquilaba una habitación de hotel y esperaba que el recepcionista rechazara a un chico de trece años, o al menos que le hiciera alguna pregunta. Pero cuando los miró con detenimiento, Wedo le dio dos dólares extra y sus sospechas se convirtieron en un guiño.

Alex se enamoró de pasear por la calle. En unos días, sus dudas quedaron sepultadas bajo los desafíos y la emoción constantes. Cada día amanecía con la posibilidad de nuevas aventuras. Wedo tenía diecisiete y, pese a su analfabetismo, era un buen animal de ciudad. Creció prácticamente sin supervisión, arreglándoselas él solo en barrios complicados. No tenía ningún conocimiento sobre valores abstractos, ni de análisis, ni de nada más aparte de cómo sobrevivir en las calles más duras. Debido a su edad y a su experiencia

era el líder pero, sin darse cuenta de ello, Alex era el más violento de la pareja. Wedo hablaba constantemente de violencia y Alex consideraba que sus palabras reflejaban su realidad; no sabía que la charlatanería constante de Wedo respondía a una compensación inconsciente ante la religión católica que rechazaba con descaro pero que su madre le había inculcado profundamente mientras aún era solo un niño.

Alex y Wedo cometieron una serie de crímenes, con una media de casi un delito al día, sin contar que fumaban marihuana, por si alguien quería llevar las cuentas. Robaban a los homosexuales como Wedo había descrito: los atraían desde baños públicos hasta algún callejón oscuro y los asaltaban. El botín que conseguían así era escaso, nunca más de treinta dólares, así que tras cuatro robos de este estilo lo dejaron e idearon una forma de robar el depósito de monedas de los tranvías, al menos de los que llevaban un único conductor. Los chicos se subían en dos paradas diferentes. Uno se quedaba cerca de la parte delantera, el otro en la parte de atrás. El que estaba atrás desconectaba la vara que conectaba el tranvía con las líneas eléctricas de arriba. El tranvía se quedaba sin energía y se paraba. El conductor tenía que ir a la parte de atrás para resolver el problema mientras que el que se había quedado delante cogía la caja, bajaba de un salto y echaba a correr. Lo repitieron tres veces y tuvieron la inteligencia de parar, ya que seguramente alguien los estaría esperando si seguían con aquel truco. En realidad, necesitaban relativamente poco dinero. Les bastaba si tenían diez dólares cada uno, algunos porros y una botella de vino, especialmente si iban en el coche de Hank con pinta de duros. Cuando no disponían de su coche, le hacían un puente a algún otro y se dedicaban a dar vueltas, pero nunca se lo quedaban más de ocho horas ya que Wedo sabía que los números de matrícula no entraban en la lista de búsqueda hasta el cambio de turno. En seis semanas, robaron ocho automóviles.

Sus aventuras no resultaban siempre placenteras. Una noche, Wedo compró la entrada para un cine nocturno en Main Street mientras Alex esperaba en el callejón para que le dejara entrar por la salida de emergencia. La salida se encontraba en el vestíbulo del baño de hombres. Alex escuchó voces dentro, se impacientó y llamó. La puerta se abrió pero en vez de Wedo se topó con un policía de uniforme con la porra levantada. Alex se dio la vuelta y echó a correr al mismo tiempo que la porra aterrizaba en su hombro izquierdo, cerca del cuello; el dolor fue tal que apenas sintió la fuerte patada al final de la columna. Cayó sobre las manos y las rodillas, y le habrían atrapado si el policía no se hubiera quedado satisfecho. Al día siguiente, casi no podía mover el brazo y tenía el hombro morado. Pasaron meses hasta que

pudo levantar el brazo por encima de la cabeza sin dolor. Todos los aspectos de su vida le enseñaban la primacía de la violencia.

En aquella época de la posguerra, solo las primeras olas de la marea humana habían llegado hasta Los Angeles, y el valle de San Fernando lo componían algunas comunidades rodeadas de campos de cítricos y alfalfa. Las circunstancias mantenían a Alex atado a estos entornos pobres. No llegaba a entender que el dinero dividía a los diferentes mundos. En todo caso, consideraba que en los barrios pobres fingía menos y estaba más dispuesto a aceptar las cosas, o quizá se debía a que Wedo andaba con gente a la que no le extrañaba que un par de muchachos estuvieran dando vueltas por ahí, y esa era la gente a la que Alex conocía. Cada día suponía una aventura y Alex disfrutaba simplemente mirando cosas. Un día, al atardecer, abandonaron un coche robado cerca de Alameda Street, en mitad de una enorme chatarrería. Todo allí era viejo, cubierto de mugre y óxido, todos los colores apagados y grises, un mundo monocromático. Alex siguió a Wedo por encima de una valla de madera. Cruzar aquel inmenso campo de metal era un atajo hacia el barrio de Wedo. El silencio del atardecer reinaba en el lugar. A Alex lo sorprendían y fascinaban las montañas de coches desechados que formaban un imponente perfil. Sentía lo mismo en las cocheras ferroviarias, al ver cientos de kilómetros de vías desechadas transportadas por furgones polvorientos. No había palabras adecuadas para explicar la sensación. Se aproximaba a lo que muchas personas sienten ante el esplendor de la naturaleza. Lo que sentía él era una especie de prima lisiada de esa sensación.

Finalmente llegó una noche en la que Wedo tuvo que volver a casa y él no tenía dinero para una habitación de hotel barato. Era más de medianoche. Había llovido unas horas antes y se había levantado el tipo de viento que suele preceder a más precipitaciones.

—Fuera coñas —dijo Wedo—. Me moquea la nariz y me siento débil. — Aunque la noche era fresca, tenía gotas de sudor en la frente.

—Tienes mala pinta —comentó Alex.

—Si estuviera Hank, te habría llevado hasta San Pedro. Teresa dijo que no le importaba.

—¿Y un tranvía?

—Dejan de circular a medianoche.

—No te preocupes por mí, tío. Estaré bien.

—Puede que empiece a llover. Tienes que meterte en algún sitio. Si te ve la pasma, ¡pam! Trincado.

—Igual tendría que buscarme a algún fresa que me lleve a casa — comentó Alex medio en broma.

La respuesta de Wedo fue una mueca arrugada de asco.

—Ya lo sé —dijo Alex—. Además, los tenemos aterrorizados. Se ha extendido la historia. Me he dado cuenta de que algunos nos miran raro. Seguro que les han contado nuestra descripción.

—De todas formas, no quieres hacer eso.

—Es mejor que una neumonía. O que me trinquen. Cualquier cosa es mejor que eso. Solo quiero meterme en algún sitio.

Wedo chasqueó los dedos.

—Conozco un sitio. Está cerca de mi casa. Vamos.

Dejaron quince centavos por los dos cafés y echaron a andar. El sitio que Wedo conocía era el sótano de un edificio.

—Hay unos sofás viejos y otras mierdas guardadas ahí. Podrás soportarlo una noche.

El edificio tenía dos pisos de alto y se extendía a lo largo de media manzana. Estaba a dos manzanas de casa de Wedo. Era un edificio de gente pobre, como todo lo demás en el barrio.

—Por detrás —dijo Wedo.

Se metieron en la oscuridad total de un callejón. Detrás del edificio de apartamentos había un aparcamiento sin pavimentar. Estaba muy oscuro, totalmente negro tras el edificio, pero alguien podría ver movimiento y alguna forma si miraban fuera. Permanecieron en silencio, Wedo lo dirigía por el tacto.

El edificio sobresalía en dos alas, formando una «U». La puerta del sótano se encontraba en la base de la «U». Al llegar, el sonido más fuerte que se escuchaba era su respiración. En medio de aquel silencio, escuchaban con claridad pasar los coches a media manzana de distancia. Wedo acercó a Alex hacia él de un tirón y le susurró, con la boca a milímetros de su oído.

—Enciende una cerilla. Está suelta en la parte del marco, donde el pestillo. Tardo un segundo.

Alex se acercó y tapó la luz con el cuerpo. Wedo tenía la navaja lista. En cuanto se encendió la cerilla vio exactamente dónde estaba el pestillo, metió la punta de la navaja, hizo palanca y tiró. De hecho, tardaron menos que con una llave.

La puerta chirrió y Wedo bufó entre dientes. Ahora la oscuridad más absoluta los envolvía. Alex encendió varias cerillas antes de bajar las

escaleras que crujían. Más cerillas les mostraron una sala de unos cuatro metros cuadrados.

—Aquí no hay nada más que telarañas —comentó Alex en voz baja.

—Tío, bajé aquí hace tres meses y lo tenían todo ahí.

En un extremo, había una puerta con candado; atravesarla quedaba totalmente descartado.

—Vámonos —dijo Alex—. A la mierda este sitio.

—Ya se nos ocurrirá algo.

Subieron por las escaleras de madera con pies de ladrón, Wedo en cabeza.

Abrieron la puerta ligeramente. A unos tres metros, a la izquierda, había una entrada de madera con una puerta de mosquitera. La puerta de la mosquitera chirrió. Les pareció que sonaba como un grito. Salió una figura corpulenta, la camiseta blanca era una sombra más clara. Wedo salió como un relámpago y sin pronunciar palabra. Tenía que pasar corriendo por delante del hombre para salir de la «U». Alex seguía escondido, oculto por la oscuridad del umbral.

La figura salió al porche y estiró la mano cuando Wedo pasó a su lado.

—¡Quieto, joder! —bramó.

Alex salió corriendo, dio tres pasos y embistió contra el revólver antes de que el hombre pudiera disparar.

—¡Corre, Alex! —gritó Wedo desde la distancia.

Fue inútil porque le sujetó una mano demasiado fuerte acompañada del sonido aterrador del revólver que amartillaba junto a su cabeza.

—No te muevas o estás muerto —le dijo.

Un momento después, su mujer apareció en la puerta con una linterna.

—Los he llamado —dijo—. Has atrapado a uno. Dios mío, es solo un niño.

—Es un delincuente.

—Tu madre es una delincuente —le soltó Alex, con lágrimas de frustración y dolor. Casi se sintió bien cuando el hombre le propinó una bofetada. El fuerte golpe le hizo pensar en el dolor físico, no en el otro tipo de dolor que empezaba a extenderse por su cuerpo.

Veinte minutos después, estaba esposado en el asiento trasero de un coche patrulla, luchando por contener las lágrimas mientras miraba la ciudad, las luces, la noche, la gente, la libertad, todo fuera de su alcance de nuevo. El único sonido era el chisporroteo eléctrico de la radio y las voces monótonas

que hablaban. «Ocho doce a catorce doce Beverly Este. Localice al hombre y controle la situación...». Las llamadas por radio de la policía le desgarrarían el estómago a partir de entonces.

Por lo que veía, sabía que lo llevaban a Georgia Street. Intentarían utilizarlo para «maquillar las cifras» de los robos en la zona. No pensaba decir nada y, aunque hablara, no podían hacer nada. Ya se encontraba en el peor lugar al que podían enviarle. Llamarían a Whittier. Lo recogerían al día siguiente y lo enviarían de vuelta.

Capítulo 18

Alex esperaba que alguien de Whittier lo recogiera el día después de su arresto, pero tardaron cuatro días y los hombres que lo sacaron de allí eran de la oficina de Los Angeles. Sacramento había ordenado que lo transfirieran a la Escuela Preston de Industria, el reformatorio para los más mayores y más complicados. El grupo de edad comprendía entre los quince y los diecisiete años. Alex tenía solo trece y le dio un vuelco el estómago cuando le dijeron su destino. Nadie en Whittier había estado en Preston, pero corrían leyendas de lo duro que era.

Cuando firmó al recibir el sobre con sus pertenencias, de las que se apoderaron sus acompañantes, preguntó si podía comprar tabaco en la máquina de la esquina. Uno de ellos cogió veinte centavos del sobre y le compró un paquete de Lucky.

Después llegaron las esposas. Desde ese momento en adelante, cada vez que lo trasladaran sería con restricciones. Se había ganado fama de fugitivo.

La fría oscuridad nocturna seguía envolviendo la ciudad cuando lo sacaron al aparcamiento. Mientras abrían el monovolumen, que tenía el asiento de atrás separado por una pantalla, Alex aspiró el aire fresco de antes del amanecer y miró con nostalgia los viejos y sombríos edificios. El fresco le sentó especialmente bien después de los olores rancios de la celda. Más de cien chicos pasaron por allí durante los cuatro días, siete de ellos en su misma celda. A pesar de la punzada momentánea de miedo cuando escuchó el nombre de Preston, su estado de ánimo era jovial. Sin ser consciente de ello, aprendió a obtener placer de lo que tenía a mano, y en aquel momento era el primer viaje por la costa de California, o al menos durante un tramo de costa antes de dirigirse hacia el interior. No analizó ni intentó diseccionar su extraño buen humor. Si le hubieran preguntado, habría respondido que se debía a haber salido de la sucia celda.

—¿Te han dado de comer ahí dentro? —preguntó uno de los hombres.

—No —mintió Alex.

A las cuatro de la mañana, los carceleros pasaron bandejas compartimentadas con nada más que papilla. Era tan gomosa que deslizaron las bandejas de lado entre los barrotes, ya que la masa estaba pegada a la bandeja. Después pasó un carcelero con dos rebanadas de pan para cada chico. Muy pocos permanecían en Georgia Street más de una noche, así que repartir bazofia para comer apenas importaba.

—Te daremos de comer después —dijo el hombre—. Queremos salir de la ciudad antes del tráfico de la mañana.

—¿Por qué vamos por la carretera de la costa? No es el camino más corto, ¿verdad?

—Tenemos que recoger a otros dos en Santa Bárbara.

Unos minutos más tarde, el coche pasó por delante del edificio iluminado del *Examiner*. Los camiones con la edición matutina salían. Las calles conocidas le provocaron una punzada de nostalgia. Entonces vio el coche de Hank aparcado junto a la acera y el dolor se convirtió en humedad en los ojos; maldijo las lágrimas en silencio y luchó por contenerlas.

Mientras conducían hacia el oeste, en dirección a la autopista de la costa, Alex lo miraba todo con ganas para fijar en su memoria lo máximo que pudiera de la libertad. Lo veía todo con una claridad fuera de lo normal. Incluso las luces verdes y rojas de los semáforos adquirieron una intensidad extraña.

Amaneció mientras seguían las curvas de la autopista de la costa. La negrura del mar se transformó en un verde oscuro aceitoso bajo el denso manto gris de las nubes.

Se detuvieron en una parada de camioneros. Varios camiones grandes y algunos coches ocupaban el aparcamiento, y a través del cristal empañado vio que el local estaba lleno.

—¿Listo para comer, hijo? —preguntó uno de los hombres.

—¿Me vais a quitar esto? —preguntó con las manos estiradas.

—No, no, no —respondió el hombre con una sonrisa agradable—. No llevamos armas y eres joven. Nos ganas corriendo, sin duda.

—Sí, vale —dijo Alex—. Vamos.

Una ira protectora le inundó el cuerpo, por lo que caminó con aire arrogante y, dentro del restaurante, sostuvo la mirada a clientes y camareras con ojos violentos y labios temblorosos, al borde de soltar un gruñido animal. La mayoría le aguantaron la mirada solo durante un segundo, al menos los que se percataron de su llegada. Fueron solo un puñado, la gran mayoría estaba demasiado ocupada con sus propios asuntos para prestar atención.

Sin embargo, los hombres que lo acompañaban sí se dieron cuenta. Intercambiaron miradas y tomaron nota mental para informar de la vena hostil y perversa del muchacho.

En Santa Bárbara, el conductor esperó en el coche con Alex mientras el otro hombre entraba. Quince minutos más tarde, volvió con dos jóvenes esposados juntos, uno blanco y uno negro. Alex sonrió y soltó una risita. El negro era Chester Nelson, el chico de la piel clara y pecosa a quien Alex conoció en su primera mañana en el reformatorio. Sin embargo, Chester ya no era un chico delgaducho. Su pecho, hombros y brazos llenaban la camisa y resultaba obvio que debía de afeitarse dos veces por semana. Se agachó para entrar primero, vio a Alex y se quedó paralizado durante un segundo; después, negó con la cabeza y sonrió dejando ver otro cambio: había perdido las dos paletas.

—Hola, chico —dijo—. Las mismas caras en los mismos sitios. Te conozco, me acuerdo de cuando nos conocimos haciendo la cama en el reformatorio, pero he olvidado tu nombre.

—Hammond...

—Sí, Alex Hammond —lo interrumpió Chester.

Ya estaba dentro del coche, junto a Alex. Extendió la mano izquierda con torpeza para saludarlo, la derecha estaba esposada al otro chico.

—¿Cómo te han trincado aquí? —preguntó Alex—. Eres de Watts, ¿no?

—No soy de Watts, idiota. Esos son negros paletos. Yo soy del oeste.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En un coche robado, cómo crees.

—¿Te han pillado por robo de coche?

—Y por otros robos también.

—Pues te encerrarán un tiempo.

—Joder, ya ves. ¿Tú también vas a Preston?

—Sí.

El hombre en el asiento del copiloto se dio la vuelta.

—Muy bien, escuchadme. El viaje durará todo el día. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas. Podéis fumar, pero abrid un poco la ventana y utilizad los ceniceros. Hablad todo lo que queráis pero no os pongáis a gritar por la ventana. Podéis mirar a las chicas guapas pero con la boca cerrada. En unos diez minutos, vamos a parar en una estación de servicio. Será mejor que meéis entonces. Será vuestra última oportunidad. Si os comportáis y no nos dais problemas, os llevaremos a comer hamburguesas con queso y Coca Cola.

Si nos dais problemas, llegaréis a Preston a las cinco de la tarde, y con hambre. ¿Alguna pregunta?

—Sí, tío —dijo Chester.

—¿Qué?

—¿Tendremos patatas fritas también?

Todo el mundo sonrió.

Eran las cinco y cinco cuando llegaron a la garita. Mientras el conductor enseñaba los papeles al guarda, los chicos se inclinaron hacia adelante y miraron el camino que llevaba al edificio de dirección, el único que podían ver. El edificio de ladrillo resultaba viejo para California. Se elevaba sobre la cima de una colina (Preston estaba construido sobre una zona ligeramente ondulada) y tenía un campanario de quince metros.

—Es el Castillo —comentó Chester Nelson.

La puerta eléctrica se abrió deslizándose y condujeron hacia el edificio de dirección, donde un hombre los esperaba en lo alto de las escaleras. En el vestíbulo de madera oscura y suelos encerados, los escoltas les quitaron las esposas, intercambiaron el papeleo de rigor y entregaron al trío deseándoles buena suerte.

Aún vestidos con ropa de calle, arrugada y sucia de la celda, los recién llegados siguieron al hombre por una puerta trasera hacia una plaza pavimentada con una pequeña oficina. Varios jóvenes que vestían uniformes negros muy arrugados holgazaneaban fuera de la puerta. Dejaron de hablar y miraron fijamente a los recién llegados con caras sin expresión y ojos helados. Alex les devolvió la mirada pero a ninguno en particular, para evitar un desafío personal.

—Hola, Kennedy —dijo el hombre—. Lleva a estos alevines al comedor. Tráelos aquí otra vez cuando hayan comido para que los vistamos.

Un joven fornido con las mejillas picadas de acné se apartó de la pared. Sin decir palabra, se dirigió hacia la puerta abierta y les hizo una señal a los recién llegados para que lo siguieran. Avanzaron por el borde de un camino y pasaron junto a otros edificios de dos pisos que a Alex le recordaron a Whittier, solo que estos eran más antiguos. El camino subía una pequeña colina; a los pies, una compañía de unos cincuenta chicos formaba en filas que salían del comedor. Vestían pantalones chinos azules, no negros como su escolta. Marcharon hacia arriba mientras los recién llegados bajaban. Alex se

fijó en que la marcha era menos disciplinada y más desganada de lo que se permitía en Whittier.

—Oye, tío —le dijo Kennedy a Alex—. Llevas unos zapatos de puta madre. —Miraba los zapatos de Alex—. Deberías dármelos.

—Sí, claro. —Alex se erizó mentalmente. Kennedy era tres o cuatro años mayor y pesaba unos diez kilos más, además de estar mucho más fuerte, pero Alex había acumulado experiencia en las selvas institucionales y se negaba a que se aprovecharan de él—. ¿Por qué tendría que dártelos?

—Porque los vas a perder de todas formas. Te los quitarán cuando te den la ropa.

Parecía razonable. En Whittier, se llevaban los zapatos con todo lo demás. No le importó dárselos dadas las circunstancias.

—Te daré también medio paquete —le ofreció el chico.

—Necesitaré algo donde meter los pies.

—Te buscaré algo mientras estáis comiendo.

—Sí, vale.

Estaba prohibido hablar en el comedor. Los chicos se comunicaban mediante señales o aprendían a susurrar por las comisuras de los labios, sin moverlos. La norma no conseguía que reinara el silencio en el comedor porque los presos comían en bandejas de acero inoxidable con cucharas de acero inoxidable. Cuatrocientos chicos desmenuzando la comida a la vez producían una cacofonía que crispaba los nervios.

Tras pasar por la fila de servicio de comida, los alevines se sentaron con sus bandejas en una zona vacía cerca de la puerta. Kennedy se inclinó sobre Alex y le prometió que volvería en diez minutos. Alex asintió e intentó tragar el pastel de carne, que normalmente le gustaba. Al estar expuesto, que es como se sentía, su estómago se cerraba a la comida por los nervios. La camisa se le empezaba a humedecer debajo de los brazos.

Lo que en Whittier se llamaban «casas», en Preston eran «compañías». Las compañías empezaron a marchar fuera del comedor, una mesa cada vez, pasando cerca de los alevines. Alex los miraba pasar y lo primero que pensó fue en lo mayores que parecían en comparación con los chicos de Whittier. Entonces empezó a distinguir caras conocidas aquí y allá, chicos que había visto salir de Whittier durante los primeros meses, y un par de caras que reconoció de antes incluso, del reformatorio. Algunos lo saludaron con la cabeza, aunque no recordaba sus nombres. Eran conocidos, no amigos.

Chester Nelson recibía los mismos saludos, quizá más, por parte de los negros.

Entonces Alex vio a Watkins, su compañero sureño al que habían arrancado de la valla en su escapada. Momentos después, recibió otro saludo; respondió con el puño cerrado aunque no conseguía ponerle nombre a la cara conocida. Era el chico que conoció en el calabozo del tribunal de menores.

Cuando Kennedy volvió con un viejo par de zapatos de cuero de caña baja, el comedor estaba vacío excepto por los tres alevines y los encargados de la limpieza que recogían las mesas y fregaban el suelo.

Los zapatos eran demasiado grandes, pero Kennedy le aseguró que le darían un par nuevo, así que Alex se quitó sus bonitos zapatos prácticamente nuevos y se los dio. Era mejor que dárselos a la institución.

De vuelta a la zona de destacamento, el hombre, que era uno de los supervisores, los llevó alrededor de «el Castillo» hasta una puerta con un cartel que rezaba «Ingreso y Salida». El hombre llevaba una llave.

Dentro, había largas baldas llenas de pantalones chinos azules, supuestamente ordenados por talla. Era ropa usada, aunque salida de la lavandería y medio planchada.

—Coged vuestra ropa y no desordenéis nada —dijo el hombre—. Cuando terminéis con eso, buscad los zapatos allí.

Señaló a una zona separada con una mampara que aparentemente funcionaba como zapatería. Había cubos separados por tallas llenos de zapatos de cuero del estado, botas y zapatos de corte bajo, todos usados pero con suelas nuevas.

—¿Qué pasa con mis zapatos? —preguntó Chester Nelson—. ¿Los puedo enviar a casa?

—Te los puedes quedar. Se os permite quedaros con un par de zapatos personales y...

Alex no escuchó la última parte de la frase porque la realidad de las primeras palabras lo impactó, la sangre roja que le vibraba en la cabeza borró todo lo demás. Kennedy se la había jugado, lo había engañado para quitarle los zapatos. Preston era más duro que Whittier, los internos mayores y más violentos; también eran sofisticados, aunque la «historia» de Kennedy no era especialmente hábil. Había sido simple, y se la contó de forma simple, con una sinceridad realista. Encajaba con las circunstancias. Ese análisis superficial, ese breve razonamiento, minó a Alex por completo y lo dejó boquiabierto. Era ya de noche cuando salieron de Ingreso y Salida. Llevaban sábanas, mantas, una toalla y una funda de almohada con un cepillo de dientes, un peine, una maquinilla de afeitar y recambios. También medio lápiz amarillo, ya afilado, y papel y un sobre. Era el «kit alevín» estándar. El

hombre les dijo que escribieran a casa para decirles a sus familias que estaban bien. Dijo que a la institución no le gustaba que los padres se preocuparan y llamaran al director o a Sacramento, así que censuraban las cartas y no permitían que nada negativo se transmitiera fuera.

Alex apenas escuchaba; no le importaba nada, pensaba en Kennedy y en los zapatos. Era más joven que casi todo el mundo en Preston y, aunque tan alto como la mayoría, no se había desarrollado aún. Le latía el cerebro por la furia indignada. Casi cegaba sus pensamientos. Incluso sin las emociones gritando en su mente, sabía que no podía dejar que Kennedy se saliera con la suya. Whittier le había enseñado lo que les ocurría a aquellos que mostraban debilidad. En un mundo coronado por la violencia, dejar pasar algo así lo marcaría. Otros que quisieran establecer su dureza lo utilizarían como presa y tarde o temprano alguien intentaría follárselo. Así que, cuando la primera oleada de furia ciega se disipó, le quedó una implacable determinación.

Lo asignaron a la Compañía «B», la única que albergaba el viejo Castillo. A algunos de los cincuenta chicos de su compañía los había visto en Whittier o en el reformatorio, y conocía a uno o dos. Intercambió saludos con la cabeza pero tenían mesas asignadas en la sala común, así que no tuvo ocasión de hablar esa noche.

Su catre estaba junto a la ventana. Las brillantes luces del exterior le recordaban a su primera noche en el reformatorio. Parecía que había pasado mucho tiempo, pero la sensación fue fruto simplemente del momento de pánico. Si se apoyaba sobre un codo, podía ver parte del recinto por encima del borde de la ventana. La valla coronada con alambre de espino quedaba cerca y más allá vio a un grupo de ciervos pastando tranquilamente con un par de cervatillos moviéndose entre el grupo. Por alguna razón que escapaba a su capacidad de análisis, lo invadieron un dolor y una nostalgia tremendos. Las lágrimas le inundaron los ojos y clavó la cara en la almohada, luchando contra los sollozos.

Como en Whittier, las compañías se reunían en la zona de destacamento a la llamada al trabajo. A Alex le dijeron que esperara hasta que se hubieran marchado todos los grupos, pero vio a Kennedy holgazaneando con otro chico vestido con el negro del destacamento cerca de la oficina y, cuando las filas de las compañías se disolvieron para reunirse con los supervisores de trabajo, él se acercó a Kennedy, que lo vio venir y dio un paso adelante.

—Oye, tío —dijo Alex—. Devuélveme mis zapatos.

—¿Qué quieres decir?

—Me contaste una historia de mierda. Me los podía haber quedado.

—¿Ah sí? No lo sabía. —Sin embargo, la forma de hablar de Kennedy rozaba la arrogancia.

—Quiero que me devuelvas mis zapatos.

—No tengo tus zapatos.

—Te los llevaste tú. Quiero que me devuelvas los putos zapatos.

—¡Quieres! ¿Quién cojones eres tú?

—No quiero problemas pero...

—Si no quieres problemas, quítate de mi vista antes de que te meta el pie en el culo.

Kennedy se había hinchado, listo para pelear, todo su cuerpo destilaba violencia. Pesaba doce kilos más que Alex y no había duda de que podía machacarlo sin problema en una pelea. Su confianza arrogante se convirtió en desprecio.

—Mira, marica, lárgate de mi vista antes de que te haga daño.

Durante un momento, Alex se sintió realmente mareado mientras la sangre le latía en el cerebro, con la ira magnificada por su impotencia. Ya sabía que no era rival para Kennedy y esa conciencia previa lo sacudió con algo parecido a la racionalidad. Bajó la cabeza y se abrió paso entre la multitud que se dispersaba. Los chicos estaban destinados a zonas diferentes según sus asignaciones. Los supervisores de trabajo esperaban con sus sujetapapeles.

Watkins y un indio delgado estaban en la zona de formación de la Compañía «B» cuando Alex volvió. Había visto al indio en Whittier pero no sabía su nombre. Estaba con Watkins.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Watkins mientras se estrechaban la mano.

—Tenía que ver a un tío por un tema.

—Tenemos que irnos en un minuto. ¿Conoces a Miller?

—Estabas en Lincoln, ¿no? —dijo Alex al estrecharle la mano.

—Sí —contestó Miller.

—Toma —dijo Watkins, y le dio un paquete de Chesterfield a Alex sin disimulo y sonrió cuando este miró a su alrededor—. Aquí no te molestan con el tema del tabaco. Pero es un tema jodido. No te dejan comprar pero puedes tener. Hay una «fila para fumar» después de las comidas.

—¿De dónde han salido?

—Sobre todo de las visitas. Algunos tíos de Sacramento y San Francisco reciben visitas cada semana, y les traen dos cartones a cada uno.

—¿La pasma les deja?

—Sí, tío. En muchos sentidos, esto es mejor que Whittier. Joder, no me va mal. Trabajo en la carnicería. Tengo a tres polis que me traen cigarros a cambio de carne. Medio kilo de carne de primera por un paquete. Otro me trae un inhalador de Benzedrina por dos filetes. De ahí lo he sacado. —Señaló el paquete de tabaco en el bolsillo de Alex.

—¡Vosotros! —les gritó un orientador que se acercaba—. ¿Dónde tenéis que estar?

La zona de destacamento estaba casi vacía y los chicos que quedaban estaban en grupos bajo la atenta mirada de un capataz.

—Tenemos que irnos —dijo Watkins, y él y Miller le dieron la espalda al hombre, fingiendo que no lo habían escuchado mientras se alejaban. De repente, Watkins chasqueó los dedos y le gritó—. ¿Qué pasó con Altabella?

—Lo pillaron hace dos meses y lo mandaron otra vez a Whittier.

—Vale. Nos vemos después del trabajo.

Cuando la «llamada al trabajo» terminó, un orientador encargado de la supervisión reunió a los tres recién llegados y los llevó al hospital de la institución para un rápido examen médico. En la sala de espera encontró lo que andaba buscando, un arma. No quería preguntarle a nadie, porque posiblemente Kennedy se habría acabado enterando. Encontró la pesada boca de metal de una manguera antiincendios. La desenroscó de la manguera mientras Chester Nelson estaba en la sala de reconocimiento. Se la metió en la cintura, bajo la camisa y la chaqueta, por lo que los pantalones le colgaban de un lado. Era tan evidente que esperaba que algún hombre le preguntara qué llevaba escondido, pero ninguno se molestó en mirarlo, ni mucho menos vio el bulto. Dudaba porque pesaba demasiado. No quería matar a Kennedy pero, si la ecuación se reducía a olvidar lo ocurrido o matar, mataría. Durante el resto de la mañana, que pasó hojeando revistas destrozadas en la sala común de la Compañía «B», siguió buscando sin éxito algo más apropiado. Al mismo tiempo, tuvo que bloquear su mente y negarse a considerar nada más allá del acto planeado. Cada vez que se le aparecía alguna imagen de las posibles consecuencias, la apartaba de su mente sin misericordia y se obligaba a pensar en la despectiva arrogancia de Kennedy hasta que el latido de la sangre en su cerebro sustituía al miedo.

Planeó esperar hasta la llamada al trabajo de la tarde, después de comer. Pero a las once y media de la mañana sonó la sirena que los llamaba. Todo el

mundo volvió a sus compañías para el recuento del mediodía y la comida. La zona de destacamento volvió a llenarse con los setecientos internos del reformatorio.

Resultaba fácil distinguir a Kennedy en su uniforme negro. Estaba con otros dos chicos del destacamento, charlando en círculo fuera de la puerta de la oficina. Alex aguantó la respiración, apretó los dientes, y corrió de puntillas los últimos tres pasos. Kennedy le daba la espalda pero uno de los otros vio la pesada boca de la manguera brillar bajo el sol. Abrió los ojos de par en par en un acto reflejo y gritó «¡Cuidado!» mientras caía el golpe.

En la última fracción de segundo, incluso mientras golpeaba, Alex contuvo el golpe y le dio con la muñeca en lugar de golpear con toda la fuerza del brazo y el hombro. Aun así, se escuchó un fuerte «plop», un sonido vacío como un huevo gigante al romperse. La sangre brotó de la cabeza de Kennedy. Se le doblaron las rodillas pero no cayó. Sus compañeros palidecieron y retrocedieron horrorizados. Kennedy se tambaleó hacia adelante dos pasos y giró. Ahora miraba a Alex. Dos grandes chorros de sangre le caían por las mejillas como brillantes lágrimas rojas. Se pasó la mano por la cara con lo que extendió la sangre y se manchó la mano.

—Maldito marica —le gruñó.

Alex se había quedado aturdido, hipnotizado, pero escuchó las palabras y le pareció ver que tensaba el cuerpo dispuesto a contraatacar, así que volvió a levantar la boca de la manguera, esta vez sin dudas. Fue el golpe horizontal de un muchacho asustado. Hundió la mejilla de Kennedy y lo tiró al suelo como si le hubieran disparado en el cerebro.

Numerosos pares de ojos se habían girado al primer sonido de violencia. El segundo golpe les hizo contener la respiración en grupo y los que se encontraban cerca se apartaron en un acto reflejo. Algunos pensaban que acababan de presenciar un asesinato.

Entonces Kennedy empezó a mover las piernas, como si montara en bicicleta. Levantó una mano para tocarse la mejilla y la sangre se le escapó de entre los dedos. Alex permaneció inmóvil, con la boca de la manguera colgando a un lado y la imagen formándose en su cerebro. Durante un segundo sintió un destello de duda, pero la indignación lo borró, el abusón hijo de puta se lo tenía merecido.

Varios hombres libres se habían girado a tiempo para ver el segundo golpe. Pasaron varios segundos en los que todos los presentes permanecieron paralizados y en silencio. Entonces, un capataz que se encontraba detrás de Alex corrió de puntillas y lo derribó con un placaje alto por el lado ciego.

Alex cayó y la boca de la manguera salió despedida de su mano. Incluso antes de golpear el asfalto, otros se apilaron encima de él. Uno de ellos, guiado por el miedo, lo cogió del pelo y le estampó la cara contra el pavimento en repetidas ocasiones.

Cada institución que recluye a personas tiene un «agujero». Puede recibir muchos nombres diferentes —aislamiento, segregación, reclusión, meditación, calabozo, cajón, unidad de ajuste— pero sigue siendo «el agujero», una cárcel dentro de una cárcel, y en ocasiones hay un agujero especial dentro del agujero. En Preston, el agujero se llamaba Compañía «G» y se encontraba en una parte aislada de la institución. Tres supervisores esposaron a Alex y lo llevaron a la Compañía «G».

Los hombres de servicio en la Compañía «G» habían sido informados por teléfono y lo esperaban cuando llegaron a la puerta. Parecían indiferentes, quizá incluso aburridos, cuando se hicieron cargo de su custodia. Más tarde, se enteraría de que dos, los hermanos Neiman, procedían de Alcatraz; un muchacho, por violento que fuera, no los alteraría ni lo más mínimo.

La Compañía «G» era más reciente que la mayoría de Preston y el diseño era realmente el de una prisión con celdas, con dos gradas o galerías en lugar de pisos. El centro del edificio sí contaba con un suelo sólido. Alrededor se agrupaban las salas utilizadas para funciones necesarias: oficina, ducha, vestuario y un armario que servía como biblioteca. El comedor sobresalía de la forma rectangular del edificio, se encontraba al final de un pasillo que se iniciaba en el centro del edificio. Cada grada contaba con setenta y cinco celdas. Las puertas eran sólidas excepto por una ventana de observación con barrotes. La luz entraba en el edificio a través de enormes y altas ventanas con barrotes situadas en los extremos. Los rayos de sol se diseccionaban y formaban diferentes patrones derramados sobre el suelo embaldosado y excesivamente encerado, dándole al lugar un ambiente sepulcral. Todo estaba immaculado y en silencio, excepto por el sonido de sus pisadas. Varias caras aparecieron en las puertas de las celdas para ver al recién llegado.

Le quitaron la ropa y lo registraron desnudo. Lo habían encerrado en celdas en otras ocasiones, pero nunca en un lugar tan parecido a una prisión.

Le dieron un mono con cremallera sin planchar y sin bolsillos y un par de zapatillas de tela. Un hombre le hizo un gesto para que lo siguiera por la galería de abajo mientras el otro abría una caja y activaba una palanca.

Levantó una barra de seguridad que caía en una ranura sobre la puerta. Si estaba bajada, no podía abrirse la puerta de ninguna celda.

El hombre que escoltaba a Alex abrió la puerta de la celda con una enorme llave de tubo. Alex se dio cuenta inmediatamente de que alguien había dormido en la cama, ya que tenía la ropa de cama puesta. Había sábanas y mantas revueltas. En el suelo había un par de calcetines sucios y una toalla debajo de un lavabo con botón situado encima de la taza del retrete.

—Entra —le dijo el hombre. Cuando cerró la puerta y su compañero bajó la barra, añadió—: Té traeremos ropa de cama más tarde. Al chico que estaba aquí dentro se lo llevaron al hospital anoche, apendicitis. Da igual, las normas son sencillas. No se puede hablar en ningún momento. Es un sistema de silencio. Si te pescamos gritando por la ventana, tenemos un sitio sin ventana, y sin nada, excepto cemento y un agujero en el suelo para cagar.

Alex asintió.

—Hay otras normas, también. Te levantas por la mañana con la sirena, a las siete, y haces la cama. No vuelves a entrar hasta después de cenar. Aparte de eso, mantén los ojos abiertos y la boca cerrada y pillarás la rutina.

El hombre hablaba lacónicamente repitiendo el discurso que les decía a todos los recién llegados. Esperó por si Alex comentaba algo —pensaba en lo claros que parecían los ojos del hombre— y se marchó.

Cuando Alex estuvo seguro de que el sonido lejano de los pasos era real, examinó su nuevo domicilio. Aparte del catre atornillado al suelo, había un lavabo de aluminio y un retrete. Formaban una única unidad con el lavabo con botones encima. El desagüe caía al retrete. Era de aluminio en lugar de porcelana y el interior de la taza de váter estaba manchado de forma permanente. En el rincón entre el mobiliario fijo y la pared había una pequeña bolsa y varios trapos sucios. En la bolsa había un producto de limpieza.

Alex arrancó las sábanas sucias del colchón. Cuando lo levantó para darle la vuelta, vio una plancha de acero donde debería haber muelles. También encontró una bolsa a medias de tabaco Bull Durham y varias cerillas de papel con una lija. Las cerillas estaban divididas por la mitad, así que cada una servía para dos ocasiones en lugar de una. Tenía suficiente tabaco para varios días.

Sin embargo, su mayor descubrimiento se encontraba en el suelo, en la esquina detrás de la cama; un montón de revistas viejas y varios libros a los que les habían arrancado las cubiertas. Aún no había llegado la época de los libros de bolsillo y aparentemente las tapas duras suponían una amenaza para la seguridad, aunque Alex no conseguía imaginar cómo. La tensión y la

violencia le habían dejado agotado, con una depresión inminente y una sensación de vacío, pero al ver los libros su ánimo mejoró considerablemente. Ojeó las páginas para buscar los títulos: *El talón de hierro* de Jack London, *Mientras la ciudad duerme* de Frank Yerby, *La exótica* de Edna Ferber, *Calle mayor* de Sinclair Lewis. Alex recordaba a Lewis de *El doctor Arrowsmith*. Leería ese primero. Mientras tuviera libros estaría bien. De hecho, mientras tuviera buenos libros prefería vivir en sus mundos que en la fealdad de su propio mundo real. Por el momento, no le importaba en absoluto estar en el agujero.

Alrededor del mediodía, escuchó ruidos y se acercó a la puerta a mirar. En la galería de abajo estaban dejando salir a los presos de las celdas de enfrente. Llevaban zapatos y uniformes normales en lugar del mono y las zapatillas.

Entonces, la barra de seguridad se levantó en otro lugar que no podía ver. Escuchó cómo se abrían puertas cercanas. Un minuto después, un hombre quitó el cerrojo y abrió la puerta de par en par. Apareció un chico llevando bandejas de comida compartimentadas en dos. Le pasó una a Alex y le dijo que la deslizara por debajo de la puerta cuando terminara. El espacio era demasiado pequeño si la bandeja estaba llena pero bastaba cuando se había vaciado, aunque los residuos de bandejas anteriores ya manchaban la parte inferior de la puerta.

La comida estaba fría pero, tras haber pasado dos años en instituciones, a Alex ya no le importaban esas cosas. Terminó de comer y volvió a su libro.

Cuando sonidos de actividad volvieron a romper el silencio y se acercó a la puerta, un grupo de chicos formaban en filas de dos. Vestían ropa normal y zapatos. Un minuto más tarde los vio de nuevo, esta vez subiendo por la colina que veía por la ventana, con azadas de mango corto al hombro. Al llegar a la cima, empezaron a levantar las malas hierbas, desde arriba hacia abajo.

Durante el día, nadie habló en el edificio, tan silencioso como una catedral. Tres orientadores estaban de servicio hasta las cinco de la tarde. Por la noche, era diferente. Un hombre se quedaba a cargo, aunque no podía abrir las celdas él solo; ni siquiera tenía llave para salir del edificio. Cuando ocurría algo, pedía ayuda por teléfono. Además, sus superiores no le podían sorprender, así que se limitaba a pasar el rato sentado en la oficina, bebiendo café, escuchando la radio, leyendo revistas que conseguía de los chicos, y a veces dormitando. La puerta de la oficina se veía desde varias celdas y, si el

hombre salía, los chicos de esas celdas pasaban el aviso. El hombre no les podía escuchar desde la oficina porque hablaban a través de las ventanas, gritando fuera del edificio.

La primera noche, Alex no participó en las conversaciones pero, entre lo que escuchó y sus propias conclusiones, supo que la Compañía «G» estaba dividida en dos secciones. Una se dedicaba al castigo *per se*, donde los chicos permanecían entre diez y sesenta días. Algunos de los que estaban en esa sección iban a trabajar, pero Alex no consiguió descubrir qué era lo que inclinaba la balanza entre la celda y el trabajo. La segunda sección de la Compañía «G» comprendía la mitad del edificio que se extendía más allá de la zona-oficina de dirección. En la otra sección se encontraban los chicos asignados permanentemente a la Compañía «G», chicos problemáticos que el personal no quería mezclar en una compañía normal, «lerdos», «psicos», agresivos crónicos, y cualquiera que perturbara la rutina de la institución. No era un castigo, o eso decía el personal, solo segregación. Disfrutaban de todos los privilegios excepto acudir a la película del fin de semana. Trabajaban cerca del edificio, repartían la comida y fregaban las bandejas, mantenían las baldosas rojas del suelo brillantes y lustrosas, realizaban todo tipo de trabajo sencillo para mantenerlos ocupados; si no, salían en un grupo especial que se encargaba del trabajo duro con azadas, azadones y palas.

Todo eso dedujo Alex tras escuchar durante varias horas al menos a cinco voces diferentes. Uno injuriaba al comité disciplinario por asignarlo constantemente al «grado B» dentro de la Compañía «G». Los otros se burlaban de él: qué esperaba después de tres escapadas. Tenía suerte de que no lo trasladaran a San Quintín. San Quintín era el siguiente escalón en la escalera institucional.

Alrededor de las diez de la mañana siguiente, Alex estaba tumbado en el suelo de cemento pero su mente vivía en el Territorio de Oklahoma del siglo diecinueve, transportado hasta allí por la novela que descansaba sobre su estómago. Disfrutaba tanto de la historia que no escuchó el ruido del hombre que se acercaba hasta que la llave entró en la cerradura.

—Vamos, Hammond. El comité disciplinario quiere verte.

El comité disciplinario utilizaba la oficina del edificio como sala de vistas. Cada joven que esperaba entrar lo hacía sentado en un banco fuera de la oficina. Un orientador de la Compañía «G» estaba junto a la puerta, vigilando

al chico a la espera de hacerle entrar cuando saliera el anterior. Un segundo orientador trajo a otro chico después de llevar a otro a su celda.

El hombre que esperaba junto a la puerta observó a Alex durante largo rato. Treinta segundos de un escrutinio tan descarado como aquel se hacían largos.

—¿Cuántos años tienes, Hammond? —le preguntó por fin.

—Catorce —mintió, aún le faltaban tres meses.

—Eres muy joven para Preston. Hay algunos de tu edad, pero el ochenta por ciento de nuestros chicos tienen dieciséis y diecisiete. Debes estar bien jodido.

Alex no sabía qué responder ni siquiera si debía decir algo, así que se encogió de hombros, pero se cuidó mucho de no mostrar indiferencia en el gesto.

—Sé que jodiste bien a Kennedy. Casi pierde el ojo... No volverá a ver bien con ese ojo.

Una vez más, Alex guardó silencio; no podía decir que se alegraba y que en la cultura de la selva aquello le daría estatus. Nadie más intentaría quitarle nada.

La puerta detrás del hombre se abrió y apareció una cara con perilla.

—¿Hammond?

El hombre le hizo un gesto a Alex para que entrara.

Había tres personas sentadas alrededor de la mesa. La habían despejado excepto por una pila de carpetas de cartón marrón. Cada una contenía el expediente de un chico. Algunas eran finas, con solo varias hojas de papel, y otras más gruesas. La de Alex se encontraba entre las más gruesas. El hombre sentado detrás de la mesa (los otros dos se encontraban uno en cada extremo) llevaba el pelo gris rapado y una placa con su nombre enganchada en la chaqueta: J. N. KEPPEL, AYDT. SUPV. Tenía la cara larga y delgada, con la nariz afilada. Llevaba la corbata demasiado apretada, resaltándole la nuez. Los otros dos hombres eran el reverendo Flowers, el capellán protestante, y el señor Hill, el psicólogo de la institución. Keppel era sin duda quien tenía el poder. Ocupaba la posición central y mantenía una expresión severa, con los ojos penetrantes y fríos.

—No has tardado mucho, ¿verdad, Hammond? Casi matas a ese chico.

Alex bajó la mirada al suelo que se veía entre sus piernas.

—¿A qué se ha debido, Alex? —le preguntó el psicólogo.

Alex negó con la cabeza sin levantar la vista.

—¡Dios todopoderoso! —resopló Keppel, malhumorado—. Tenemos aquí a otro marica con el código. A ver su expediente. —Mientras cogía el expediente, añadió—: No te gusta que te llamen marica, ¿a que no? Es lo peor que te pueden decir, ¿eh? Pues eso es lo que eres, ¡un marica!

Un marica se rendía a la sodomía, y que te llamaran así suponía un insulto grave. Pero Alex se abstuvo de replicar.

Mientras Keppel hojeaba el expediente, que después le pasó al reverendo Flowers, el señor Hill habló.

—Kennedy dice que no sabe por qué lo atacaste —comentó—. ¿Intentaba sodomizarte?

—Nadie ha intentado sodomizarme —exclamó Alex, levantándose para morder el anzuelo, enfadado.

—Bueno, pues algún motivo tienes que tener.

—No tengo nada que decir.

Mientras tanto, el capellán había sacado una carta grapada a un sobre escrito a mano. La carta y el sobre estaban sueltos en la carpeta, no agujereados y enganchados.

—¿Habéis visto esto? —les preguntó a sus colegas.

El psicólogo negó con la cabeza y cogió la carta. Alex los miraba a medias, con curiosidad. No era un informe típico de un oficial.

—No eres un niño, así que no te vamos a tratar como a un niño aquí dentro —dijo Keppel—. Organizamos peleas pero no para los maricas. Tu expediente está lleno de violencia. ¿Es que no quieres salir de estos sitios?

—Claro que quiero pero...

—¿Pero qué?

—Nada.

—Escucha, Alex —interrumpió el capellán después de leer la carta—. Tu tía te está buscando.

—¿Tía? ¿Qué tía?

—La hermana de tu padre. Ella y su marido acaban de trasladarse a Los Angeles e intentaron encontrar a su hermano. Se enteró de... de lo que había ocurrido, y de que estabas en Whittier. Escribió esto. —Le mostró la carta—. Pero ya te habías marchado, *sic transit gloria*, de Whittier. Te habías escapado.

Alex fruncía el ceño, la cabeza le daba vueltas. Recordaba vagamente que su padre había mencionado una hermana, a Clem no le gustaba su marido, o eso parecía. Alex ni siquiera sabía su nombre. No importaba lo que recordaba del ayer, lo que contaba era el futuro. ¡Una tía!

—¿Puedo escribirle?

—Estoy seguro de que podemos arreglar eso —dijo el capellán, en actitud comunicativa.

—Espere un momento, señor Flowers —le interrumpió el ayudante del supervisor—. Ya hablará con él mañana. Esto es una vista disciplinaria. —Se dirigió a Alex—: Estas aquí por cargos serios. Intento de asesinato de ese chico.

Ahora, la voz de Keppel transmitía la cólera de la rectitud. Desapareció el falso tono paternal que la mayoría utilizaba al hablar con él. El tono severo era como un huesudo dedo acusador, una acusación que demandaba una explicación y responsabilidades. Pilló a Alex por sorpresa. La cabeza ya le daba vueltas con el asunto de su nueva tía, la hermana de su padre. ¿Significaba eso que tenía un hogar en algún sitio?

—Te acercaste sigilosamente a él como un cobarde y le golpeaste cuando no miraba. Y tienes la edad suficiente para saber lo que estabas haciendo.

—Sí, lo sabía... ¡Y ojalá hubiera matado a ese hijo de puta!

Las palabras salieron espontáneas, inesperadas. En cierto modo, lo sentía de verdad, al menos metafóricamente; Kennedy lo había provocado quedándose sus zapatos. Cuando se tranquilizara tendría que pensar si lo decía en serio o no.

La frase los alteró al instante. Se enderezaron y sus ojos cobraron vida. El señor Keppel se puso pálido y después se sonrojó, y luego se sonrojó aún más y le aparecieron manchas blancas en la cara, los músculos de la mandíbula le vibraban. Miró a sus colegas una y otra vez, haciendo un movimiento entrecortado similar al de un pollo que gira la cabeza.

Alex esperaba que gritara pero, cuando habló, fue casi un susurro, aunque un susurro cargado de furia.

—¿Podemos enviarlo a San Quintín? ¿Tiene la edad suficiente? ¿Qué dice la ley?

Alex se arrepintió de haber estallado. Ahora sufría y ellos nunca lo olvidarían. Se convertiría en un hecho inmutable de su expediente por siempre jamás. Cada vez que alguien examinara su expediente, leería que era un homicida sin remordimientos. Ya sabía cómo funcionaban los expedientes; lo que decían se convertía en palabra sagrada. ¿Quién sabía durante cuánto tiempo decidirían su futuro y su valía basándose en su expediente? Quería decir que lo sentía, pero no podía, así que permaneció en silencio con una expresión violenta e impenitente mientras Keppel se enteraba de que solo los

mayores de diecisiete años podían trasladarse a San Quintín, y solo en casos excepcionales.

—Diría que este caso es lo suficientemente excepcional. Ya le ha disparado a un hombre. Pero solo tiene... —Miró la edad en el expediente y decidió no decirla en voz alta.

Al no poder trasladar a un chico de trece años a San Quintín, el comité disciplinario decidió que lo asignarían de forma permanente a la Compañía «G», con una revisión de la orden en seis meses. En el informe de su decisión, que también se incluiría en el expediente, concluyeron que había realizado un asalto armado no provocado sobre otro chico, que no había mostrado ningún tipo de remordimiento y que era demasiado explosivo e impredecible para mantenerlo mezclado con la población general.

Esa noche lo trasladaron al otro lado de la Compañía «G».

Desde el principio, Alex supo que permanecería en la Compañía «G» hasta que lo enviaran a «Broadway», como llamaban a la libertad. No sabía cuándo sería eso pero, hasta que llegara ese momento, permanecería en una celda de la Compañía «G».

La rutina era monástica y Alex se adaptó rápidamente. El programa diario era simple y rara vez se modificaba. Comía en el pequeño comedor del edificio con el resto de los residentes permanentes de la Compañía «G». Después del desayuno, salía con uno de los tres equipos cargado con una azada, un azadón, una pala o un rastrillo, dependiendo del trabajo. A veces tenían que quitar las malas hierbas de la colina o despejar las acequias de drenaje de la carretera para que el agua fluyera mejor. Desenterraban tuberías con escapes o cargaban montones de madera podrida en camiones. En otoño, rastrillaban las hojas de toda la institución y durante dos meses levantaron la ladera de una colina para ensanchar un camino. Cuando llovía, se quedaban dentro desenvainando judías. La mayoría de las tareas eran trabajos duros bajo el sol, aunque solo durante seis horas al día. Cuando sus músculos se adaptaron, el trabajo no fue un problema para Alex. En ocasiones incluso lo disfrutaba. A las once de la mañana, entraban para comer y los encerraban hasta la una. Entonces, volvían a trabajar hasta las cuatro, hora en la que se duchaban y volvían a comer. Si el tiempo era bueno, les dejaban salir a un pequeño campo vallado junto al edificio hasta que oscurecía. En invierno, iban directos a sus celdas después de cenar. Dos veces a la semana, un profesor les daba clase durante una hora, utilizando el comedor como aula,

para cumplir así con la ley que obligaba a que todos los adolescentes acudieran a clase. El profesor no tenía ningún programa. Les daba revistas que podían leer y llevarse a sus celdas, o les facilitaba papel y lápiz y los convencía para que escribieran a sus casas, que era el único lugar al que se les permitía escribir. El profesor también tenía cuadernos de ejercicios de lengua y matemáticas que los chicos podían rellenar en sus celdas, pero pocos se molestaban en cogerlos, incluido Alex. Despreciaba cualquier estructura y odiaba las matemáticas. Alimentaba sus ansias de conocimiento leyendo con voracidad. Un cuarto de trastos se había convertido en una biblioteca improvisada que albergaba un par de cientos de libros sin tapas, todos procedentes de donaciones. Consiguió que uno de los hombres le dejara entrar en la sala durante unos minutos una o dos veces por semana. Siempre cogía varios libros sin molestarse en abrir las páginas para leer el título. Eso suponía demasiado tiempo con el hombre esperando con la llave metida en la cerradura. A nadie más le interesaba la sala, así que Alex ideó un sistema mediante el que colocaba los libros que había leído del revés en la estantería antes de coger el siguiente montón para evitar así llevarse libros que ya había leído. La colección era ecléctica y de calidad media, desde *best sellers* del Club del Libro del Mes hasta el ensayo pasando por historia y psicología. Por la noche siempre leía, desde que entraba en la celda hasta que apagaban las luces, y en ocasiones, cuando estaba particularmente absorto con una historia, leía hasta mucho después. Un foco fuera del edificio le proporcionaba la luz suficiente a través de la ventana para leer si se sentaba al borde de la cama con la espalda contra la ventana. Tardó ocho meses en leer todos los libros de la sala, incluso los de temas nada interesantes, como religión. Después de eso, el profesor le traía libros. El número se redujo pero la calidad aumentó. Habría hablado de libros con el profesor si los ojos de los demás no estuvieran siempre presentes.

En cuanto a la religión, Alex recibía su ración en las cartas de su tía. Se escribían aproximadamente cada mes. Junto con cinco dólares, siempre lo reprendía por no aceptar a Nuestro Señor, por no acudir a Él para encontrar el camino... Las cartas eran cortas y formales o repetitivas hasta el punto de crisparle los nervios, eran las cartas de alguien no acostumbrado a escribir. Si se reía de las partes religiosas, lo hacía con pensamientos amables, imaginándosela como una mujer agradable que le caería bien, y a la que podría manipular. Se sobreentendía desde prácticamente el principio que iría a vivir con ella y su marido cuando consiguiera la libertad. Acababan de abrir

un pequeño restaurante en Los Angeles. Su marido cocinaba y ella trabajaba como camarera.

Alex cumplió los catorce en la Compañía «G». El trabajo duro lo condicionó mientras se desarrollaba. Seguía creciendo, pero ya medía un metro setenta y pesaba sesenta y cinco kilos, no era un hombre maduro pero tampoco un muchacho huesudo de once años. Sabía los nombres de todos los miembros de la Compañía «G» pero, de los treinta chicos asignados allí permanentemente, con la mitad de ellos nunca hablaba, a menos que fuera totalmente necesario. De los demás se mantenía apartado y solo se relacionaba con un puñado. Solo dos eran amigos. Los dos casos perdidos. Uno era Alien, conocido como Rama porque era alto, delgado y desgarrado. Rama estuvo en Whittier con Alex. Lo habían asignado a la separación permanente porque un cadete de la Compañía «N» le había dado una patada por hacer el payaso y después le partió las paletas cuando Rama se rebeló. Rama fundió el mango de un cepillo de dientes y le incrustó una cuchilla mientras seguía blando. Cuando se endureció, estaba listo. Rama esperó hasta que el otro chico estuvo sin camiseta, inclinado sobre un lavabo. Se le acercó por detrás y le rajó la espalda con la cuchilla de arriba abajo. Necesitaron ciento catorce puntos para coser la herida y a Rama lo asignaron de forma permanente a la Compañía «G». Años después, tras la cárcel y tratamientos con terapia de electroshock en hospitales estatales, Rama se convertiría en el líder de la costa oeste del partido nazi americano.

El otro amigo de Alex era Marsh, un chico corpulento de diecisiete años que había matado a un hombre que se peleaba con su padre por una disputa de tráfico. Rodaban por el suelo cuando Marsh se metió a ayudar a su padre con un gato hidráulico. Acababa de llegar de Oklahoma y tenía un fuerte acento que en ocasiones le acarreaba problemas. Los chicos de la ciudad lo ridiculizaban, mientras que los negros asumían por su voz que era un intolerante. Tampoco es que le molestara demasiado, ya que su tamaño era el de un oso pardo joven. No le permitían entrar cartones de tabaco como a los chicos de la zona principal, pero el Hombre en ocasiones les dejaba entrar dos o tres paquetes. No podía guardarlos en su celda pero le permitían fumarse algunos después de comer y cuando salían al patio. Marsh, Rama y Alex no tenían que liar el Bull Durham cuando pasaban la bolsa por la mesa del comedor. Odiaban el Bull Durham, aunque no estaba mal cuando conseguían colar una bolsa en las celdas, donde en teoría no podían fumar.

Pudo hablar con Lulu cuando enviaron allí al mexicano durante treinta días. Lulu se había emborrachado con un brebaje casero y plantó un zurullo

en la fiambarrera del capataz de la zapatería. Alex veía a Watkins cuando iba al hospital porque se encontraba mal o para visitar al dentista, ya que Watkins era camillero. Desde el fracaso de su huida, Watkins se dispuso a ganarse la libertad trabajando. Volvió a casa tres semanas antes de que Alex supiera que le iban a conceder la libertad a él también. Habían pasado dos meses desde que el trabajador social presentó los papeles. Su tía había escrito a la Autoridad de Menores a través del asistente social, al igual que el pastor de su iglesia baptista. No se había metido en más líos desde que seguía la tranquila rutina de la Compañía «G». Sin embargo, la principal razón era que había cumplido más de tres años en total si se sumaba el tiempo pasado en los hospitales estatales y en Whittier. La estancia media era de once meses. Cuando el trabajador social le comunicó que se marcharía a casa, añadió que había una condición especial: el agente de la condicional de Los Angeles tenía orden de concertarle un programa de psicoterapia. A los miembros de la Autoridad de Menores les preocupaba su carácter y su potencial violento.

—En cuanto envíe el teletipo, podrás salir de aquí.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Tenemos que mandar tu expediente primero. Diría que dos o tres semanas como máximo.

¡Tres semanas!

Con el paso de los días, Alex se llenaba de expectativas, sueños e ideas. Muchos días no conseguía dormir hasta casi llegada la mañana pensando en ser libre, legítimamente libre. ¿Llegaría finalmente esa última noche?

Llegó, por supuesto.

Capítulo 19

Miedo a la libertad, una sensación conocida por todos aquellos que han pasado mucho tiempo encarcelados y reprimidos por todos los demás, es lo que sintió Alex la noche antes de su puesta en libertad. Hasta ese momento, había manejado la situación no pensando en ella. Realizó la rutina típica previa a la liberación —habló con trabajadores sociales, le tomaron las medidas para la ropa, le hicieron una foto «vestido de calle»— sin preocuparse del significado de esos actos, desprendido de sentimientos. Cuando no pudo ignorarlo por más tiempo, estalló y empezó a sudar a mares, con náuseas. El miedo no se centraba en nada específico, en nada que vencer. De hecho, era la falta de algo específico, la falta de conocimiento, lo que engendraba el miedo. Era el hecho de adentrarse en lo desconocido. Eso era el mundo que le esperaba fuera. ¿Qué sabía él de la libertad? Los episodios tras las escapadas, en los que era un fugitivo, no constituían una preparación para la libertad real y sus exigencias. El miedo se apoderó de él cuando las charlas antes de dormir se interrumpieron tras apagar las luces. La oscuridad desencadenó el miedo previamente contenido, escondido tras las charlas y las payasadas. A medida que se acercaba la fecha de su liberación, le costaba más dormir. Resultaba de lo más inusual, nunca le costaba dormirse por muy duras que fueran las circunstancias. De hecho, solía dormir para evitar la tensión...

Alex tenía los ojos abiertos cuando las luces de las celdas se encendieron por última vez. Sentía la boca algodonosa y retortijones en el estómago. Arrancó rápidamente la ropa de cama. Hacía días que le habían limpiado la taquilla, así que ahora había una nueva muda de ropa interior que vestiría para enfrentarse a la libertad junto con la camisa harapienta y los vaqueros que dejó en Ingreso y Salida. Había terminado de vestirse y de cepillarse los dientes cuando el guarda nocturno le abrió la puerta.

—Vamos, Hammond —dijo—. Te escoltaré hasta Ingreso y Salida cuando llegue mi relevo.

Fuera brillaba el sol y el frescor de la noche perduraba, el tiempo ideal para levantar el ánimo y avivar la esperanza. Más tarde apretaría el calor pero ahora era perfecto. Mientras Alex cruzaba la zona de destacamento, en dirección a Ingreso y Salida en el sótano del Castillo, una ilusión exultante barrió las dudas de la noche. Por fin sería legítimamente libre y aquello presentaba unas posibilidades infinitas para todo. Se sentía de tan buen humor que tarareó en voz alta y se detuvo un momento para observar los edificios de ladrillo de la institución que salpicaban las colinas. Sintió una punzada de afecto por el reformatorio, aunque nunca lo admitiría. Al echar la vista atrás, no había resultado tan duro. Sí, tal vez duro, pero no terrible. Según los libros que había leído, los colegios privados también eran duros a su manera. Aquí en Preston se había vuelto más inteligente y había hecho amigos para toda la vida. Llevaba muchas direcciones y números de teléfono metidos en el calcetín.

Al otro lado de la puerta, el escolta le estrechó la mano.

—Supongo que ya puedo dejarte aquí.

El hombre libre llegaría en cualquier momento. Apareció un joven, de complexión delgada y piel extremadamente oscura, con cuatro cuadros sin enmarcar, dos en cada mano. Él también salía en libertad aquella mañana y él mismo había pintado los cuadros o, de lo contrario, no le permitirían llevárselos. Los lienzos sorprendieron a Alex. No sabía nada de arte, pero los dos que pudo ver (un paisaje urbano de un barrio marginal y un panorama del Golden Gate) pintaban bien. Alex se sorprendió porque el negro parecía bastante estúpido. Había visto al negro vestido con la ropa blanca de la cocina, pero nunca habían hablado ni sabían cómo se llamaba el otro. Ahora el negro ignoró a Alex y apoyó los cuadros contra la pared.

—El puente es bonito —comentó Alex—. ¿Los has hecho tú?

Alex sabía que sí.

El negro dudó, sus ojos reflejaban sus recelos.

—Sí, los he hecho yo. Ese se lo llevo a mi madre, intentaré vender los demás.

—Vamos a viajar juntos, ¿no?

—No. Mi madre y su novio vienen a buscarme desde Oakland. Estarán ya en la puerta.

—Sí, de todas formas, yo voy a Los Angeles, cerca de Santa Mónica. Tengo una tía que vino con su marido desde Louisville el año pasado. Nunca los he visto pero...

Alex dejó de hablar al darse cuenta de que el negro no lo escuchaba. El encargado de Ingreso y Salida apareció en ese momento con las llaves tintineando.

Veinte minutos después, cuando se vistieron y les entregaron sus paquetes sellados (para que no pudieran colar nada dentro y sacarlo de contrabando), el hombre los escoltó escaleras arriba hacia la caja. El chico negro tenía nueve dólares en su cuenta y no le dieron nada más porque su familia se encargaría de su manutención. Alex recibió cuarenta y cuatro dólares y un billete de tren, más una hoja de instrucciones para el viaje y la dirección y el teléfono de su agente de la condicional. Tenía que presentarse ante el agente antes de cuarenta y ocho horas desde su llegada.

Lo único que faltaba era marcharse, pero incluso eso requería espera. El hombre de Ingreso y Salida dejó a Alex esperando sentado en un banco fuera de las oficinas administrativas mientras él escoltaba al negro hasta la puerta principal. Después fue a buscar un coche estatal para llevar a Alex hasta Stockton, a unos treinta kilómetros.

Mientras el hombre volvía, los administrativos empezaron a llegar a su puesto de trabajo. Ninguno conocía a Alex, así que nadie le habló, excepto una joven secretaria que se percató por su ropa de que lo liberaban.

—Buena suerte —le dijo—. No te metas en líos. Este no es un lugar divertido para crecer.

—Gracias —respondió Alex, y se sonrojó profundamente.

Podía oler su perfume y, cuando se alejó, observó fijamente sus piernas y su trasero, el ideal de sus fantasías sexuales. Todos los chicos del correccional se habían masturbado pensando en ella, y el recuerdo fue lo que le sonrojó. Eso y el hecho de que no había hablado con ninguna mujer (excepto la vieja enfermera del hospital) desde hacía más de un año. Cuando se marchó, su perfume permaneció tras ella provocando un fuerte efecto en él, ya que de aquello también hacía mucho tiempo.

El hombre de Ingreso y Salida guardó silencio mientras conducía por el campo hacia Stockton. Alex estaba contento, le encantaba mirar el paisaje. No era una vista espléndida. En su mayoría se componía de campos de alfalfa y viñedos, con algunos nogales. No era otoño y el ambiente era seco y polvoriento. Olas de calor titilaban como preludio de un día abrasador. Aun así, era una libertad preciosa que le presentaba infinitas posibilidades.

Stockton era una metrópolis agrícola que abastecía a un vasto valle de munificencia sin igual. Stockton disfrutaba de numerosas calles a la sombra de los árboles, no solo en los barrios residenciales sino también en la parte de

la zona comercial. Era más grande de lo que Alex esperaba y tardaron quince minutos en llegar desde las afueras hasta la estación, cercana al centro.

—Tendrás que esperar dos horas, chico —le dijo el hombre al parar junto a la acera, con el motor en marcha—. No te metas en líos. La semana pasada dejé aquí a tres. Ahora están en la cárcel en Fresno. Robaron un coche en lugar de esperar el tren. La patrulla de carreteras los cogió cuatro horas después de su liberación.

Alex se rio.

—No te preocupes. No estoy tan loco.

—No me preocupa. No me importa nada de lo que hagáis. Buena suerte.

—Gracias —respondió Alex.

Completaron el ritual de la liberación con un apretón de manos; después, Alex bajó del coche, con el paquete metido debajo del brazo, y observó cómo se alejaba el coche y desaparecía al girar una esquina.

Con la desaparición del coche, la libertad se estrelló contra su sensibilidad. Fue casi un golpe físico y, por un momento, lo asustó. Después se acordó de que tenía que coger un tren y, de alguna forma, eso lo calmó. Aun así, le quedaban dos horas que ocupar. A varias manzanas había carteles sobre escaparates y el tráfico de vehículos y peatones se hacía denso. Allí sin duda encontraría un lugar donde comerse una hamburguesa, se le hacía la boca agua al pensar en el aliño, la hamburguesa y las cebollas. Las hamburguesas de Preston eran una mezcla libre de migas de pan y carne picada cocinadas al horno, por lo que solían quedar duras y secas por fuera y a menudo crudas por dentro. Sí, quería una hamburguesa. Y el restaurante también tendría una máquina de tabaco.

Caminaba con una sonrisa en la cara, sintiendo una felicidad vertiginosa, ajeno al sudor que le corría por la frente y que le pegaba la camisa.

Aunque faltaba una década para que el aire acondicionado llegara a los pequeños restaurantes, un ventilador giratorio proporcionaba una fresca brisa. El restaurante estaba casi desierto, era la hora intermedia entre la multitud del desayuno y de la comida. Alex degustó la hamburguesa, deleitándose en los jugos y sabores de la carne y el aliño, la mostaza y la cebolla. Sudando, terminó de comer. Quería dar una vuelta y visitar algún sitio interesante antes de subir al tren.

Había una máquina de tabaco junto a la puerta. Programó su salida para que la camarera estuviera en el fondo, por si acaso le decía algo. Por veinte centavos, consiguió un paquete de Chesterfield y dos centavos de cambio. Le

había dejado a la camarera una propina de veinticinco centavos y ella ignoró al menor que trasteaba con la máquina de tabaco.

En vez de volver directamente por el bulevar hasta la estación, Alex zigzagueó por calles residenciales bajo la sombra de los árboles, solo para ver qué había allí. La curiosidad era una costumbre que siempre conservaría. Vio a personas mayores sentadas en porches a la sombra en casas grandes y antiguas y niños bronceados de seis años corriendo alrededor de aspersores. Dos adolescentes con shorts vaqueros pasaron a su lado en dirección contraria. Al cruzarse, olió por un momento su dulzura y vio los indicios de unos pechos sobresaliendo bajo sus camisetas. Eso, unido a su imaginación, le provocó una erección inmediata.

Sí, había mucho que hacer ahí fuera. Sacudió la cabeza ante las expectativas al girar la última esquina, la estación quedaba a media manzana. Pero gran parte de lo que hiciera dependía de su tía Ada y de su marido. Se llamaba Ray. Alex se lo grabó en la mente, puesto que tendía a olvidarlo. En las cartas, la tía Ada le parecía buena, excepto por sus gilipolleces religiosas, pero muchas mujeres de mediana edad se entregaban a Dios. Podía rezar por él mientras no pretendiera que él rezara también. Lo que él quería era trabajar en el restaurante, además de ir a clase (deprimente) y ahorrar cinco dólares a la semana para un coche. Él valía veinticinco dólares a la semana más alojamiento y comidas. Tenía edad suficiente para un permiso de conducir provisional, pero sin duda entenderían que era más maduro que la mayoría de los chicos de catorce años, y que cumpliría quince en unos meses (de todas formas, no conseguiría ahorrar el dinero suficiente antes). Podrían decir sin problemas que tenía dieciséis para que le dieran el permiso y conseguir algún coche. Era algo tan importante que no dejaba que las dudas arraigaran en su mente, al menos, no de forma consciente. También tenía otras ideas y esperanzas, pero esperaría a ver cómo se llevaban antes de plantearlas. Quizá se había equivocado en el rompeolas de San Pedro cuando pensó que estaba destinado a ser un proscrito. Quizá tenía una oportunidad de ser otra cosa.

Capítulo 20

Cuando el tren salió de los zigzagueos y las curvas de las montañas y entró en la cuenca del valle de San Fernando, donde pudo coger velocidad para recorrer los últimos treinta kilómetros hasta la Union Station de Los Angeles, el sol era un semicírculo rojo que caía entre las cumbres hacia el Pacífico oculto. Alex se pasó cada minuto del viaje mirando vorazmente por la ventana. Acababa de leer *Las uvas de la ira* y, cuando el tren atravesó Salinas y Soledad y otros lugares del mundo de Steinbeck, se preguntó dónde estaba la gente. Aquellas eran soñolientas ciudades agrícolas sin vida suficiente para dramas, o tal vez había cosas que era incapaz de ver. Ahora se encontraba en el valle de San Fernando, compuesto en su totalidad por naranjales, campos de alfalfa y desierto excepto por las pequeñas comunidades cercanas a Hollywood Hills. En los contornos, descansaban los esqueletos blancos de madera de las extensiones de casas idénticas, precursoras del mayor éxodo de la historia de la humanidad, aunque Alex Hammond no era consciente de aquellos hechos mientras avanzaba.

El atardecer se convirtió en oscuridad cuando el tren entró en la ciudad de Los Angeles. La estación de Union Station se encontraba a escasos minutos. Ahora, las casas destartaladas con vallas combadas se amontonaban. En la noche, solo se veían sus luces, no su austeridad. Una feliz emoción recorrió al chico cuando el tren disminuyó de velocidad. Fue de los primeros en entrar en la estación abovedada, la más bonita de Estados Unidos, construida hacía tan solo una década, antes de que los trenes de pasajeros quedaran obsoletos.

Esa noche, la estación estaba prácticamente desierta en la zona donde él desembarcó. La gran mujer rubia y el hombre corpulento tenían que ser la hermana de su padre y su marido. La ansiedad le revolvió el estómago pero avanzó hacia ellos, al principio despacio y después, cuando la mujer lo saludó, aumentó la velocidad.

—¿Alex? —le preguntó cuando se acercó más.

—Sí... Soy... eh... yo.

La mujer se rio liberando parte de la tensión. Sin embargo, estudió con la mirada al sobrino, sin risas, evaluándolo.

—Bueno, nos alegramos de conocerte —dijo el hombre—. Yo soy Ray. —Apenas se apreciaba el más mínimo resto de acento escandinavo. Lo saludó con un fuerte apretón de su mano callosa—. Será mejor que vayamos a por el coche —dijo—. Estamos en doble fila y no me gustaría que se lo llevara la grúa.

Caminaron en silencio por la enorme estación. Ava Hammond Olsen señaló el paquete que Alex llevaba bajo el brazo.

—¿Eso es todo lo que tienes?

—Todas mis pertenencias materiales. Los exconvictos adultos llevan más cosas.

Giró la cara rápidamente, afectada por la respuesta.

—Esperemos que hayas dejado todo eso atrás —comentó razonablemente. Todos entendieron el mensaje y lo que lo había provocado.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Ray, llenando el vacío.

—La verdad es que no lo sé, con el hormigueo en el estómago.

—Vamos a casa —dijo Ava—. Comeremos algo allí si tenemos hambre.

El coche era un Plymouth sedán de antes de la guerra bien conservado. Cuando Ray lo abrió, Alex se deslizó en el asiento trasero, donde palpó la tapicería y observó la simetría de los diales del salpicadero. Se preguntaba si mentirían sobre su edad para que le concedieran el permiso provisional. Cumpliría quince en un par de meses y, aunque incluso con esa edad era demasiado joven, sin duda Ava y Ray se darían cuenta de que era más maduro para su edad, verían lo urgente que era tener un coche y que lo pagaría trabajando en el restaurante. Quería cuarenta dólares a la semana, un dólar la hora después de deducir el alojamiento y la comida. Ahorraría diez a la semana para ropa y otros diez para el coche. No era mucho pedir.

En Union Station no tuvo ocasión de estudiar bien a la pareja, a su tía y a su marido. Ahora las oscuras siluetas iluminadas momentáneamente por las salpicaduras de las farolas guardaban silencio. ¿Les gustaba o simplemente «hacían lo correcto»? Quizá querían el dinero de la Ayuda a niños dependientes que les pagaría el Estado para cuidarlo. Eso no era probable, ella se ofreció a darle un techo antes de saber que el Estado le daría dinero por él.

La residencia Olsen era una larga casa de una planta en un largo y estrecho terreno. En vez de entrar por el camino y pasar la casa delantera, Ray giró por un callejón lleno de surcos detrás de la propiedad. Aparcó junto a la puerta trasera.

—Solo tenemos una habitación —dijo Ava mientras Ray giraba la llave en la cerradura—. Pero hemos arreglado el porche.

Ahí era adonde estaban entrando, los pies de la cama quedaban justo a la derecha. Era idéntica al catre militar en el que estaba acostumbrado a dormir. Pero nunca había tenido tocador, ni siquiera uno pequeño y viejo, con espejo. Aunque pequeño, seguía siendo más grande que algunos de los lugares en los que había estado. La ventana no tenía barrotes, era grande y con una pantalla fuera del cristal. Podía dejar entrar la noche y mantener fuera a los insectos. Estaba organizado de forma que tenía cierta privacidad. Si alguien salía al patio trasero por la puerta de la cocina, pasaría a los pies de su cama. Tenía más privacidad que en cualquiera de los sitios en los que había estado.

—Pensamos en comprarnos una casa más grande —comentó Ray—, pero... —Negó con la cabeza—. Pero hay una escasez de vivienda terrible desde que comenzó la guerra. Ahora que ha terminado, deberían empezar a construir.

—Hasta pensamos en comprar una de dos habitaciones a un par de manzanas de la playa, pero pedían ocho mil. Es mejor esperar a que las nuevas construcciones bajen los precios.

—¿Qué te gustaría comer? —preguntó Ray mientras cruzaban la cocina hacia el diminuto salón.

Alex se encogió de hombros.

—¿Qué te parece un sándwich de beicon y tomate?

—Genial.

—Yo también quiero uno —dijo Ava, y luego se dirigió a Alex—: Ray se encarga de cocinar, ya sabes. Aquí no tenemos muchas cosas, el restaurante está justo en frente.

Ray abrió la puerta delantera y cogió un periódico doblado. El hinchado titular rezaba: BUGSY SIEGEL ASESINADO. Resultaba obvio que Ray quería leer la noticia pero tenía que preparar los sándwiches, así que le echó un vistazo superficial.

—Los acaban pillando a todos, de un modo u otro —comentó, y se marchó al restaurante.

Alex cogió el periódico. Una foto que cubría la parte superior del periódico mostraba el cadáver retorcido del gánster, la sangre se veía negra. La habitación era lujosa y Alex se percató de los caros zapatos que calzaba Bugsy.

—Valió la pena durante un tiempo —murmuró el muchacho.

—¿Qué? —le preguntó su tía. Estaba colgando el abrigo en una percha.

—Nada.

Dejó el periódico pensando en leerlo después. En Preston, los chicos hablaban de los criminales famosos: Dillinger, Capone, Luciano. A Alex siempre le había interesado Bugsy Siegel. Alguien, quizá Big Zeke, había contado una historia que Alex recordaba. Bugsy estaba en el corredor de la muerte en Sing-Sing, a dos semanas de sentarse en la silla eléctrica por asesinatos relacionados con la mafia. Formaba parte de «Asesinatos S. A.», un nombre asignado por la prensa. El alcaide Dewey fue a ver a Bugsy y le ofreció conmutar su condena si daba pruebas al Estado y cooperaba. Respondió que «llevaba toda la vida friendo a soplones para cambiar ahora». Dewey se marchó con la cara roja. Antes de la ejecución (a Lepke y a otros los frieron), un juzgado de apelación revisó la condena de Bugsy. El Estado fue incapaz de condenarlo en un nuevo juicio. Alex se creyó la historia y, para él, mostraba tanto valor como la famosa frase de Nathan Hale al enfrentarse a su verdugo. Más, de hecho, ya que a Bugsy le habían ofrecido un indulto.

La historia era falsa, pero Alex aún no lo sabía.

Ava volvió del armario de la habitación. Se sentaron, él en un sillón, ella en el sofá, y se produjo un momento de vacío de los que requieren ser llenados.

—Mañana por la mañana irás a inscribirte en el colegio. Está a cuatro manzanas, calle arriba. —Hizo un gesto para indicar en qué dirección.

¡Colegio! Se había negado a pensarlo antes, aunque sabía que la ley así lo requería. Adoraba aprender, pero siempre había odiado ir a clase. Hacía mucho tiempo desde la última vez. Las clases del reformatorio no tenían nada que ver.

—Mañana es viernes, tía Ava. ¿No puede esperar hasta el lunes?

—Sí, supongo que no pasa nada. Será bueno para ti tener unos días libres ahora.

—Otra cosa. Quiero trabajar media jornada... Con un permiso de trabajo. Quiero trabajar para Ray y para ti en el restaurante.

Las últimas palabras salieron en voz más baja, con menos fuerza, ya que las arrugas se habían acentuado de forma perceptible en la frente de su tía, y su boca tampoco respondía de forma favorable.

—Ya hablaremos de eso más tarde —terminó, pero se le hizo un nudo en el estómago de preocupación.

Ray traía los sándwiches y pequeñas bolsas de patatas fritas en una bolsa.

—Voy a ponerlo todo en platos —dijo la tía Ava, que se llevó la bolsa y desapareció en la cocina—. Alex, ¿leche o café?

—Leche, por favor.

Ray relajó la tensión haciendo una mueca: se estiró de los mofletes y entornó los ojos. Después, se encogió de hombros cuando Alex sonrió y cogió el periódico.

—Tengo que saber qué ocurre en el mundo, como si pudiera hacer algo.

La tía Ava había cortado los sándwiches por la mitad, y les había clavado palillos.

—Cuidado con las migas —le dijo su tía—. Normalmente comemos en la cocina.

—No, cariño —rebató Ray—. Normalmente comemos en frente. A veces tomamos el café aquí por la mañana.

—Pero, cuando comemos aquí, ¿dónde lo hacemos?

—Vale.

Alex habría comido con cuidado, consciente de lo que hacía, incluso sin la advertencia. Las instituciones desarrollaban el hábito de engullir la comida sin la más mínima preocupación por las instalaciones (más de una vez había escupido el terrible mejunje al suelo del comedor, ya que no les daban servilletas) así que ahora pensaba ir con cuidado. Cuando terminó, se relajó y, sin pensar, se encendió un cigarro. De hecho, no buscó un cenicero a su alrededor hasta que no le quedó más remedio que dejar la cerilla en el plato. La dejó ahí y, al levantar la vista, se topó con la de ellos. La expresión de incredulidad de sus caras y sus ojos fijos en él le hicieron sonrojarse.

—Haz eso fuera, por favor —le dijo Ava—. No fumamos y ese olor horrible se queda en casa. ¿No sabes que son clavos de tu ataúd?

—Sí, ya —respondió Alex y se levantó, con determinación—. Puedo pasar sin fumar esta vez —dijo, fue a la cocina, apagó el cigarro en la pila y lo tiró a la basura.

La cocina, como todo lo demás, estaba obsesivamente limpia. Incluso las botellas de limpiacristales, lejía, jabón y ceras estaban ordenadas con precisión en un armario a la altura del suelo. Todo estaba tan limpio y ordenado que no se atrevía a tocar nada. Ya se sentía encajonado e incómodo. En cuanto a ellos, aún no se había decidido sobre si le gustaban o no.

Esa noche aplazaron la charla seria sobre temas concretos. Los Olsen se acostaban prácticamente al atardecer, especialmente en verano. Ray se levantaba a las cuatro y media de la mañana para preparar la apertura del restaurante a las seis. Ava se levantaba una hora más tarde. Trabajaba durante los ajetreados turnos del desayuno y la comida, además de llevar la

contabilidad y el papeleo. El restaurante empleaba a una camarera a tiempo completo y a una a media jornada, así como a un friegaplatos.

Alex abrió la ventana de su porche-habitación. Los insectos arañaban la pantalla para intentar entrar, pero solo pasaba el aire de la noche, cargado del aroma del mar. Alex dejó los pantalones y la camisa en el suelo y se tumbó sobre las sábanas frescas con la intención de reflexionar sobre su situación, de tomar decisiones. No cabía duda de que sus realidades eran diferentes. ¿Qué esperaban de él?

Antes de que pudiera pensar mucho, se quedó dormido. Había sido un día discretamente agotador.

La casa estaba vacía cuando Alex se despertó a las ocho y media. Después de una rápida ducha (secó con cuidado las salpicaduras de agua), se vistió con la ropa del día anterior.

«Tengo que comprarme algo más», pensó. Su armario consistía en lo que llevaba (pantalones, camisa y chaqueta) y una muda extra de ropa interior y calcetines. Tenía suficiente para un par de Levi's y unas zapatillas, iría a comprar aquel día. También tenía que visitar a su agente de la condicional esa semana.

Cuando salió, se percató con más claridad de lo pequeña y mal construida que estaba la casa. De no estar tan bien organizada e imaculada, habría sido otra pocilga. El restaurante al otro lado de la calle también era más pequeño de lo que esperaba, pero lo que quería no suponría una carga económica. Ava y Ray seguro que lo entendían.

El sol ya brillaba con tanta fuerza que tuvo que entrecerrar los ojos para poder ver. Más tarde, el ambiente caluroso y seco se haría pesado, absorbiendo la energía y acortando la paciencia. El estómago le pedía comida. Entró por la puerta trasera, un cobertizo añadido a la construcción. Ahí trabajaba el friegaplatos y se pelaban las verduras. En ese momento, estaba vacía. Al otro lado de la puerta se encontraba la cocina. Ray estaba allí, con un pañuelo alrededor de la frente para que el sudor no le cayera a los ojos. Ahí dentro hacía un calor sofocante. Ray no vio a Alex hasta pasado un minuto, durante el cual el muchacho observó los movimientos fluidos y expertos de la espátula y la cuchara con los que Ray preparaba tortitas, huevos, beicon... Ray tenía una rueda de repuesto de grasa alrededor de la cintura y Alex era igual de alto, pero bajo la grasa el hombre era fuerte, mucho más de lo que Clem había sido. La camiseta blanca estaba empapada y

se le pegaba al torso. Empujaba platos de comida a través de la ranura para que Ava y la camarera pudieran servirlos.

—Hola, chico —le saludó Ray—. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—No tenemos muchas cosas pero nunca tendrás que preocuparte por la comida. ¿Qué te parece filete con huevos?

—Preferiría un gofre con jamón.

—Marchando. Ve a la parte de delante.

El restaurante tenía treinta taburetes ordenados en forma de herradura, la mitad de ellos ocupados, así como tres de las cuatro mesas a lo largo de la ventana frontal. La mayoría de los clientes eran trabajadores locales, hombres con las manos callosas con grasa incrustada. Procedían de dos talleres mecánicos y de dos concesionarios situados en la misma manzana.

Alex se subió al último taburete de la barra, junto al paso a la cocina. La camarera, que tenía unos pechos enormes que le hacían saltar un botón del uniforme, obviamente sabía quién era, su amplia sonrisa y el guiño se lo confirmaron. Ava se detuvo un momento.

—¿Qué quieres para desayunar?

—Ya se lo he dicho a Ray.

—¿Qué vas a hacer después?

—No sé... No exactamente.

—Creo que deberías ir a matricularte a la escuela. Ray también lo piensa.

Su tono le despertó recelos. Sin duda, los dos hablaban sobre él. Eso era de esperar. Pero algo le dijo que fuera con cuidado; la referencia a Ray cargaba ligeras implicaciones, como si pretendieran tomar las decisiones que regirían su vida. Querían desempeñar el papel de padres, mientras él quería que se limitaran a ofrecerle alojamiento y comida (a cambio de trabajo y dinero del Estado) y que lo dejaran a su aire. Había pasado mucho tiempo desde que tuvo padres, diez años. Estaba acostumbrado a hacer lo que quería cuando no se encontraba en alguna institución. Las cosas no funcionarían si pretendían ejercer de padres según los estándares bajo los que funcionaban la mayoría de los chicos de catorce años, o incluso de quince, que estaban a punto de cumplir.

—¿Dónde está?

—No muy lejos. Baja por Sixteenth Street dos manzanas y gira a la derecha, está a unas cuatro manzanas.

—Vale.

Entraron dos hombres en mangas de camisa y corbata. En cuanto se sentaron a una mesa, Ava les llevó vasos de agua y menús. Antes de que pudiera volver con Alex, tres hombres vestidos con monos entraron y se sentaron en otra mesa.

La camarera le llevó su desayuno a Alex. Estaba delicioso. Hacía tres años que no comía gofres, desde antes de fugarse del Hogar para Chicos del Valle. Las instituciones nunca servían sirope de verdad o, si lo hacían, era diluido con agua. Alex engulló los gofres, el sirope y el jamón, estaba demasiado bueno para saborearlo lentamente. Cuando terminó, el restaurante estaba lleno. La tía Ava estaba demasiado ocupada para hablar más allá de un rápido «adiós». Le prometió que volvería antes de la noche.

Cuando salió a la acera, bajo la luz del sol, casi salta de alegría. Sin pensarlo, se encaminó hacia el instituto pero, antes de recorrer las dos primeras manzanas, decidió que pospondría aquel horrible trámite. El día era demasiado bonito, se sentía demasiado bien. Les contaría a Ava y a Ray que le habían dicho que volviera el lunes. Hoy se trataba de disfrutar, de visitar a Teresa y a JoJo, de descubrir cómo contactar con Wedo, quizá incluso de buscar a Miss Coupe de Ville al anochecer, nunca la encontraría durante el día. Caminaba dando pequeños saltitos en dirección al tranvía. Se sintió espléndido los cincuenta minutos de trayecto sobre el coche rojo. El viaje en sí fue una feliz excursión con unas vistas fascinantes, las extrañas pero preciosas Watts Towers. El sol quedaba detrás de las torres, bordeándolas de naranja. Florituras de escayola con culos de botellas de Coca-Cola incrustados brillaban bajo el sol mientras arabescos de acero les proporcionaban una gran fuerza. De algún modo, le recordaban a fotos del Angkor Wat en Indochina. Recordó haber leído que unos ingenieros habían examinado las torres de Roda y las habían declarado seguras. Había pasado por allí en numerosas ocasiones con el tranvía y a menudo pensaba que alguna vez las visitaría. No podría ser aquel día, tenía asuntos importantes esperándolo.

Su destino quedaba a diez minutos de distancia cuando el tranvía traqueteó pasada la refinería de petróleo, una maraña gigante de tuberías, válvulas, espirales de vapor y depósitos enormes. Al lado se encontraban los astilleros, ahora casi desiertos en comparación con sus recuerdos. Por fin, captó el hedor del puerto pesquero y de las fábricas de conservas, un olor que daba náuseas pero que en esta ocasión le emocionó. En cuestión de minutos, caminaría colina arriba en dirección a la casa.

Se bajó del gran tranvía rojo. Los habitantes de Front Street se refugiaban en sus agujeros durante el día. Las luces de neón estaban apagadas puesto que

todo su brillo no podía competir con la luz del sol. Los puestos de perritos calientes aún tenían bajadas las persianas cubiertas de grafitis; las taquillas de los teatros burlescos y de los cines de sesiones triples estaban cerradas, estos últimos habían echado a la calle a sus almas en pena de ojos legañosos sobre las siete de la mañana, y que habían corrido a refugiarse. Shanghai Red's, Top Hat y la mayoría de los demás bares estaban abiertos, pero no había nadie dentro excepto el camarero y el encargado, uno lavando vasos y el otro fregando el suelo. Alex paseaba dando pequeños saltitos, mirando a través de las puertas oscuras, sintiéndose de maravilla.

Pero sabía que era demasiado pronto. Aquellos a los que quería ver salían más hacia las doce de la noche que a las doce de la mañana. Incluso los billares estaban vacíos, solo vio al encargado contando el cambio de la caja registradora. Era nuevo, o al menos llevaba menos de dieciocho meses, el tiempo que Alex había estado fuera. Quería pararse y preguntarle por JoJo, pero su casa quedaba a minutos de distancia. Alguien allí le diría lo que quería saber. Teresa estaría en clase pero puede que el mismo JoJo estuviera en casa si había salido del correccional y, de lo contrario, Lorraine lo sabría. Le llevaría algo de beber, una cerveza estaría bien. A Lorraine le gustaría.

Alex dio vueltas por calles secundarias y callejones y encontró a quien buscaba (a tres de ellos juntos, en realidad) bebiendo vino de una botella envuelta en una bolsa de papel. Por cincuenta centavos, uno de ellos le consiguió la botella que quería.

Se dirigió hacia la casa con una sonrisa estúpida en la cara mientras subía los escalones y llamaba al timbre. Inmediatamente después, el perro de la familia se puso a ladrar. La cortina se movió dejando ver el destello de una cara y la puerta se abrió de par en par. Le costó varios parpadeos reconocer a Lisa: la chica de once años ahora tenía trece y casi había completado su metamorfosis en una mujer. Las curvas sustituían a su anterior angulosidad huesuda. Los pechos sustituían a la llanura.

—¡Alex!

—¿Eres tú, Lisa?

Se rio para camuflar la vergüenza.

—No te quedes mirando. ¡Entra! —Se dio la vuelta y gritó—. ¡Mamá, es Alex!

La respuesta le llegó amortiguada, pero Lisa lo llevó a la cocina. Como siempre, los platos sucios ocupaban el fregadero y la encimera. Lorraine llevaba una bata y estaba sentada a la mesa de la cocina, bebiendo café. Se

levantó para abrazarlo con cariño y se disculpó por su aspecto y por el estado de la casa, como si la suciedad y el desorden no fueran habituales.

—Siéntate. Madre mía, cómo has crecido —comentó con entusiasmo mientras le tocaba los bíceps, como una niña pequeña. Hizo que su hija se sonrojara.

—He crecido, pero no tanto como Lisa.

La chica se sonrojó aún más.

Lorraine arrugó la cara, le preocupaba que Lisa se sonrojara por aquello.

—Pensaba que Teresa hipnotizaba a los chicos, pero esta...

—Mamá, por favor...

—Tráele un café a Alex.

Mientras Alex añadía leche y azúcar, les contó que le habían concedido la libertad ayer y que vivía con su tía y su marido. También se percató de que aquella casa desordenada lo envolvía de más calidez humana que la casa de sus parientes. Había algo frío en Ava y Ray. Su severidad (sabía que se estaban conteniendo) no la aplacaban la calidez y el amor.

—Alex —dijo Lisa—. Tengo que ir a clase. Me encantaría poder quedarme a charlar.

—También tienes que ir al oculista —le recordó Lorraine. Después, se dirigió a Alex—: Puede que necesite gafas.

—No me las pienso poner nunca.

—Sí que te las pondrás.

Alex se rio. Incluso aquella trivial riña familiar lo reconfortaba. Resultaba completamente diferente del mundo al que estaba acostumbrado. Su risa estableció una tregua entre Lisa y su madre. La chica le dio un beso en la mejilla y se marchó.

Dos tazas de café más tarde, se había puesto al día de lo sucedido durante su ausencia. A JoJo le habían concedido la libertad de Whittier hacía seis meses y ahora vivía con un tío por parte de madre en King City, una ciudad agrícola a una hora al sureste de San Francisco. Trabajaba en una gasolinera. Lorraine le daría el teléfono a Alex si prometía no dárselo a Wedo.

—¿Por qué? Si Wedo te gustaba.

Lorraine bajó la mirada, sus rasgos quedaron enmascarados tras la tristeza, o la dureza. En vez de hablar, hizo un gesto en silencio y se tocó la parte anterior del codo izquierdo. Desconcertado, Alex tardó unos segundos antes de darse cuenta de que se refería a que Wedo se metía heroína. Se quedó pasmado y después pensó claramente que no era el fin del mundo. Conocía a muchos yonquis que no eran zombis.

—¿Qué pasa con Teresa? ¿Qué pasa con ella y Wedo?

—Su padre llamará a la policía si intenta verla.

—¿Y a ella qué le parece todo esto?

—¿Qué puede decir? Simplemente lloró.

Una de las razones por las que Alex había ido hasta allí era para localizar a Wedo. Ahí era donde podía encontrar el rastro. O eso pensaba hasta ese momento. Ahora ya no sabía, tampoco si quería ver a Wedo.

—¿Estás segura de que es heroína? ¿No serán pastillas, o maría, o priva?

—No, no, es... ¡Eso! Utilizó nuestro baño y no salía. Primero entró Teresa y gritó al verlo. Cuando por fin entramos los demás, lo encontramos en el suelo con sangre seca en el brazo. Las cosas...

—El equipo —le corrigió Alex.

—Sí, el equipo... Estaba todo ahí, en el suelo. Estaba inconsciente, frío y jadeando como si se estuviera muriendo. Mi marido llamó a una ambulancia pero, antes de que llegara, Wedo se despertó, más o menos. Aún estaba grogui y atontado, pero no quiso esperar a la ambulancia. Salió por la puerta de atrás. Cuando llamó a la tarde siguiente, mi marido le dijo que no volviera a pisar esta casa o llamaría a la policía.

—Qué mierda —dijo Alex, que había aprendido algo de astucia y se preguntaba cómo localizar a Wedo. Posiblemente Teresa siguiera en contacto con él sin que sus padres lo supieran. Conociéndola, era probable ya que la lealtad era uno de sus puntos fuertes. Pero solo era mediodía y no volvería hasta pasadas las cuatro de la tarde. Era una espera demasiado larga, sobre todo si no había nada que hacer excepto quedarse ahí sentado, charlando con Lorraine. La libertad era demasiado reciente. Resultaba poco probable que Wedo, de diecinueve años, siguiera viviendo en la apestosa habitación con su madre, pero ella si seguiría allí y dondequiera que se encontrara, hiciera lo que hiciera, mantendría el contacto con su madre. Incluso un yonqui puede ser un hijo afectuoso y considerado.

Alex hizo autoestop hasta algo menos de un kilómetro de la trampa mortal que era la pensión. Los dos coches lo recogieron inmediatamente después de levantar el dedo, pero pasaron casi tres horas antes de que recorriera a pie las últimas manzanas de su viaje. Los Angeles ya se había convertido en la inmensa *bête noire* del transporte público y recorrer aquella ruta le habría costado una hora más y cuatro transbordos; el milagro de las autopistas aún era cosa del futuro. Así, caminó el último kilómetro bajo los suaves colores

del sol de la tarde, deseando tener coche. Aún hacía calor como para que sudara; se compró una Pepsi, se la bebió por el camino, y sintió el cálido afecto de la familiaridad de la zona, que apestaba para vivir pero donde el comercio florecía. Le gustaba pasar junto a los grupos de personas que se congregaban alrededor de furgonetas de venta ambulante a las puertas de fábricas de ropa; muchas mujeres mayores con rostros agrietados y fuertes de varios colores, los niños y los mayores no tenían otra raza que la humana. En los aparcamientos vacíos cubiertos de botellas de vino y latas de cerveza, jugaban sobre todo niños de piel color aceituna y ojos oscuros con la cara sucia. Alex se sentía un adulto con respecto a ellos. Pasó junto a dos chicanos de su edad. Vestían los pantalones chinos y las camisas Pendleton perfectamente planchadas que se habían convertido en el último uniforme de las bandas y de los *barrios* de Los Angeles Este. Lo miraron con dureza, un blanquito en un barrio de no blancos, y él apartó la mirada, no porque tuviera miedo, aunque las miradas fijas en él habrían llevado a palabras y de ahí a una pelea, sino porque se sentía demasiado alegre para estropearlo con furia y violencia. Sabía que no estaban en su territorio, este se encontraba a un par de manzanas, alrededor de Clanton Street. Aquí faltaban viviendas para engendrar una banda que reclamara el territorio.

Cuando llegó al deprimente pasillo del segundo piso de la pensión, nadie respondió al llamar a la puerta, ni tampoco vio a nadie a quien preguntar si la madre de Wedo aún vivía allí. Allí no se llamaba a un vecino para hacer preguntas. En el mejor de los casos, daría con una mujer que no hablaba inglés, o con alguien que lo miraría con recelo desde detrás de la cadena de la puerta.

En una licorería de la esquina, compró chicle, un periódico y otra Pepsi, y entonces consideró que pedir papel y un lápiz estaba justificado. Deslizó una nota con el teléfono de la tía Ava por debajo de la puerta.

Mientras se alejaba, observándolo todo con la misma avidez que un turista, sintió algo totalmente nuevo. La primera toma de conciencia de su propia fuerza. Antes siempre había sido un niño asustado, indefenso ante los caprichos de los adultos. Aquello se volvía especialmente cierto en las horas después de la medianoche, cuando los niños no deambulaban por las calles y cualquiera que lo viera sabía que algo no encajaba; cualquier adulto podía hacer de ciudadano preocupado y cogerlo o llamar a la policía. Durante el último año, había crecido y se había desarrollado. Crecería y se fortalecería aún más, pero ya había sobrepasado el punto en el que cualquiera podía cogerlo del brazo y llevarlo. Aunque cumpliría quince años en seis semanas,

podía afirmar que tenía dieciocho, aunque un chico de dieciocho con aspecto aniñado. Sintió una oleada de hombría mientras paseaba bajo el suave sol de la tarde. Le calentaba la espalda. Saltó sobre las puntas de los pies sintiendo cómo los músculos de los muslos se flexionaban y se endurecían después. Hizo un círculo con los hombros y giró el torso. Se sentía bien, muy bien, fuerte y rápido.

Capítulo 21

Mientras el bus se detenía con su zumbido característico, vio que estaba lleno, los que iban de pie chocaban entre sí con el balanceo. Dudó mientras otros subían. Odiaba estar apretado como una sardina. Entonces se dio cuenta de que el apretamiento significaba que era la hora punta, una hora más tarde de lo que pensaba, y ya esperaba escuchar la bronca de la tía Ava por llegar tarde. Subió al autobús; la tarifa había aumentado cinco centavos durante su última encarcelación.

Llegó la noche mientras el autobús se arrastraba por la extensa ciudad con Alex sujeto a la barra. La luminosidad de los neones y las farolas crecían a medida que había más oscuridad de la que alimentarse. Aunque a Alex le disgustaba el hacinamiento de cuerpos y sus olores inevitables, disfrutaba observando las caras y escuchando fragmentos de conversaciones. Se alejaba tanto de lo que estaba acostumbrado como un autobús en Pekín para un ciudadano medio.

Cuando se bajó, soplaba un viento cálido endémico del sur de California llamado viento de Santa Ana. Las palmeras crujían mientras recorría la última manzana hasta la casa de su tía. Sabía que al llegar tan tarde tendría que contar alguna historia. Diría que después de ir al colegio a matricularse había salido a buscar trabajo. Se indignaría si lo presionaban para que diera más detalles. Las luces de la casa estaban encendidas cuando llegó. A través de una ventana ligeramente levantada escuchó la voz del comentarista de radio H. V. Kaltenborn, que analizaba por qué el país sufría una inflación y recesión de posguerra.

La puerta principal no tenía la llave echada, así que Alex entró. La sala principal estaba vacía, pero la voz de la radio y otros sonidos llegaban desde la cocina. Alex entró y se encontró a su tía frente a unos libros verdes, recibos, el rollo de la caja registradora y una caja metálica de dinero.

Llamó al marco de la puerta.

—Hola —dijo.

—¡Oh! —Se irguió de golpe; después, entrecerró los ojos mientras reflexionaba sobre una nueva idea—. ¿Dónde has estado?

—Buscando un trabajo a tiempo parcial.

—¿Te has matriculado en la escuela?

—Fui y me dijeron que esperara. Así que me quedé allí sentado durante un par de horas y después me dijeron que había alguien enfermo y que mejor volviera el lunes. —Sus ojos le decían que sus palabras no producían el efecto tranquilizador esperado. Su expresión se agrió aún más y el nudo de preocupación de su estómago se convirtió en un globo. Aunque resultaba obvio que algo iba mal, tenía que seguir con su jugada hasta que supiera qué estaba pasando—. Tengo hambre —comentó—. ¿Hay algo de comer por aquí?

—Deberías haber venido cuando el restaurante estaba abierto en vez de callejear por toda la ciudad.

Pero hizo una pausa de sus cuentas el tiempo suficiente para prepararle un sándwich de mantequilla de cacahuete y gelatina y un gran vaso de leche con Ovaltine. Sabía bien, o quizá eso le parecía porque tenía hambre. En las instituciones les daban de comer tres veces al día, pero la comida apenas era comestible, así que ahora, por simple que fuera aquello, le parecía delicioso. Además, no había comido nada desde el desayuno y su cuerpo estaba acostumbrado a la rutina de ingerir algo tres veces al día. Mientras comía, se olvidó de la actitud de su tía cuando llegó.

Alex tenía el último bocado de sándwich en la boca cuando se abrió la puerta delantera. Ada ya estaba en el salón.

—¿Ha aparecido? —preguntó Ray.

—Está en la cocina.

—¿Qué ha dicho del colegio?

La respuesta de Ava escapó del oído de Alex, pero momentos después los pasos de Ray se oyeron cada vez más cercanos mientras el chico se preparaba para el enfrentamiento.

—Así que has ido a la escuela —comentó el hombre.

—Sí, ya se lo he dicho a la tía Ava.

—¡Eres un sucio mentiroso! —le espetó Ray, lleno de desprecio y con la cara ardiendo de indignación.

El fervor actuó como un golpe físico y, aunque Alex lo había sentido, se quedó vacío durante un momento de sensaciones e ideas, mirando fijamente a la pechera del hombre corpulento que se cernía sobre él.

—Tu agente de la condicional se pasó por aquí justo después de que te marcharas, no pasaron ni diez, minutos. Lo enviamos a buscarte al colegio. Fue allí y volvió dos horas más tarde. No te había encontrado y allí tampoco sabían nada de ti. Quiere que vayas a su despacho mañana por la mañana.

Ava estaba en la puerta, detrás de su marido.

—Estábamos muy avergonzados.

—Nos has hecho quedar como unos estúpidos y unos mentirosos — continuó Ray.

La primera acusación sorprendió a Alex y le provocó punzadas de culpa. Pero cuando Ray siguió sobre él, con sus amenazas implícitas y sus acusaciones reales, la culpa se convirtió en una pequeña llama de rebelión enfurecida que siguieron avivando sin darse cuenta.

—Si no fuera por tu tía —continuó Ray—, aún estarías en Preston.

—Ya lo sé...

—¡Cállate!

Sin dejar de hablar, el hombre se lanzó hacia adelante en un movimiento tan repentino que hizo que Alex se estremeciera en un acto reflejo y que lo ofendiera aún más. Estalló por haberse acobardado. Sus valores ya equiparaban el miedo con la debilidad y la cobardía.

—Tu agente de la condicional nos dijo que lo llamáramos si no cooperabas. Te mandará de vuelta en un segundo, por tu propio bien... antes de que te vuelvas a meter en líos. Mi mujer ha llorado de preocupación al ver que no volvías. No permitiré que eso vuelva a ocurrir. Si quieres quedarte aquí, tendrás que seguir ciertas normas. Irás a clase todos los días. Te quedarás en casa las noches que tengas clase y volverás a medianoche los fines de semana. Trabajarás en el restaurante los sábados...

—Acuérdate de la iglesia —le interrumpió Ava.

—¡Eso! —exclamó Ray—. Irás a misa con nosotros los domingos. Te hará bien escuchar la palabra del Señor. Harás lo que te digamos y, si te pillo con otra mentira, te las verás con mi cinturón.

Las palabras del hombre se crispaban por el fervor, o tal vez por una hostilidad real, y perdieron su significado a oídos de Alex, se convirtieron en un zumbido en su cabeza ahogado por su propia ira rebelde. Aquel tío gilipollas era igual que los hombres de las instituciones que lo habían embrutecido. Alex olvidó las palabras de Ray a medida que su rabia crecía, pero era una rabia acompañada de miedo (su agente de la condicional lo enviaría de vuelta). Ray era un adulto fuerte, de pecho, hombros y brazos gruesos y, aunque Alex ya era igual de alto, era mucho menos corpulento y

musculoso. Por otra parte, estaba sentado, encajado entre la mesa y la pared. Ray estaba de pie sobre él. Alex tenía suficiente experiencia sobre violencia como para reconocer su inútil posición táctica. Aun al borde de la ira, se sentía un tanto intimidado.

Mientras tanto, Ray seguía escupiendo ultimátums, aunque ahora el cerebro de Alex no descifraba los mensajes. Ardía por dentro, equiparaba esta situación con la autoridad cruel de las instituciones. Ray podía haber sido un guarda en vez de su tío. El factor diferencial era que aquí podía marcharse, escapar, fugarse. No había barrotes, vallas, ni alambradas; las pistolas policiales y las esposas aquí eran un elemento borroso, no importante. Alex bullía en silencio, a la espera, consciente de que pronto tendría espacio para levantarse y enfrentarse al fuerte hombre en igualdad de condiciones, eso si encontraba un elemento que los equiparara.

La oportunidad se presentó minutos después. Llamaron a la puerta principal. La tía Ava gritó hacia la cocina que era el chico del periódico. Ray salió por la puerta buscando cambio en el bolsillo. Alex se levantó al instante y rebuscó en los cajones bajo el fregadero hasta que encontró los cuchillos de cocina. Sacó dos, los más grandes y cortantes: un cuchillo de deshuesar muy afilado y un cuchillo de carnicero. Deslizó el cuchillo de carnicero al otro lado del fregadero y lo dejó ahí, reposando sobre los azulejos blancos. Sujetó el cuchillo de deshuesar contra el muslo, la palma de la mano le sudó al instante y el corazón se le desbocó.

Cuando Ray volvió, miró al lugar en el que había estado sentado Alex. Tuvo que darse la vuelta para encarar al joven, de pie junto al fregadero a un par de metros. El hombre se disponía a retomar su discurso cargado de ultimátums donde lo habían interrumpido, pero enseguida notó que algo no andaba bien. Quizá fueron los ojos abrasadores de Alex que no parpadeaban.

—Ven a sentarte —le dijo Ray, intentando establecer su dominio de forma instintiva.

Alex no se movió, excepto por un temblor rápido del labio y la mejilla, y para entrecerrar los ojos centelleantes.

—¿Me has oído? —preguntó Ray.

—Te he oído. ¡Que te jodan! —Mientras hablaba, se sonrojó, ya que las palabras le salieron roncas de forma involuntaria.

—¿Qué...?

—¡He dicho que te jodan! —Ahora la furia se apoderó de él borrando la indecisión—. Que te jodan, cabrón, y a tu madre, y al caballo en el que montabais los dos.

Apretó el cuchillo de deshuesar con más fuerza. Seguía escondido. Al ver la incertidumbre en la expresión de Ray, su mente cantó con una rabia alegre, con la gloriosa sensación de la rebelión y la venganza. El hombre que minutos antes había sido omnipotente era igual que Lavalino, el Cotorra, y todos los demás. Pero ellos contaban con apoyo inmediato, porras y gas lacrimógeno y celdas de confinamiento oscuras y solitarias. Ray estaba solo, y la ayuda estaba demasiado lejos para acudir antes de que todo hubiera terminado. Los ojos de Alex se llenaron de lágrimas de furia.

—Mira ese cuchillo —le dijo Alex indicando el cuchillo de carnicero—. Cógelo y vamos a ver lo duro que eres, ¡cabrón hijo de puta! Eres demasiado grande para que podamos enfrentarnos en una puta pelea, pero podemos ver qué pasa. Te sacaré el puto corazón y te lo haré comer.

Incluso en medio del ataque de ira, Alex seguía el guión que algún convicto le había contado: ofrecerle un cuchillo al enemigo mientras lanzaba el desafío. Era el comportamiento propio del *machismo* máximo (una palabra que aún no se había escuchado en aquella época) o de un loco.

Cuando la verdad caló en el hombre —que aquel esbelto delincuente menor de edad estaba realmente dispuesto a luchar a muerte con un cuchillo—, el adulto palideció. Aquello quedaba fuera del reino de su entendimiento.

Alex no iba de farol. Su mente se había bloqueado en ese momento concreto, amputando las imágenes de las consecuencias posteriores.

—Estás loco —dijo Ray.

La declaración no fue un pensamiento meditado sino un acto reflejo, una reacción inicial. Desprendía miedo. No dudaba de que Alex iba en serio.

—Si estoy loco es porque hijos de puta como tú me volvéis loco.

—No sabes lo que haces.

La ira lo desbordó, casi cegándolo.

—¡Cógelo, marica! —le soltó refiriéndose al cuchillo de carnicero—. A ver si puedes apoyar esa mierda que sueltas por la boca. Te sacaré el puto corazón y te lo haré comer.

Enfatizó la amenaza maníaca levantando el cuchillo y avanzando. Ray se acobardó y levantó las manos mostrando las palmas, con los ojos abiertos de par en par.

—No, Alex, no. Dios...

—No decías lo mismo hace un minuto. ¿Dónde está ahora toda esa mierda que decías? A ver si ahora eres tan gallito.

En ese momento, Ava entró en la cocina, ajena a lo que estaba ocurriendo.

—Sal de aquí —le dijo Ray.

—¿Qué está pasando?

—Me largo —dijo Alex—. Me voy de este basurero con este gilipollas.

—¿Qué pasa? —preguntó casi gritando.

—He dicho que salgas de aquí —dijo Ray.

—Puedes quedarte —dijo Alex—. Tu hombre es un marica. Si fuera guapo, me lo follaría por el culo.

—¡Alex! —gritó.

—Está loco —dijo Ray—. Vale, vale —le dijo a Alex—. Solo márchate.

—Me voy, ¡me voy, hijo de puta! Apártate.

Hizo un gesto con el terrible cuchillo indicando que Ray debía apartarse de la puerta.

La tía Ava se echó a llorar. Las lágrimas llegaron en forma de sollozos repentinos y atroces. Su marido la cogió de la mano y tiró de ella para apartarla de la puerta.

Alex avanzó en un ligero círculo hacia la puerta mientras ellos seguían apartándose de él.

—Cabrones como tú me han jodido bien —dijo Alex ahora que el camino estaba despejado—. Debería... Pero que le den. Sueltas todas esas mierdas pero luego no tienes huevos cuando la cosa se pone fea. Llama a la puta policía. Ya me habré largado.

Salió de espaldas de la cocina al salón y se detuvo un momento para mirar a su alrededor. No vio nada por lo que mereciera la pena retrasarse, nada que quisiera llevarse. Abrió la puerta principal y se adentró en la noche.

—Huyendo otra puta vez —murmuró al llegar a la acera y echar a correr.

Se rio ante su complicada situación. El destino parecía ser la encarcelación o la amenaza de un encierro inminente.

—¡A la mierda! Prefiero ser un fugitivo que un prisionero. Mi sitio no está con esa gente.

Vio un callejón oscuro y se metió por él en busca de un lugar donde esconderse durante unas horas, sabiendo que Ray y Ava llamarían a la policía y lo buscarían por la zona. Cuando las cosas se tranquilizaran, se iría y buscaría a sus amigos de los bajos fondos, el lugar que le correspondía.

Capítulo 22

La voz de Teresa mostraba una cadencia de afecto que emocionó a Alex incluso por teléfono, aunque sintió una punzada de dolor momentánea cuando le dijo que esperaba que aprendiera a mantenerse fuera de la cárcel.

—Las cosas son mucho mejores aquí fuera. Sé paciente y ten ganas de trabajar y conseguirás lo que quieras.

No quiso desinflar su consejo optimista diciéndole que ya era un fugitivo, o que lo sería al día siguiente cuando emitieran la orden de violación de la libertad condicional.

—¿Cómo puedo encontrar a Wedo? —preguntó.

—¿Te ha contado mi madre...?

—Me ha contado lo que está pasando, sí. Pero sigue siendo mi colega.

—Lo sé... Aún lo veo... cuando tiene tiempo. Esa mierda ocupa cada minuto de su vida. Ni siquiera puede pensar en otra cosa. Cuando no la está buscando, está medio dormido, cabeceando.

—¿Tiene un número de teléfono?

—No vive en ningún sitio fijo. Está aquí, mañana allá, con un amigo, en un motel, en un hotel... Me llama él.

—¿No tienes ninguna forma de contactar con él?

—Más o menos. En Temple Street, cerca del centro, hay un sitio llamado «The Traveler's». Va allí mucho, creo. Me dijo que allí cogerían mensajes para él.

—¿Qué es? ¿Un bar?

—Creo que es un restaurante y un billar, pero no he estado nunca. Tengo el número arriba...

—No, lo buscaré en la guía, o lo encontraré.

—¿Cuándo vas a venir a verme? Lisa dice que estás muy guapo, moreno y todo.

—Joder, la que sí está bien es Lisa. Me pasaré en unos días, quizá el fin de semana.

Alex colgó el teléfono. La cabina estaba en una gasolinera. Salió de la cabina, y del charco de luz, y caminó media manzana hasta el coche que había robado a poco más de un kilómetro de casa de su tía. Al llegar el día tendría que abandonarlo. Por la mañana, el dueño descubriría que había desaparecido y denunciaría su robo. Podía cambiar las matrículas para evitar ese problema. Lo habría hecho si el coche fuera más antiguo, del tipo que conduciría un adolescente, pero se movería sobre todo por los barrios más pobres y aquel era un Packard nuevo y resplandeciente.

Mientras conducía el enorme automóvil en la noche con la radio retransmitiendo canciones sentimentales, la furia inicial de Alex oscilaba hacia una mezcla de melancolía, soledad y una nostalgia incipiente, pero esos sentimientos no constituían una agonía real sino que eran más bien agrisados, el dolor del anhelo, no de la desesperación. En ese momento en particular y bajo esas circunstancias, estaba harto de su guerra perpetua contra el mundo, una guerra que llevaba luchando desde antes de tener palabras para articular la idea, una guerra que, al principio, en la niebla de sus cuatro años de edad, fue una rebelión instintiva contra ser abandonado en casas de acogida y escuelas militares. Ahora en cierto modo entendía su condición de proscrito, lo entendía más de lo que lo harían adultos comprensivos. En unas semanas cumpliría quince años y ya era un apartado, un leproso de la era moderna. No tenía familia, los fríos calvinistas de los que había huido hacía horas desde luego no eran su familia. Había acumulado un largo expediente del que no podría escapar. Sus opciones estaban gravemente truncadas de antemano. Pertenece a los bajos fondos y le habían cerrado con llave la puerta al otro mundo. ¿Qué padres dejarían que sus encantadoras hijas salieran con él? Aunque no se enfrentó a la realidad directamente en su cabeza, y aunque había otros fuegos y otros anhelos pendientes de sofocar, el dolor principal se lo provocaban las ganas de encajar en algún sitio, de querer y ser querido. Esa era la verdad irreducible. Encontraría a Wedo y formarían un equipo si Wedo quería, no porque fuera su elección sino porque no se le ocurría otra cosa que pudiera hacer. Wedo era un yonqui y Alex había escuchado suficientes historias para mostrar recelos y prejuicios en cuanto a los yonquis, pero Wedo era Wedo, a quien conocía hasta el fondo de la lealtad y amistad verdaderas. No importaba si Wedo no era perfecto y prácticamente analfabeto, era un amigo leal. Aceptaría felizmente a Alex como compañero. Hiciera lo que hiciera para mantener su adicción, sabía que Alex se apuntaría al carro.

Aquella noche ya era demasiado tarde para seguir con su búsqueda. Temple Street era un punto caliente a cualquier hora del día, pero

especialmente a partir de la medianoche. Cualquiera que se encontrara allí a esa hora sería la ley o estaría fuera de ella.

De todas formas, Alex condujo hacia Temple Street, pero un par de kilómetros antes de llegar entró en una gasolinera cerrada y aparcó en la parte de atrás, en la oscuridad. Dejó la radio encendida y pasó al asiento de atrás. Dejó la puerta de atrás entornada para poder abrirla rápidamente y deslizarse fuera, hacia los arbustos que rodeaban los patios traseros. Tenía una ruta de escape. Metió las manos entre las piernas, se acurrucó y se dispuso a dormir.

Cuando el amanecer pintó listones naranjas en las nubes más al este, Alex abandonó el coche robado y echó a andar hacia Temple Street. Media hora después las calles ya se habían saturado, el sol lucía con su brillo matutino y él se encontraba a una manzana del Traveler's Café & Pool Hall. Todos los yonquis del creciente condado de Los Angeles conocían el barrio. Cuando la ciudad estaba seca en cualquier otro lugar, a los contactos de Temple Street aún les quedaba heroína para vender. Los agentes de narcóticos también lo sabían, por lo que el barrio era un «punto caliente». El restaurante echaba humo. Alex pasó primero por delante sin entrar, deteniéndose un segundo para mirar por la ventana pero incapaz de ver mucho porque el cristal estaba empañado. Dio la vuelta a la manzana para prepararse y después entró.

El restaurante y el billar contaban con entradas diferentes en la calle mientras que, dentro, se conectaban mediante un pasadizo abovedado. El restaurante no cerraba nunca, pero el billar sí bajaba la persiana a medianoche y volvía a abrir a mediodía. Alex se detuvo brevemente para estudiar el lugar. La barra con varios taburetes quedaba a la izquierda. A la derecha, hasta el pasillo abovedado, había mesas con bancos de respaldo alto. En la parte de atrás, se veía la puerta de la cocina, el pasillo hacia los baños, el teléfono y una *jukebox* (ahora sonaban *rancheras* mexicanas). Alex caminó hacia los baños mirando con discreción a cada mesa ante la mínima posibilidad de encontrar a Wedo.

Alex no lo vio pero, de camino al baño, pensando en que tal vez se sentaría en la barra a esperar un rato, sí vio una cara que le resultaba familiar. Muy familiar, de hecho, pero con la ropa de civil, el corre de pelo del mundo libre y la delgadez del libertinaje, tardó varios segundos en desenterrar el nombre. Quizá no lo habría conseguido de haber tenido un nombre normal: ¡Picores! Picores Medina. Aunque de constitución delgada, ahora estaba realmente flaco. El apodo procedía de sus contantes movimientos nerviosos, agitando un brazo, dando pequeños botes en la silla, sacudiendo la cabeza como si quisiera calmar un calambre en el cuello, un estado patológico

reducido a un apodo. De hecho, lo primero que Alex notó fue que Picores no mostraba ningún movimiento nervioso. No se había percatado de la presencia de Alex. Estaba en una mesa con un joven blanco a su lado. El joven se sacó dinero del bolsillo de la camisa y se lo pasó. Vio a Alex acercarse y le dijo algo a Picores, quien giró la cabeza y arrugó la cara inmediatamente, perplejo, y entrecerró los ojos para mirarlo bien. Pero en pocos segundos lo reconoció. Alex lo supo al ver la sonrisa que se dibujó en su cara, y él también le sonrió.

Picores terminó con sus trapicheos, cogió el dinero para contarlo y después se sacó algo de la boca que le pasó al chico blanco. El cliente ya se estaba levantando, ansioso por llegar a su cita con la cuchara y la aguja.

Picores le hizo un gesto a Alex para que se acercara. Se percató del caro traje que vestía Picores incluso antes de llegar a la mesa. Le tendió la mano mientras Alex se sentaba en frente.

—*Ese, Alex, mi carnal.* ¿Qué pasa? ¿Cuándo has salido?

—Hace solo dos putos días, tío. Y ya dejé colgado ayer al de la condicional.

Sin embargo, Alex pensó que Picores y él no habían sido buenos amigos, ni mucho menos hermanos. Eran conocidos que se saludaban con varios colegas en común.

Picores arrugó la cara en un gesto de solidaridad.

—Parece que te va muy bien —comentó Alex—. A menos que le hayas vendido un chicle a ese tío.

Picores soltó una risita.

—Sí, me va bien. O quizá un poco mejor que eso.

Se detuvo ahí sin dar detalles más allá de lo obvio. Alex recordó haber escuchado que el tío de Picores era Big Mike Medina, que se trasladó a México con la guerra a las puertas y fue el primero en ver las posibilidades del mercado estadounidense para la heroína marrón mexicana después de que la guerra bloqueara el acceso a Turquía y al Triángulo de Oro de Asia. Big Mike era multimillonario «al otro lado», el eufemismo para referirse al otro lado de la frontera mexicana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Picores—. ¿Quieres pillar?

—Nah. Estoy buscando a un colega que viene por aquí, o al menos viene a pillar.

—¿Cómo se llama?

—Wedo... Wedo Murphy.

—¡Murphy! ¡Ese cabrón tartamudo! Me debe dos cuentas. —Picores vio la consternación en la cara de Alex—. ¡Tranqui! Estoy de broma. El tipo me

debe pero es legal. Se gasta un montón de dinero conmigo y también larga mucho. Lleva un tiempo picando bastante.

—¿Sabes dónde vive?

Picores negó con la cabeza.

—Me dijo que se cambia de sitio cada varios días. De un motel a otro. Pero lo encontrarás. Viene aquí a pillar todos los días, a mí.

Alex escuchaba, se sentía bien, pero al mismo tiempo se preguntaba qué hacía Wedo para mantener un consumo tan elevado y permitirse los moteles y hoteles. Por mucha curiosidad que tuviera, Alex no podía preguntarle a Picores. Aunque estaba a punto de cumplir solo quince, Alex ya había incorporado muchos de los hábitos y valores del submundo criminal, y uno de los más importantes era la prohibición de curiosear sobre los «negocios» de los demás.

—Oye, tío —dijo Picores—. ¿Qué te parece un chute? De gratis.

—No, tío —contestó Alex, intentando mostrar despreocupación—. No me gusta colocarme, me da náuseas.

—Casi todo el mundo vomita las primeras veces. Pero aun así te sientes bien, tío, ¡bien! Ni siquiera vomitar lo estropea.

—A mí sí.

—Vale. No estás haciendo nada, ¿no? ¿Tienes algún lugar adonde ir?

—No, nada.

—Bueno, *carnal*, yo tendré que meterme pronto, vente conmigo si quieres. Cuéntame qué ha pasado en mi *alma mater* desde que me fui. ¿Qué pasó con el chico negro que decían que había matado a la mujer de la limpieza en el edificio de administración? Estaban con el juicio cuando me marché.

—Siguen con el juicio, el tercero. Ya ha disuelto a dos jurados.

—¿Crees que lo hizo?

—No tengo ni idea. Sé que sabe correr con la pelota y siempre me pareció un buen tío, no se metía con nadie ni causaba problemas.

—¿No había una universidad que quería ayudarlo y darle una beca o algo?

—Eso oí, pero también podrían haber sido rumores.

Mientras esperaba en la puerta a que Picores pagara, Alex se dio cuenta de que el chicano era más inteligente de lo que había pensado la primera vez. Alex simplemente supuso que sería un ignorante.

Antes de salir a la acera, Picores se detuvo en la puerta para echar un vistazo a ambos lados. Incluso sin los narcóticos encima, estaba en peligro. La ley de California contaba con un estatuto que regulaba a los adictos que

vagabundeaban: un par de marcas de aguja recientes podían significar seis meses en la cárcel del condado.

—Estoy en libertad con fianza por un rollo con una marca —le explicó Picores.

—¿Con el tribunal de adultos?

—Sí. Los menores no salen con fianza, ¿no?

La pregunta era retórica, así que Alex la ignoró y planteó otra diferente.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumplí diecinueve el mes pasado. ¿Tú?

—Diecisiete.

—Aún te queda un año más para ser un niño a ojos de la ley.

—A menos que haga algo brutal, algún crimen serio. Entonces me declararían incapacitado y me transferirían al Tribunal Superior.

En la primera esquina, giraron y caminaron durante varias manzanas por aquel barrio venido a menos. Recordaron a conocidos comunes e incidentes medio olvidados. En ocasiones se acordaron de alguien o se preguntaron qué había sido de este chico o de aquel otro. Antes de llegar a su destino, Alex sabía como contactar con colegas del reformatorio, que ahora eran hombres adultos. Uno se había convertido en boxeador profesional, preparado para su primer acontecimiento importante.

—Podría aspirar a algo —le contó Picores— si cuidara de sí mismo y dejara de hacer el gilipollas con la aguja. Va a acabar con él.

Otro amigo estaba metido «con» Mickey Cohen, el gángster regente de Los Angeles, pero que en realidad no era más que un corredor de apuestas con mucha visibilidad en los medios. El amigo cogía apuestas en la coctelería de Ventura Boulevard. Otros estaban en San Quintín, y muchos otros estaban en cárceles del condado a la espera de acabar también allí. Uno esperaba el juicio por un robo con asesinato. Solo había pasado dos semanas fuera.

Los amigos de Alex ya no eran delincuentes menores sino que habían pasado la mágica frontera de los dieciocho años para alcanzar madurez legal. A Alex, la repentina metamorfosis le resultó extraña, había olvidado lo mucho más joven que era con respecto a sus colegas, al menos en cuanto a edad.

Picores dirigía la marcha por una calle colina arriba donde las pequeñas casas de madera se asentaban sobre altos tramos de escaleras. No tenían patio delantero debido a la pendiente.

—No vivo aquí —comentó Picores—, pero mi madre y mi hermana pequeña sí. —Abrió la puerta y subieron las escaleras—. Tengo una casa de puta madre en Hollywood, pero me crie aquí.

La casa era pequeña y barata, pero era un hogar por el que alguien se preocupaba.

La señora Medina, también de constitución estrecha y delgada, los había visto por la ventana y abrió la puerta cuando llegaron al porche. Abrazó a su hijo y sonrió con afecto cuando le presentó a Alex.

—Te han llamado unas cuantas veces, Henry —le dijo—. Te he apuntado los mensajes. Voy a buscarlos.

—Después, mamá. Ahora vamos al baño.

La sonrisa feliz desapareció pero no protestó. Había perdido la batalla hacía mucho tiempo.

En el baño, Picores mostró la destreza experta de un cirujano. El «equipo» estaba envuelto en un pañuelo sucio y encajado debajo del lavabo. El polvo *beige* y un poco de agua se mezclaron en la cuchara, utilizó cuatro cerillas para hervir la mezcla y que la droga se disolviera, la suciedad quedó en la parte de arriba. Una pequeña bolita de algodón funcionaba como colador mientras el líquido entraba en el cuerpo de la jeringa. Momentos después, con un cinturón apretándole el bíceps para hinchar la vena en la parte anterior del codo, introdujo la aguja y supo que todo iba bien cuando la sangre llegó a la jeringa. Alex se fijó en la línea de unos siete centímetros de piel cicatrizada de color azul oscuro casi negro que le recorría la vena. De las historias de las instituciones, Alex sabía que la cantidad que Picores se metía era tremenda, suficiente para matar a dos hombres, y aun así no parecía producir ningún efecto en el chicano. La voz se le volvió un tanto ronca, pero eso fue todo.

—Última oportunidad —dijo Picores, listo para guardar los artilugios.

—No. Tío, sé que me gustaría así que no quiero probarla.

Picores refunfuñó, se rascó la nariz y envolvió de nuevo toda la parafernalia. Emitía leves tarareos de placer, como si disfrutara lo que sentía. Algo había cambiado, algo que podía sentir pero no definir. Era como si hubiera una pared entre él y las sensaciones intensas, de cualquier tipo.

Alex miró el baño impoluto. Estaba immaculado, con toallas resplandecientes para invitados y una báscula. Era muy clase media.

—No entiendo por qué estás tan jodido —comentó Alex—. Parece que te va bien en casa. Todos los demás procedemos de hogares rotos, o el viejo es un borracho, o algo está jodido de la forma que sea. Ya sabes a qué me refiero. Hay un montón de teorías. Yo encajo en esas teorías, pero tú no.

—Tío, en Preston pensaba que eras un maníaco, siempre hacías cosas muy jodidas y acababas en el agujero. Aún creo que estás loco, pero no eres estúpido, *ese*. —Hizo una pausa, vio que Alex esperaba una respuesta y

continuó hablando—: Fui a un colegio católico, igual que mi hermano mayor. Él se graduará este semestre en Derecho en la universidad del sur de California. Pero en este barrio esa no es la manera de encajar. A mi hermano no le importaban los imbéciles que pasaban el rato en la esquina, pero a mí sí. Yo quería ser alguien importante, tener una identidad en el *barrio*, toda esa mierda. Para ellos, ser el más listo de la clase es ser un marica.

—Sí, ya me di cuenta de eso en Whittier.

—¡Eso es, *ese*! Así que empecé a hacer el capullo para que me aceptaran. Pasaba lo mismo con la droga. Era lo más en el *barrio*. Arriesgado, pero ya sabes. Además, si me meto no me dan los ataques esos nerviosos por los que me sacaron el apodo.

Alex asintió, consciente de la importancia de ser aceptado.

—Vender mierda es el mayor estatus que puedo conseguir aquí. También me da poder. Por lo menos con los yonquis. Si controlas la mierda, no veas cómo te besan el culo.

—¿Qué pasa con tu familia?

Picores se encogió de hombros y puso cara de desconcierto, resultaba obvio que no quería hurgar en el tema. Guardó silencio, pensativo, y sin previo aviso cabeceó y la barbilla le tocó el pecho. Alex ya había visto aquel comportamiento en Rojo Barzo y Primer Golpe Floyd. Pasaron unos segundos antes de que Picores se sacudiera y se despertara.

—¿Qué pasa con Wedo? —preguntó Alex—. ¿Crees que podré encontrarlo?

—Seguro que se pasa hoy en algún momento. Soy el cura al que tiene que ver para el sacramento.

Picores sonrió, le dedicó un guiño y después cerró los ojos, deleitándose en su ingenio y en el éxtasis eufórico que lo invadía.

Al atardecer, Picores y Alex estaban en el billar del Traveler's. Las vibrantes guitarras y los cantantes estridentes de la música *ranchera* salían a todo volumen de la *jukebox*. Wedo Murphy entró en la sala ruidosa y llena de humo. Alex estaba apoyado discretamente en una pared mientras Picores charlaba con dos chicanos. Alex vigilaba la puerta principal y vio a Wedo inmediatamente, lo observó avanzar entre la multitud. Tenía la cara demacrada y los ojos hundidos. Estaba incluso más delgado de lo normal. Como siempre, vestía a la última moda, pero la ropa estaba demasiado arrugada para el maniático Wedo, capaz de mantener los pliegues de los

pantalones y las camisas impecablemente rectos incluso en medio de la suciedad omnipresente y la dejadez de la pobreza. Ahora, sin embargo, sus prioridades habían cambiado; tenía que alimentar al mono antes de pensar en cualquier otra cosa.

Los ojos de Wedo se posaron ligeramente sobre Alex sin reconocerlo. Buscaba implacable a una persona: Picores. Alex rodeó a los espectadores de una partida de *snooker* y se acercó a Wedo por detrás; lo tiró de la manga para llamar su atención. Wedo se dio la vuelta, entrecerró los ojos un par de segundos y después los abrió de par en par al reconocerlo.

—¡Alex! —exclamó, aunque sonó casi como una pregunta—. Hostia puta. Por fin has salido.

—Sí, tío —dijo Alex, con una sonrisa tan amplia que le dolían los músculos de la cara mientras le daba golpecitos a Wedo en el hombro con una mano y le estrechaba la otra—. Estoy fuera otra vez.

—¿Te has vuelto a escapar?

—No, se ablandaron y me dejaron salir, por fin. Estoy en libertad condicional, después de casi cuatro putos años, menos los pocos meses que me fugué. Cuando entré, era tan joven que ni siquiera se me ponía dura, ni pensar en correrme.

Wedo seguía escuchando pero la profusión de la sorpresa pronto desapareció. Los ojos de Wedo miraban por encima del hombro de Alex, fijos en Picores. Alex se dio cuenta y lo entendió.

—No se va a ir a ninguna parte, pero será mejor que vayas a verlo para calmarte.

—Sí, tío, tengo que asegurarme de que tiene material. ¿Conoces a Picores?

—Salió de Preston el año pasado. Lo conocí allí.

—Sí, es verdad, sabía que estuvo allí pero no se me ocurrió preguntarle cómo te iba. —Le dio una palmadita afectuosa en la espalda—. No pienso en muchas cosas últimamente, solo tengo una cosa en la cabeza.

—Vale, ve a verlo, encárgate de tus asuntos. Estaré fuera. Dile a Picores «gracias» de mi parte.

En la acera, posando con un pie apoyado en la pared, Alex observaba el atasco del tráfico; los automóviles, pegados parachoques contra parachoques, avanzando centímetros bajo la luz naranja del atardecer como una horda de insectos, escarabajos de caparazón brillante. Alex se sintió joven, lleno de energía, ansioso de vivir nuevas aventuras y emociones.

Wedo salió y caminó a su lado sin hablar, limitándose a gesticular con la mano baja. Era mejor salir rápidamente de Temple Street, sobre todo con marcas recientes de aguja en los brazos y cinco cápsulas de heroína envueltas en el celofán de un paquete de tabaco, que sujetó con suavidad para que no se derritieran. Los agentes de narcóticos, incapaces de encerrar a los grandes traficantes, mantenían sus números de arrestos pescando a los adictos por vagabundear y por posesiones menores. Además, Wedo tenía prisa. Nadie tiene mayor determinación que un yonqui de camino a meterse.

En la oscuridad tras la esquina esperaba el coche de Wedo, un viejo cupé de diez años con el lado derecho abollado. Le faltaba un faro, el parachoques estaba suelto y la puerta derecha se aguantaba cerrada con cable de embalar.

—Deslízate por el asiento del conductor —dijo Wedo—. Va de puta madre pero cabeceé y me choqué contra una pared.

—Está claro que no es el Batmóvil —comentó Alex mientras se deslizaba bajo el volante hasta el asiento del copiloto—. Ya nos veo en una persecución en este cacharro. Pareceríamos el gordo y el flaco... ¿Te acuerdas de aquella persecución? El poli casi me mata...

Wedo refunfuñó; se acordaba pero estaba demasiado preocupado con su chute inminente para ponerse a recordar.

El trayecto silencioso duró diez minutos a través de calles secundarias, donde era menos probable que se toparan con agentes de narcóticos o con un coche patrulla blanco y negro interesado en el faro que no funcionaba. Los detectives conocían el coche de Wedo. Ya estaba bajo fianza por merodear. Vivía en una pensión de tercera cerca de Sixth Street con Alvarado. Aparcó en el callejón de detrás del edificio de ladrillos y subieron por las escaleras traseras hasta el segundo piso. En cuanto cerraron la puerta, Wedo no solo cerró con llave sino que colocó la cómoda delante de la puerta.

—Por si acaso —comentó—. Se romperán el pie si intentan abrirla de una patada. —Hizo un gesto con la cabeza indicando al estrecho baño—. Trae un poco de agua.

Cuando Alex trajo el agua, Wedo estaba extendiendo toda la parafernalia sobre la cómoda.

—Al menos tienes un baño —comentó Alex.

Wedo no respondió, estaba demasiado concentrado en lo que hacía. Realizó el mismo ritual que Picores, excepto que él tenía la presión sanguínea baja y necesitó varios intentos hasta que la sangre entró en la jeringuilla para mezclarse con la heroína, indicando que la aguja había entrado en una vena. También se «machacó» el brazo, primero se metió un poco de fluido en el

cuerpo y después dejó que la sangre entrara de nuevo en la jeringuilla. Lo repitió dos veces más antes de meterse todo el chorro. Después, se limpió la sangre del brazo con papel higiénico y aclaró la aguja con agua. Para entonces, el éxtasis del «fogonazo» le recorría el cuerpo.

—Mmmm —suspiró—. Joder, es una mierda muy buena. Te daría para que probaras, pero solo me queda un chute para despertarme por la mañana.

La heroína, al menos en esa cantidad, volvía a Wedo más locuaz y activo. Ahora podía prestar atención al exterior y ser consciente de la presencia de su amigo.

—Tío, pensaba que no ibas a salir nunca —comentó—. Escuché historias de que la habías jodido bien, que tenías una guerra personal con los del pelo grasiento.

—Solo con unos cuantos gilipollas —dijo Alex, sonrojado porque el comentario de Wedo había sido respetuoso—. ¿Y tú qué? ¿Cómo coño te enganachaste? Odiabas la heroína.

Wedo le explicó que había salido con una mujer joven (pero mayor que él, por supuesto) que era una prostituta drogadicta. Dejó a su chulo en Texas y no tenía contactos en Los Angeles. Wedo le compraba la mierda con el dinero de ella y empezó a meterse un chute de vez en cuando, porque ella siempre le ofrecía. Los intervalos entre chutes disminuían cada vez más y al final acabó metiéndose cada día. Ella volvió a Texas y él se despertó vomitando y enganachado.

—Normalmente me quedo en sirios mejores que este —comentó, refiriéndose a la sórdida habitación—. No me quedo en el Beverly Wilshire tampoco, *ese*, pero sí en sirios mucho mejores. Pero me trincaron la semana pasada por llevar marcas en el brazo y el *puto* agente de fianzas y el abogado se quedaron con todo lo que tenía. Y los contactos no te dan nada de *shiva* sin plata, ¿*que no?* Pero a partir de ahora ya todo irá bien.

—¿Qué haces para conseguir dinero?

—Te lo voy a enseñar.

Se acercó al armario, la espalda ocultaba lo que estaba haciendo con la ropa. De repente, se dio la vuelta.

—¡Muy bien, cabrón! ¡Quieto o te vuelo la cabeza!

Llevaba un revolver niquelado de 32 milímetros en la mano.

Aun sin querer, Alex se asustó con la pistola apuntándole.

—Aparta esa cosa —dijo levantando la mano para dar más énfasis a sus palabras.

—¡El dinero o tu vida, gilipollas!

—Tío, apunta a otro lado.

Su miedo ahora estaba teñido de ira. Wedo se dio cuenta y bajó el arma, colocada ahora junto al muslo.

—Vale —comentó Wedo, avergonzado—. Bueno, eso es lo que he estado haciendo, dando golpes, dos o tres a la semana.

—¿Qué sitios has robado? —Olvidado quedaba el miedo momentáneo ante el arma.

—Sobre todo licorerías. Están abiertas por la noche y suelen estar solos.

—¿Puedes conseguir otra arma?

—Ya tengo una recortada. Pero es de un solo disparo. Está en el coche. Di mis dos primeros golpes con ella. Después conseguí esta 32 por cinco cápsulas de mierda. Picores puede conseguirte una pipa rápido, tío. Joooder. Solo tiene que decirles a los yonquis que quiere una y se la traen. Esos colgados harán lo que sea... Les robarían las compresas a sus madres por dos cápsulas.

Alex se rio y le dio una palmada en la espalda a su amigo.

—¿Dónde te estás quedando? —le preguntó Wedo—. ¿Tienes un sitio donde dormir?

—Ningún sitio, tío. Ningún sitio. Hasta he dejado colgado al de la condicional.

—*Ese vato, ese.* ¡Si acabas de salir! No te das ni una oportunidad.

—No me jodas con sermones. Vamos a conseguir algo de pasta.

Media hora después, el coche abollado circulaba bordeando Hollywood con los neones multicolores brillando sobre el metal pintado, dándole un brillo que no se merecía. Conducía Wedo y consiguió permanecer alerta excepto en dos semáforos en los que Alex tuvo que despertarlo con el codo. La escopeta aguardaba bajo su asiento, y la pistola debajo de una camisa en el asiento que quedaba entre los dos. Alex era consciente del faro roto que podía provocar que un coche patrulla los detuviera. Tenía un nudo en el estómago y se sentía intranquilo mientras circulaban en busca de un lugar en el que perpetrar su crimen.

Capítulo 23

Durante una hora, Alex permaneció listo para apuntar a alguien con la escopeta para conseguir dinero. Tenía la mente fija en un único pensamiento, la mirada feroz y los músculos de la mandíbula apretados. Vieron un motel en Sunset Boulevard que pintaba bien. Podían llegar a la oficina andando desde la negrura profunda de la parte de atrás. Podían aparcar en una calle oscura a una manzana de distancia y luego aparecer y desaparecer por un callejón sin que los siguieran. Pero cuando aparcaron y echaron a andar en dirección al motel, apareció un coche patrulla blanco y negro que se acercaba hacia ellos, despacio. Estaba a punto de pasar por su lado cuando la luz roja giratoria se encendió de repente. Alex había estado observando al coche patrulla y lo inesperado de la luz roja le provocó una oleada de terror. Se tensó, listo para echar a correr, pensando en la recortada que llevaba bajo la chaqueta, e incluso dio el primer paso antes de darse cuenta de que el coche quemaba goma. No estaban pendientes de ellos sino de otro asunto.

Sin embargo, después de eso la compostura de Alex quedó hecha pedazos. Mientras conducían por ahí en busca de otro lugar que atracar, la determinación de Alex se esfumó, sobre todo porque le faltaba la esclavitud de Wedo. Al chicano, la abstinencia le daba mucho más miedo que la posibilidad de una detención. El arresto era solo un riesgo, mientras que la agonía de la abstinencia sería inevitable si no conseguía el dinero necesario para comprar heroína.

Alex guardó silencio, pero su mente gritaba y se llenaba de miedo. Llevaba fuera menos de tres días, la jaula seguía demasiado vivida en su mente, tanto que casi sentía como si siguiera allí. En vez de ignorar el miedo para concentrarse en el robo, intentó enfrentarse a él. El grito silencioso de su mente se volvió más desgarrador y lanzó sus tentáculos hasta su estómago. El miedo equivalía a debilidad en su código no escrito, un código que aceptaba porque era el de su entorno. Cuando se detuvieron en un semáforo y otro coche patrulla se paró a su lado y uno de los agentes los miró, Alex rayaba en

el pánico. El faro roto era un motivo legal para detenerlos y pedirles que se identificaran. Entre otras cosas, era estúpido circular en un coche destartado con armas, toda la parafernalia de la heroína, las marcas en los brazos de Wedo y la orden por la violación de la condicional de Alex.

Cuando el semáforo cambió, el coche patrulla se alejó. Wedo giró a la izquierda. Alex se reprendió a sí mismo, pero tuvo que admitir que sus nervios estaban destrozados esa noche. Incapaz de admitir la verdad ante Wedo, mintió.

—Wedo, tío, me encuentro como el culo.

—¿Eso qué quiere decir, *ese*?

—Quiere decir que me arde el estómago y tengo retortijones. Tengo que cagar. Creo que es diarrea.

—*Carnal* —comentó Wedo con una nota de dolor y mal genio en la voz—. Sabes que necesito dinero para conseguir algo de *shiva* para mañana.

—Pensaba que ya tenías el chute de la mañana.

—Sí, un minichute de mierda que me voy a meter en unas horas. Necesito otro para pasar el día, y uno más para la *noche*, para poder dar un golpe. Ya le debo a Picores, y esta mañana me faltaban cuatro pavos.

—Oye, Wedo, me encuentro fatal, en serio. Me quedan algo más de veinte pavos. Con eso podrás pasar hasta mañana por la noche. Y mañana ya estaré bien.

Si Wedo tenía alguna pregunta, no la planteó. Su terror a enfrentarse al día siguiente remitió, se encogió de hombros y encaminó el coche destartado de Hollywood hacia Temple Street. Alex mantuvo su mentira hasta el punto de hacer que Wedo se detuviera en una farmacia en Melrose Avenue. Wedo esperó fuera mientras Alex entraba a comprar un antidiarreico. Alex salió de la tienda emocionado.

—Tío, tío, tío. Deberíamos robar aquí. —Señaló la farmacia con el dedo—. Joooder. Tienen todo tipo de mierda ahí dentro. ¿Qué te parece?

Wedo quitó el dedo del botón de arranque y se inclinó hacia adelante para examinar el escaparate. Los expositores tapaban el interior y el tráfico de peatones era escaso.

—Sí, hay mucha droga en una farmacia. No tienen heroína pero hay morfina, hidromorfona, pantopon... Anfetas y tranquilizantes para ponernos hasta el culo.

—Es lo que te estoy diciendo. Joder, tío, podríamos vender lo que no queramos y sacar algo de pasta.

Dejó de hablar y observó cómo Wedo se lo pensaba. Asintió.

—Además —siguió Alex—, el farmacéutico que hay es flacucho y asustadizo, y lleva gafas tan gordas como el culo de una botella de Coca-Cola. No nos dará problemas. De hecho —continuó, eufórico—, será mejor que le llevemos papel del culo por si se caga encima.

El miedo previo había desaparecido. Alex se sumergió en el desarrollo de la idea. La emoción borró el miedo. Las ruedas de su imaginación giraban a toda velocidad.

Alex durmió en el suelo de la habitación de hotel de Wedo. Fue una elección afortunada, ya que por la mañana el chicano se levantó con varias filas de marcas rojas, pequeños granitos duros separados varios milímetros en fila recta.

—Chinches —le informó Alex, que había visto las picaduras en otras ocasiones. Ningún otro insecto picaba en línea recta.

—¡Joder! —se quejó Wedo mientras se rascaba y preparaba su chute mañanero, aún en calzoncillos—. Es el último que me queda.

—Ya te dije que tengo pasta. Un poco. Iremos a ver a Picores. Esta noche tendremos un montón de dinero y de mierda. Picores nos comprará parte de lo que consigamos.

—Vaya manera de vivir —dijo Wedo mientras lanzaba un chorro de agua con la jeringa para limpiarla; después recogió toda la parafernalia—. ¿Por qué nosotros somos así y ellos son como son? En el fondo no me siento tan diferente. No me parece que haya tomado la decisión de ser lo que soy. —El potente narcótico borraba todo tipo de dolor, físico y emocional, tanto que era el mejor tranquilizante de todos. La euforia es un terreno fértil para las reflexiones existenciales—. A la mierda —dijo—. Vamos a encontrar al chicano con el material... Y después pasaremos por la farmacia esa, ¿que no? Le echamos un vistazo por el día y reconocemos el terreno como los profesionales.

Picores no estaba en su oficina de los billares pero, según un par de yonquis que lo esperaban (uno ya empezaba a encontrarse mal), no tardaría en llegar. Cuando por fin apareció una hora más tarde, siete yonquis lo esperaban. Ni el mismo Jesucristo en persona administrando los sacramentos habría recibido un homenaje mayor que Picores por su heroína.

Cuando Alex y Wedo se marcharon, Wedo pidió meterse otra vez, aunque no lo necesitaba.

—Solo quiero colocarme una vez —dijo—, en vez de meterme solo para evitar que me dé la abstinencia.

Habían dejado la habitación del hotel, así que Wedo utilizó el baño de una gasolinera. Alex esperó apoyado en la puerta sin pestillo para asegurarse de que no entraba nadie.

Después, con Wedo cabeceando, Alex se sentó tras el volante. No tenían nada que hacer hasta la noche, así que se dedicaron a conducir por la ciudad, feliz de ver cosas. A media tarde, el coche destartado recorría las calles serpenteantes de aspecto caro aunque bucólico de Bel Air. Los palacios de los ricos se asomaban entre los árboles y los setos podados en exceso. La única vida que vieron fue un automóvil ocasional o un jardinero que recogía la manguera. Alex intentó imaginar cómo sería vivir en una de aquellas mansiones, qué significaría en términos de toda una vida, pero aquel mundo se alejaba demasiado de su experiencia. Para él, ser rico significaba un coche nuevo, ropa elegante y un apartamento impecable. Esas cosas ya costaba bastante conseguirlas (él sin duda lo único que tenía era un sueño), y aun así podía ver con claridad (otros de su mundo no podían decir lo mismo) que sus deseos eran triviales, nimios en este mundo. Bel Air era otro universo.

Después, siguió las curvas de Sunset Boulevard hacia la Autopista de la Costa número 1 y continuó hacia el norte durante una hora. Wedo salió de su letargo, pero apenas abrió la boca, ya que él también se sumergió en el paisaje sereno del océano, el cielo y las verdes colinas. Se alejaban de las duras calles y de la lucha sisífica de sus escabrosas vidas.

Al atardecer, estaban de vuelta en la ciudad, comiendo hamburguesas con queso y patatas fritas en un restaurante grasiento. Wedo se metió en el bolsillo una cucharilla barata y Alex pidió un vaso de papel para llevar. Aparcaron en un solar desierto y sin explotar en el camino en dirección a la cima de Hollywood Hills. Mientras Wedo utilizaba el salpicadero para prepararse el chute, Alex observaba la ciudad infinita, las luces que parecían joyas sumamente brillantes alfombrando el mundo hasta el infinito. La vista era tan bonita que dolía. Aparecían cada vez más estrellas a medida que el cielo se oscurecía pero, desde aquel punto, las luces de la ciudad brillaban con más fuerza y resultaban mucho más fascinantes.

Wedo sacó a Alex de su ensimismamiento al pedirle que le aguantara la linterna apuntada a la parte anterior del codo para poder ver la sangre entrar en la jeringa. Subió de golpe, una serpiente roja en el líquido, y Wedo

empujó el émbolo de plástico, medio murmurando medio suspirando mientras el mejunje le recorría el cuerpo.

—Vale, vamos a hacerlo —dijo Wedo con voz áspera mientras se rascaba en infinidad de lugares—. ¡Joder! O tiene un montón de codeína o la han cortado con procaína. Ultimamente les ha dado por hacer eso, el fogonazo es más fuerte pero cortan la mierda. Por eso me rasco. Pero se me pasará en unos minutos.

Mientras conducían colinas abajo, a Alex se le hizo un nudo de miedo en la garganta, pero esta vez no se extendió por su cuerpo paralizándolo, esa noche podía controlar el miedo, pues su mayor temor no era que los detuvieran sino mostrar falta de valor y confianza.

La puerta de la farmacia proyectaba un rectángulo de luz sobre la acera. Wedo pasó por delante y giró en la siguiente calle. El plan era salir, girar a la izquierda por el lateral del edificio, girar a la izquierda otra vez a un callejón hasta la calle siguiente y después, a la derecha, estaría el coche. Nadie los seguiría por el callejón, desde luego ningún ciudadano desarmado, así que nadie vería el coche. Cuando Alex se bajó deslizándose por el asiento que acababa de desocupar Wedo, fue a la parte de atrás, miró la matrícula y decidió que cuando volvieran corriendo en unos minutos doblaría la placa. Nadie podría verla así. Después de la huida, la colocaría en su posición correcta de nuevo.

Echaron a andar. El bulevar iluminado por el que cruzaban automóviles como relámpagos quedaba adelante. El miedo gritaba pidiendo atención, pero aquella noche Alex estaba decidido. Apretó los dientes y siguió andando a pesar de la flojera que sentía en las piernas. Se negaba a dejar que su imaginación creara imágenes de tiroteos sangrientos y alaridos de sirenas policiales. Llevaba la escopeta de un solo tiro, serrada para dejarla en unos cincuenta centímetros en total, metida debajo del brazo, bajo la chaqueta; apretó los dedos alrededor de la empuñadura que quedaba.

Al llegar a la puerta iluminada, salió una mujer con un niño de la mano. Se detuvieron durante unos segundos. Después, entraron. Dentro solo había un cliente, un hombre que estaba pagando, listo para marcharse. Alex se acercó al estante de las revistas y fingió buscar algo. Cubriría la espalda de Wedo y detendría a cualquiera que entrara en el momento equivocado. Wedo se acercó al farmacéutico, pero esperó a que el cliente saliera por la puerta. Entonces, se abrió el abrigo para mostrar el revólver metido en la cintura.

El farmacéutico con gafas se acobardó y casi se desmayó al escuchar la palabra «atraco» flotar por el aire. Wedo miró atrás, vio la señal de Alex, y

saltó el mostrador y empujó al hombre a la parte de atrás, fuera de la vista. Alex no lo había planeado con antelación pero cerró la puerta y echó el pestillo. En cuanto comenzó el robo, el miedo desapareció por completo.

Sin embargo, el peligro afectaba a sus sentidos de forma extraña. Veía las cosas con mayor claridad, y las formas y los colores le saltaban a los ojos. Escuchaba con una intensidad especial: la puerta de metal del armario al abrirse, las voces con palabras claras. Escuchaba el tráfico del exterior que no había notado momentos antes.

Tras lo que pareció una hora, que en realidad no fueron más de dos minutos, Wedo apareció con una bolsa de la compra llena a rebosar. Al verlo, Alex salió fuera, rodeó el edificio en dirección al callejón y se detuvo en la oscuridad hasta que escuchó los pasos cercanos de Wedo. Corrieron hasta el coche, Alex llegó primero y se deslizó con torpeza hasta el asiento del copiloto. Se reía cuando Wedo entró y arrancó el coche.

Dos horas más tarde, estaban en la habitación del apartamento de Picores en Hollywood. Sobre la cama, apilaron en tres grupos numerosas botellas de diferentes tamaños y colores y tiraron los descartes a la papelera: los medicamentos sin valor ilegal. Los tres montones contenían opiáceos, anfetaminas y barbitúricos.

—Trescientos por las anfetaminas y los tranquilizantes —les ofreció Picores.

—Tío, valen cuatro veces eso —se quejó Wedo.

—Ya, *ese*, pues ve tú a una esquina e intenta venderlos de uno en uno. Yo no pienso hacer eso. Conozco a alguien que me dará cuatro billetes, puede que cuatro cincuenta, y ellos ya se los venderán a los pastilleros.

—¿Qué pasa con la morfina, la hidromorfona, etcétera? —preguntó Alex.

—Solo queremos vender un poco —dijo Wedo.

—Lo que queráis vender, os lo pillo por dos pavos por cada dosis de once miligramos, tres pavos por cada dosis de dieciséis miligramos...

—Ni hablar de la hidromorfona, es demasiado buena para venderla.

—Sí —dijo Alex, fanfarroneando de forma consciente e intencionada—. Ese fabricante de tiendas persa, Ornar Khayyam, dijo que no sabía qué compraban los mercaderes de vino que fuera la mitad de valioso que lo que vendían. —Vio las caras de sus amigos, en blanco—. Nada de hidromorfona —añadió.

—Entonces, quitadla de la cama —dijo Picores.

Cuando terminaron, Alex era unos cuatrocientos dólares más rico, de lejos la mayor cantidad de dinero que jamás había tenido de golpe. Wedo tenía un poco menos en metálico, pero llevaba suficientes narcóticos para una semana, así que su parte era mucho mayor que la de Alex. También fue el mayor golpe para Wedo, que consiguió quitarse el terrible peso de tener que dar un golpe casi cada día.

Mientras el ascensor los llevaba a la calle, Alex rodeó a Wedo con el brazo.

—Vamos a celebrarlo.

—¿Haciendo qué?

—Joder, ni idea. Llevo encerrado desde que tenía once. ¿Qué te parece el parque de atracciones de Venice?

—Sí, suena bien. Pero no te olvides de que tengo que volver en tres o cuatro horas para meterme.

—¿Cómo se me iba a olvidar? Oye, Wedo, ¿no te jode tener que estar pensando siempre que tienes que meterte tres, cuatro o cinco veces al día? ¿Todos los días? Es casi como ser musulmán, ellos tienen que rezar hacia el este cuatro o cinco veces al día.

—Claro que me jode, pero cuando saco la aguja me siento de purísima madre, no te lo puedo describir. ¡Joder! Soy un puto yonqui. Supongo que eso soy yo a partir de ahora.

Alex guardó silencio, asombrado ante el aparente nihilismo. Se acordó de otros yonquis que conocía, sobre todo de Rojo Barzo y Primer Golpe Floyd. Ellos sabían lo que suponía pasar la abstinencia en un sucio calabozo, tirados sobre el suelo de cemento, vomitando durante días después de haberlo echado todo, cuando lo único que les quedaba era la bilis amarga y verde. Presentaban ataques de diarrea incontrolables y se manchaban ellos y su ropa, sin acceso a una ducha más que una vez a la semana. La nariz les moqueaba sin cesar y los sofocos se alternaban con los sudores fríos. Todo lo que les rozaba la piel les quemaba los nervios, provocando gemidos de dolor. Tampoco podían descansar; se destrozaban, pataleaban porque algún fuerte dolor de las articulaciones les obligaba a ello. Lo peor de todo era que los síntomas continuaban noche tras noche sin tregua, ya que el sueño no les llegaba durante días —hasta el punto de que en ocasiones alucinaban—, o hasta que el cuerpo apagaba los circuitos y les regalaba unos minutos de duermevela varias veces durante la noche; se despertaban del aletargamiento de golpe empapados, quizá con un orgasmo espontáneo. Mientras permanecían enganchados, el deseo sexual disminuía y en ocasiones

desaparecía por completo. A Alex le habían descrito aquellos tormentos en más de una ocasión, y no entendía por qué volvían a meterse inmediatamente a la primera oportunidad, incluso cuando llevaban limpios meses, o años.

—Nada puede ser tan bueno —decía—. Nada merece la pena si hay que pasar por lo inevitable. Sabes que es inevitable cuando empiezas. Nada...

—Nada excepto la heroína —le interrumpió Wedo—. Es la medicina de dios.

—Esta noche, cuando volvamos, probaré un chute. Tengo que saber qué es lo que tiene. No me creo que merezca la pena pasar por tanto dolor.

—Te gustará. Solo espero que no te guste demasiado.

—Tengo que ver por qué tanta gente la convierte en su Dios. Le dedicáis vuestra vida.

—Tío —comentó Wedo, entre risas—. No es tan malo.

—¿No? Entonces, ¿qué es?

—Ya lo verás, cabronazo, ya lo verás —le dijo con cariño.

Durante el trayecto hasta Venice por la costa, Alex sujetaba una botella abierta de Chablis entre las piernas. Bebía con cuidado cuando ningún faro los seguía de cerca. No quería que los pararan por un delito menor, especialmente cuando no tenía identificación y había una orden sobre él por haber violado la condicional. Aun así, ingirió la cantidad suficiente de alcohol durante el trayecto de cuarenta minutos para sentir el agradable calor en el estómago y el ardor de la embriaguez en su cerebro.

Wedo se detuvo en un aparcamiento a una manzana del parque de atracciones. El olor del mar los alcanzó en cuanto bajaron del coche. El brillo de las luces del parque y el sonido de la música de la feria se veía y se oía por entre los edificios. La música en particular despertó en Alex recuerdos de los ocho días que pasó escondido en la zona. El garaje en el que vivió quedaba a solo una manzana. Solo habían pasado dos años, no demasiado tiempo para un adulto, pero en la vida de un chico de catorce años que pasaba a zancadas por la pubertad hacia la vida adulta suponía un gran porcentaje. A Alex le sucedieron muchas cosas en ese intervalo, muchos cambios. Se preguntó por Rusty y B. B. Ellos lo habían escondido y le habían dado de comer. Ahora, si hubiera estado solo, los habría buscado. Pero lo acompañaba Wedo, y para el chicano serían «niños», demasiado jóvenes para merecer su atención.

Durante una hora, Alex y Wedo pasearon sin rumbo fijo entre la multitud. Comieron perritos calientes y algodón de azúcar, y observaron entre la gente a

los pregoneros de los diferentes espectáculos. En uno mostraban el coche acribillado a balazos de Clyde Barrow y Bonnie Parker, o eso afirmaban; Wedo quería entrar, así que Alex se encogió de hombros y lo siguió. No vieron nada excepto un viejo Ford con numerosos agujeros de bala y el parabrisas roto. Wedo se enfadó cuando Alex le dijo que podía haber visto lo mismo en un desguace. Sin embargo, no era un enfado de los que acaban en pelea, así que Alex lo tranquilizó con humor y desenfado.

En el parque de atracciones, se detuvieron en la montaña rusa y escucharon los gritos de los pasajeros felizmente aterrorizados que sacaban provecho a su dinero. Habían pagado para pasar miedo sin dejar de estar seguros. Alex se habría subido, y Wedo también, pero al chicano le preocupaba que la emoción redujera el efecto de la heroína en su cuerpo y tuviera que meterse más de lo que tenía previsto. Así que siguieron paseando y llegaron a la zona de máquinas de videojuegos (ya costaban diez centavos y llegarían a costar tres veces más) para meter monedas por la ranura y jugar. Lo que más hicieron fue pasear y observar cosas y a la gente. La idea de divertirse en el parque de atracciones perdió fuerza al llegar allí. Las emociones necesarias para pasarlo bien se debilitaron por la tensión y la adrenalina generada antes para perpetrar el robo. Necesitarían descansar, incluso dormir, para que sus sistemas se limpiaran y para que su capacidad de emocionarse se restableciera.

Cuando salieron del iluminado parque, decidieron recorrer el paseo a lo largo de la playa. Aquella zona no era menos tranquila: puestos de perritos calientes, adivinos, cines, y toda la colección de personajes y atracciones que uno esperaría encontrar dadas las circunstancias, todo bañado por la luz de las esferas de colores y los neones. Normalmente, Alex disfrutaba de los parques de atracciones, de los juegos y de los espectáculos, especialmente de las galerías de tiro. Ahora, sin embargo, no lo disfrutó, aunque tampoco quería estropear la diversión a Wedo. Pero Wedo sentía lo mismo.

—*Ese*, Alex, larguémonos de aquí. Volvamos a nuestro terreno a buscar un motel y nos metemos. Después podemos ir a comer algo.

—Me has leído el pensamiento.

El motel estaba en Sunset Boulevard, cerca de la línea invisible que bordea Hollywood en el centro de Los Angeles. Wedo ya se había alojado allí antes. Aunque la oficina se encontraba en la entrada, había un camino trasero que daba a un callejón, así que podían entrar y salir sin que los vieran. Era un motel decente que sobrevivía gracias a personas que no querían ser controladas ni interrogadas.

En cuanto cerraron la puerta, Wedo colocó un vaso de agua sobre la mesita y empezó a sacar la parafernalia. «Joder —pensó Alex—, un yonqui no puede pensar en nada más. Chute, chute, chute... A la mierda».

—Entonces, ¿quieres probar?

—Pensándolo mejor, paso.

—Vale, más para mí, *ese*. —Sonrió y le guiñó un ojo.

Como comúnmente sucede entre los socios criminales en los bajos fondos, especialmente entre los yonquis, los dos jóvenes eran prácticamente inseparables. Pasaban juntos casi todo el tiempo. En la mañana siguiente al primer robo armado, Alex compró ropa, incluido su primer traje, de tela de lana asargada color azul perla. Incluso se compró un par de corbatas a las que no sabía cómo hacer el nudo. Esa noche recogieron a Teresa a una manzana de su casa y Rieron a ver una película. Después, dieron una vuelta, subieron por Mulholland Drive en Hollywood Hills. Otros coches estaban aparcados cerca, observando la extensión infinita de la ciudad de Los Angeles. Los amplios bulevares parecían dos ríos gemelos, uno de diamantes y el otro de rubíes, dependiendo en qué dirección circularan los coches. En el asiento de atrás, Wedo y Teresa se pusieron a besarse con tanta intensidad que los sonidos resonaron en la mente de Alex y lo excitaron. Se bajó y se acercó al borde del precipicio, Rimaba mientras observaba la ciudad y las luces de las pocas casas que salpicaban las colinas y los cañones. Se preguntaba si alguna vez tendría una casa en una colina con la ciudad a sus pies. No sabía si quería una, no sabía lo que quería, pero sí sabía que quería algo. Quizá podría encontrar mejores robos para Wedo y él. Si tuviera tres años más, podría ir solo legítimamente. ¿Duraría mucho? Lo único que podía hacer era exactamente lo que ya hacía, intentar robar el dinero que necesitaba para vivir, intentar evitar que lo arrestaran por violar la condicional, intentar ver la vida y experimentar todo lo posible. Las circunstancias no le permitían pensar en planes a largo plazo. El suyo era un mundo primitivo, de acción-reacción, de tensión y miedo continuos. No era como vivían la mayoría de los chicos de quince años.

El destello del único faro del coche llamándolo lo sacó de su ensimismamiento. Teresa tenía que volver a casa.

Tras dejarla, Wedo se metió un chute en una gasolinera. Después, dieron vueltas en busca de un lugar que atracar. No se esforzaron demasiado, aún les quedaba dinero y todos los lugares que veían tenían alguna pega.

La noche siguiente, limpiaron otra farmacia, esta vez en Hollywood Norte. No tuvieron ningún problema, excepto que entró un cliente, vio a

Wedo detrás del mostrador con una pistola, y empezó a recular hasta que Alex lo golpeó con la culata de la escopeta. Dejaron al dependiente y al cliente en un baño. Los jóvenes ladrones consiguieron casi cuatrocientos dólares cada uno entre lo que cogieron de la caja y lo que Picores les dio por las drogas que les sobraban. Wedo ahora tenía mierda suficiente para dos semanas, una eternidad de libertad de elección para un yonqui callejero. Incluso dejaron abandonado el coche destartado cuando se negó a arrancar y pusieron ciento cincuenta dólares cada uno para comprar un Buick del 41 descapotable en bastante buen estado.

Wedo prefería no dar más golpes hasta que empezara a escasear el dinero o la droga. Prefería pasar el tiempo metiéndose y dormitando en el hotel o motel, y salir a comer una o dos veces al día, normalmente comida rápida grasienta en algún restaurante sucio. Aunque había pasado la mayor parte de su adolescencia tirado en celdas, lo que debería haberlo preparado para la vida sedentaria, se inquietaba. Ni siquiera los libros conseguían proporcionarle una vía de escape de las fuerzas que se quejaban en su interior, un escozor irritante, un ansia sin un objetivo concreto, una rabia ante algo indefinido. En ocasiones dejaba a Wedo dormitando y salía a dar un paseo por el barrio o a ver una película, aunque las películas, al igual que los libros, no conseguían mitigar su vaga insatisfacción. En Preston, pensaba que todo saldría bien, incluso estupendamente, en cuanto resucitara. No resultó cierto. La realidad era deprimente y solitaria. Cuando fumaba marihuana, no conseguía disfrutar, solo aumentaba su soledad y su inquietud. Dado que gracias a la acción y al peligro conseguía olvidar su depresión, o su ansiedad, o lo que fuera que sentía, instó a Wedo para que realizaran más robos. Wedo solo se arriesgaba cuando sentía a la bestia llamando a su puerta, por así decirlo, solo cuando le faltaba dinero para pagar por un techo o la heroína. Además de sentirse acosado por sus enredos internos, a Alex no lo satisfacían aquellos robos precarios. Quería un coche propio y cualquier otra cosa que se le antojara. Le gustaba la sensación de tener dinero en el bolsillo, eso le daba opciones que aliviaban parte del remolino de sensaciones negativas. No se contentaría simplemente con salir más a menudo, estaba listo para enfrentarse a golpes mayores que licorerías, gasolineras o farmacias. Por su parte, Wedo consideraba que los lugares pequeños resultaban más fáciles y seguros.

En dos semanas, vivieron en un hotel del centro y en dos moteles de Sunset Boulevard. Alex tenía dos maletas de ropa y se sentía orgulloso de lo bien que vestía. Wedo, que siempre había perseguido a las chicas, también perdió el interés en ese aspecto. Prácticamente ignoraba a Teresa, lo que

provocaba sentimientos encontrados en Alex. Teresa le gustaba y, si Wedo y ella cortaban de verdad, quizá Alex podría entrarle (aunque no le gustaba la expresión y le preocupaba ser desleal, se dijera como se dijera). Los tres salían en el descapotable recién comprado. Wedo iba demasiado drogado y no paraba de cabecear y de murmurar de forma incoherente. Eso creaba tensión en el coche. Teresa acabó enfadándose cuando se le cayó un cigarro sobre su falda y no se dio cuenta hasta que el olor a quemado les hizo buscar qué pasaba. Encontraron el agujero, del tamaño de medio dólar, que ardía lentamente y lo apagaron, pero no consiguieron extinguir el fuego que ardía en ella. Quería irse a casa y no volver a ver o a hablar con Wedo mientras siguiera puesto. Cuando le dio el ultimátum, él apenas sintió nada. La heroína de su cuerpo erradicaba toda capacidad de sentir dolor. En cuanto se bajó del coche, Wedo murmuró «a la mierda» y dejó que la barbilla le tocara el pecho en una de sus habituales cabezadas, rascándose ocasionalmente la nariz en un gesto aletargado mientras Alex conducía por la ciudad, de noche, de camino al motel.

Sin embargo, al día siguiente Wedo sí sintió dolor, que se manifestó en ira.

—Nosotros le enseñaremos, *carnal*. Te lo digo. Le enseñaremos lo que se ha perdido, ¿*que no?* Nos pillaremos un Coupe de Ville, ¿sabes lo que te digo? Y vestiremos los más elegantes, pero elegantes con trajes de angora del puto Hickey-Freeman, y con zapatos de cocodrilo.

Alex escuchaba, asentía y sonreía con afecto mientras su socio «soltaba mierdas por la boca». Alex esperaba que no fuera una actitud momentánea. Daba la casualidad de que había pasado por un callejón cercano mientras descargaban una camioneta detrás de un punto de venta farmacéutica al por mayor. La camioneta tenía alarma antirrobo y una fuerte malla metálica que separaba la zona del conductor del compartimento trasero. La parte trasera también tenía cerraduras especiales con llaves dobles. Al igual que algunas cajas de seguridad, solo podía abrirse si se giraban las dos llaves en secuencia. El conductor tenía una llave, el encargado de la tienda la otra. Alex salió del callejón y pasó por la parte delantera. La empresa se llamaba Horton and Converse. Las recetas se podían presentar en el mostrador, pero el mayor negocio consistía en abastecer a farmacias y clínicas médicas. En el escaparate había listas de puntos de venta en Los Angeles, Santa Mónica, Pasadena y Long Beach. Las farmacias habían sido sus mejores golpes hasta el momento, y los más fáciles. Los narcóticos legales eran baratijas en comparación con diamantes y otros objetos y, por lo tanto, no se custodiaban

con tanto rigor. El botín solo tenía valor en los bajos fondos. Además, él no podía vender diamantes, pero sí podía mover morfina y cosas por el estilo. En un lugar como aquel habría varias veces la cantidad de una farmacia. Incluso se lo había mencionado a Wedo hacía unos días pero no le interesó, especialmente cuando Alex le comentó que deberían vigilar el sitio durante un par de días para ver cómo funcionaban las cosas. Wedo prefería simplemente conducir por la ciudad hasta que vieran algo y después ir a por ello. Sin embargo, ahora Alex le planteó un panorama en el que Wedo conseguiría narcóticos suficientes para mantener su consumo durante varios meses, más cantidad suficiente para vender y conseguir varios miles. Esta vez Wedo le escuchó, pensando que Teresa se comería sus palabras si se presentaba en un coche con clase, quizá en un Cadillac descapotable de tres años y él vestido con un traje de seda italiano, con un anillo de zafiro en el meñique.

Capítulo 24

Alex se encargó de estudiar la tienda de Horton and Converse porque no confiaba en la capacidad de Wedo de permanecer alerta. Tras dos días observando la apertura y el cierre, Alex sabía que había tres empleados: dos hombres de mediana edad y una mujer anodina. Uno de los hombres era el encargado que tenía las llaves. Llegaba primero y abría la puerta; se marchaba el último y cerraba. Conducía un Chevrolet color bronce que aparcaba en la parte más alejada del aparcamiento, el morro del coche tocaba los arbustos junto a la pared que separaba la propiedad del patio trasero de una casa.

A la tercera tarde, mientras la luz gris de un inusual día lluvioso se oscurecía dejando paso a una noche negra sin estrellas, Wedo estaba agachado entre los arbustos mojados con su arma. Había insistido en esa parte del trabajo después de que Alex hiciera los preparativos. Entre los arbustos solo había espacio para esconder a uno de los dos. Alex se encontraba justo al otro lado de la calle, junto al banco de una parada de autobús, de cara tanto a la puerta principal como al aparcamiento. El plan era sencillo. Cuando el encargado llegara al coche, Wedo aparecería y lo capturaría a punta de pistola. Alex vería lo que ocurría y se encontraría con ellos en la puerta. Dentro, obligarían al hombre a abrir el armario de los narcóticos. Llenarían las bolsas que llevaban los dos, encerrarían al encargado en el baño o lo atarían, y se marcharían. No necesitaban un coche para huir, el motel quedaba muy cerca. Recorrerían el callejón de detrás del edificio y cruzarían una pequeña calle para seguir por el mismo callejón durante una manzana más. A mitad de esa manzana, había un pasaje trasero que daba a la zona del hotel. Subirían por las escaleras laterales y girarían la esquina hasta la primera habitación.

Alex esperaba, con las manos metidas en la chaqueta y la enorme 38 de cañón largo especial de la policía en la cintura, clavándose de forma incómoda en la cadera. A pesar de la incomodidad, le gustaba el contacto del arma. Le daba más que simple poder. Le daba la conciencia de ese poder.

Se abrió la puerta frente a Alex, lanzando un rectángulo de luz amarilla por encima de la acera hasta el asfalto mojado. Salieron los dos empleados y Alex escuchó su despedida, después se separaron. Ella se encaminó por la acera y él se dirigió hacia el aparcamiento, donde esperaban dos coches, el suyo y el del encargado, un viejo Nash blanco y el nuevo Chevrolet color bronce, a unos cuatro metros de distancia. Los pasos del hombre crujían con fuerza en los oídos nerviosos de Alex. Llegó a la puerta del coche y de repente hubo un movimiento rápido a su espalda. Levantó las manos en un acto reflejo y después se dejó caer mientras Wedo llegaba a su lado. Alex se quedó boquiabierto, estupefacto. Wedo había capturado al hombre equivocado. Mientras Alex seguía sorprendido, los dos desaparecieron entre las sombras delante del coche. Allí también había algunos arbustos.

Por lo que Alex podía distinguir, todo permanecía tranquilo e inmóvil. Aguantó la respiración sin darse cuenta y soltó el aire entre los dientes. No cabía duda de que Wedo retenía al primer hombre, a la espera del segundo. Quizá lo había visto y no le quedó más remedio que capturarlo. Ahora lo único que podían hacer era esperar.

Pasaron un par de minutos más durante los cuales se levantó una ligera lluvia neblinosa. Alex se subió el cuello de la chaqueta y se alejó del banco en dirección a una entrada. Al final, la puerta principal se abrió y salió el encargado. La alarma antirrobo sonó durante unos segundos hasta que cerró. Le haría apagarla cuando volvieran a entrar.

Alex sintió cómo su cuerpo se tensaba mientras el hombre se acercaba a su coche.

Un camión rugió al pasar por la calle bloqueando la visión de Alex durante un segundo. Cuando volvió a ver, retrocedió un paso. El encargado y el empleado corrían a toda velocidad por el aparcamiento, directos al lugar donde se encontraba él. Uno de ellos gritaba «¡Ayuda! ¡Ayuda!» hasta que llegaron a la esquina del edificio. Allí chocaron el uno con el otro cuando el primero se detuvo para mirar atrás. Wedo no los persiguió. Abrieron la puerta, saltó la alarma, y desaparecieron en el interior para llamar a la policía mientras la alarma seguía sonando.

Alex se quedó paralizado, en un principio por la sorpresa y después porque cualquier acción había atraído la atención de los dos hombres. Cuando se cerró la puerta, cruzó la calle a toda velocidad en dirección al aparcamiento con la alarma gritándole en los oídos. Al pasar junto a los coches, gritó el nombre de Wedo, por si acaso. No obtuvo respuesta. Se encaminó por la ruta planeada para la huida, corriendo todo lo que podía. Tuvo que disminuir la

velocidad un segundo para sacarse el arma de la cintura. La cargó hasta llegar al oscuro pasadizo del motel. Jadeaba por el cansancio al subir por las escaleras exteriores de dos en dos y de puntillas, intentando combinar velocidad y silencio.

Las luces de la habitación estaban apagadas pero, cuando llamó suavemente a la puerta, se abrió enseguida. Cerró la puerta y encendió la luz. Wedo estaba de pie junto a la cama. Sobre la colcha había una cartera y su contenido: papeles, tarjetas y tres billetes de un dólar. Alex levantó la mirada incendiaria de aquella miseria para mirar a Wedo; su cara reflejaba vergüenza y disculpa. Wedo siempre había sido el líder. Era mayor y tenía más experiencia, y normalmente Alex accedía. En aquel preciso momento, Alex se convirtió en la personalidad dominante, aunque no de forma consciente, porque conscientemente solo se sentía furioso. No de forma violenta, porque Wedo era su amigo, pero sí en un tono y con un comportamiento furioso.

—Ha sido un movimiento de puta madre —dijo en tono mordaz.

—Tío...

—Has cogido al cabrón equivocado. ¡Joder!

—¿Cómo iba a saberlo?

—Te dije cuál era el puto coche. ¡Joder! —Negó con la cabeza, disgustado. Wedo no dijo nada—. ¿Qué ha pasado ahí detrás?

—Lo cogí, le quité la cartera y me di cuenta de que no era el tío, así que le hice tumbarse sobre el capó. Salté la pared y me largué.

—¿Por qué no te has quedado a esperar al otro tío?

Wedo se encogió de hombros y negó con la cabeza. Más tarde buscaría una justificación, una excusa, pero ahora solo se sentía mal.

—Ese tío se ha pegado cinco minutos ahí tirado él solo. ¡Joder!

Alex negó con la cabeza, incrédulo, y después se burló de la cartera y de los tres dólares sobre la cama.

—¿Eso es lo que has sacado? —No pudo contener la carcajada.

Wedo consiguió dibujar una leve sonrisa.

—*Carnal*, siento haberlo jodido. —Abrió los brazos para enfatizar su sinceridad.

Alex negó con la cabeza y se le humedecieron los ojos.

—Que le den. Tampoco había nada ahí.

Media hora después, el Buick seguía en Sunset Boulevard pero, en vez de en el centro de Los Angeles, se encontraba en la parte de Sunset Strip de

Hollywood Oeste. La mayoría de las tiendas de ropa elegante para mujeres y tiendas de antigüedades estaban cerradas, pero los restaurantes de cuatro estrellas y los clubes nocturnos con espectáculos en vivo estaban a rebosar. Según los periódicos y algunas revistas de cine manoseadas que Alex había visto en la Compañía «G», aquella era la zona de paseo de los miembros más destacados del mundo del cine, las estrellas y los que se hicieron ricos tras las cámaras o en los despachos. Alex no buscaba algo que robar, no creía poder encontrarlo en Sunset Strip. Una licorería grande habría merecido la pena de no estar situada enfrente de Ciro's, un club nocturno grande y elegante con porteros y aparcacoches que no paraban de llevar y traer automóviles. Demasiados ojos podían ver a través de las ventanas.

—Vamos a Santa Monica Boulevard —sugirió Wedo cuando llegaron al final del Strip. Más allá se extendía la perfección de Beverly Hills, un mundo que maravillaba a Alex.

—Buena idea —dijo Alex sin apartar la vista de la acera.

Quería retener aquella determinación, aquel estado de alerta, una especie de ira necesaria para apuntar a alguien con un arma y llevarse su dinero. No podía relajarse y dejar que la pequeña bola de miedo inevitable creciera y se extendiera hasta paralizarlo. Había aprendido que no debía pensar demasiado en lo que podía pasar. Si lo hacía, las imágenes se convertirían en terror y lo paralizarían.

Mientras circulaban en el carril para girar a la izquierda, los adelantó un coche del sheriff. Alex se alegró de haber dejado atrás la chatarra motorizada de Wedo. Siempre atraía las miradas de la policía y, por lo tanto, siempre contaban con la posibilidad añadida de que los pararan.

Santa Monica Boulevard era una calle larga y ancha, flanqueada por una infinidad de negocios de todo tipo, desde un club deportivo hasta una oficina de alquiler de furgonetas U-Haul. Alex veía los neones extenderse a lo largo de kilómetros de distancia y estaba seguro de que encontrarían un lugar que robar. En varias ocasiones, Wedo redujo la velocidad para que pudieran observar algo. Una vez, dieron la vuelta a la manzana para examinar una pequeña tienda de comestibles. Parecía perfecta hasta que Alex vio a los propietarios. Eran orientales. Conocía la máxima de los bajos fondos que decía que los orientales preferían morir a entregar su dinero.

El enorme cartel de neón intermitente rezaba licorería. Una esquina con un callejón oscuro proporcionaba la vía de escape perfecta. Los negocios del bulevar estaban a oscuras, vacíos. Los posibles testigos más cercanos se

encontraban en una cervecería en la siguiente manzana. Empezó a bombear adrenalina al sentir que aquel era el lugar que andaban buscando.

—Gira a la derecha —dijo—. Ve despacio. Quiero mirar adentro.

Mientras Wedo giraba, Alex inspeccionó el interior a través de la puerta abierta. Vio a un hombre corpulento con una brillante calva tras el mostrador.

El callejón tenía edificios de apartamentos a ambos lados. Los coches ocupaban el bordillo, no había sitio para aparcar excepto frente a una boca de incendio, bajo la luz de una farola.

—Déjalo ahí —dijo.

—Es un mal sitio —comentó Wedo.

—A la mierda. No tardaremos mucho. Y tampoco nos va a seguir nadie.

Wedo se encogió de hombros y aparcó. Giró las ruedas hacia afuera y dejó la llave en el contacto. El mínimo riesgo merecía la pena para conseguir una rápida huida. Los dos jóvenes empezaron a animarse para alcanzar el estado de furia nerviosa necesaria para sacar las armas y llevarse cosas. Resultaba fácil llegar a ese estado pensando en el fallo de hacía una hora. La frustración era un buen material para avivar las llamas.

—Tío, esta vez deja que lo pille yo y tú me cubres —dijo Alex y, mientras hablaba, Wedo negaba con la cabeza.

—No, *carnal*. Lo haremos como lo hemos hecho siempre. Tú te quedas en la puerta y me cubres. Me lanzaré sobre el tío y cogeré la pasta.

Alex apretó los dientes y reprimió el impulso de discutir antes de que se le escaparan las palabras. Wedo tenía que compensar la metedura de pata anterior. Alex pensó en la extraña transformación que sufría cada vez que cometía un crimen, sus facultades se volvían tremendamente perceptivas. Veía cosas que normalmente se quedaban fuera. Entendía a Wedo como si viera dentro de su mente. También percibía cosas como el sonido de sus pasos sobre el cemento, el rugido de un camión a una manzana, el ladrido de un perro. Sus ojos vieron los ojos llameantes de un gato en un camino. Los círculos rojos y verdes de los semáforos le atravesaban los sentidos. No dijo nada, ya que hablar reduciría la concentración que necesitaba para apuntar a alguien con un arma para robarle su dinero. No eran personas reales, no podía dejar que se convirtieran en eso en su mente o florecerían las dudas y los celos. Tenían que ser el enemigo, aquellos que aprobaban su encierro, los «agujeros» en los que había estado, el gas lacrimógeno y las palizas. La policía, los orientadores y los guardas eran sus vicarios. No les debía nada, así que podía mantener la rabia hacia la sociedad que le permitía robar y hacerle daño a la gente sin sentir culpa.

La luz del escaparate de la licorería los iluminaba a tres metros de la entrada. Alex le dio una palmada a Wedo en la espalda y se detuvo un segundo para que el chicano entrara primero.

Como muchas licorerías de California, también vendían comida precocinada. Cuando Alex entró, Wedo volvía de la nevera de la parte de atrás con una botella de leche. El corpulento hombre calvo estaba frente a la caja registradora, en mitad del mostrador. No se veía a nadie más.

Alex recopiló toda aquella información de una sola mirada. Se dio la vuelta y se colocó frente al estante de revistas, junto a la puerta. Debía parecer ocupado y ocultar su cara. Vigilaba la puerta, era su responsabilidad.

Wedo habló con la voz cargada de fervor, pero Alex no pudo distinguir las palabras.

—¿Eh? —dijo el encargado, incrédulo.

—¡Ya me has oído, pedazo de hijo de puta! —exclamó Wedo.

Alex miró por encima del hombro y los vio, uno frente al otro. Wedo tenía la mano debajo de la chaqueta, cerca de la cintura, sobre la culata visible de la pistola. El hombre corpulento, con la calva brillante por el sudor repentino, tenía las dos manos a la vista.

CLIC-CLAC.

Fuera lo que fuera sonó con fuerza. Alex frunció el ceño, desconcertado.

¡BUM! ¡BUM! La explosión ensordecedora de una escopeta cargada con cartuchos del tipo 00.

Alex se giró tras el primer estallido y después se tiró al suelo. El segundo disparo le arrancó el hombro izquierdo y el moflete a Wedo y lo giró mientras gritaba. Carne y sangre salieron disparadas y salpicaron la pared mezclándose con el contenido de las botellas destrozadas. Wedo cayó, agitando las piernas y sin dejar de gritar.

El horror y el terror se apoderaron de Alex mientras retrocedía tambaleándose. Había sacado su arma. Se chocó contra el estante de las revistas y se preguntó por un momento si le habían disparado sin que se diera cuenta.

La cabeza del encargado asomó sobre el mostrador.

—¡Son dos! —gritó.

Un hombre apareció tras el congelador y tiró el cartel de Seagram's 7 detrás del que se había escondido. Era idéntico al hombre de detrás del mostrador. Tenía la escopeta abierta y estaba metiendo un cartucho rojo mientras Alex se enderezaba. Ahora el hombre tras el mostrador tenía un

revólver de cañón largo. Alex se agachó tras una estantería de comida enlatada. Algunas latas se cayeron y rodaron por el suelo.

Wedo seguía gritando.

El enorme congelador daba a dos pasillos. El hombre de la escopeta pateaba los expositores para colocarse en posición. El hombre tras el mostrador avanzaba lentamente.

—¡Billy! —gritó—. ¡Tenemos al cabrón! ¡Lo hemos pillado!

Un miedo rayano en el pánico anegó la ira de Alex. Seguía cerca de la puerta delantera. Por un instante, rápido como un destello de luz, vio el otro supermercado sumido en la oscuridad. Pero ese recuerdo desapareció al instante al enfrentarse a la realidad del momento. Tenía que aguantar el tipo y salir de allí. Se aferró a esa verdad y salió disparando, un tiro hacia el mostrador, dos hacia la parte de arriba del congelador. El hombre tras el mostrador disparó una vez y la bala pasó silbando junto al oído de Alex como una avispa enfurecida. La bala de Alex hizo prácticamente lo mismo, ya que el hombre se agachó. Alex corrió hacia la puerta mientras disparaba a ciegas por delante del pecho hacia el congelador. Sus balas atravesaron las puertas de cristal y destrozaron las botellas del interior.

Al alcanzar la puerta, los disparos de la escopeta explotaron y sacudieron el aire, literalmente. Dos enormes cartuchos impactaron en Alex, uno justo detrás del hueso derecho de la cadera y el otro en el muslo derecho. La fuerza de los disparos lo lanzó a través de la puerta y lo tiró al despegarle la pierna del suelo. Cayó sobre el codo derecho y se rasgó la piel al deslizarse.

La fuerza del impacto lo llevó más allá de la puerta, fuera de la línea directa de fuego. Esa misma fuerza lo puso de nuevo en pie y corrió agachado por delante del escaparate, con la mente gritando de miedo y furia. Todavía no sentía dolor ni era consciente de la sangre hasta que, a media manzana, la pierna derecha le falló y cayó al suelo. Estiró la mano y sintió cómo manaba la sangre. Al intentar levantarse la pierna se le doblaba.

Los hombres salieron corriendo a la calle, enmarcados en la luz que se filtraba por la puerta. Alex levantó el arma y disparó una vez. La bala provocó un grito. Un hombre cayó, no estaba muerto porque gritaba con todas sus fuerzas. El otro saltó tras un coche y empezó a disparar a la calle oscura. Alex ahora también se había escondido tras un coche. Tenía balas de repuesto e intentaba cargar el arma, pero estaba demasiado frenético, le temblaban las manos. Metió dos balas en el cargador, la mayoría se le cayeron. El coche quedaba a unos treinta metros. Se tumbó de espaldas y se retorció bajo los coches, ajeno a la suciedad o el aceite que pudiera haber sobre el asfalto. Al

principio, lo empujaban el miedo y la rebeldía, la rabia ante cualquier forma de rendición. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que avanzaba demasiado lento. El quejido de las sirenas de policía ya se escuchaba. Además, se le escapaban las fuerzas y la debilidad que se extendía por sus miembros lo aterrorizaba. Por primera vez en su vida entendió el miedo a la muerte. La vida lo abandonaba, a menos que detuvieran la hemorragia.

Las sirenas alcanzaron su punto culminante y se convirtieron en un gemido; las luces rojas y azules vibraban sobre los edificios. Las luces se encendían, la gente salía a la calle.

—¿Dónde está? —gritó una voz.

—En algún lugar, por aquí —respondió otra.

—¡Me rindo! —gritó. Las palabras y las lágrimas se escindieron de su cuerpo.

—¡No te muevas!

Se quedó tumbado sobre una alcantarilla, con medio cuerpo bajo un automóvil. El lamento de otras sirenas alcanzaba su apogeo al llegar a la zona. Veía las siluetas oscuras de los espectadores. Volvía a la cárcel, y esta vez sería por mucho más tiempo.

—Joder —murmuró, la idea de la jaula lo ponía enfermo.

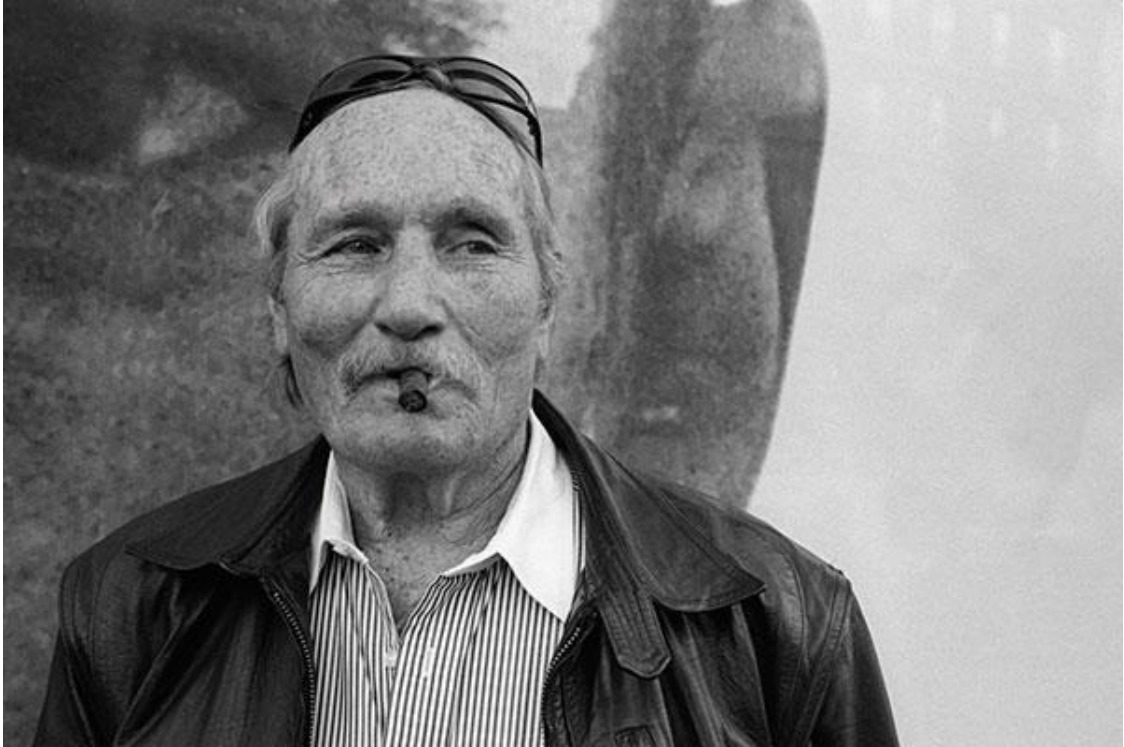
Un foco iluminó el coche bajo el que se encontraba.

—Tira el arma —le gritó alguien—. Y después sal bocabajo.

De repente, la luz del foco rodeó el automóvil, cegándolo. Se estaba mareando. Consiguió tirar la pistola a la calle. Escuchó de nuevo la voz que le daba órdenes, pero ahora todo le daba vueltas y no consiguió descifrar las palabras. La oscuridad lo absorbió.

Cuando se despertó, más o menos, estaba rodeado de piernas y zapatos. La mayoría eran del color azul oscuro de la policía, pero las que lo levantaban eran blancas. Estaba seguro de que sobreviviría.

Antes de perder el conocimiento de nuevo, pensó: «Mientras hay vida, hay esperanza. No me rendiré. La historia no ha terminado...».



EDWARD BUNKER (Los Angeles, 1933 - Burbank, 2005) fue escritor, guionista y actor ocasional.

Criado en hogares de acogida y reformatorios desde que sus padres se divorciaran cuando tenía cuatro años, pasó gran parte de su vida entrando y saliendo de prisión, donde se convirtió en un lector voraz y en el cronista ideal de los bajos fondos y de la mala vida de Los Angeles. Acumuló condenas por atraco a mano armada, tráfico de drogas y extorsión, llegando a figurar en la lista de los diez fugitivos más buscados del F. B. I.

Interpretó a Mr. Blue en la mítica película *Reservoir Dogs* (1992) de Quentin Tarantino, y asesoró a Michael Mann en *Heat* (1995).

Notas

[1] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[2] Protagonista de la novela de Edward Bunker *No hay bestia tan feroz*. (N. del E.) <<